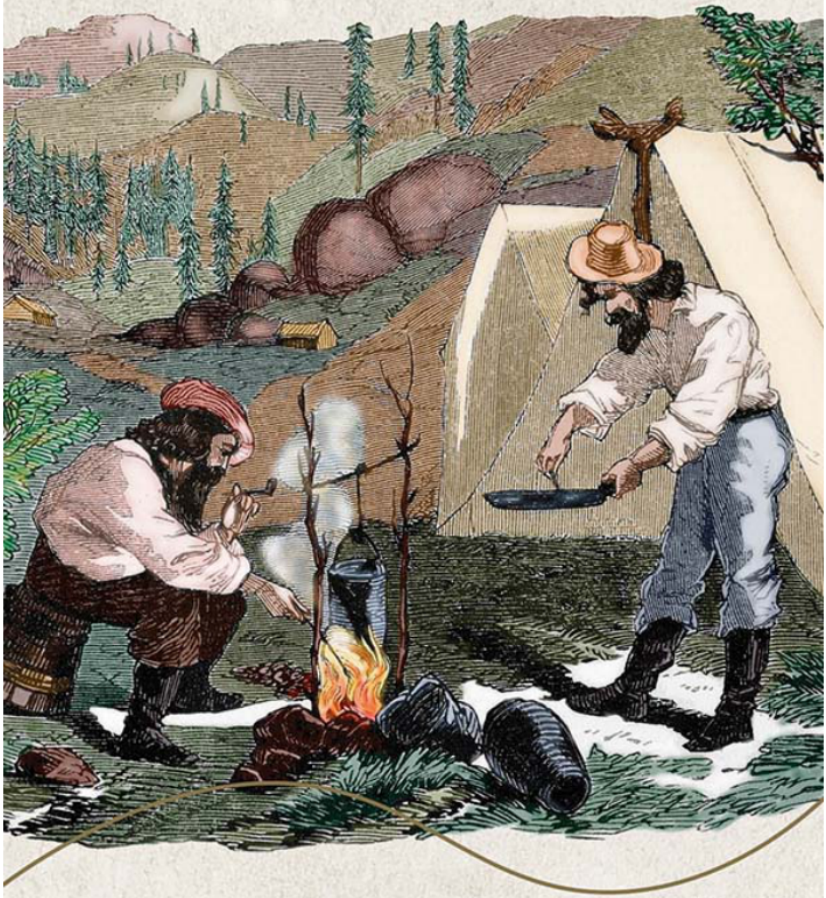
Cuentos del Lejano Oeste

Bret Harte



En uno de los primeros cuentos que reunimos en esta selección, un fraile de Salamanca es tentado por el Diablo en una montaña de California allá por 1770 y ve con pesar cómo su misión evangelizadora será pronto reemplazada por «hordas de ismaelitas» con «los ojos azules y los claros cabellos de la raza sajona», que avanzan «empujándose, alborotando, jadeando y fanfarroneando». Son los primeros buscadores de oro. En el cuento siguiente, situado en 1850, en un campamento de esos hombres rudos y familiarizados con la desesperación, la única mujer que vive entre ellos da a luz a un niño y muere; alimentándolo con leche de burra, y con un cariño y un afecto inesperados, logran esos mismos hombres sacarlo adelante. Bret Harte ha sido llamado con razón «el Dickens de los pioneros»: ilustrando con humor y sentimiento el coraje y la virtud de los primeros colonos, dio a conocer el salvaje Oeste a los «afectados» lectores de la Costa Este, para quienes California era pura leyenda, e implantó una serie de arquetipos perdurables de lo que entonces aún era una tierra prometida, aunque ya sacudida por la violencia y el racismo. Estos dieciséis Cuentos del Lejano Oeste son un homenaje a los aventureros, a los tahúres, a los bandidos, a las prostitutas, a las maestras… sujetos de una vida tan digna como excepcional.

Bret Harte

Cuentos del Lejano Oeste

ePub r1.0
Titivillus 15.03.2020

Bret Harte, 2017
Traducción: Concha Cardeñoso Sáenz de Miera
«De cómo Santa Claus visitó Simpson's Bar» traducido por Miguel Temprano García

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Nota al texto

En este volumen se reúnen algunas de las narraciones más características de Bret Harte, especialmente las ambientadas en California, el «lejano y salvaje Oeste», que en la época en que se publicaron era prácticamente un mito para los «afectados» lectores de la Costa Este de Estados Unidos. Empezando por su primer cuento publicado y terminando por uno de los últimos, hemos querido incluir también, como apéndice, «Los argonautas del 49», una crónica personal, publicada en 1882, de la vida de aquellos pioneros de los que él mismo formó parte. Los textos se han traducido a partir de la edición de *Works* de su autor (Houghton Mifflin, Boston y Nueva York, c.
1897-1906).

La procedencia original de los textos es la siguiente:

«Mi metamorfosis» (*My Metamorphosis*): The Golden Era, abril de 1860.

«M'liss» *(M'liss): The Golden Era*, septiembre de 1863. Una versión más corta de este cuento se había publicado en la misma revista en diciembre de 1860 con el título de *The Work on Red Mountain*.

«La leyenda del Monte del Diablo» *(The Legend of Monte del Diablo): The Atlantic Monthly*, octubre de 1863.

«La suerte de Roaring Camp» *(The Luck of Roaring Camp): Overland Monthly*, agosto de 1868.

«Los desterrados de Poker Flat» *(The Outcasts of Poker Flat): Overland Monthly*, enero de 1869.

«El socio de Tennessee» *(Tennessee's Partner): Overland Monthly*, octubre de 1869.

«El idilio de Red Gulch» *(The Idyl of Red Gulch): Overland*

Monthly, diciembre de 1869.

«Brown de Calaveras» *(Brown of Calaveras): Overland Monthly*, marzo de 1870.

«El hijo pródigo del señor Thompson» *Prodigal): Overland Monthly*
(Mr. Thompson's
, julio de 1870.

«La *Ilíada* de Sandy Bar» *(The Iliad of Sandy Bar): Overland Monthly*, noviembre de 1870.

«De cómo Santa Claus visitó Simpson's Bar» *(How Santa Claus Came to Bar): Atlantic Monthly*
Simpson's
, marzo de 1872.

«Wan Lee, el pagano» *(Wan Lee the Pagan): Wan Lee, the Pagan and Other Stories*, George Routledge and Sons, Londres, 1874.

«Una *ingénue* de las Sierras» *(An Ingénue of the Sierras): The Idler*, mayo de 1893.

«Una alumna de Chestnut Ridge» *(A Pupil of Chesnut Ridge): Trust and Other Stories*
Trent's
, Houghton Mifflin Co., Boston y Nueva York, 1896.

«Tres vagabundos de Trinidad» *(Three Vagabonds of Trinidad): Under the Redwoods*, Houghton Mifflin Co., Boston y Nueva York, 1900.

«Los argonautas del 49» (*The Argonauts of '49*): Introducción General del segundo volumen de *The Works of Bret Harte*,
Chatto & Windus,
Londres, 1882.

Mi metamorfosis

(1860)

Después de cuatro años de internado y experiencia educativa dejé la academia del reverendo Blatherskite con una confianza profunda en los libros y un desprecio supremo del mundo, en cuya cosmogonía incluía yo toda clase de instituciones prácticas. Provisto de una gran imaginación poética, una memoria saturada de novelas y cuentos y un temperamento sensible, repleto de aristas afiladas todavía sin limar por el contacto con la sociedad, resbalé llanamente en la siguiente aventura.

El gran principio viajero característico de esta clase de temperamento me llevó a recorrer mundo. El amor por lo bello me convirtió en artista. Un pequeño patrimonio satisfacía todas mis necesidades, y así, un buen día, me encontré perdiendo el tiempo, lápiz y cuaderno de dibujo en mano, en uno de los condados interiores más amenos de Inglaterra.

No lejos del pueblo en el que me alojaba, una finca grande y noble se extendía por el campo. Todo lo que el refinamiento de una familia importante e incalculablemente rica había reunido a lo largo de generaciones se encontraba en aquel parque ancestral. El espíritu liberal que lo distinguía abrió sus puertas al desconocido curioso y aquí fue donde dibujé muchos bocetos de árboles y bosque, un estudio, un conjunto sugerente de luz y sombra que se puede ver en dos trabajos incluidos en el catálogo de la Academia de Dibujo con los números 190006 y 190007 respectivamente, y que el *Art Journal* calificó favorablemente de «el esfuerzo prerrafaelista más logrado del virtuoso Van Daub».

Una tarde de julio (el aire caliente ascendía en ondas visibles,

palpables incluso), después de un paseo tranquilo por el parque, llegué al borde de un lago silvestre. Un semicírculo de hierba rodeado de robles y hayas descendía unos cuantos metros hasta la orilla del agua, que estaba adornada con estatuas. Allí vi a Diana con sus perros de caza, a Acteón[1], a Pan con su flauta, a algunos sátiros, faunos, náyades, dríadas e innumerables deidades de los dos elementos. Era un rincón rural, extraño y fascinante. Me tumbé suntuosamente en el césped, allí mismo.

Se me había olvidado hablar de una cosa que me gustaba mucho. Era un apasionado de la natación. El aire asfixiaba y la superficie del lago parecía fresca y tentadora; nada podía evitar que diera rienda suelta a mi predilección, salvo el temor a que alguien me sorprendiera. Como sabía que la familia no se encontraba en la mansión, que pasaban pocos desconocidos por allí y que era un poco tarde, me decidí. Me quité la ropa en el lindero de los árboles y me zambullí audazmente. ¡Con qué placer absorbían el puro elemento los poros sedientos! Buceé. Me revolqué como un delfín. Fui a nado hasta la otra orilla, donde la hierba, y, entre los juncos susurrantes, me quedé flotando boca arriba, mirando las estatuas y pensando en las pintorescas leyendas que las envolvían. Los pensamientos se refocilaban con entusiasmo en los placeres sensuales de la vida. «¡Felices —dije yo— los tiempos en que las náyades gozaban de estas aguas! ¡Bienaventuradas las inocentes y pacíficas dríadas que habitaban los troncos de aquellos robles! ¡Hermoso el sentimiento y exquisito el gusto que supo encarnar en seres vivos los armoniosos elementos de Natura!» ¡Ay, ojalá me hubiera contentado con pensar estas ridiculeces! Pero hete aquí que de pronto se me ocurrió una solemne tontería. En unas cuantas brazadas llegué a la orilla, corté unas ramas de aliso, las trencé, las rellené con juncos y con ellas me cubrí los lomos. Con otras pocas tejí una corona que me ceñí al estúpido cráneo. Plenamente satisfecho, fui a mirarme en el espejo del agua. Podía ser el mismísimo Acteón o una grácil dríada de género masculino. En cualquier caso, la ilusión era perfecta.

Seguía mirándome cuando me sobresalté al oír voces. Imaginen mi desaliento al volverme y ver a un nutrido grupo de damas y caballeros elegantes repartidos por la pradera. Inmediatamente pensé que la familia había regresado con algunos amigos. ¿Qué

podía hacer? Había dejado la ropa en la otra orilla. El espacio abierto que mediaba entre el lugar en el que estaba y el bosque hacía imposible huir en aquella dirección sin ser visto. Además, unas cuantas parejas se aproximaban por el camino que llevaba directamente hasta mí. Angustiado, miré a todas partes. A poca distancia se alzaba un pedestal con forma de pirámide cuya estatua había derribado y echado al agua el tiempo, el gran iconoclasta. Entonces me vino a la cabeza una idea brillante. Me encontraba en este brete horrible porque me había dado el capricho absurdo de disfrazarme, así que decidí aprovecharlo para salvarme. El pedestal medía unos dos metros y medio. No tardé nada en encaramarme a lo alto y adoptar una postura. Con el corazón desbocado pero el cuerpo completamente rígido, esperé a que llegaran. Ojalá no tardaran mucho. Rogué por que así fuera.

Para mejorar el efecto, cerré los ojos. Los pasos se acercaban. Oí voces y recrujir de sedas.

Todo un coro femenino: «¡Precioso!».

En voz baja: «¡Qué natural! ¡Es perfecto!».

Una voz opaca y ronca, probablemente del *pater familias*: «Sí, no cabe duda. La postura es sencilla y grácil. El contorno es excelente, no moderno, diría, pero muy bien conservado».

Una con falsete que arrastraba los sonidos: «Siií, bastante bueno. Una copia muy aceptable; he visto muchas como esta en Roma. Allí proliferan por todas partes; pero no me parece muy bien hecha; las piernas son feas, ¡muy feas!».

Esto era demasiado. Yo era un gran caminante y presumía de pantorrillas muy bien desarrolladas. Podía soportar las críticas femeninas, pero tener que callarme ante comentarios tan faltos de delicadeza de alguien que debía de ser un dandy de piernas como palillos me puso furioso. Me tragué la bilis de la cólera y apreté los dientes, pero sin mover un solo músculo externo.

—Bueno —dijo una voz que me emocionó—, no tengo intención de quedarme aquí toda la noche, rodeada de solo Dios sabe cuántos espíritus de los bosques. Este sitio me resulta extraño y sombrío. Casi me parece que ese caballero de ahí arriba está a punto de descender del pedestal para llevarnos a su casa, dentro de un tronco hueco.

Me atreví a abrir los ojos, aunque oía perfectamente todas y

cada una de las sílabas que burbujeaban en esa voz musical y me mandaban la sangre poco a poco de vuelta al corazón. Pero el aire de la tarde ya era húmedo y frío y, debido a la falta de costumbre de estar desnudo, las piernas y los brazos se me habían entumecido y los tenía como dormidos. Empezaba a temer que jamás recuperaría la soltura cuando, afortunadamente, el grupito empezó a alejarse.

Abrí los ojos y… ¡los cerré al instante! En esa mirada, rápida como el rayo, me encontré con un par de ojos redondos, azules, de niña, que me miraban fijamente por debajo del ala de un sombrero coqueto, con cintas que se agitaban como una barca mágica sobre un mar tempestuoso de bucles dorados. No me atreví a abrirlos otra vez.

—¡Ada! ¡Ada! ¿Te has enamorado de la estatua?

—¡No! ¡Ya voy!

Y el vestido crujiente y la voz mágica se alejaron.

Temblando de miedo, me quedé a la espera. Me acobardé por primera vez. ¿La niña me había descubierto? Me veía ya expulsado ignominiosamente del jardín de la desgracia, como Adán el pecador pero, ¡ay!, sin el solaz de la bella Eva. Cinco minutos después me atreví a mirar de nuevo. Todo estaba oscuro. Oía rumor de voces arriba, en la terraza del jardín. Tan pronto como el entumecimiento me lo permitió, bajé de las alturas a la luz de la luna naciente y en menos de lo que se tarda en decirlo eché a correr hacia la otra orilla, me vestí y, entre matorrales y helechos, llegué a la caseta del guarda del parque. Esa misma noche me fui del pueblo. Esa misma semana me fui de Inglaterra.

Fui a Francia. Fui a Alemania. Fui a Italia. Pasaron tres años. Había aprendido a dominar un poco la imaginación y el entusiasmo, tenía mejor opinión de la sociedad. Había pintado varios cuadros grandes, alegóricos y fantasiosos, con prominencia de figuras femeninas de ojos azules y cabellos rubios. No tuvieron éxito. Había hecho algunos retratos, por los que fui remunerado generosamente, y había logrado cierta independencia. Vivía en Florencia. Era feliz.

Una noche, los salones del duque de R. se llenaron de simpáticos pintores, escultores, poetas y novelistas. Al entrar allí me presentaron formalmente a un tal señor Willoughby, un caballero inglés que viajaba por motivos de salud con su única hija. Este

conocimiento superficial se tornó en aprecio y, una noche en que vino a verme al estudio para que le enseñara el retrato de un amigo común, me propuso que hiciera un cuadro de su hija. Me presentaron a Ada Willoughby y ella se convirtió en mi modelo.

Era rubia y bonita, una joven de la que podía haberme enamorado de un flechazo tres años antes. Pero cuando estábamos juntos nos embargaba la contención y yo intentaba en vano olvidar un recuerdo fantasioso que parecía estar indisociablemente unido a su bello rostro. Era una joven inteligente, una compañera cordial y teníamos gustos muy semejantes. La pinté fielmente, el retrato triunfó, pero cuando descubrí que tendía a replicar algunas de sus facciones en todos mis retratos, como *La Fonarina* de Rafael, llegué a la conclusión de que estaba enamorado de ella. La contención de antaño no me permitía dejar hablar al corazón. Un día, paseando por un museo, nos detuvimos ante un cuadro exquisito de la transformación de Pigmalión. Le pregunté si creía en esa leyenda. Me contestó sencillamente que era una «fábula bonita».

—Pero —insistí—, si Pigmalión hubiera sido mujer y la escultura la figura de un hombre, ¿cree que su amor habría podido infundirle vida?

—La mujer que se enamora del mero físico de un hombre es tonta —me respondió.

Me decepcionó, aunque no entendí muy bien por qué, y no dije nada más.

Ella tenía que volver a Inglaterra. Yo me había propuesto aniquilar con la razón un sentimiento que empezaba a ponerme el futuro en jaque. Se formó un grupo para ir a ver una villa de las afueras de la ciudad y yo tenía que acompañarla. El lugar estaba arreglado con muy buen gusto; había grupos de estatuas y los típicos ornamentos italianos, como riachuelos y fuentes. Formábamos un grupo alegre y nuestras risas resonaban en los paseos. En algún momento, el señor Willoughby, Ada, unas pocas señoras y yo nos sentamos en la orilla de un lago artificial, en cuyo centro manaba una fuente que lanzaba su chorro hacia el limpio cielo azul. Hacía un anochecer fresco y delicioso; Ada prestó su voz a las ondas del agua. Caí en una ensoñación, de la que me sacaron acusándome de insociable para obligarme a contribuir a la diversión del día.

—Bien —dije—, por respeto no cantaré detrás de la señorita Willoughby y por prudencia tampoco lo haré más tarde. ¿Qué quieren que haga?

—Cuéntenos algo —dijeron.

—¿Qué quieren que les cuente? ¿Un cuento de amor, de guerra o una comedia muy lamentable?

—Un cuento de amor —dijo Ada—, con hadas, caballeros, dragones y damiselas desconsoladas… Algo como sus cuadros, con luces y sombras… y grandes moles grises y ¡muy impreciso!

—Y con moraleja —añadió el padre.

—Sus deseos son órdenes —contesté—. Este cuento se titula *La historia más triste y patética de los caballeros encantados* o *La náyade malévola*.

Siguió la pausa de rigor y proseguí:

—En los tiempos de la dinastía de las hadas había un caballero. Era joven y audaz. Le había sido concedido el don de reproducir cuanto se le antojara, así como el conocimiento de la verdadera belleza, sin el cual se dice que es imposible conocer la felicidad. Este caballero siempre había sido un trotamundos y se había enamorado de un ser al que veía reflejado en todos los lagos y fuentes, y cuyas virtudes comprendía en su totalidad. En premio a su constancia, ella le concedió los dones de la fuerza y la salud eterna. Un día, en un país lejano, el joven llegó a unos hermosos dominios y, entre lujos refinados y elegantes, encontró la imagen viva de aquel ser. Pero el gran monarca de esos dominios la amaba y la tenía recluida para sí. El caballero, que era audaz y decidido, se precipitó en sus brazos. Ella lo recibió con frialdad. El frío contacto le heló los brazos y le entumeció las facultades y supo que se estaba convirtiendo en piedra poco a poco.

»¡Ay! Es que en las aguas del lago en el que ella vivía había unos minerales extraños que lo convertían todo en piedra. El monarca lo encontró y lo colocó en un pedestal para ejemplo de todo aquel que pretendiera entrar sin permiso.

—¡Qué críptico! ¡Es delicioso! —exclamó Ada.

—Atiendan, que ahora viene el final. El caballero pasó mucho tiempo en este estado: inmóvil, pero no insensible; mudo, pero no exento de pasión. Los súbditos del monarca pasaban por delante de él haciendo comentarios irónicos, bromas y burlas. Él no podía

responder. Pero un día se presentó un hada buena que tenía el don de deshacer encantamientos malignos y curar las mutaciones antinaturales, y a cambio convertiría al curado en su vasallo para siempre. Posó su luminosa mirada en el caballero petrificado para deshacer el letargo helado que lo aprisionaba. Los párpados del caballero, envueltos en ese resplandor maravilloso, se abrieron como una flor y sus ojos devolvieron el reflejo del amor que le retornaba la vida. Se movió, era un hombre de nuevo.

—Y, naturalmente, cambió la hidropatía por el matrimonio —me interrumpió el padre.

No respondí porque Ada me acaparaba la atención. La sangre se le había subido al rostro paso a paso y por fin la enseña roja del triunfo de mi estratagema ondeó en la torre más alta. Me miró sin decir nada, pero su expresión me dio esperanzas.

No es necesario que siga; la historia está contada. Como es lógico, conseguí hablar a solas con mi antigua conocida y generosa amiga (mi nuevo amor, mi encantadora modelo) antes de que partiera a Inglaterra. El lector adivinará lo que luego sucedió. La única respuesta que voy a transcribir la recibí algún tiempo después del gran consentimiento que me hizo feliz para siempre.

—Pero, Ada, querida mía, ¿cómo es que pudiste detectar solo con tus brillantes ojos el engaño de la estatua viva?

—Pues —dijo ella, mirándome con picardía— era la primera vez que veía una estatua de mármol con un anillo de oro en el meñique.

Así que me quité el adorno traidor del dedo y se lo puse a ella en la mano.

M’liss

(1863)

Capítulo I

Donde la Sierra Nevada cede el paso a ondulaciones más suaves del terreno y los ríos se vuelven mansos y amarillos, al lado de una gran montaña roja, se levanta
Smith’s
Pocket. Visto al atardecer desde la roja carretera, entre la luz roja y el polvo rojo, las casas blancas parecen montículos de cuarzo en la ladera de la montaña. La diligencia roja, llena de pasajeros de camisa roja, se pierde de vista varias veces mientras desciende por el tortuoso camino y reaparece de improviso en sitios apartados, hasta desaparecer del todo a unos cien metros del pueblo. Es probable que la peculiar circunstancia en que suele encontrarse el recién llegado a
Smith’s
Pocket se deba a este quiebro repentino de la carretera. El viajero se apea del vehículo en las oficinas de la diligencia y lo más fácil es que eche a andar con plena confianza y salga otra vez del pueblo creyendo que va bien encaminado. Se cuenta que un peón del túnel encontró a uno de estos viajeros confiados a tres kilómetros del pueblo, con una bolsa de tela fuerte, un paraguas, un ejemplar de
Magazine
Harper’s
y otras muestras de «civilización y refinamiento», que iba andando por la carretera que acababa de recorrer en la diligencia, empeñado

vanamente en encontrar el asentamiento de
Smith's
Pocket.

Un viajero observador podía encontrar alguna compensación por la molestia en la irreal vista de los alrededores. La falda de la montaña presentaba fisuras enormes y desmontes de tierra roja que evocaban más el caos de un levantamiento geológico primario y elemental que la mano del hombre; de la mitad de la ladera hacia el pie, un canal largo tendía su estrecho cuerpo y sus patas desproporcionadas por encima del abismo como un fósil gigantesco de un desconocido ser antediluviano. A cada paso cruzaban el camino acequias más pequeñas ocultando en sus profundidades amarillentas feos regueros que corrían a unirse clandestinamente, más abajo, con el gran torrente amarillo, y por todas partes se veían cabañas ruinosas de las que solo quedaba en pie la chimenea y la piedra angular del hogar al aire libre.

El nombre del asentamiento se debe a que un Smith verdadero descubrió un «criadero» en ese lugar. En media hora, Smith sacó de allí cinco mil dólares. Él, junto con otros, invirtió tres mil en construir el canal y el túnel. Y después se descubrió que el criadero era solo un depósito y que, como todos los depósitos, podía agotarse. Aunque Smith hizo excavaciones en las entrañas de la gran montaña roja, aquellos cinco mil dólares fueron la primera y última recompensa a sus esfuerzos. La montaña se volvió reticente a desvelar sus secretos de oro, y el canal se llevó el resto de la fortuna de Smith. Después, el hombre se dedicó a moler cuarzo; después a la hidráulica y a las zanjas, y después, con toda naturalidad, al negocio de los *saloons*. Pronto empezó a correr el rumor de que Smith bebía muchísimo; después se supo que en realidad era un borracho empedernido y, como suele suceder, a la gente le dio por pensar que lo era desde siempre. Pero por suerte el asentamiento
Smith's
Pocket, como tantos otros, no dependía de la fortuna del pionero fundador, y llegaron otros que excavaron túneles y encontraron criaderos. Y, así,
Smith's
Pocket se convirtió en un asentamiento con sus dos tiendas de moda, sus dos hoteles, sus oficinas de transporte y sus dos primeras

familias. De vez en cuando la larga calle se apocaba ante las últimas modas de San Francisco, que aparecían de pronto, importadas por correo para las dos familias en exclusiva; la naturaleza ultrajada, llena de zanjas y surcos, parecía aún menos atractiva, y era como un insulto para la mayor parte de la población, que los domingos se mudaba la ropa no por otra necesidad que la limpieza desprovista de lujos y adornos. Había también una iglesia metodista y al lado un salón para jugar al monte[2]; un poco más allá, una pequeña casa-escuela.

Una noche, el maestro, como lo llamaba su pequeño rebaño, estaba solo en la escuela ante unos cuadernos de caligrafía, dibujando esos caracteres nítidos y gruesos que se supone que combinan los extremos de la excelencia caligráfica y moral, y había llegado a «Las riquezas son engañosas» y estaba elaborando un nombre con una letra adornada tan falta de sinceridad que encajaba muy bien con la esencia del texto, cuando llamaron suavemente a la puerta. Los pájaros carpinteros no habían parado de picotear en todo el día en el tejado, así que ese ruido no lo molestó. Pero la puerta se abrió y seguían llamando desde dentro, y entonces sí levantó la cabeza. Le sorprendió ver a una niñita sucia y desaliñada. Sin embargo, los grandes ojos negros, el pelo sucio y mate que le caía, enredado, sobre la cara tostada por el sol, los brazos y piernas rojos y los pies manchados de tierra roja le resultaban conocidos. Era Melissa Smith, la hija de Smith, huérfana de madre.

«¿Qué querrá?», se preguntó el maestro. Todo el mundo conocía a
«M'liss»,
pues así la llamaban a lo largo y ancho de la montaña roja. Todos sabían que era una niña incorregible. Su actitud fiera e ingobernable, sus rarezas demenciales y su carácter sin ley eran, en su terreno, tan proverbiales como la historia de las flaquezas de su padre, y la gente del pueblo las aceptaba con la misma filosofía. Forcejeaba y peleaba con los niños de la escuela empleando un lenguaje más procaz que ellos e igual fuerza. Seguía rastros como un auténtico leñador y el maestro la había visto en otras ocasiones a kilómetros de distancia, descalza, sin medias y sin sombrero, en la carretera de la montaña. En estos largos peregrinajes voluntarios

hallaba sustento en forma de limosna en los campamentos mineros de la orilla del río. Y no es que no le hubieran dado mayor protección en algún momento: el reverendo Joshua McSnagley, predicador «fijo», la había colocado de sirvienta en el hotel, habiéndola refinado previamente, y le había presentado a sus alumnos de la escuela dominical. Pero a veces tiraba platos al dueño y respondía sin demora a las «gracias» toscas de los huéspedes; en la escuela dominical creaba una sensación tan contraria a la placidez y a la monotonía de la institución que, en consideración a los trajes almidonados y la moral sin tacha de los dos niños sonrosados y blancos de las primeras familias, el reverendo caballero se vio obligado a expulsarla ignominiosamente. Estos eran los antecedentes y la personalidad de
M’liss
ante el maestro. Se veían en el vestido hecho jirones, el pelo descuidado y los pies sangrantes, que le pedían compasión. Destellaban en sus ojos negros y atrevidos, y exigían respeto.

—He venido esta noche —dijo rápidamente, con osadía, mirándolo sin pestañear— porque sabía que estaba solo. No vendría si estuvieran las chicas. Me odian, y yo a ellas, por eso. Usted manda en la escuela, ¿verdad? ¡Quiero que me enseñe!

Si a la pobreza del atavío, el desaliño del pelo y la suciedad de la cara hubiera añadido la humildad de las lágrimas, el maestro le habría prodigado la parte debida de compasión y nada más. Pero, con el instinto natural, aunque ilógico, de su especie, la osadía de la niña le despertó algo semejante al respeto que toda personalidad original siente inconscientemente por otra igual, sea en el grado que sea. Y la miró con mayor detenimiento, mientras ella seguía hablando rápidamente, con una mano en el pomo de la puerta, sin perderlo de vista.

—Me llamo M’liss, M’liss Smith. Puede poner la mano en el fuego. Mi padre es el viejo Smith, Bummer Smith, eso es lo malo que tiene.
M’liss
Smith… y ¡quiero venir a la escuela!

—¿Ah, sí? —dijo el maestro.

Acostumbrada como estaba a que le frustraran los planes y le llevaran la contraria, a menudo sin motivo, cruelmente, sin más

intención que provocar los impulsos violentos de su naturaleza, la flema del maestro la pilló desprevenida. Se quedó quieta. Empezó a retorcerse un mechón de pelo y la línea rígida del labio superior que cubría los maliciosos dientecillos se relajó y tembló ligeramente. Después bajó la mirada y algo semejante al sonrojo le inundó las mejillas e intentó asomar entre los churretones de tierra roja y la tez curtida a lo largo de sus pocos años. De pronto se lanzó hacia delante pidiendo a Dios que la matara allí mismo y, débil e indefensa, cayó sobre la mesa del maestro llorando y gimiendo como si se le fuera a partir el corazón.

El maestro la levantó suavemente y esperó a que se le pasara el ataque. Cuando, sin querer mirarlo todavía, repetía entre hipos el *mea culpa* de su infantil penitencia (que sería buena, que no quería hacerlo, etcétera), se le ocurrió preguntarle por qué había dejado de asistir a la escuela dominical.

¿Que por qué había dejado la escuela dominical? ¿Por qué? Ah, sí. ¿Por qué quería (el señor McSnagley) decirle que era mala? ¿Por qué le decía que Dios la aborrecía? Si Dios la aborrecía, ¿para qué iba a ir a la escuela dominical? ¡No quería que la «contemplara» nadie que la aborreciera!

¿Se lo había dicho a McSnagley?

Sí.

El maestro se echó a reír. Fue una risa sana que levantó ecos extraños en la pequeña escuela y parecía tan incoherente y discordante en comparación con los suspiros de los pinos de fuera que enseguida dejó de reírse y también suspiró. Sin embargo, el suspiro fue muy sincero y, después de un momento de seriedad y silencio, preguntó a la niña por su padre.

¿Su padre? ¿Qué padre? ¿El padre de quién? ¿Acaso había hecho algo por ella alguna vez? ¿Por qué la odiaban las chicas? ¡No se valía! ¿Por qué decía la gente

«M’liss,

la del viejo Bummer Smith» cuando la veían pasar? Sí, claro que sí. Ojalá se hubiera muerto… y ella… y todo el mundo; y rompió a llorar otra vez.

Entonces el maestro se agachó para hablarle y le dijo lo mejor que pudo lo que habríamos dicho usted o yo después de oír unas teorías tan antinaturales de unos labios infantiles; pero, teniendo en

cuenta, tal vez mejor que usted o yo, lo antinatural del harapiento vestido, los pies sangrantes y la sombra omnipresente del borracho de su padre, y después de ponerla de pie, le arregló el manto sobre los hombros, le dijo que volviera por la mañana a primera hora y la acompañó hasta el camino. Allí le dio las buenas noches. La luna brillaba enfrente de ellos en el angosto sendero. El maestro se quedó mirando la silueta encogida y esperó a que pasara el pequeño cementerio y llegara a la curva de la montaña; allí se detuvo la niña un momento como una simple mota de sufrimiento recortada contra las lejanas y pacientes estrellas. El maestro volvió después a su trabajo, pero ahora las líneas del cuaderno de caligrafía se confundían con paralelas largas de un camino sin final por el que pasaban siluetas infantiles gimiendo y llorando en la noche. La escuelita parecía más solitaria que antes y el maestro cerró la puerta y se fue a casa.

A la mañana siguiente, M'liss fue a clase. Se había lavado la cara y en el grueso pelo negro se apreciaban señales de lucha reciente con el peine, lucha en la que ambas partes habían sufrido. De vez en cuando asomaba a sus ojos la mirada desafiante de antes, pero la actitud general era más dócil y sumisa. Después vino una serie de pequeñas pruebas y sacrificios, tanto para la alumna como para el maestro, que reforzó la confianza y la comprensión entre ellos. Aunque en presencia del maestro se mostraba obediente, a veces, en el recreo, si la contradecían o la provocaban con cualquier tontería, M'liss
se enfurecía, se descontrolaba y a menudo alguno de sus brutos compañeros, que había tomado de la misma medicina que aplicaba él, acudía temblando al maestro con arañazos en la cara y la chaqueta rasgada, a quejarse de la temible
M'liss.
La división entre la gente del pueblo era radical en esta cuestión: unos amenazaban con sacar a sus hijos de la escuela y otros veían con idéntico ardor los esfuerzos del maestro por recuperar a la niña. Entretanto, con una persistencia tenaz que, al recordarlo más adelante, lo asombraba, el maestro sacó poco a poco a
M'liss
de las tinieblas de su vida anterior como si se tratara del avance

natural por la estrecha senda hasta la que la había acompañado la primera noche de luna en que se conocieron. Sin olvidar el trato que el evangélico McSneagly le había dispensado, puso buen cuidado en evitar esa Roca de los Tiempos [3] contra la que el inexperto piloto había estrellado la fe de la pequeña. Pero, si en algunas de sus lecturas tropezó por casualidad con esas pocas palabras que han elevado a otros como ella por encima del nivel de los mayores, más sabios y más prudentes, si aprendió algo de una fe cuyo símbolo es el sufrimiento y la luz de sus ojos se suavizó, no fue en forma de lección. Unas pocas personas, de las más humildes, juntaron algún dinero con el que la andrajosa
M'liss
pudo adquirir un vestuario decente y civilizado; y, a menudo, un rudo apretón de manos y unas sencillas palabras de agradecimiento de un hombre fornido con camisa roja arrebolaba las mejillas del joven maestro y le hacían pensar si de verdad se las merecía.

Habían pasado tres meses desde la primera vez; una tarde a última hora, el maestro estaba repasando las sentenciosas y morales frases de muestra para la caligrafía cuando llamaron a la puerta y
M'liss
volvió a presentarse delante de él. Iba limpia y aseada de vestido y de cara; el largo pelo negro y los brillantes ojos oscuros eran tal vez lo único que recordaba a su primera aparición.

—¿Está ocupado? ¿Puede venir conmigo? —Y, al ver que estaba dispuesto, añadió en su antiguo estilo apremiante—: Entonces vamos, ¡rápido!

Salieron juntos al oscuro camino. Al llegar al pueblo el maestro le preguntó adónde iba, y ella respondió:

—A ver a mi padre.

Era la primera vez que la oía llamarlo por ese título filial, o por cualquier otro que no fuera «el viejo Smith» o «el viejo» a secas. En realidad era la primera vez que hablaba de él en tres meses, y el maestro sabía que se había apartado de él resueltamente desde el gran cambio. Comprendió que era inútil preguntarle con qué objeto y se limitó a seguirla sin más. Precedido por
M'liss,
entró y salió de sitios recónditos, de tabernuchas, restaurantes y *saloons*; de garitos de juego y salas de baile. La niña, sin soltar la

mano del maestro, se asomaba a los antros cargados de humo y gritos blasfemos y buscaba con impaciencia, ajena a todo, completamente absorta. Algunos parroquianos, al reconocer a la niña, la llamaban y le pedían que cantara y bailara para ellos, y la habrían obligado a beber de no haber sido porque el maestro se lo impedía. Otros, al reconocerlo a él, les abrían paso en silencio. Así estuvieron una hora. Después, la niña le dijo al oído que había una cabaña en la otra orilla del río, cruzando por el canal largo, y que a lo mejor estaba allí. Y hasta allí fueron, un arduo paseo de media hora, pero en vano. Volvían por la zanja de una acequia, mirando las luces del pueblo, al otro lado del río, cuando de repente, una detonación seca y rápida resonó en el aire limpio de la noche. El eco la recogió y la llevó a todos los rincones de la montaña roja; los perros empezaron a ladrar en todos los ríos. Se encendieron luces en las afueras del pueblo, que se movieron de un lado a otro unos momentos, el río se cubrió de ondas y chapoteos, un viento fuerte agitó las ramas de los fúnebres pinos y después se hizo un silencio más espeso, más denso, más mortal. El maestro se volvió hacia
M’liss
en un gesto inconsciente de protección, pero la niña se había ido. Agobiado por un miedo extraño, echó a correr rápidamente por el sendero hasta el lecho del río y, saltando de piedra en piedra, llegó al pie de la montaña roja y a las afueras del pueblo. Mientras cruzaba, miró hacia arriba y, atemorizado, contuvo el aliento. Mucho más arriba, en el estrecho canal, vio la pequeña silueta de la niña, que cruzaba rápidamente en la oscuridad.

Subió por el terraplén y, guiado por unas pocas luces que se movían alrededor de un punto en la montaña, enseguida se encontró, sin aliento, entre unos cuantos hombres asustados y entristecidos. Y de pronto apareció la niña entre ellos; cogió la mano al maestro y, en silencio, lo llevó a algo que parecía una oquedad irregular de la montaña. La niña estaba muy pálida, pero ya no estaba nerviosa, tenía una expresión como si por fin hubiera sucedido algo que esperaba hacía tiempo, una expresión que, para gran asombro del maestro, le pareció casi de alivio. Unos maderos podridos aguantaban las paredes de la cueva. La niña señaló algo que parecía un montón de ropa harapienta y vieja que hubiera dejado allí el último inquilino. El maestro se acercó con una vela

encendida y se agachó sobre el montón. Era Smith, frío, con una pistola en la mano y una bala en el corazón, que yacía junto a su criadero.

Capítulo II

El «cambio de corazón» que, en palabras de McSnagley, se había obrado supuestamente en
M'liss
se describía en las quebradas y en los túneles con mayor contundencia. Se decía que la niña había «encontrado una buena veta». Así, cuando se cerró una nueva tumba en el pequeño recinto y, por cuenta del maestro, se colocó encima una pequeña placa de madera con una inscripción, el *Red Mountain Banner* dio cumplida noticia y homenajeó como es debido a uno de «nuestros primeros pioneros» aludiendo con elegancia a ese «azote de nobles inteligencias» y, por lo demás, relegando a nuestro querido hermano al pasado. «Deja una sola huérfana para llorar su pérdida —decía el *Banner*— que ahora es una alumna ejemplar gracias al esfuerzo del reverendo McSnagley». Lo cierto es que el reverendo insistía mucho en la conversión de
M'liss
y, atribuyendo indirectamente a la infortunada niña el suicidio de su padre, en la escuela dominical, hizo alusiones conmovedoras a los efectos benéficos del «silencio de la tumba», animosas observaciones que dejaron a los niños mudos de espanto e hicieron llorar desconsoladamente a los nobles y angelicales vástagos de las primeras familias, que se negaron a que los consolaran.

Llegó el largo y seco verano. Mientras los días ardientes se apagaban con un tufillo de humo gris perla en la cima de las montañas y la brisa que se levantaba esparcía sus brasas rojas sobre el paisaje, el verdor que a principios de primavera cubría la tumba de Smith se marchitó, se secó y se endureció. Entretanto el maestro, que paseaba por el pequeño cementerio los domingos por la tarde, se llevaba a veces la sorpresa de encontrar flores silvestres esparcidas por el suelo, recogidas en los húmedos bosques de pinos

que por allí abundaban, y, más a menudo, coronas primitivas colgadas de la sencilla cruz de pino. Casi todas estas coronas eran de hierbas aromáticas, de las que a los niños les gustaba guardar en el pupitre, hechas con flores de castaño, lilas y anémonas silvestres entretejidas, y también alguna que otra oscura caperuza azul de matalobos, el acónito venenoso. La extraña asociación de esta planta nociva con las tumbas ocasionó al maestro una sensación dolorosa más profunda que la meramente estética. Un día, dando un paseo largo, al cruzar una cresta boscosa se encontró con M'liss en medio de los árboles, subida a un pino caído, en un trono fantástico formado por secas ramas colgantes, con el regazo lleno de hierbas y erizos de castaña, canturreando para sí una melodía de negros de su vida anterior. Lo reconoció de lejos, le hizo sitio en su elevado sitial y, con un sentido de la hospitalidad y la protección que habría resultado ridículo si no hubiera sido tan tremendamente sincero, le ofreció piñones y manzanas silvestres. Al ver que tenía en el regazo unas flores oscuras de acónito, el maestro aprovechó la ocasión para hablarle de la toxicidad de esa planta y consiguió que le prometiera que no volvería a tocarla mientras fuera alumna suya. Hecho lo cual (pues había comprobado en ocasiones anteriores que la niña cumplía su palabra) se quedó satisfecho y la extraña sensación que le había dado al verlas desapareció.

De las casas que habían ofrecido cobijo a M'liss al divulgarse la noticia de su conversión, el maestro prefería la de la señora Morpher, un ejemplar femenino y bondadoso de flor del sureste a la que en su juventud llamaban «rosa de la pradera». Era una mujer de las que luchan resueltamente contra su naturaleza y, por medio de muchos sacrificios y esfuerzos, había logrado someter su natural disposición descuidada a los principios del «orden», que consideraba, como el señor Pope[4], «la primera ley de Dios». Sin embargo, por muy regulares que fueran sus movimientos, no lograba gobernar por completo la órbita de sus satélites y hasta su «Jeemes» colisionaba a veces con ella. Sus hijos eran una réplica de su antigua manera de ser. Lycurgus asaltaba la despensa entre comidas y Aristides volvía a casa sin zapatos, pues, por darse el placer de pasear un poco por las zanjas, se le olvidaban a la puerta

de la escuela estos importantes complementos. Octavia y Cassandra no cuidaban nada su ropa. Por lo tanto, con una sola excepción, aunque la rosa de la pradera hubiera alcanzado una madurez espléndida después de recortar, podar y domesticar su forma de ser, los brotes le salían torcidos y asilvestrados. La excepción era Clytemnestra Morpher, de quince años. Era la encarnación de la inmaculada concepción de su madre: limpia, ordenada y sosa.

En su debilidad, la señora Morpher tenía la bondad de imaginarse que Clytie era un consuelo y un modelo para
M'liss.
Confiando en esta falacia, cuando
M'liss
«se portaba mal», la señora Morpher le llenaba la cabeza de Clytie y se la ponía delante como objeto de adoración en sus momentos de castigo. Por ese motivo al maestro no le extrañó cuando le dijeron que también iría a la escuela, como favor, evidentemente, al maestro y como ejemplo para
M'liss
y los demás. Porque Clytie era ya casi una señorita. Había heredado las peculiaridades físicas de su madre y, de acuerdo con las leyes climáticas de la región de la montaña roja, era una flor temprana. Los jóvenes de
Smith's
Pocket, poco acostumbrados a esta clase de flores, suspiraban por ella en abril y languidecían en mayo. Jóvenes pretendientes enamorados merodeaban por la escuela a la hora de salir. Algunos tenían celos del maestro.

Tal vez fue esta última circunstancia la que abrió los ojos del maestro a otra. No pudo evitar darse cuenta de que Clytie era romántica; de que reclamaba mucha atención en la escuela; de que siempre se le estropeaba la pluma y había que arreglarla; de que por lo general se lo pedía con una mirada expectante, un tanto desproporcionada en comparación con el servicio que requería; de que a veces se permitía apoyar un brazo blanco, torneado, redondeado y relleno en el suyo, cuando le ponía la muestra de caligrafía; de que siempre que se ruborizaba se echaba hacia atrás los rubios rizos. No sé en qué momento he dicho que el maestro era joven… aunque carece de importancia, en realidad; lo habían

educado con severidad en la escuela en la que Clytie recibía ahora la primera lección y, por costumbre, sobrellevaba las curvas flexibles y las miradas disimuladas como buen espartano que era. Tal vez la alimentación insuficiente tuviera algo que ver en este ascetismo. El caso es que evitaba a Clytie; pero una tarde, la muchacha volvió a la escuela a buscar una cosa que se la había olvidado y no la encontró hasta que el maestro la acompañó a su casa; dicen que se esforzaba por tratarla con particular amabilidad, aunque imagino que en parte esto se debía al rencor y la rabia que inspiraba su proceder en el corazón doliente de los admiradores de Clytemnestra.

A la mañana siguiente, M'liss no fue a la escuela. Llegó el mediodía y tampoco. El maestro preguntó a Clytie por la niña y, al parecer, habían salido juntas de casa, pero la caprichosa
M'liss
se había ido por otro camino. Tampoco llegó con la tarde. Al anochecer fue a casa de la señora Morpher, que estaba real y maternalmente alarmada. El señor Morpher había pasado todo el día buscándola sin encontrar rastro alguno que pudiera darle una pista de su paradero. Preguntaron a Aristides, su posible cómplice, pero el equitativo niño consiguió convencer de su inocencia a toda la casa. La señora Morpher estaba convencida de que la encontrarían ahogada en un canal o, lo que era casi igual de horrendo, tan cubierta de lodo y suciedad que no habría jabón capaz de limpiarla. Muy afectado, el maestro volvió a la escuela. Cuando encendió la lámpara y se sentó en su mesa, encontró una nota dirigida a él, con letra de
M'liss.
Parecía haberla escrito en una hoja de un diario viejo y, para evitar que cualquiera husmeara en ella, la había sellado con seis pegotes resquebrajados de engrudo. El maestro la abrió casi con ternura y leyó lo siguiente:

Respetable señor:

Cuando lea esto me habré escapado para nunca más volver. Nunca, nunca, nunca. Dé mis cuentas a Mary Jennings, y mi *Pride Amerika's*
[una litografía multicolor de una caja de tabaco] a Sally Flanders.

Pero no dé nada a Clytie Morpher. No se atreva a darle nada. ¿Sabe lo que opino de ella? Pues que es completamente insoportable.

Eso es todo, y nada más de momento.

Con todos mis respetos,

MELISSA SMITH

El maestro se quedó pensando en esta extraña epístola hasta que la luna levantó su cara brillante por encima de las montañas lejanas e iluminó el camino de la escuela, muy pisoteado con las idas y venidas de tantos piececitos. Después, un poco más satisfecho mentalmente, rompió la misiva en trozos pequeños y los tiró por el camino.

Al amanecer del día siguiente, caminando entre helechos que parecía palmeras y la densa vegetación baja del bosque de pinos, después de asustar a una liebre y levantar las protestas de algunos cuervos disolutos que, evidentemente, habían pasado una gran noche, llegó a la cresta boscosa en la que un día había encontrado a M'liss.

Vio el pino caído y los ramilletes de ramas, pero no había nadie en el trono. Al acercarse, algo que podía ser un animal asustado se movió entre las ramas crujientes. Subió por los brazos inquietos del monarca caído y se refugió entre el follaje amigo. El maestro llegó al sitial y encontró el nido caliente; miró hacia arriba, entre las ramas, y vio los ojos negros de la niña errante. Se miraron sin hablar. Ella fue la primera que rompió el silencio.

—¿Qué quiere? —le preguntó secamente.

El maestro tenía un plan.

—Manzanas silvestres —dijo con humildad.

—Pues ¡no le daré ni una! ¿Por qué no se las pide a Clytemnestra? —

M'liss

parecía disfrutar al disponer de un nombre con tantas sílabas para expresar su enfado—. ¡Es usted malo!

—Tengo hambre, Lissy. No he comido nada desde anoche. ¡Estoy hambriento! —Y el joven, tremendamente cansado, se apoyó contra el árbol.

Aquello le llegó al corazón. Conocía, de su amarga época de vida gitana, la sensación que con tanto arte simulaba ahora el maestro.

Conmovida por el tono desgarrado, pero suspicaz todavía, dijo:

—Cave al pie del árbol, entre las raíces, y encontrará muchas; pero no se lo diga a nadie. —Porque M'liss tenía sus propias provisiones, como las ratas y las ardillas.

Sin embargo, naturalmente, el maestro fue incapaz de encontrarlas, tal vez cegado por el hambre. M'liss estaba impaciente. Un rato después, lo miró con malicia entre las hojas y le preguntó:

—Si bajo y se las doy yo, ¿promete que no me tocará?

El maestro se lo prometió.

—¡Que se muera si me toca!

El maestro aceptó la disolución instantánea en prenda. M'liss bajó del árbol. Se quedaron en silencio mientras él comía piñones.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó ella con cierta amabilidad.

El maestro confesó que empezaba a recuperarse y, después de darle las gracias con gran seriedad, inició la retirada por donde había venido. Tal como esperaba, no se había alejado mucho cuando ella lo llamó. Dio media vuelta. Ella estaba allí, pálida, con los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas. El maestro creyó que este era el momento. Se acercó, le cogió las dos manos y, mirándola a los ojos llorosos, dijo con seriedad:

—Lissy, ¿te acuerdas de la primera vez que fuiste a verme?

Lissy dijo que sí.

—Me preguntaste que si podías ir a la escuela, porque querías aprender cosas y ser mejor, y te dije…

—Que sí —respondió ella enseguida.

—¿Qué dirías tú si ahora viniera el maestro a verte a ti y te dijera que echa de menos a su pequeña alumna y que quiere que vuelva y le enseñe a ser mejor?

La niña agachó la cabeza un momento, en silencio. El maestro esperó con paciencia. Tentada por la quietud, una liebre llegó corriendo y se detuvo cerca de ellos; levantó unos ojillos brillantes y unas patas aterciopeladas y se quedó mirándolos. Una ardilla bajó hasta la mitad del arrugado tronco del árbol caído y se detuvo.

—Estamos esperando, Lissy —susurró el maestro, y la niña

sonrió.

Los árboles se mecieron en la brisa y un largo haz de luz se coló entre las ramas y cayó de lleno en la cara dubitativa e irresoluta de la niña. De repente cogió al maestro de la mano según su estilo rápido. Lo que dijo apenas se oyó, pero el maestro le apartó el pelo de la frente y le dio un beso; y así, de la mano, salieron de las húmedas islas del bosque y sus aromas a la luz del camino.

Capítulo III

M'liss trataba a sus compañeros de escuela con menos desprecio, pero seguía en actitud ofensiva con Clytemnestra. Es posible que el elemento de los celos no se hubiera adormecido del todo en su corazoncito. O tal vez fuera porque las suaves curvas y la silueta más llena ofrecieran más superficie en la que pellizcar. Sin embargo, puesto que delante del maestro no se permitían esta clase de explosiones, la enemistad tomaba a veces formas nuevas imposibles de controlar.

Según las primeras impresiones que tenía el maestro del carácter de la niña, no creía que hubiera tenido nunca una muñeca, pero, como muchos otros conocedores declarados del carácter, razonaba mejor *a posteriori* que *a priori*.

M'liss

tenía una muñeca y sin duda era su muñeca: una réplica de sí misma en miniatura. La señora Morpher había descubierto su desdichada existencia. Había sido la compañera de vagabundeos de

M'liss

y tenía señales evidentes de lo que había sufrido. Hacía tiempo que la habían ungido con el limo de las zanjas y la exposición a la intemperie le había borrado el color de la cara. Recordaba bastante a

M'liss

en tiempos pasados. El único vestido, de tela descolorida, sucio y hecho jirones, era como el que llevaba antes la niña. No se sabía que le hubiera dedicado nunca palabras tiernas y cariñosas. Jamás se la enseñaba a otros niños. La ponía a dormir con severidad en el

hueco de un árbol, cerca de la escuela, y solo se le permitía hacer un poco de ejercicio cuando
M’liss
se iba a vagabundear. En estricto cumplimiento de sus deberes con la muñeca, la privaba de toda clase de lujos, lo mismo que a sí misma.

La señora Morpher, obedeciendo un impulso encomiable, compró otra muñeca y se la regaló. La niña la recibió con solemnidad y curiosidad. Un día, al mirarla, el maestro creyó encontrarle un ligero parecido con Clytemnestra en las mejillas redondas y rojas y en los tiernos ojos azules. Poco después se hizo evidente que
M’liss
se había dado cuenta de la semejanza. Como consecuencia, le golpeaba la cabeza contra las piedras cuando estaba sola y a veces la arrastraba, atada con una cuerda por el cuello, al ir o volver de la escuela. Otras veces la ponía en su pupitre y convertía el inofensivo cuerpo en un acerico. Tanto si hacía esto a modo de venganza por lo que consideraba una segunda imposición simbólica de las excelencias de Clytie como si tenía un conocimiento intuitivo de determinados ritos paganos y, al permitirse esa ceremonia fetiche, se imaginaba que el original de su modelo de cera languidecería y al fin moriría, es una cuestión metafísica en la que no voy a entrar aquí.

A pesar de estas extravagancias morales, el maestro advertía en las diversas tareas de la niña los efectos de una percepción rápida, incansable y vigorosa. No conocía las vacilaciones ni las dudas de la infancia. Las respuestas que daba en clase siempre tenían un matiz de audacia. Naturalmente, no era infalible, pero el valor y el atrevimiento con que se lanzaba a profundidades inimaginables para ella y para los apocados nadadores que la rodeaban salvaba, a los ojos de estos, todos los errores que pudiera cometer. En este aspecto, los niños no son mejores que los adultos y cada vez que la manita roja se levantaba por encima del pupitre se hacía un silencio expectante, e incluso a veces ponía al maestro en un aprieto y lo hacía dudar de su propia experiencia y saber.

No obstante, algunas características que al principio le resultaban graciosas y divertidas empezaron a plantearle dudas

graves. Veía claramente que
M’liss
era vengativa, irreverente y caprichosa. Que tenía una cualidad mejor, fruto de su disposición semisalvaje: la facultad de la fortaleza física y el sacrificio; y otra, que no siempre es atributo del salvaje noble: la verdad.
M’liss
era audaz y sincera a un tiempo; aunque tal vez, en una personalidad como la suya, estas palabras fueran sinónimas.

El maestro pensaba mucho en estas cosas y había llegado a la conclusión, bastante común entre los que piensan, de que era esclavo de sus propios prejuicios, cuando decidió ir a ver al reverendo McSnagley en busca de consejo. Esta decisión era en cierto modo humillante para él: en realidad no eran amigos. Pero el recuerdo de
M’liss
y de aquella primera tarde en que se conocieron, y tal vez con una comprensible idea supersticiosa de que no solo la suerte había guiado esos piececillos voluntariosos a la escuela, y quizá complaciéndose un tanto en la singular magnanimidad de la acción, contuvo la aversión y fue a verlo.

El reverendo se alegró. Además, advirtió que el maestro parecía «animado» y esperaba que se le hubieran pasado la neuralgia y el reumatismo. También a él lo habían aquejado algunas dolencias desde la última vez que se habían visto. Pero había aprendido a sobrellevarlo rezando.

Calló un momento para dar tiempo al maestro a que tomara nota en su cuaderno mental del curioso método que aplicaba para aliviarse de las dolencias y a continuación le preguntó por la hermana Morpher.

—Es un ornamento para la cristiandad y cuida muy bien de su joven prole —añadió McSnagley—, con esa jovencita tan modosa y bien educada que tiene, la señorita Clytie.

Lo cierto es que las virtudes de Clytie parecían conmoverlo mucho, pues se entretuvo unos minutos en repasarlas a conciencia. El maestro estaba doblemente desconcertado. En primer lugar, por el enorme contraste con la pobre
M’liss,

después de tan encendidas alabanzas a Clytie. En segundo, el tono confidencial al hablar de la primogénita de la señora Morpher le resultaba incómodo. Y así, después de un par de intentos inútiles de decir algo natural, se le ocurrió traer a colación otro tema y se fue sin consultar lo que quería, pero después, pensándolo, culpó injustamente al reverendo de este resultado negativo.

Es posible que ese resultado uniera una vez más al maestro y la alumna como antes. La niña parecía advertir el cambio en la actitud del maestro, que últimamente estaba más contenido y, en uno de sus largos paseos después de comer, se detuvo de repente y, subida en un tocón, lo miró directamente a la cara con una expresión inquisitiva.

—¿No está loco? —le dijo, sacudiéndose las trenzas interrogativamente.

—No.

—¿Ni preocupado?

—No.

—¿Ni tiene hambre?

El hambre era para M'liss una enfermedad que podía atacar a cualquiera en cualquier momento.

—No.

—¿Ni está pensando en ella?

—¿En quién, Lissy?

—Es esa chica blanca.

Era el último epíteto que se le había ocurrido a
M'liss,
que era morenita, para referirse a Clytemnestra.

—No.

—¿Me da su palabra?

(Un eufemismo por «¡Así te mueras!» que le había propuesto el maestro).

—Sí.

—¿Palabra de honor?

—Sí.

M'liss le dio un beso breve y feroz, se bajó del tocón y echó a correr. Los dos o tres días siguientes accedió a portarse como los otros niños y a ser «buena», como decía ella.

Hacía dos años que el maestro había llegado a
Smith's
Pocket y, como el salario no era generoso y la idea de que el pueblo se convirtiera en la capital del estado no parecía clara, empezó a pensar en trasladarse a otra parte. Había informado de sus intenciones a los administradores de la escuela, pero, como uno de los escasos jóvenes educados y de moral sin tacha de su época, consintió en seguir impartiendo las clases todo el invierno, hasta principios de primavera. Nadie más sabía lo que se proponía, solo su único amigo, un tal doctor Duchesne, un joven médico criollo al que las gentes de Wingdam llamaba Duchesny. No se lo dijo a la señora Morpher, ni a Clytie ni a ninguno de sus alumnos. Esta reticencia se debía en parte a su disposición natural a no armar escándalos y en parte a la idea de evitar las preguntas y suposiciones de la curiosidad vulgar, pero también a que en realidad nunca creía que fuera a hacer algo hasta que lo hacía.

No quería pensar en M'liss. Tal vez fuera un instinto egoísta lo que le hacía imaginar que los sentimientos que le inspiraba la niña eran una tontería romántica y nada práctica. Incluso intentó convencerse de que mejoraría bajo el control de un maestro mayor y más estricto. Por otra parte, tenía once años, dentro de otros pocos sería una mujer, según las reglas de la montaña roja. Él había cumplido con su deber. Después de la muerte de Smith, había escrito a los familiares y había recibido respuesta de una hermana de la madre de Melissa. Daba las gracias al maestro y le comunicaba que unos meses más tarde dejaría los estados atlánticos y se iría a California con su marido. Era esta una superestructura liviana para el castillo en el aire que se hacía el maestro de lo que podía ser un hogar para
M'liss,
y es que era fácil imaginarse que una mujer comprensiva y cariñosa, y además de la familia, pudiera guiar mejor su torcida naturaleza. Sin embargo, cuando le leyó la carta,
M'liss
no prestó mucha atención, la recibió sumisamente y después, para evitar malentendidos, con unas tijeras la convirtió en monigotes que representaban a Clytemnestra, con las palabras «la chica blanca», y los empaló en las paredes exteriores de la escuela.

Cuando el verano tocaba a su fin y se habían recogido las últimas cosechas de los valles, el maestro pensó que también podría recoger el fruto de lo que había sembrado entre sus pequeños y celebrar su propia fiesta de la cosecha haciéndoles un examen. Para ello convocó a los sabios y profesionales de
Smith's
Pocket para que asistieran a la tradicional costumbre de poner en un brete a niños tímidos y amedrentarlos como a testigos en un juicio. Como sucede en estos casos, los más audaces y seguros de sí mismos fueron los afortunados ganadores de los honores. El lector se imaginará que, en este ejemplo concreto, las que sobresalieron y dividieron la atención del público fueron
M'liss
y Clytie.
M'liss,
por su clara percepción de las cosas y la seguridad en sí misma; Clytie, por su plácido amor propio y su actitud y corrección de santa. Los demás eran apocados y torpes. Naturalmente, la rapidez y la inteligencia de
M'liss
cautivaron al mayor número de personas y se llevó las ovaciones más clamorosas. Los antecedentes de la niña habían despertado inconscientemente una gran compresión entre los hombres musculosos que se apoyaban en las paredes del aula y los atractivos rostros barbudos que miraban por las ventanas. Sin embargo, el éxito de
M'liss
se vio empañado por una circunstancia inesperada.

McSangley se había invitado él solo y se lo había pasado en grande haciendo a los más tímidos las preguntas más imprecisas y ambiguas en un tono lúgubre e imponente. Estaba Melissa volando por las alturas de la astronomía, siguiendo el curso de nuestro moteado globo en el espacio sideral al compás de la música de las esferas celestes y definiendo la órbita constante de los planetas, cuando McSnagley se puso en pie con mucha pompa.

—¡Meelissy! Has hablado de las revoluciones de esta Tierra nuestra y de los movimientos del sol y me ha parecido oír que decías que así era desde la creación, ¿no? —

M’liss
asintió burlonamente—. Bien, ¿es eso verdad? —preguntó el reverendo, cruzándose de brazos.

—Sí —dijo M’liss, cerrando sus pequeños labios rojos con fuerza.

Las atractivas siluetas de las ventanas seguían con gran interés lo que sucedía en el aula de la escuela; un rostro que parecía un santo rafaelino, de rubia barba y tiernos ojos azules, el del peor granuja de los yacimientos, se volvió hacia la niña y susurró:

—¡Plántate ahí, M’liss!

El reverendo exhaló un suspiro hondo y miró al maestro con compasión, después a los niños y por fin a Clytie. La joven levantó con suavidad un brazo blanco y redondeado cuyas curvas seductoras aparecían realzadas por un brazalete grueso y magnífico, regalo de uno de sus más humildes adoradores, que ella llevaba en su honor para la ocasión. Se hizo el silencio. Clytie tenía las mejillas redondas, muy sonrosadas y blandas, y los ojos muy azules y brillantes; la muselina blanca de su vestido escotado reposaba sutilmente en los redondeados hombros blancos. Miró al maestro, este asintió y ella dijo con dulce voz:

—Josué mando al sol que se detuviera y el sol se detuvo.

Se oyó un murmullo grave de aprobación en el aula, McSnagley puso cara de triunfo, el maestro se entristeció y en las ventanas todo eran expresiones cómicas de desilusión.
M’liss
pasó rápidamente las hojas de su libro de astronomía y lo cerró de golpe con un ruido seco. McSnagley soltó un gruñido, el aula se quedó atónita y en las ventanas gritaron cuando
M’liss
dio un puñetazo en el pupitre y declaró rotundamente:

—¡Eso es mentira! ¡Yo no lo creo!

Capítulo IV

La larga estación de las lluvias llegaba a su fin. Se olía la primavera en el vigor de los brotes y en la velocidad de los torrentes. Las fragancias más frescas y aromáticas impregnaban los pinares. Las

azaleas se cubrían de capullos y los lilos preparaban su librea de color lila para la nueva estación. En las verdes praderas que trepaban por la cara sur de la montaña roja, la larga espiga del matalobos crecía sobre su tallo de hojas anchas y volvía a tocar sus oscuras campanillas azules. La hierba que cubría la tumba de Smith se volvió tierna y verde otra vez y se coronó de margaritas y botones de oro. El año anterior habían llegado al cementerio algunos inquilinos nuevos y los túmulos estaban colocados de dos en dos junto a la empalizada, hasta llegar al de Smith, que estaba solo, supersticiosamente aislado, pues nadie quería ocupar la plaza vacante que había a su lado.

Se habían puesto carteles en el pueblo para anunciar la llegada de una famosa compañía de teatro que presentaría una serie de «farsas tronchantes y desternillantes», además de algunos melodramas, para variar, y un gran festival de canciones, bailes, etcétera. Estos espectáculos despertaron gran expectación entre la gente menuda y dieron pie a variadas y emocionantes especulaciones entre los alumnos de la escuelita. El maestro había prometido llevar a
M’liss,
para quien esto era un acontecimiento sagrado y único, y cuando llegó la gran noche «asistieron» los dos.

El espectáculo, al estilo imperante, fue muy mediocre; el melodrama, ni tan malo como para reírse ni tan bueno como para emocionar. Pero el maestro, volviéndose con inquietud a la niña, se quedó perplejo y con una sensación semejante al remordimiento al advertir el efecto tan peculiar que hacía en su excitable naturaleza. La sangre le coloreaba las mejillas a cada jadeo de su corazoncito. Los labios se separaban ligeramente con pasión para dar salida al aliento entrecortado. Los ojos, como platos, empujaban hacia arriba las negras cejas. No se reía de la pésima comicidad del payaso, porque
M’liss
casi nunca se reía. Tampoco la afectó hasta el extremo de recurrir discretamente a la punta de un pañolito blanco, como le sucedía a la tierna Clytie, que hablaba con su «amigo» mientras se comía al maestro con los ojos. Pero, cuando el espectáculo terminó y cayó el telón verde sobre el pequeño escenario,

M’liss
respiró hondo y miró al maestro con gran seriedad; sonrió como disculpándose y, con gesto cansado, dijo:

—¡Ahora lléveme a casa! —Y cerró los ojos como si no quisiera despegarse de lo que había visto en el escenario.

De camino a casa de la señora Morpher, al maestro le pareció oportuno ridiculizar la actuación. No le extrañaría que
M’liss
pensara que la joven que actuaba tan bien estuviera realmente enamorada del caballero del traje elegante. Porque, si estuviera enamorada de verdad, ¡sería una gran desdicha!

—¿Por qué? —preguntó M’liss, levantando los párpados.

—Pues porque no podría mantener a su mujer con el salario que gana, ni pagar tanto por los vestidos elegantes que lleva; y, si se casaran, no ganarían tanto como si solo fueran novios; es decir —añadió el maestro—, si es que no están casados ya, cada uno con otra persona; pero creo que el marido de la bella condesa es el que recoge las entradas a la puerta, alza el telón, apaga las velas y demás menesteres refinados y distinguidos. En cuanto al joven del traje elegante, porque el traje es elegante de verdad y debe de costar al menos dos o tres dólares, por no hablar de la capa roja de tela de alfombra, cuyo precio resulta que conozco, porque compré un poco una vez para mi habitación, en cuanto a ese joven, Lissy, es un tipo que no está mal y, aunque beba un poco alguna vez, no creo que los demás tengan que aprovecharse de eso para ponerle un ojo morado y tirarlo al barro de la calle, ¿no te parece? Te aseguro que, aunque me debiera dos dólares y medio, no se lo echaría en cara como hizo él la otra noche en Wingdam.

M’liss le había cogido una mano entre las suyas e intentaba que la mirase a los ojos, pero el joven lo evitaba resueltamente. La niña no tenía muy desarrollado el sentido de la ironía y a veces se permitía algo así como un humor sardónico, que también se reflejaba en sus actos y en su forma de hablar. Pero el maestro siguió en la misma línea hasta que llegaron a casa de la señora Morpher y la depositó en sus brazos maternales. Declinó sin palabras la invitación a tomar un refresco y descansar un poco y, con la mano por visera para no ver las miradas de sirena que le lanzaban los ojos azules de Clytemnestra, se despidió y se fue a

casa.

Los dos o tres días siguientes al espectáculo de la compañía de teatro,

M’liss

llegó tarde a la escuela y, por una vez, no hubo paseo con el maestro el viernes por la tarde, debido a la ausencia de su fiable guía. Estaba colocando los libros en su sitio y preparándose para salir de la escuela cuando una vocecita dijo a su lado:

—Por favor, señor.

El maestro dio media vuelta y se encontró con Aristides Morpher.

—A ver, hombrecito —le dijo con impaciencia—, ¿de qué se trata? ¡Rápido!

—Por favor, señor, yo y Kerg creemos que

M’liss

va a escaparse otra vez.

—¿Qué dices? —replicó el maestro, con esa injusta irritación con la que siempre recibimos las noticias desagradables.

—Es que, señor, ya no está en casa y Kerg y yo la hemos visto hablando con uno de esos actores, y ahora está con él; y, por favor, señor, ayer nos contó a Kerg y a mí que sabía dar un discurso tan bien como la señorita Cellerstina Montsmoressy, y lo soltó todo de memoria. —Y el pobrecito se quedó sin aliento y no dijo más.

—¿Qué actor? —preguntó el maestro.

—El que lleva el sombrero brillante. Y el pelo. Y el alfiler de oro. Y la cadena de oro —dijo el justo Aristides, poniendo puntos en vez de comas para respirar.

El maestro se puso los guantes y el sombrero con una desagradable tensión en el pecho y el tórax y salió al camino. Aristides iba a su lado casi corriendo, procurando no perder el paso de las largas piernas del maestro, pero este se detuvo de repente y el niño chocó con él.

—¿Dónde estaban hablando? —preguntó, como si la conversación no hubiera terminado.

—En el Arcade —dijo Aristides.

Cuando llegaron a la calle principal el maestro se paró.

—Vete a casa —le dijo al niño—. Si M’liss está allí, ven a decírmelo al Arcade. Si no, quédate. ¡Hala, corre!

Y Aristides echó a correr con sus cortas piernas.

El Arcade estaba justo enfrente: un edificio largo y laberíntico que albergaba una cantina, una sala de billar y un restaurante. Mientras cruzaba la plaza advirtió que dos o tres transeúntes se volvían a mirarlo. Se miró la ropa, sacó el pañuelo y se limpió la cara antes de entrar en la cantina. Había una cantidad normal de parroquianos, que se quedaron mirándolo. Uno lo miraba tan fijamente y con una expresión tan extraña que él se paró a mirarlo a su vez y de pronto se dio cuenta de que era su propio reflejo en el gran espejo. Esto le hizo pensar que tal vez estaba un poco alborotado, así que cogió un ejemplar del *Red Mountain Banner* de una mesa y procuró recomponerse leyendo la sección de anuncios.

Después cruzó la cantina, entró en el restaurante y llegó a la sala de billar. La niña no estaba. En la última sala, junto a una mesa, había una persona que llevaba un sombrero lustroso de ala ancha. El maestro lo reconoció: era el agente de la compañía de teatro; ese tipo le había parecido desagradable desde el primer momento por el estilo peculiar de su barba y su peinado. Satisfecho al ver que el objeto de la búsqueda no se encontraba allí, se dirigió al hombre del sombrero lustroso, quien, por su parte, había visto llegar al maestro, pero intentó el viejo truco de hacerse el tonto en el que siempre caen los más vulgares. Sopesó un taco de billar y fingió que jugaba con una bola en el centro de la mesa. El maestro se plantó enfrente de él hasta que el hombre levantó la cabeza; cuando las miradas se cruzaron, el maestro se acercó.

Tenía intención de evitar cualquier escena o discusión, pero cuando empezó a hablar, algo se le subió a la garganta, de modo que tardó un poco en arrancar y le salió una voz tan grave y sonora que hasta él mismo se asustó.

—Tengo entendido —comenzó— que Melissa Smith, huérfana y alumna mía, ha hablado con usted sobre adoptar su profesión. ¿Es cierto eso?

El hombre se inclinó sobre la mesa e hizo una jugada imaginaria que lanzó la bola rodando por las bandas. Después dio unos pasos alrededor, recuperó la bola y la volvió a dejar en el sitio. Hecho esto y disponiéndose a jugar otra vez, dijo:

—Y ¿si fuera así?

El maestro volvió a atascarse, pero, apretando la banda del billar

con una mano enguantada, prosiguió:

—Si es usted un caballero, solo tengo que decirle que soy su tutor y, por tanto, responsable de su carrera. Usted sabe tan bien como yo la clase de vida que puede ofrecerle. Como le puede confirmar cualquiera de este pueblo, ya la he rescatado de una vida peor que la muerte… de las calles y la contaminación del vicio. Tengo intención de volver a hacerlo. Hablemos de hombre a hombre. Ella no tiene padre ni madre, hermanos ni hermanas. ¿Piensa darle usted el equivalente a todo esto?

El hombre miró con atención la punta del taco y después echó un vistazo a los lados, a ver si había alguien con quien reírse.

—Sé que es una niña rara y caprichosa —continuó el maestro—, pero es mejor de lo que era. Creo que todavía ejerzo cierta influencia sobre ella. Por lo tanto, le pido y le ruego que no dé un paso más en ese sentido, sino que como hombre, como caballero, la deje en mis manos. Estoy dispuesto… —Pero se le volvió a poner un nudo en la garganta y no terminó la frase.

El hombre del sombrero lustroso interpretó mal el silencio del maestro, soltó una carcajada ruda y brutal levantando la cabeza y dijo a pleno pulmón:

—Conque la quiere para usted, ¿eh? ¡A otro perro con ese hueso, joven!

Más que las palabras, fue el tono lo insultante; más que el tono, la mirada; más que todas estas cosas, la bajeza del hombre. Con animales de esta clase, la retórica más convincente es un puñetazo. Así lo sintió el maestro y, expresando en una sola acción toda su energía nerviosa contenida, golpeó al bruto en mitad de su sonriente rostro. El sombrero salió disparado en una dirección y el taco, en otra; además el maestro se rasgó el guante y la piel de la mano desde los nudillos hasta la muñeca. Al tipo le abrió las comisuras de la boca y le deformó por un tiempo el peculiar perfil de la barba.

Se oyó un grito, una imprecación, un rifirrafe y ruido de muchos pies. Los curiosos se dividieron a izquierda y derecha y, a continuación, dos disparos rápidos, uno tras otro. La gente rodeó al oponente y el maestro se quedó solo. Se acordaba de cuando se había quitado con la mano izquierda unos restos del taco, de las balas que todavía ardían en la manga de su chaqueta; la otra mano

se la sujetaba alguien. Al mirar, vio que todavía sangraba del puñetazo, pero apretaba entre los dedos el mango de un cuchillo brillante. No se acordaba de cuándo ni cómo había llegado ese instrumento ahí.

El hombre que le sujetaba la mano era el señor Morpher. Quería llevarse rápidamente al maestro a la puerta, pero este no dio un paso e intentó decirle lo mejor que podía, con la garganta reseca, algo sobre
M'liss.

—No pasa nada, muchacho —dijo el señor Morpher—. ¡Está en casa!

Y salieron juntos a la calle. Mientras andaban, el señor Morpher le contó que la niña había llegado corriendo a casa hacía un momento y lo había arrastrado fuera diciendo que un hombre quería matar al maestro en el Arcade. El maestro deseaba quedarse solo y prometió al señor Morpher que no volvería a buscar al agente esa noche; se despidió y se fue por el camino de la escuela. Cuando ya estaba cerca, le sorprendió ver que la puerta estaba abierta… y más todavía encontrar a
M'liss
allí.

Ya he dado a entender antes que en la personalidad del maestro, como en la de tantos otros seres sensibles, había un ingrediente básico: el amor propio. El insulto brutal que le había soltado el último adversario todavía lo acongojaba. Pensó que era posible interpretar de esa forma el afecto que sentía por la niña, que, en el mejor de los casos, era absurdo y quijotesco. Por otra parte, ¿no había renunciado ella voluntariamente a su autoridad y su afecto? Y ¿qué habían dicho de ella todos los demás? ¿Por qué había de combatir él solo la opinión general y al final verse obligado a reconocer tácitamente que lo que predecían era verdad? Y había participado en una baja pelea tabernaria con un vulgar matón arriesgando la vida para demostrar ¿qué? ¿Qué había demostrado? ¿Nada? ¿Qué diría la gente? ¿Qué dirían sus amigos? ¿Qué diría McSnagley?

Reprochándose estas cosas, a la última persona que deseaba ver era a
M'liss.

Entró, se acercó a su mesa y, con frías palabras, le dijo que tenía cosas que hacer y que deseaba estar solo. Ella se levantó, él ocupó el sitio y hundió la cabeza entre las manos. Cuando volvió a levantarla, la niña todavía estaba allí. Lo miraba con una expresión de honda preocupación.

—¿Lo ha matado? —le preguntó.

—¡No! —dijo el maestro.

—¡Para eso le di el cuchillo! —replicó ella inmediatamente.

—¿Me diste el cuchillo? —repitió, asombrado.

—Sí, se lo di. Estaba allí, debajo de la barra. Vi cuando le dio el puñetazo. Les vi caer a los dos. A él se le cayó un cuchillo viejo y yo se lo di a usted. ¿Por qué no se lo clavó? —dijo
M'liss
rápidamente, con un guiño expresivo de sus ojos negros y un gesto de la mano roja.

El maestro no salía de su asombro.

—Sí —dijo M'liss—. Si me hubiera preguntado, le habría dicho que estaba con los actores. ¿Por qué estaba con los actores? Porque no quería decirme que se iba a marchar del pueblo. Se lo oí decir cuando se lo contó al médico. No quería quedarme sola con esos Morpher. Antes prefiero la muerte.

Con un gesto dramático, en todo coherente con su carácter, se sacó del pecho unas cuantas hojas verdes un poco mustias; se las enseñó y, en su estilo vivo y rápido, con la curiosa pronunciación de su vida anterior, en la que recaía cuando se emocionaba en exceso, dijo:

—Esta es la planta venenosa que dijo que me mataría. O me voy con los actores o me la como ahora mismo y me muero. Me da igual una cosa que otra. Yo aquí no me quedo, porque me odian y me desprecian. Y usted también, porque si no, ¡no me dejaría!

La pasión la hacía jadear y dos gruesas lágrimas asomaron entre los párpados, pero se las quitó con la punta del delantal como si fueran avispas.

—Si me encierra en la cárcel —dijo fieramente— para que no me vaya con los actores, me envenenaré. Mi padre se mató, ¿por qué no iba a hacerlo yo? Usted dijo que con un bocado de esta raíz me moriría, por eso siempre la llevo aquí. —Y se golpeó el pecho con el puño.

El maestro pensó en la fosa vacía al lado de la de Smith y en la vehemente niña que tenía delante. Le cogió las manos y, mirándola directamente a los sinceros ojos, le dijo:

—Lissy: ¿quieres venir conmigo?

La niña le rodeó el cuello con los brazos y dijo jubilosamente:

—Sí.

—Pero ¿ahora? ¿Esta noche?

—Esta noche.

Y, de la mano, salieron al camino, el estrecho camino que un día había conducido sus cansados pies hasta la puerta del maestro y que, al parecer, no volvería a pisar sola. Las estrellas brillaban en el cielo. Para bien o para mal, habían aprendido la lección y atrás quedó la escuela de la montaña roja, cerrada para siempre.

La leyenda del Monte del Diablo

(1863)

El lector precavido detectará cierta falta de autenticidad en las páginas siguientes. Yo no soy, por mi parte, un lector precavido, pero reconozco con cierta desazón que los documentos que sustentan el insólito incidente que me dispongo a relatar son escasos. Las imprecisas fuentes que lo avalan han sido memorandos desarticulados, actas de *ayuntamientos* [5] y de las primeras *juntas* vecinales y demás archivos de un pueblo primitivo y supersticioso. No obstante, solo deseo dejar constancia de que, aunque este relato en concreto adolezca de falta de corroboración fehaciente, en el registro exhaustivo que he hecho en los archivos españoles de la Alta California, he hallado crónicas mucho más sorprendentes e increíbles certificadas por testigos y con aportación de pruebas hasta el extremo de despejar toda duda o reparo en lo que a esta leyenda se refiere. Por otra parte, añado que jamás he perdido la fe en ella y por este motivo he sacado gran provecho del ejemplo de diversos reclamantes de mercedes de tierras [6], que a menudo han rivalizado conmigo en sus búsquedas de cariz más práctico y que cuentan con mi sincera comprensión ante el escepticismo de un mundo moderno, realista y práctico.

Muchos años después de que fray Junípero Serra tocara la campanilla por primera vez en las tierras vírgenes de la Alta California, el espíritu que animaba al fraile aventurero seguía intacto. La conversión de infieles progresaba rápidamente con el establecimiento de misiones en todo el territorio. Los bondadosos padres se entregaban a la tarea con tanta diligencia que no tardaron en aparecer cabañas de *adobe* alrededor de las aisladas capillas, y

sus moradores, salvajes cubiertos de barro, participaban regularmente de las vituallas de los piadosos anfitriones y, de vez en cuando, también de los sacramentos. Y, lo que es más, las conversiones progresaban a tal velocidad que, según las crónicas, un padre entusiasta administró la eucaristía un domingo por la mañana a «más de tres mil salvajes infieles». No es de extrañar que el enemigo de las almas, indignado por este motivo y alarmado por la merma de su influencia, sometiera a estos santos padres a graves tentaciones y grandes pruebas, como veremos a continuación.

Sin embargo, en California corrían tiempos felices y pacíficos. Las quillas aventureras del entrometido comercio todavía no habían agitado las aguas graves y majestuosas de sus golfos. No existían básculas públicas ni barrancos aserrados que delataran la posible existencia de tesoros dorados. La avena silvestre se inclinaba, indolente, bajo el calor de las mañanas o forcejeaba con las brisas de la tarde. El ciervo y el antílope campaban por la llanura. Los ríos descendían bravíamente, siempre por el mismo cauce, sin soñar jamás con desviarse de su curso. No se conocían todavía las maravillas de las Yosemite y las Calaveras. Los santos padres no reparaban en el paisaje sino para admirar la prodigalidad bárbara con que la tierra, rauda, les compensaba la siembra. Una nueva conversión, la llegada del día de un santo o el bautizo de un niño indio se convertían inmediatamente en la noticia y la maravilla de la jornada.

En esta época dichosa vivía en la misión de San Pablo el padre José Antonio Haro, un honorable hermano de la Compañía de Jesús. Era un hombre alto y cadavérico. Una historia de visos románticos confería cierto atractivo poético a su lúgubre rostro. En sus años mozos, siendo estudiante en la famosa Salamanca, se prendó de los encantos de doña Carmen de Torrencevara, a la que veía pasar por la mañana de camino a la iglesia. Circunstancias adversas, quizá precipitadas por un pretendiente más acaudalado, llevaron este enamoramiento al desastre, y el padre José profesó en un monasterio haciendo el consiguiente voto de celibato. Allí fue donde su fervor natural y su entusiasmo poético tomaron forma de vocación misionera. A la frívola pasión terrenal sucedió el anhelo de convertir salvajes infieles y a todas horas lo poseía el deseo de conocer espesuras desconocidas y de ahondar en ellas. En la viveza

de su mirada y en su sombría apariencia se detectaba una singular mezcolanza de la discreción de Las Casas y la impetuosidad de Balboa. Impulsado por su celo piadoso, el padre José se puso en camino con una caravana de pioneros cristianos. Al llegar a México, obtuvo licencia para fundar la misión de San Pablo. Igual que había hecho el buen Junípero, y en la única compañía de un acólito que también le hacía las veces de arriero, quitó la silla a las mulas en un oscuro *cañón* y tocó su campanilla en medio de las tierras vírgenes. Los salvajes (una raza pacífica, inofensiva e inferior) acudieron a la llamada. El puesto militar más cercano se encontraba lejos, circunstancia que contribuyó en gran medida a la salvaguarda de estos piadosos peregrinos, que descubrieron que su actitud abierta y confiada, así como su amabilidad, eran mejor defensa contra la hostilidad que la presencia de una soldadesca armada, sospechosa y pendenciera. Y así, el buen padre José oficiaba maitines y prima, la misa y las vísperas en el mismísimo corazón del pecado y la falta de fe, procurando únicamente por la prosperidad y el progreso de la Santa Iglesia. Enseguida comenzaron las conversiones y el 7 de julio de 1760 recibió el bautismo el primer niño indio, acontecimiento que, en palabras del piadoso padre José, «excede en riqueza al oro, las piedras preciosas o la Ofir del rey Salomón[7]». Cito esta anécdota porque ilustra ejemplarmente el conglomerado genial de poesía y piedad que caracterizaba los escritos del padre José.

La misión de San Pablo progresó y prosperó hasta el extremo de que el piadoso fundador, a imitación del infiel Alejandro, habría podido lamentarse de que no quedaban mundos infieles por conquistar. Pero su espíritu ardiente y entusiasta no podía remansarse mucho tiempo en una ociosidad que se le antojaba engendradora de pecado, y así, una buena mañana de agosto del año de gracia de 1770, partió del patio exterior del edificio de la misión en busca de nuevas tierras en las que fundar nuevas misiones.

Nada tan serio, discreto y humilde como la pequeña cabalgata que partió. Abría la marcha un arriero fornido que llevaba una mula de carga con provisiones para la compañía, además de unos cuantos crucifijos sencillos y cascabeles. Detrás marchaba el devoto padre José con su breviario y su cruz y una *serapa* echada sobre los hombros; a los flancos trotaban sendos conversos morenos, que

anhelaban mostrar su regeneración con hechos sirviendo de guías en las tierras vírgenes de sus hermanos infieles. Su nueva condición se percibía en la grata ausencia de la capa de barro que en su anterior estado se aplicaban, creyendo que los protegía del frío y las picaduras. Hacía una mañana luminosa y propicia. Antes de la partida se había oficiado misa en la capilla y se había invocado la protección de san Ignacio contra toda contingencia adversa, pero sobre todo contra los osos que, como los fieros dragones de la antigüedad, parecían cultivar una hostilidad insalvable contra la Santa Madre Iglesia.

Mientras avanzaban por el *cañón*, los pajarillos alegraban el paisaje desde las ramas y la maleza y sobrias codornices piaban en los alisos; los arroyos, flanqueados por sauces, cantaban con voces cristalinas y la alta hierba susurraba en las faldas de la montaña. Al adentrarse en el desfiladero, se levantaron sobre ellos grandes pinares y algún que otro *madroño* aislado sacudía sus brillantes frutos rojos. De vez en cuando, subiendo por alguna de las empinadas pendientes, el padre José recogía fragmentos de escoria, que evocaban en su imaginación funestos volcanes y terremotos inminentes. Para la mentalidad menos científica del arriero Ignacio, tenían un significado aún más aterrador y en un par de ocasiones, olisqueando el aire con suspicacia, anunció que olía a azufre. Y así transcurrió la primera jornada del viaje y, por la noche, acamparon sin haber hallado un solo infiel.

Fue esa primera noche cuando el enemigo de las almas, tomando una forma atroz, se le apareció a Ignacio. Se había retirado a un rincón recoleto del campamento y se había postrado de hinojos para orar y meditar, cuando levantó la vista y vio al archienemigo en forma de un oso monstruoso. El maligno estaba sentado sobre los cuartos traseros justo enfrente de él, con las zarpas delanteras juntas por debajo del negro hocico. Al percibir que esta notable actitud era para burlarse y reírse de su devoción, el buen arriero se dejó llevar por la furia. Cogió un arcabuz, cerró los ojos un instante y disparó. Cuando se hubo recuperado de los efectos de la tremenda descarga, la aparición había desaparecido. El padre José se despertó con la detonación y al momento se presentó justo a tiempo para afear al arriero el desperdicio de pólvora y munición en un enfrentamiento con aquel al que habría podido espantar con una

simple *avemaría*. No se sabe hasta qué punto llegó a creer lo que Ignacio le contó, pero, en memoria de una digna costumbre californiana, el lugar se llamó *Cañada de la Tentación del Pío Muletero* o, lo que es lo mismo, del Piadoso Arriero, nombre que ha llegado hasta nuestros días.

A la mañana siguiente, al salir de una estrecha garganta, la compañía llegó a un valle largo, reseco y arrasado por el calor abrasador, sin una sola sombra. El valle se perdía en la borrosa línea de unos alcores que, uniéndose y cerrándose en la parte alta, levantaban un baluarte imponente contra el viento del norte. En la cima de este espolón tremendo, una nube algodonosa ondeaba como un estandarte. El padre José se quedó mirándola con respeto y admiración. Por una coincidencia singular, el arriero Ignacio pronunció una sola palabra: «*¡Diablo!*».

A medida que se adentraban en el valle empezaron a echar de menos la vida amena y los amigables ecos del *cañón* que habían dejado atrás. Grandes fisuras se abrían en la tierra reseca como bocas sedientas. Algunas ardillas surgían del suelo misteriosamente y desaparecían con la misma inmediatez delante de las mulas y sus cascabeles. Un lobo gris trotaba a su aire un poco más adelante, pero el padre José, mirara donde mirase, solo veía la inamovible montaña. Parecía cobijar una vida más fresca y vigorizante, fuera del seco y árido valle. Al pie se distinguían sombras cavernosas; en la falda, rocas intrincadas y, a ambos lados, enormes elevaciones negras divergían como raíces inmensas de un tronco central. Su viva imaginación se las pintó pobladas por una raza de salvajes inteligentes y majestuosos; y, contemplando el futuro, también se figuró una cruz monstruosa coronando la cúpula de la cumbre. El arriero tenía unas sensaciones muy diferentes, pues en esas terribles soledades solo veía dragones feroces, osos colosales y sendas abrumadoras. Los conversos, Concepción y Encarnación, que andaban modestamente al lado del padre, tal vez reconocieran manifestaciones de su antigua y extraña mitología.

Llegaron al pie de la montaña al anochecer. El padre José descargó las mulas, rezó las vísperas y, tocando formalmente la campanilla, convocó a los gentiles que la oyeran a acercarse para abrazar la santa fe. Los negros y ceñudos montes que los rodeaban recogieron la piadosa invitación, que el eco repitió regularmente;

pero aquella noche no apareció ningún gentil. Tampoco el arriero sufrió interrupciones mientras oraba, aunque después afirmó que, cuando el padre concluyó la exhortación, se oyó una risa burlona en la montaña. Completamente ajeno a estas intuiciones de la hostil proximidad del maligno, el padre José anunció su intención de subir la montaña con las primeras luces del alba; al día siguiente, antes de que rayara el sol, ya estaba guiando la marcha.

Encontraron muchos tramos difíciles y peligrosos. A veces topaban con moles rocosas que cerraban el paso y, después de unas horas, se vieron obligados a dejar las mulas en una pequeña hondonada y seguir ascendiendo a pie. El padre José, que no estaba acostumbrado a tan enormes esfuerzos, se detenía a menudo para secarse el sudor de las delgadas mejillas. Con el paso de las horas, un extraño silencio los oprimía. No se veían más señales de vida que el rumor esporádico de las patas de una ardilla o el crujir de los chaparrales. De vez en cuando aparecía delante de ellos la huella antropomorfa de un oso, e Ignacio, al verla, siempre se santiguaba piadosamente. A veces los engañaba un goteo entre las rocas y, al acercarse a mirar, no hallaban sino un líquido resinoso y oleoso que olía abominablemente a azufre. Cuando no quedaba mucho para llegar a la cima, el discreto Ignacio eligió un rincón abrigado para acampar, se hizo a un lado y se ocupó de los preparativos para la noche, mientras el padre seguía subiendo solo. Nunca se vio cautela más irreflexiva ni precaución tan imprudente. El padre José, inmerso en piadosas reflexiones, no se percató de que lo perdían y siguió subiendo mecánicamente hasta alcanzar la cima; allí se tumbó a contemplar la perspectiva.

Abajo se extendía una sucesión de valles comunicados entre sí como lagos lisos hasta perderse de vista por el sur. Hacia el oeste, la lejana cadena montañosa ocultaba la misión de San Pablo. A lo lejos se divisaba el océano Pacífico, con una nube de niebla sobre sus entrañas que avanzaba por la entrada del golfo y se movía, espesa, entre él y el noroeste; esa misma niebla cubría el pie de la montaña y la vista de más allá. De todas maneras, de vez en cuando el velo esponjoso se dividía tímidamente y se entreveían encantadores atisbos de grandes ríos, desfiladeros entre montañas y extensas planicies cubiertas de avena madura, que se bañaban en la luz del sol poniente. Mientras contemplaba estas cosas sintió un anhelo

piadoso. Con tantas ideas entusiastas como concebía, se imaginaba toda aquella enorme extensión reunida bajo la dulce influencia de la santa fe, poblada de fervorosos conversos, con una capilla en lo alto de cada montículo y los blancos muros de un edificio de la misión en cada oscuro *cañón*. Espoleado por el entusiasmo y adentrándose en el porvenir, contempló el surgimiento de una nueva España en aquellas costas salvajes. Ya veía las agujas de solemnes catedrales, las cúpulas de palacios, viñedos, jardines y arboledas. Conventos semiocultos entre las montañas que asomaban entre plantaciones de frondosos limeros; largas procesiones de monjas desfilaban cantando entre las quebradas. Tan completa era la idea que el buen padre se hacía fundiendo el futuro con el pasado que llegó a oír el acento de Carmen entre las voces corales. Estaba sumido en estas fantasías caprichosas cuando de pronto, sobre la gran perspectiva, se oyó el tañido lejano de una campana triste que enseguida murió. Era la hora del *ángelus*. Se quedó oyéndolo con una exaltación supersticiosa. La misión de San Pablo se encontraba lejos: por lo tanto, esa campana debía de ser un presagio milagroso. Pero jamás, en su entusiasmo, la dulce gravedad de este símbolo angelical se le había presentado con tan extraño significado. Con la última y débil campanada se le enfrió la brillante imaginación: la niebla se cerró a sus pies y el buen padre recordó que no había cenado. Se levantó, y se estaba echando la *serapa* por encima cuando por primera vez se dio cuenta de que no estaba solo.

Casi enfrente, donde tendría que haber estado el descreído Ignacio, vio una figura severa y decorosa. Parecía un *hidalgo* anciano vestido de luto, con mostachos grises como el acero, cuidadosamente encerados y retorcidos a ambos lados de unas mandíbulas finas. El sombrero monstruoso con la prodigiosa pluma, la gorguera enorme y las exageradas calzas, en contraste con el cuerpo enjuto y marchito, pertenecían al siglo anterior. Sin embargo, el padre José no se asombró. La vida de aventuras y la imaginación poética, que siempre buscaba lo maravilloso, le daban ventaja sobre las mentalidades prácticas y materiales. Al instante detectó la naturaleza diabólica del visitante, y estaba preparado. Respondió al saludo del caballero con la misma frialdad y cortesía que él.

—Su paternidad sabrá disculpar —dijo el desconocido— que

interrumpa su meditación, que ha debido de ser gozosa e imaginativa, colijo, por el hermoso porvenir que la ha inspirado.

—Mundanal tal vez, señor Diablo, pues tal creo que eres —respondió el santo padre, en tanto el desconocido se inclinaba barriendo el suelo con la pluma—, mundanal tal vez; pues confío en que, aunque en nuestro estado de regeneración el Cielo haya querido conservarnos gran parte de lo que a la carne pertenece, no por ello debemos dejar de procurar por la prosperidad de la Santa Iglesia. Al contemplar esta hermosa tierra, se me ha concedido la gracia de abrir los ojos a la inspiración profética y se me ha revelado maravillosamente la promesa de abundancia de infieles. No puede faltar diligencia en la verdadera fe, por lo que se comprende que la conversión de estos infieles tiene significado. Como señala discretamente san Ignacio bendito —prosiguió el padre José aclarándose la garganta y levantando un poco la voz—, «los infieles llenan de alborozo el corazón de los guerrilleros de Cristo tanto como a los marineros descubrir perlas valiosas[8]». Y, lo que es más, podría decirse…

Pero aquí, el desconocido, que había estado frunciendo el ceño y retorciéndose los mostachos con gentil paciencia, aprovechó la pausa para intervenir.

—Mucho lamento, su paternidad, interrumpir su elocuente discurso con tanta descortesía como antes interrumpí su meditación, pero el día ya se ha tornado noche. Tengo un asunto de importancia capital que tratar con usted y quisiera que me concediera unos breves momentos.

El padre José vaciló. La tentación era grande, la idea de adquirir algún conocimiento de los planes del gran enemigo no era cosa desdeñable. Y, en honor a la verdad, hay que reconocer que la decorosa actitud del desconocido lo intrigaba. Aunque conocía perfectamente las capacidades proteicas del archienemigo para cambiar de forma y se sabía libre de las debilidades de la carne, no estaba exento de las tentaciones del espíritu. Si el demonio se le hubiera aparecido en forma de bella dama, como en el caso del piadoso san Antonio, el buen padre, con su sólida experiencia del engañoso sexo, la habría despachado en lo que se tarda en rezar un *padrenuestro*. Pero, además de la deferencia debida a las canas, el desconocido tenía una tristeza profunda, una conciencia respetuosa

de encontrarse en franca desventaja moral, que enseguida lo persuadieron de actuar con magnanimidad.

El desconocido procedió a informarle de que había observado diligentemente los triunfos del santo padre en el valle; que, lejos de estar muy alarmado por ello, le había dolido ver a tan entusiasta y caballeroso rival malgastando energías en un trabajo inútil. Pues, puntualizó, la cuestión de la gran batalla entre el bien y el mal se había solucionado de otro modo, como le mostraría a continuación.

—Solamente nos ocupará unos momentos de la noche —prosiguió— y, como bien sabe, me han sido dados poderes absolutos sobre este intervalo del anochecer. Mire hacia el oeste.

Al tiempo que el padre se volvía, el desconocido se quitó el enorme sombrero y lo agitó tres veces delante de él. A cada pase de la prodigiosa pluma, la niebla se disipaba un poco, hasta desaparecer por completo, y reapareció el paisaje de antes, pero caldeado por el sol. Mientras el padre miraba, una música marcial se elevó desde el valle y el buen fraile vio aparecer por un cañón profundo y largo un desfile de galantes caballeros ataviados de la misma guisa que su compañero. A medida que avanzaban por el llano, se les unían otros tantos más que salían poco a poco de todas las quebradas y cañones de la misteriosa montaña. De vez en cuando, sin regularidad, se oía una trompeta en el aire; la cruz de Santiago destellaba y las reales enseñas de Castilla y Aragón ondeaban sobre la columna en movimiento. Y se dirigieron solemnemente hacia el mar, donde, a lo lejos, el padre José divisó unas regias carabelas que, con las mismas enseñas, los aguardaban. El buen padre miraba con emociones contradictorias, hasta que la voz grave del desconocido rompió el silencio.

—Su paternidad ha contemplado las últimas huellas de la intrépida Castilla. Habéis visto la decadencia de la gloria de la vieja España, decadencia como la del brillante sol que allá se pone. El cetro que arrebató a los infieles cae ahora de su mano decrépita y descarnada. Los niños que prohijó ya no la conocerán. Las tierras que ganó las perderá tan irrevocablemente como ella misma expulsó a los moros de su Granada.

El desconocido hizo una pausa, su voz pareció desgarrarse de emoción; al mismo tiempo, el padre José, cuyo corazón compasivo añoraba las enseñas que partían, gritó en tono conmovedor:

—¡Id con Dios, galantes caballeros y soldados cristianos! ¡Ve con Dios, Núñez de Balboa! ¡Ve con Dios, Alonso de Ojeda! ¡Y tú, el más venerable, Las Casas! ¡Id con Dios y que el Cielo haga prosperar la semilla que dejáis atrás!

Después, volviéndose al desconocido, lo miró gravemente, sacó un pañuelo de bolsillo del guardamano de su estoque y se lo llevó decorosamente a los ojos.

—Su paternidad disculpe esta debilidad —se excusó el caballero —, pero esos dignos caballeros eran amigos míos y han hecho para mí un sinnúmero de delicados servicios… acaso muchos más que los que representan estos pobres lutos —añadió, señalando con gesto adusto las negras prendas que llevaba.

El padre José estaba tan ensimismado en sus reflexiones que no comprendió la doblez del halago y, después de un silencio, dijo, como siguiendo el hilo de sus pensamientos:

—Pero la semilla que han plantado medrará y prosperará en esta tierra fecunda.

Como respondiendo a un interrogatorio, el desconocido se volvió en dirección contraria y, agitando de nuevo el sombrero, dijo en el mismo tono grave:

—¡Mire hacia el este!

El padre se volvió y, al abrirse la niebla con los movimientos de la pluma, vio que el sol salía. Con los rayos luminosos, de entre los pasos de las montañas nevadas del otro lado empezó a aparecer una multitud variopinta. En vez de los rostros oscuros y románticos del desfile anterior, el padre descubrió con singular preocupación los ojos azules y los claros cabellos de la raza sajona. En lugar de aires marciales y voces musicales, llegó a sus oídos una extraña algarabía de sonidos guturales y singulares siseos. En vez del paso contenido y el porte majestuoso de los caballeros de la visión anterior, estos subían empujándose, alborotando, jadeando y fanfarroneando. Y a su paso caían árboles gigantes como si de un huracán se tratara, y las entrañas de la tierra se abrían y se desgarraban convulsamente. El padre José buscaba en vano la santa cruz o algún símbolo cristiano; no había nada más que algo semejante a una enseña, y se persignó con santo horror al ver que llevaba la efigie de un oso.

—¿Quiénes son estas hordas ismaelitas? —preguntó con cierta aspereza.

El desconocido guardó un grave silencio.

—¿Qué hacen aquí, sin cruces ni símbolos sagrados? —insistió.

—¿Tiene su paternidad valor para verlo? —respondió el desconocido en voz baja.

El padre José se tocó el crucifijo como tocaría su estoque un viajero solitario, y asintió.

—Póngase a la sombra de mi pluma —dijo el desconocido.

El padre José se puso a su lado y al instante se hundieron en la tierra.

Cuando abrió los ojos, que había cerrado para orar mientras descendían rápidamente, se encontró en una bóveda colosal cuajada de puntos luminosos como un firmamento estrellado. También se percibía un resplandor amarillo que parecía provenir de un gran lago o mar que ocupaba el centro de la estancia. Alrededor de este mar subterráneo iban y venían unas figuras oscuras que portaban cazos llenos de un líquido amarillo que recogían de las profundidades. De este lago salían ramales del mismo líquido misterioso, que se perdían como ríos poderosos en la cavernosa distancia. Al pasar por las orillas de esta Estigia brillante, el padre José observó que el río líquido se volvía sólido en algunas partes. El suelo estaba cubierto de copos luminosos. El padre cogió uno y lo examinó con curiosidad. Era oro puro.

Una expresión de turbación le entristeció el rostro al descubrirlo, pero en la actitud del desconocido no había rastro de malicia ni de satisfacción, sino que estaba inmóvil, mirando con gravedad fatalista. Cuando el padre José recobró la ecuanimidad, dijo amargamente:

—Así pues, señor Diablo, ¡esta es tu obra! ¡Este es el cebo engañoso con que atraes a las almas débiles de las naciones pecadoras! ¡Con esto reemplazarás la gracia cristiana de la santa España!

—Así es como tendrá que ser —respondió sombríamente el desconocido—, pero, verá, señor fraile: de usted depende evitarlo una temporada. Déjeme en paz aquí. Vuelva a Castilla y llévese sus campanillas, sus santos, sus misiones. Si se queda, lo único que conseguirá es precipitar lo inevitable. ¡Aguarde! Prométame que lo hará, y no le faltará una vejez honorable que será como una bendición —le dijo, y señaló el lago significativamente.

Fue en este momento, según cuenta discretamente la leyenda, cuando el diablo enseñó su pezuña, como siempre acaba haciendo tarde o temprano. El digno padre, profundamente perplejo por la triple visión y, en honor a la verdad, un tanto molesto por que a la santa España se le arrebatara la gloria del descubrimiento de esta forma, vaciló. Pero el infortunado soborno del enemigo de las almas hizo mella en el espíritu castellano. Retrocediendo con indignación, alzó el crucifijo ante el enemigo desenmascarado y, con una voz que resonó en la tenebrosa bóveda, gritó:

—¡*Vade retro*, Satanás! ¡Te desafío, diablo! ¿Cómo te atreves a sobornarme a mí? ¡A mí… que soy hermano de la santa Compañía de Jesús, licenciado de Córdoba e inquisidor de Guadalajara! ¿Crees que puedes comprarme con tu sórdido tesoro? *¡Vade retro!*

Jamás sabremos cómo habría podido concluir este arrebato y hasta qué punto el santo padre habría triunfado sobre el archienemigo, que retrocedía con espanto al oír tan santos títulos y ante el floreo del símbolo, pues en ese instante el crucifijo se le cayó de las manos.

Apenas había llegado al suelo cuando el diablo y el santo padre se lanzaron a recogerlo al mismo tiempo. En el forcejeo se agarraron, y el piadoso José, muy superior a su enemigo en fuerza física y espiritual, estaba a punto de propinarle una voltereta hacia atrás cuando de pronto se le clavaron en la carne las largas pezuñas del rival. Un temor desconocido le anegó el corazón, un frío paralizante le entumeció los miembros, y luchó para liberarse, pero en vano. Un extraño aullido le pitaba en los oídos, el lago y la caverna daban vueltas, hasta que desaparecieron y, con un fuerte grito, se desplomó en el suelo sin sentido.

Cuando volvió en sí, notó un suave balanceo en el cuerpo. Abrió los ojos y vio que el sol estaba en su cenit y que lo llevaban por el valle en litera. Se encontraba rígido y, al mirar hacia abajo, vio que tenía el brazo fuertemente vendado a un costado.

Cerró los ojos y, después de una breve oración de agradecimiento, pensó que se había salvado milagrosamente y prometió unas velas a san José. Después llamó con voz débil al penitente Ignacio, que al punto se presentó a su lado.

Fue tal el júbilo que embargó al pobre hombre al ver que su señor había vuelto en sí que tardó un poco en poder hablar.

Solamente fue capaz de decir:

—¡Milagro! ¡Bendito seas, san José! ¡Está vivo!

Y besó la mano vendada del padre. El padre José, más pendiente de los sucesos de la víspera, esperó a que se le pasara la emoción para preguntarle dónde lo habían hallado.

—En la montaña, reverencia, a unas pocas *varas* de donde le atacó.

—¿Cómo? Entonces ¿lo viste? —preguntó el padre con franco asombro.

—¡Lo vi, reverencia! ¡Virgen Santa, ya lo creo que lo vi! Y su reverencia también lo verá, si osa volver y ponerse a tiro del arcabuz de Ignacio.

—¿Qué significa eso, Ignacio? —preguntó el padre sentándose de pronto en la litera.

—Pues, el oso, reverencia… el oso, santo padre, el que atacó a su santa persona mientras meditaba en la cima de aquella montaña.

—¡Ah! —dijo el santo padre, y volvió a tumbarse—. ¡Chitón, pequeño! Quisiera descansar.

Al llegar a la misión, le prodigaron tiernos cuidados y a las pocas semanas ya estaba en condiciones de volver a los deberes de los que, como se verá, ni las maquinaciones del maligno pudieron distraerlo. La noticia de su estado de salud corrió por todo el país y, más tarde, el obispo de Guadalajara dispuso de una crónica confidencial y pormenorizada de la tentación espiritual del buen padre. Pero la historia llegó a saberse y, mucho después de que José se reuniera con sus padres, el misterioso encuentro dio pie a narraciones escalofriantes que se contaban en voz baja. Las gentes evitaban frecuentar aquella montaña. Es cierto que el *señor* Joaquín Pardillo compró más adelante una concesión cerca del pie de la montaña, pero se sabía que era un mestizo feroz y, al parecer, no excesivamente escrupuloso.

Esta es la leyenda del Monte del Diablo. Como ya he dicho, puede que adolezca de falta de corroboración. Las discrepancias entre la crónica del padre y lo relatado aquí han dado pie a cierto escepticismo entre los más quisquillosos. Yo me remito sencillamente al informe del *señor* Julio Serro, viceprefecto de San Pablo, ante el que se dio fe de lo que aquí se ha expuesto. De este asunto, el digno prefecto hace la siguiente observación: «Aunque en

el cuerpo del padre José se ha hallado prueba de herida grave, eso no demuestra que el enemigo de las almas, que podía presentarse bajo la forma de un decoroso *caballero* de edad, no pudiera transformarse al mismo tiempo en un oso para alcanzar sus viles propósitos».

La suerte de Roaring Camp

(1868)

Roaring Camp estaba alborotado. No podía ser por una pelea, porque en 1850 eso no era novedad suficiente para reunir al poblado en pleno. No solo habían quedado vacías las zanjas y los yacimientos, también habían venido los parroquianos de la tienda de Tuttle, quienes, como se recordará, el día en que French Pete y Kanaka Joe se mataron el uno al otro en la barra del salón grande, siguieron jugando y haciendo sus apuestas como si no pasara nada.

Todo el mundo se congregó a la puerta de una rústica cabaña de las afueras. Hablaban en voz baja, pero se oía constantemente el nombre de una mujer; un nombre de sobra conocido en el campamento: Cherokee Sal.

Quizá sea mejor decir de ella solo lo imprescindible. Era una mujer ruda y se teme que muy pecadora. Pero a la sazón era la única que vivía en Roaring Camp y yacía en trance perentorio, cuando más necesitaba la asistencia de otras de su sexo. Disoluta, abandonada e incorregible, sufría en terrible soledad un martirio que ya habría sido difícil de soportar incluso arropada por la comprensión de otras mujeres. Había caído sobre ella la maldición primigenia en esa soledad inicial que debió de hacer tan terrible el castigo del pecado original. Tal vez fuera parte de la expiación de su pecado que en esos momentos, cuando más necesitaba la ternura intuitiva y los cuidados de su sexo, se viera rodeada únicamente de rostros casi desdeñosos, los de sus compañeros masculinos. Sin embargo, creo que a algunos los conmovía su sufrimiento. A Sandy Tipton le parecía «muy duro para Sal» y, contemplando la situación de la mujer, dejó de pensar un momento en el as y las dos jotas que

tenía en la manga.

Como se verá, el acontecimiento era toda una novedad. La muerte formaba parte de la vida cotidiana de Roaring Camp, pero un nacimiento era una noticia insólita. Se había llegado a expulsar a gente del campamento de forma definitiva, sin posibilidad de volver; sin embargo aquel día, por primera vez, llegaba alguien *ab initio*. De ahí la expectación.

—Entra ahí, Stumpy —dijo un ciudadano prominente conocido por el nombre de Kentuck, dirigiéndose a uno de los jugadores—. Entra ahí, a ver si puedes hacer algo. Tú tienes experiencia en estas cosas.

Tal vez la elección fuera acertada. Stumpy había sido cabeza de familia putativo en dos ocasiones; lo cierto es que Roaring Camp (ciudad de refugiados) estaba obligado a aceptarlo entre los suyos por una informalidad de los trámites legales del permiso de residencia. A los demás les pareció bien la elección y Stumpy tuvo el buen juicio de aceptar el común acuerdo. La puerta se cerró tras el improvisado médico y comadrona y Roaring Camp se sentó fuera a fumar en pipa y a aguardar acontecimientos.

Había en total un centenar de hombres, más o menos. Un par de ellos eran auténticos fugitivos de la justicia, algunos eran delincuentes, todos eran temerarios. Físicamente no se les apreciaban señales del pasado ni del carácter. El más granuja tenía una cara digna de un Rafael y una abundante mata de pelo rubio; Oakhurst, gran jugador, el aire melancólico y ensimismado de un Hamlet; el más valiente y con más sangre fría era un hombre de poco más de un metro y medio de altura, voz suave y actitud cohibida y apocada. El calificativo de «duros» que se les aplicaba era más una distinción que un rasgo distintivo. Es posible que en el campamento faltaran algunos detalles menores, como dedos de manos y pies, orejas, etcétera, pero estas pequeñas omisiones no restaban fuerza al conjunto. Al más fuerte de todos le faltaban tres dedos de la mano derecha; el tirador más certero era tuerto.

Tales eran los hombres que se dispersaron por los alrededores de la cabaña. El campamento se hallaba en un valle triangular, entre dos montes y un río. Solo tenía una salida: un camino empinado que llevaba a la cima del monte que se alzaba delante de la cabaña, y que ahora iluminaba la luna. Desde el rudimentario jergón en el

que yacía, la doliente mujer podría haberla visto subir por el cielo como un hilo de plata hasta perderse entre las estrellas.

Una hoguera de ramas secas de pino favorecía el compañerismo. Poco a poco volvió a imponerse la frivolidad natural de Roaring Camp. Se hicieron apuestas libremente sobre qué sucedería. Tres a cinco a que «Sal saldría de esta» e incluso a que el niño sobreviviría; más apuestas sobre el sexo y el color del desconocido que estaba a punto de llegar. En medio de una enardecida discusión se oyó un clamor entre los que estaban más cerca de la puerta y todos aguzaron el oído. Un grito desgarrador (un quejido como jamás se había oído en el campamento) se sobrepuso al crujido de los pinos, a la corriente rápida del río y al crepitar de la hoguera. Los pinos callaron, el río se detuvo y el fuego dejó de crepitar. Parecía que la naturaleza también se hubiera puesto a escuchar.

¡Se levantaron todos como un solo hombre! Alguien propuso volar un barril de pólvora, pero, en consideración al estado de la madre, se impuso la sensatez y solo se dispararon algunos revólveres, porque, ya fuera por la primitiva cirugía del campamento o por alguna otra razón, el caso es que Cherokee Sal se les iba a ojos vistas. En una hora ascendió, por así decir, por el escabroso camino que llevaba a las estrellas y se fue de Roaring Camp dejando atrás su pecado y su vergüenza para siempre. No creo que la noticia los apesadumbrara mucho, salvo al hacer conjeturas sobre el destino del recién nacido. «¿Sobrevivirá ahora?», le preguntaron a Stumpy. No lo sabía. Solo había un ser en el campamento del mismo sexo y condición materna que Cherokee Sal, y era una burra. Se debatió sobre la idoneidad de tal solución, pero el experimento se puso en marcha. Resultó menos complicado que el antiguo tratamiento aplicado a Rómulo y Remo y, por lo visto, igual de eficaz.

Resueltos estos pormenores, que les ocuparon una hora más, se abrió la puerta y la impaciente turba de hombres se ordenó convenientemente en fila para entrar en la cabaña de uno en uno. Al lado de la baja yacija o repisa, en la que se perfilaba austeramente la figura de la madre bajo las mantas, había una mesa de pino. Sobre ella, una caja de velas y dentro de la caja, envuelto en una llamativa tela roja, el recién llegado a Roaring Camp. Al lado de la caja se veía un sombrero. Enseguida se supo la función

que había de cumplir.

—Caballeros —dijo Stumpy, con una singular mezcla de autoridad y fruición *ex officio*—, caballeros, tengan la bondad de entrar por la puerta delantera; después pasen por la mesa y salgan por la puerta trasera. Quienes deseen contribuir con algo para el huérfano, deposítenlo en este sombrero.

El primer hombre entró con el sombrero puesto; sin embargo, echó un vistazo y enseguida se lo quitó; así, inintencionadamente, dio ejemplo a los que venían detrás. En esta clase de comunidades, las buenas acciones se contagian con la misma facilidad que las malas. A medida que avanzaba el desfile empezaron a oírse comentarios, críticas quizá dirigidas a Stumpy, en su papel de maestro de ceremonias. «¿Es ese? ¡Qué pepita tan pequeña! No tiene ni color. Es más chico que una derringer[9]». Las contribuciones fueron igual de características: una tabaquera de plata, un doblón, un revólver del ejército con montura de plata, una pepita de oro, un pañuelo de señora bellamente bordado (de Oakhurst, el tahúr), un alfiler de diamante, un anillo de diamante (inspirado por el alfiler, con el siguiente comentario del donante: «Al ver el alfiler me pareció mejor doblar la apuesta»), una honda, una Biblia (donante anónimo), una espuela de oro, una cucharilla de plata (lamento decir que las iniciales grabadas no eran las del donante), un par de tijeras quirúrgicas, un bisturí, un billete del Banco de Inglaterra por valor de cinco libras esterlinas y unos doscientos dólares en monedas sueltas de oro y plata. A lo largo del proceso Stumpy guardó un silencio tan impasible como el de la muerta que tenía a la izquierda, una seriedad tan inescrutable como la del recién nacido que tenía a la derecha. Solo un incidente vino a romper la monotonía del curioso desfile. Cuando Kentuck se agachó sobre la caja de velas con cierta curiosidad, el pequeño se volvió y, con un espasmo de dolor, se agarró fuertemente un momento al dedo que lo tocaba. Kentuck se quedó cohibido, como un pelele. Algo semejante al rubor intentó asomarse a su curtido rostro.

—¡El mocoso del demonio! —dijo, mientras intentaba soltarse, tal vez con mayor ternura y suavidad de la imaginable en él.

Intrigado, salió de allí con el dedo un poco separado de sus congéneres, mirándoselo. Solo se le ocurrió el mismo comentario que antes. Incluso parecía que le gustara repetirlo:

—Me lo ha agarrado —le dijo a Tipton, levantando el dedo—. ¡El mocoso del demonio!

El campamento quedó en silencio hacia las cuatro. En la cabaña de los vigilantes brillaba una luz, porque aquella noche Stumpy no se acostó. Tampoco Kentuck. Bebió cuanto quiso y relató el incidente con entusiasmo varias veces, y siempre lo terminaba con el mismo exabrupto dedicado al recién llegado. Era como si así se eximiera de cualquier sospecha infundada de sentimentalismo, de padecer las debilidades del sexo más noble. Cuando todo el mundo se fue a la cama, se acercó al río y se puso a silbar pensativamente. Después pasó la quebrada dejando a la espalda la cabaña y silbando con evidente despreocupación. Al llegar a una gran secuoya se detuvo, desanduvo lo andado y volvió a pasar por la cabaña. A medio camino del río se paró de nuevo, volvió sobre sus pasos y llamó a la puerta. Abrió Stumpy.

—¿Qué tal? —preguntó, mirando la caja de velas.

—Sin novedad —contestó Stumpy.

—¿No ha pasado nada?

—Nada.

Hubo una pausa bastante incómoda, Stumpy no soltaba la puerta. Entonces Kentuck recurrió al dedo y se lo enseñó.

—Me lo agarró… el mocoso del demonio —dijo, y se retiró.

Al día siguiente dieron sepultura a Cherockee Sal tan burdamente como era costumbre en Roaring Camp. Después de entregar sus despojos a la falda de la montaña, se celebró una reunión formal para hablar de lo que había que hacer con el pequeño. Resolvieron adoptarlo por unanimidad y con entusiasmo, pero al plantearse la forma y las posibilidades que tenían de cubrir sus necesidades surgió inmediatamente una animada discusión. Insólitamente, en la discusión no participó ninguna de las belicosas personalidades del campamento que siempre discutían por cualquier cosa. Tipton propuso mandar al chico a Red Dog, que se encontraba a más de sesenta kilómetros, donde podría cuidarlo alguna mujer. Pero la desafortunada propuesta fue recibida con una oposición unánime y feroz. Era evidente que no estaban dispuestos a aceptar nada que significara separarse de la nueva adquisición.

—Además —dijo Tom Ryder—, esos de Red Dog nos lo querrían cambiar por alguien, nos cargarían con cualquier indeseable.

En Roaring Camp creían firmemente en la falta de honradez de los demás campamentos, como en tantos otros.

Traer una niñera tampoco era viable. Decían que ninguna mujer honesta aceptaría irse a vivir a Roaring Camp, y el que lo dijo añadió que no les interesaba «que viniera nadie más de la otra clase». Por cruel que pueda parecer esta alusión tan grosera a la difunta madre, fue en realidad la primera manifestación de decoro, el primer síntoma de la regeneración del campamento. Stumpy no decía nada. Tal vez le pareciera poco apropiado intervenir en la selección de un posible sucesor en el cargo. Pero, cuando le preguntaron, afirmó rotundamente que Jinny (el mamífero al que se aludió antes) y él podían arreglárselas para criar al niño. El plan les pareció original, independiente y heroico. Aceptaron a Stumpy. Mandaron al correo a Sacramento a comprar algunas cosas.

—Y ¡ojo! —advirtió el tesorero al correo al entregarle una bolsa de oro en polvo—, trae lo mejor que encuentres: encaje y esas cosas, puntillas, lazos, ¡al c… lo que cuesten!

Curiosamente, el niño medró. Tal vez el clima vigorizante de la montaña compensó las deficiencias materiales. La naturaleza lo crió a sus generosos pechos. Es posible que hallara alimento y sustento en el raro ambiente del pie de la serranía (ese aire cargado de olores balsámicos, ese tónico etéreo que fortalece y entusiasma a un tiempo) o en la sutil química que transforma la leche de burra en calcio y fósforo. Stumpy creía más bien que se debía a esto último y a los buenos cuidados que le procuraba.

—Yo y esa burra —decía— somos tu padre y tu madre. Así que ya sabes —añadía, dirigiéndose al indefenso bulto que tenía delante —, jamás te vuelvas contra nosotros.

Cuando cumplió un mes se impuso la necesidad de ponerle un nombre. Hasta el momento lo habían llamado «el chico», «el niño de Stumpy», «el coyote» (por su potente voz) y hasta el tierno apelativo que le había puesto Kentuck: «el mocoso del demonio». Pero a nadie convencían estos nombres por imprecisos y poco convincentes y finalmente los desecharon por uno de otro calibre. Los jugadores y los aventureros son por lo general supersticiosos y un día Oakhurst dijo que el niño había traído suerte a Roaring Camp. Y era cierto que últimamente les sonreía la fortuna. Y por eso lo llamaron Suerte, con Tommy delante, para mayor

comodidad. No se hizo alusión alguna a la madre y del padre nada se sabía.

—Más vale —dijo el filosófico Oakhurst— hacer borrón y cuenta nueva. Llamémoslo Suerte y que empiece con buen pie.

Consecuentemente, se acordó un día para bautizarlo. El lector, que ya se habrá hecho una idea de la imprudente irreverencia de Roaring Camp, se imaginará lo que conllevaba este trámite. El maestro de ceremonias sería un tal Boston, notable guasón, por lo que la ceremonia prometía mucho entretenimiento. Este satírico ingenioso pasó dos días preparando una parodia del servicio eclesiástico con las oportunas alusiones a asuntos locales. El coro ensayó lo preciso y Sandy Tipton sería el padrino. La procesión partió hacia un bosquecillo cercano con música y banderolas y, cuando el niño fue depositado en el altar de broma, Stumpy se plantó ante la impaciente congregación.

—Muchachos, no acostumbro a estropear la diversión a nadie —dijo el hombrecito con rotundidad, mirando al público—, pero me da la impresión de que esto no es lo que tiene que ser. Burlarse de este niñito que no entiende nada es jugar muy sucio. Y, si ha de haber algún padrino por aquí, me gustaría saber quién se cree con más derecho que yo. —Se hizo el silencio. En descargo de los humoristas digamos que el primero que reconoció la justicia del discurso fue el guasón, que se dejó de bromas al momento—. Pero —añadió enseguida Stumpy, aprovechando la ventaja— hemos venido a celebrar un bautizo y es lo que vamos a hacer. Yo te bautizo con el nombre de Thomas Suerte por las leyes de Estados Unidos, del estado de California y con la ayuda de Dios.

Era la primera vez que se pronunciaba el divino nombre en el campamento sin que mediaran blasfemias. El bautismo resultó quizá más ridículo de lo que el guasón se había imaginado, pero, curiosamente, nadie lo vio y nadie se rió. Tommy recibió el bautismo con tanta seriedad como si se lo hubieran administrado bajo un techo cristiano, y lloró y fue consolado como mandan los cánones.

Y así comenzó el proceso de regeneración de Roaring Camp. El cambio sobrevino casi imperceptiblemente. La choza que asignaron a Tommy Suerte a o «la suerte», como lo llamaban más a menudo, fue donde se notaron los primeros síntomas de mejoría. Siempre

estaba escrupulosamente limpia y encalada. Después la entablaron, la vistieron y la empapelaron. La cuna de palisandro, que viajó ciento treinta kilómetros en mula, «mató a los demás muebles», como decía Stumpy, y se impuso rehabilitar toda la cabaña. Los hombres que pasaban por casa de Stumpy para ver «qué tal iba la suerte» dieron el visto bueno a los cambios, y la tienda de Tuttle, el establecimiento rival, se defendió importando moqueta y espejos. Lo que se reflejaba en estos últimos del aspecto general de Roaring Camp tuvo el efecto de imponer hábitos más estrictos en materia de aseo personal. Una vez más, Stumpy impuso una cuarentena a los que aspiraban al honor y el privilegio de coger a «la suerte» en brazos. Para Kentuck fue una humillación cruel (entre el abandono que lo caracterizaba y las costumbres de la vida en la frontera, había empezado a considerar toda su ropa como una segunda piel, de la que solo se desprendía cuando se le caía por sí misma, como a las serpientes) verse privado de ese privilegio por pura prudencia. Sin embargo, la influencia de esta innovación fue tan sutil que, a partir de entonces, se presentaba todas las tardes sin falta con una camisa limpia y la cara lustrosa todavía de sus abluciones. Tampoco se descuidaron los preceptos higiénicos morales y sociales. Tommy debía pasar todo el día en un perenne intento de reposar y, por lo tanto, no se le podía molestar con ninguna clase de ruido. Stumpy ya no consentía las voces y los gritos que le habían valido al campamento su desafortunado nombre. Los hombres hablaban en susurros o fumaban con solemnidad india. Tácitamente se dejaron de oír blasfemias en estos recintos sagrados, así como todo exabrupto que tuviera que ver con la palabra «suerte», como «¡p… suerte!» o «me c… en mi p… suerte», tan populares en el campamento, por la carga personal que acababan de adquirir. No se prohibieron las canciones por la cualidad amansadora y tranquilizante que se les atribuía, y la que cantaba el soldado Jack, un marinero inglés de las colonias australianas de su majestad, se generalizó en función de nana. En un apagado tono menor, relataba lúgubremente las hazañas del Arethusa, Seventy-four **[10]** y cada verso terminaba en una caída prolongada: «A booordo del Arethusa». Daba gusto ver a Jack meciendo a Suerte en brazos, remedando el balanceo del barco y canturreando la cancioncilla marinera. No se sabe si por el peculiar movimiento de Jack o por lo

larga que era la canción (noventa estrofas, que se cantaban a propósito hasta el amargo final), el caso es que la nana por lo general surtía efecto. Entretanto, los hombres se tumbaban cuan largos eran al pie de los árboles, a la suave luz del ocaso estival, y fumaban en pipa mientras escuchaban los melodiosos versos. Una sensación imprecisa de que aquello era la felicidad pastoril impregnaba el campamento.

—Estamos como en la gloria —dijo Simmons, el *cockney*, pensativamente, apoyado en un codo. Le recordaba a Greenwich.

En los largos días de verano se llevaban a Suerte a la quebrada de la que extraían el oro de Roaring Camp. Lo tumbaban en una manta que extendían sobre ramas de pino mientras trabajaban en las zanjas subterráneas. Últimamente se había intentado adornar este emparrado con flores y hierbas aromáticas y, por lo general, alguien siempre le llevaba un ramillete de madreselva silvestre, azaleas o flores de colores de Las Mariposas. Los hombres habían descubierto de pronto que estas pequeñeces, que habían pisoteado tanto tiempo sin el menor reparo, tenían su belleza y su importancia. Una lámina brillante de mica, un trocito de cuarzo jaspeado o un guijarro lustroso del lecho del río les parecían hermosos ahora, que veían las cosas con más claridad, y los guardaban indefectiblemente para Suerte. El bosque y las laderas guardaban una maravillosa cantidad de tesoros: «Esto le vendrá bien a Suerte». Es de esperar que Tommy estuviera contento, rodeado de juguetes como jamás había tenido ningún niño fuera del reino de las hadas. Parecía seguro y feliz, aunque se advertía en él una singular seriedad infantil, una luminosidad contemplativa en los ojos, redondos y grises, que a veces alarmaba a Stumpy. Siempre se portaba bien, no alborotaba y, según consta, en una ocasión, gateando, se salió de su *corral* (un seto de ramas de pino trenzadas que rodeaba su cama), se cayó por el terraplén y dio con la cabeza en la blanda tierra, y así se quedó, con las piernas salpicadas de barro en el aire, al menos cinco minutos, sin inmutarse. Lo rescataron y no exhaló ni un murmullo. Dudo en consignar otros muchos ejemplos de su sagacidad que, por desgracia, vienen de boca de amigos y partidarios suyos. Algunos incluso con cierto matiz supersticioso.

—Acabo de subir por el terraplén —dijo un día Kentuck sin

resuello, emocionado— y que me muera ahora mismo si no lo he visto hablando con un arrendajo que se le había posado en las piernas. Ahí estaban los dos, tan libres y amigos como el que más, dándole al pico como dos compinches.

Lo cierto es que, tanto si gateaba por debajo de las ramas de pino como si se quedaba tumbado sin hacer nada, mirando las hojas que lo protegían del sol, los pájaros cantaban, las ardillas parloteaban y las flores brotaban. La naturaleza era su niñera y su compañera de juegos. Para él filtraba entre las hojas dorados rayos de sol que podía tocar con las manos, le mandaba brisas juguetonas impregnadas de bálsamo de laurel y ricas resinas, las altas secuoyas lo saludaban con familiaridad, adormiladas, los abejorros zumbaban y los grajos lo arrullaban con su graznido monótono.

Así transcurría el verano en Roaring Camp. Eran «tiempos de euforia», «la suerte» estaba con ellos. Los yacimientos rendían con generosidad sin par. El campamento se aferraba celosamente a sus privilegios y miraba con recelo a los forasteros. No se favorecía la inmigración y, para asegurarse el aislamiento, se apropiaron debidamente de las tierras que los rodeaban, hasta las montañas que les servían de murallas. Entre esto y la fama de notable maestría con el revólver de la que gozaba Roaring Camp, nadie entraba en el poblado. El correo, su único vínculo con el mundo exterior, a veces contaba anécdotas maravillosas del campamento. Decía:

—Los de Roaring Camp se han hecho una calle que no tiene nada que envidiar a ninguna de Red Dog, con parras y flores alrededor de las casas, y se lavan dos veces al día. Pero no reciben bien a los forasteros y adoran a un niño indígena.

Con la prosperidad llegó el deseo de mayores mejoras. Alguien propuso construir un hotel la primavera siguiente e invitar a un par de familias honradas a vivir allí, por el bien de Suerte, que tal vez sacara provecho de la compañía femenina. El sacrificio de estos hombres al hacer semejante concesión al otro sexo, cuyas virtudes y utilidad consideraban con recalcitrante escepticismo, solo puede justificarse por el afecto que profesaban a Tommy. Pero algunos se negaron. El proyecto no podría iniciarse hasta tres meses más tarde y la minoría cedió por aburrimiento, con la esperanza de que sucediera algo que lo impidiera. Y sucedió.

El invierno de 1851 dejó una huella profunda al pie de las montañas. La Sierra soportaba una gran capa de nieve, los riachuelos se convirtieron en ríos y los ríos, en lagos. Todos los barrancos y quebradas se transformaron en tumultuosas corrientes de agua que bajaban de las montañas arrancando árboles gigantescos y sembrando el llano de desperdicios y desechos. Las aguas inundaron Red Dog dos veces y Roaring Camp estaba sobre aviso.

—El agua arrastra el oro a las quebradas —dijo Stumpy—, ya ha pasado una vez y ¡volverá a pasar!

Aquella noche, el North Fork se desbordó de repente y anegó el valle triangular de Roaring Camp.

Entre la confusión de la avenida de agua, los árboles que arrastraba, los maderos crujientes y la oscuridad que parecía acompañar el desastre y envolver el hermoso valle, poco se pudo hacer para recoger el disperso campamento. Al rayar el alba, la cabaña de Stumpy, que estaba más cerca del río, había desaparecido. Quebrada arriba hallaron el cadáver del infortunado propietario; pero el orgullo, la esperanza, la alegría, la suerte de Roaring Camp había desaparecido. Volvían con gran pesadumbre cuando una voz los llamó desde la otra orilla.

Era un bote salvavidas procedente de río abajo. Decían que habían recogido a un hombre y un niño pequeño prácticamente exhaustos unos tres kilómetros más abajo. Les preguntaron si los conocían y si eran de ese campamento.

Al primer vistazo enseguida reconocieron a Kentuck, allí tirado, cruelmente magullado y arañado, pero todavía con la suerte de Roaring Camp en brazos. Se inclinaron sobre la dispar pareja y vieron que el niño estaba frío, que no tenía pulso.

—Ha muerto —dijo uno.

Kentuck abrió los ojos.

—¿Muerto? —dijo débilmente—. Sí, amigo mío, y este que lo es también agoniza. —Una sonrisa le iluminó el rostro—. Me muero —repitió—, y me lleva con él… ¡Díselo a los muchachos! Diles que ahora la suerte está conmigo.

Y aquel hombre tan fuerte, agarrándose al niñito como dicen que se agarra un náufrago a una paja, se dejó arrastrar por la oscura corriente que fluye sin descanso hasta el mar ignoto.

Los desterrados de Poker Flat

(1869)

Cuando el señor John Oakhurst, de profesión tahúr, pisó la calle principal de Poker Flat la mañana del 23 de noviembre de 1850, percibió cambios en el ambiente moral desde la noche anterior. Dos o tres hombres que hablaban animadamente entre ellos dejaron de hacerlo al verlo acercarse y cruzaron miradas de complicidad. Había un ambiente de plácido día festivo, que parecía de mal presagio en un poblado que no observaba los festivos.

El rostro sereno y bien parecido del señor Oakhurst no reflejó preocupación alguna al ver estas señales. Otra cosa es si tendría o no algún conocimiento del motivo que las originaba.

«Apuesto a que van por alguien —pensó—, por mí, posiblemente».

Guardó en el bolsillo el pañuelo con el que se había quitado de las lustrosas botas el polvo rojo de Poker Flat y, en silencio, dejó de pensar y hacer conjeturas.

Lo cierto es que Poker Flat «iba por alguien». Últimamente había perdido unos cuantos miles de dólares, dos valiosos caballos y a un ciudadano prominente y, en consecuencia, sufría una crisis de reacciones justicieras tan delictivas e ingobernables como cualquiera de los hechos que la habían precipitado. Una junta secreta había tomado la decisión de limpiar el pueblo de indeseables. Ya habían empezado a hacerlo, y con carácter permanente, con dos hombres a los que habían colgado de las ramas de un sicomoro que crecía en el barranco, y habían desterrado temporalmente a ciertos personajes poco recomendables. Lamento decir que algunos de estos eran señoras. Sin embargo, en

descargo del sexo, se debe precisar que sus culpas eran puramente profesionales y que solo ante conductas reprobables tan evidentes se atrevía Poker Flat a dictar sentencia.

El señor Oakhurst no erraba al suponer que lo consideraban un indeseable. Algunos miembros de la junta querían ahorcarlo para dar ejemplo y recuperar, de paso, el dinero que les había ganado.

—No hay derecho —dijo Jim Wheeler— a que ese joven de Roaring Camp, forastero se mire como se mire, se lleve nuestro dinero.

Pero el primitivo sentimiento de equidad que albergaban en el pecho los afortunados que habían ganado al señor Oakhurst desestimó este prejuicio local tan estrecho de miras.

El señor Oakhurst encajó la sentencia con serenidad filosófica, sobre todo al percibir la vacilación de los jueces. Era tan aficionado a las apuestas que no podía negarse a su sino. La vida era para él un juego inseguro, en el mejor de los casos, y sabía reconocer la ventaja que llevaba el que repartía las cartas.

Una partida de hombres armados acompañó a los indeseables desterrados de Poker Flat hasta las afueras del pueblo. Además del señor Oakhurst, que, como todo el mundo sabía, era un hombre serenamente desesperado y la razón principal de que los escoltaran hombres armados, en el grupo de proscritos iban también: una joven conocida por el sobrenombre de la Duquesa, otra que se había ganado el de Madre Shipton [11] y tío Billy, sospechoso de hurtos varios y borracho confeso. Los espectadores del desfile no hicieron ningún comentario, como tampoco la escolta. El jefe de la partida no habló hasta que llegaron al barranco que señalaba el límite de Poker Flat, y fue al grano sucintamente: los desterrados no podían volver so pena de muerte.

Cuando la escolta desapareció de la vista, los sentimientos que escondían los desterrados afloraron, en forma de lágrimas histéricas, en el caso de la Duquesa, de unas cuantas malas palabras en el de Madre Shipton y en una sarta de insultos vanos en el de tío Billy. Únicamente el filosófico Oakhurst siguió en silencio. Oyó tranquilamente el deseo de Madre Shipton de arrancarle el corazón a alguien, la insistencia de la Duquesa en que se iba a morir en el camino y las alarmantes blasfemias que parecían salirle de dentro a puñetazos a tío Billy mientras cabalgaba. Con el sencillo sentido del

humor que caracteriza a los de su especie pidió a la Duquesa reiteradamente que le cambiara a Five Spot, su caballo, por la triste mula que llevaba ella. Pero ni siquiera este gesto logró acercar un poco a unos y otros. La joven se arregló las desvaídas plumas con una coquetería débil y descolorida; Madre Shipton echó una mirada malévola al dueño de Five Spot y tío Billy maldijo a todos los presentes en una sola frase lapidaria.

El camino a Sandy Bar, un campamento que, por no conocer todavía la influencia regeneradora de Poker Flat, parecía por tanto un destino viable para los emigrantes, se encontraba al otro lado de una empinada cadena montañosa, a un fatigoso día de viaje. La estación estaba avanzada y el grupo enseguida dejó atrás la región húmeda y templada al pie de los montes y llegó al aire seco, frío y estimulante de la Sierra. La senda era estrecha y difícil. A mediodía, la Duquesa se apeó de su montura y declaró su intención de no dar un paso más, y el grupo hizo un alto.

El paisaje era abrupto e impresionante. Un anfiteatro boscoso limitado por tres lados por riscos verticales de granito pelado descendía suavemente hacia la cresta de otro precipicio que se asomaba al valle. Con toda certeza, era el lugar más apetecible para acampar, de haber sido aconsejable hacerlo. Pero el señor Oakhurst sabía que apenas habían cubierto la mitad del trayecto hasta Sandy Bar y que, por falta de equipo y de provisiones, no podían permitirse un descanso que los retrasaría. Se lo expuso secamente a sus compañeros y añadió que era una sandez «tirar las cartas antes de que terminara el juego». Sin embargo, tenían alcohol, que en este brete podía hacer las veces de comida, leña, descanso y clarividencia. A pesar de las protestas del tahúr, los efectos de la bebida no tardaron en manifestarse. Tío Billy pasó rápidamente de la actitud belicosa a un estado de estupor, la Duquesa se puso llorona y Madre Shipton roncaba. Solo el señor Oakhurst seguía en pie, apoyado en una roca, observándolos tranquilamente.

Él no bebía. El alcohol interfería con una profesión que requería frialdad, impasibilidad y presencia de ánimo y, según sus propias palabras, «no podía permitírselo». Mirando a sus amodorrados compañeros de exilio, por primera vez le pesó de corazón la soledad de su oficio de paria, su manera de vivir, incluso sus vicios. Empezó a sacudirse el polvo de la ropa negra que llevaba, se lavó las manos

y la cara y siguió aplicadamente con otros menesteres característicos de sus hábitos higiénicos; de este modo olvidó un momento el malestar que sentía. Es posible que no le pasara por la cabeza la idea de abandonar a sus compañeros, más débiles y dignos de compasión que él. Sin embargo, echaba de menos aquella emoción que, curiosamente, le proporcionaba la serena ecuanimidad que lo caracterizaba. Miró las oscuras paredes que se elevaban trescientos metros en vertical sobre los pinos de alrededor; al cielo, cubierto de nubes siniestras; al valle, que ya se sumergía en la oscuridad. Y entonces oyó que lo llamaban por su nombre.

Un hombre subía por la senda a caballo. El señor Oakhurst reconoció el rostro fresco y franco del recién llegado: era Tom Simson, también llamado el Inocente de Sandy Bar. Se habían conocido unos meses antes, jugando «una partidita» que, con perfecta ecuanimidad, había ganado el señor Oakhurst, sacándole la fortuna de cuarenta dólares al candoroso muchacho. Después de la partida, se llevó al joven especulador detrás de la puerta y le dijo lo siguiente:

—Tommy, eres un buen chico, pero no vuelvas a jugarte ni un centavo. No vuelvas a intentarlo jamás.

Le devolvió el dinero, lo echó del local por las buenas y Tom Simson se convirtió en su más rendido esclavo.

Saludó al señor Oakhurst con entusiasmo infantil, recordando aquel día. Le dijo que se había puesto en camino a Poker Flat en busca de fortuna.

—¿Tú solo?

No, solo exactamente no; la verdad (risita), se había escapado con Piney Woods. ¿No se acordaba de ella? La que atendía las mesas del mesón en el que no servían alcohol. Eran novios desde hacía tiempo, pero su padre, Jake Woods, se oponía, por eso se habían escapado e iban a Poker Flat a casarse, por eso estaban ahí. Y estaban agotados, y qué suerte habían tenido al encontrar dónde acampar y compañía. Todo esto dijo el Inocente muy deprisa, mientras Piney, una damisela de quince años, robusta y bonita, salía de detrás de un pino, donde se había escondido para que no la vieran ruborizarse, y se acercaba a su prometido.

El señor Oakhurst no tenía por costumbre ocuparse de los sentimientos y menos aún del decoro, pero se hizo una vaga idea de

que la situación no era halagüeña. Sin embargo, conservaba suficiente presencia de ánimo para propinar un puntapié a tío Billy, que iba a decir algo, y tío Billy estaba suficientemente sobrio para entender la advertencia de quien no estaba dispuesto a aguantar tonterías. Después intentó convencer a Tom Simson de que no se entretuviera más, pero fue en vano. Incluso le explicó que no tenían provisiones ni nada con que montar el campamento. Pero, desafortunadamente, el Inocente replicó que llevaba una mula de más cargada de provisiones y que había descubierto una choza medio derruida cerca del camino.

—Piney puede quedarse con la señora Oakhurst —dijo el Inocente, refiriéndose a la Duquesa—, y yo me las apañaré por mi cuenta.

El pie vigilante del señor Oakhurst fue lo único que evitó que Billy estallara en estruendosas carcajadas. Al parecer, tuvo que retirarse a los árboles para tranquilizarse, y allí confió el chiste a los altos pinos, dándose cachetes en las piernas, riéndose a mandíbula batiente y demás visajes exagerados de risa incontrolable. Cuando volvió, se los encontró charlando cordialmente alrededor de una hoguera, pues el aire se había enfriado de una forma extraña y el cielo estaba encapotado. Piney hablaba con la Duquesa como una niña impulsiva, y esta la escuchaba con animación, con un interés que hacía días que no se le veía. El Inocente también se explayaba, y al parecer con el mismo resultado, con el señor Oakhurst y Madre Shipton, que había adoptado una actitud amable.

—¿Qué es esto? ¿Una m… merienda campestre? —dijo tío Billy, burlándose para sí, al ver al bucólico grupo, la luz de la hoguera y los animales atados al fondo.

De pronto, entre los vapores alcohólicos que le nublaban la cabeza, surgió una idea. Al parecer era graciosa, porque empezó a darse cachetes en las piernas otra vez y a meterse el puño en la boca.

La oscuridad trepaba lentamente por la montaña, una brisa ligera mecía las copas de los pinos y gemía entre los sombríos troncos. Dejaron la choza en ruinas, tapada y remendada con ramas de pino, para las señoras. Cuando los enamorados se separaron, se dieron un beso de lo más natural, tan decoroso y sincero que se podía haber oído por encima de los altos pinos. La frágil Duquesa y

la malévola Madre Shipton debían de estar tan asombradas que no fueron capaces de hacer ningún comentario sobre esta última demostración de simplicidad y, sin una palabra, entraron en la choza. Los hombres echaron más leña a la hoguera, se acostaron delante de la puerta y se durmieron en pocos minutos.

El señor Oakhurst tenía el sueño ligero. Poco antes del amanecer se despertó entumecido y helado. Mientras atizaba el fuego, el viento, que ahora soplaba con fuerza, le dejó en la cara una cosa que le heló la sangre en las venas: ¡nieve!

Se puso de pie con la intención de despertar a los durmientes, porque no había tiempo que perder. Pero, al volverse hacia el sitio de tío Billy, vio que no estaba. Una sospecha le asaltó la cabeza y una maldición, los labios. Fue corriendo a donde habían atado a las mulas: ya no estaban allí. Las huellas empezaban a desaparecer bajo la capa de nieve.

El sobresalto fue grande, pero enseguida volvió a la hoguera con su calma habitual. No despertó a los durmientes. El Inocente roncaba en paz, con una sonrisa en su animosa cara pecosa; la virginal Piney dormía junto a sus hermanas más frágiles con una dulzura como si la guardaran vigilantes celestiales; y el señor Oakhurst, arropándose en su manta, se tocó los bigotes y esperó a que llegara la mañana. Y llegó envuelta en un remolino de copos que cegaba y confundía la vista. El paisaje que se veía cambió mágicamente. Miró hacia el valle y resumió el presente y el futuro en pocas palabras:

—¡Aislados por la nieve!

Tras hacer un pormenorizado inventario de las provisiones que, por suerte, habían guardado en la choza y se habían librado de la mano larga de tío Billy, vieron que, con prudencia y comedimiento, podían aguantar allí diez días.

—Es decir —dijo el señor Oakhurst *sotto voce* al Inocente—, si estáis dispuestos a repartirlas con nosotros. En caso contrario, y tal vez sea lo mejor para vosotros, podéis esperar a que vuelva tío Billy con más provisiones.

Por una razón misteriosa, el señor Oakhurst prefirió no revelar la ratera falta de escrúpulos de tío Billy, y dijo que quizá hubiera ido a dar un paseo, asustando involuntariamente a los animales, que habrían huido en estampida. Avisó con discreción a la Duquesa y a

Madre Shipton, quienes, como es natural, conocían los motivos de la mentira de su compañero de exilio.

—Descubrirán quiénes somos en realidad, si es que llegan a averiguar algo —añadió con toda intención—, así que no vale la pena asustarlos ahora.

Tom Simson no solo puso sus reservas a disposición del señor Oakhurst, sino que parecía emocionado con la idea de la reclusión forzada.

—Pasaremos una semana estupenda de campamento y después la nieve se derretirá y nos iremos todos juntos.

La alegría y el buen humor del muchacho y la tranquilidad del señor Oakhurst resultaron contagiosas. Con ramas de pino, el Inocente improvisó un tejado para reemplazar el que se había derrumbado y la Duquesa instruyó a Piney a propósito de la distribución del interior con tan buen gusto y tanto tacto que la provinciana doncella abrió los ojos como platos.

—Seguro que en Poker Flat todo es muy refinado —le dijo.

La Duquesa le dio la espalda bruscamente para ocultar el rubor que se le subió a la cara, a pesar de la pintura profesional que llevaba, y Madre Shipton pidió a Piney que dejara de «parlotear».

Cuando el señor Oakhurst volvía de una fatigosa búsqueda por la senda, oyó alegres carcajadas entre las rocas. Alarmado, se detuvo, y en lo primero que pensó fue en el whisky que había escondido prudentemente.

«De todas formas, no parecen risas de whisky», se dijo el tahúr.

No se convenció de que era risa sana hasta que, en medio de la cegadora tormenta de nieve, alcanzó a ver a sus compañeros alrededor de una gran hoguera.

No sabría decir si el señor Oakhurst había escondido las cartas con el whisky para impedir que los demás hicieran uso de ellos. Lo cierto es que, según las palabras de Madre Shipton, «no mentó las cartas ni una sola vez» en toda la tarde. Por casualidad, para pasar el rato disponían de un acordeón, instrumento que Tom Simson sacó de su equipaje con cierto orgullo. A pesar de las dificultades para manejarlo, Piney Woods consiguió arrancarle varias melodías, que el Inocente acompañó con un par de castañuelas de hueso. Pero lo mejor de la velada llegó con un grosero himno de campamento que los enamorados, dándose la mano, cantaron con gran

entusiasmo y a grandes voces. Es de temer que, más que el sentido religioso, fuera el tono desafiante y el aire protestante del estribillo lo que animó a los demás a cantar con ellos:

> Vivo con orgullo sirviendo al Señor,
> la vida doy por luchar en Su ejército.

Los pinos se agitaban, la nieve caía a rachas y remolinos sobre los desgraciados y las llamas de su altar subían hacia el cielo como expresión de un voto.

A medianoche amainó la nevada, las nubes desaparecieron y las estrellas brillaron intensamente sobre los durmientes. El señor Oakhurst, cuyos hábitos profesionales le habían enseñado a vivir con las mínimas horas de sueño, se repartió la guardia con Tom Simson de tal forma que se quedó con la mayor parte de la tarea. Puso por excusa que «a menudo pasaba una semana sin dormir».

—¿Por qué? ¿Qué hacías? —le preguntó Tom.

—¡Jugar al póker! —respondió sentenciosamente—. Cuando por pura casualidad se tiene una racha de suerte, uno no se cansa. Se rinde antes la suerte. La suerte —continuó pensativamente— es una cosa muy rara. Lo único que se sabe a ciencia cierta es que cambia. Adivinar cuándo va a cambiar es lo que te salva. Hemos tenido una racha de mala suerte desde que salimos de Poker Flat, luego llegas tú y también te pilla de lleno. Pero, mientras no pierdas las cartas, todo irá bien. Porque —añadió el tahúr alegre y gratuitamente:

> Vivo con orgullo sirviendo al Señor,
> la vida doy por luchar en Su ejército.

Llegó el tercer día y el sol, al asomarse al valle cubierto de blanco, vio a los desterrados repartirse las provisiones, que mermaban poco a poco, para el desayuno. El clima de esa montaña tenía la particularidad de difundir los rayos cálidamente por el paisaje invernal, como arrepentido de lo que había hecho por la noche. Pero la choza estaba rodeada de altos ventisqueros: un mar blanco sin esperanza, sin mapas ni vías, al pie de las costas rocosas a las que todavía se aferraban los proscritos. El aire estaba maravillosamente límpido y a lo lejos, a muchos kilómetros, se

elevaba idílicamente el humo del pueblo de Poker Flat. Madre Shipton lo vio y, desde el lejano pináculo de su fortaleza rocosa, le lanzó una maldición definitiva. Fue su último intento de hacer daño, y tal vez por eso mismo pareció revestirse de cierta solemnidad. A ella le sentó bien, le dijo a la Duquesa confidencialmente.

—Súbete ahí, maldícelos y verás.

Después se dispuso a entretener a «la niña», como les gustaba llamar a Piney. Piney no era tan inocente, pero para las dos mujeres era una forma grata y original de justificar que la chica no blasfemara ni fuera indecorosa.

Cuando cayó de nuevo la noche sobre las quebradas, las aflautadas notas del acordeón subían y bajaban a trompicones, como jadeando, junto a las inquietas llamas de la hoguera. Pero la música no consiguió llenar el vacío que había dejado la escasa comida, y Piney propuso otra diversión: contarse cosas. De no haber sido por el Inocente, el plan habría fracasado, pues el señor Oakhurst y las señoras no estaban dispuestos a revelar anécdotas personales.

Hacía unos meses que el muchacho había encontrado por casualidad un ejemplar perdido de la ingeniosa traducción de la *Ilíada* que había hecho el señor Pope[12]. Y propuso relatar las principales anécdotas del poema en la lengua vernácula de Sandy Bar, pues se había aprendido el argumento de memoria, pero las palabras se le habían olvidado. Y así, aquella noche, en lo que quedaba de velada, los semidioses homéricos volvieron a pisar la tierra. El matón troyano y el griego astuto luchaban en el viento y los grandes pinos del *cañón* parecían doblegarse ante la ira del hijo de Peleo. El señor Oakhurst escuchaba con gran satisfacción. Lo que más le interesaba era el sino de «Anguiles[13]», como insistía el Inocente en llamar a Aquiles, el de los pies ligeros.

Y así, entre poca comida, mucho Homero y el acordeón, pasó una semana sobre la vida de los desterrados. El sol volvió a abandonarlos y los cielos plomizos volvieron a derramar nieve sobre la tierra. Cada día aumentaba el círculo blanco que los rodeaba, hasta que al final miraban desde su prisión hacia los cegadores muros blancos que se levantaban seis metros por encima de ellos. Cada vez era más difícil alimentar la hoguera, incluso con

las ramas de los árboles caídos más cercanos, semiocultos ahora entre los ventisqueros. Sin embargo, nadie se quejaba. Los enamorados contemplaban la aciaga perspectiva, pero después se miraban a los ojos y se alegraban. El señor Oakhurst se preparó serenamente para perder el juego que se le presentaba. La Duquesa, más animada que antes, se encargó de cuidar a Piney. Solo Madre Shipton, que había sido la más fuerte del grupo, parecía enferma y marchita. El décimo día a medianoche llamó a Oakhurst:

—Me voy —le dijo con voz débil y quejumbrosa—, pero no digas nada. No despiertes a los chicos. Coge el hato que tengo debajo de la cabeza y ábrelo. —Así lo hizo el señor Oakhurst. Dentro encontró, intactas, las raciones de la semana anterior—. Dáselas a la niña —dijo, señalando a Piney.

—Te matas de hambre tú sola —le dijo el tahúr.

—Así lo llaman —respondió la mujer quejumbrosamente, mientras se tumbaba de nuevo.

Volvió la cara hacia la pared y, en silencio, falleció.

Aquel día no tocaron el acordeón ni las castañuelas y nadie se acordó de Homero. Después de entregar el cadáver de Madre Shipton a la nieve, el señor Oakhurst se llevó al Inocente aparte; le enseñó un par de zapatos para la nieve que había hecho con una albarda vieja.

—Todavía hay una posibilidad entre cien de que ella se salve —le dijo, refiriéndose a Piney—, pero está allí —añadió, señalando hacia Poker Flat—. Si llegas en dos días, la salvarás.

—Y ¿usted? —preguntó Tom Simson.

—Yo me quedo —respondió secamente.

Los enamorados se despidieron con un largo abrazo.

—¿Tú no vas con él? —dijo la Duquesa, al ver que el señor Oakhurst parecía esperar para acompañarlo.

—Hasta el cañón —respondió.

De pronto dio media vuelta y besó a la pálida Duquesa, que se puso como la grana y empezó a temblar de asombro.

Llegó la noche, pero el señor Oakhurst no volvió. Y con la noche, la tormenta y los remolinos de nieve. Después, la Duquesa, al echar leña a la hoguera, vio que alguien había apilado suficiente madera al lado de la choza para resistir unos días más. Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero se escondió para que Piney no la

viera.

Las mujeres durmieron poco y mal. Por la mañana, al mirarse la una a la otra, vieron el destino que las aguardaba. No dijeron nada, pero Piney, aceptando el papel de la más fuerte, se acercó y pasó el brazo a la Duquesa por la cintura. Y así se quedaron todo el día. Por la noche, la tormenta se encarnizó como nunca y, haciendo pedazos las ramas de pino que las protegían, invadió la choza.

Por la mañana no pudieron echar leña al fuego y la hoguera se fue apagando poco a poco. Cuando las brasas se volvieron negras, la Duquesa se acercó a Piney y rompió el silencio de muchas horas.

—Piney, ¿sabes rezar?

—No, querida —dijo Piney sencillamente.

La Duquesa sintió alivio, no sabía por qué, pero apoyó la cabeza en el hombro de la chica y no dijo nada más. Y llevando la más joven y pura la cabeza de la hermana impura en su pecho virginal, se durmieron.

El viento dejó de bramar y las arrulló como si temiera despertarlas. De las largas ramas de pino caían tenues copos de nieve, volando como pajarillos blancos, y se posaban sobre ellas sin alarmarlas. Entre los claros de las nubes, la luna miraba los restos del campamento. Pero el manto impoluto que caía, compasivo, de lo alto ocultaba toda huella humana, todo rastro de trabajo terrenal.

Durmieron todo el día y el siguiente, y no se despertaron cuando las voces y los ruidos invadieron el silencio del campamento. Y cuando unas manos piadosas limpiaron la nieve que les cubría el desvaído rostro, no se distinguía, a juzgar por la pacífica expresión de ambos, cuál era de la pecadora. Así lo reconoció incluso la autoridad de Poker Flat, que dio media vuelta y las dejó allí, la una en brazos de la otra.

Pero en la entrada del barranco, en uno de los pinos más grandes, encontraron un dos de picas clavado en la corteza con una faca. Escrito a lápiz con mano firme, decía:

†

AL PIE DE ESTE ÁRBOL

YACE

JOHN OAKHURST,

QUE INICIÓ UNA RACHA DE MALA SUERTE

EL 23 DE NOVIEMBRE DE 1850

Y

ENTREGÓ SUS FICHAS

EL 7 DE DICIEMBRE DE 1850

†

Debajo de la nieve yacía, frío y sin pulso, con una derringer al lado y una bala en el corazón, el que había sido el más fuerte y al mismo tiempo el más débil de los desterrados de Poker Flat.

El socio de Tennessee

(1869)

Creo que nunca llegamos a saber su verdadero nombre, aunque es cierto que ignorarlo nunca fue un inconveniente social para nosotros porque, en 1845, en Sandy Bar era frecuente rebautizar a los hombres. A veces, el nuevo apelativo se inspiraba en algún detalle distintivo del vestir, como en el caso de Jack Vaqueros; o en alguna costumbre peculiar, como en el de Bill Bicarbonato, porque el pan que comía llevaba una cantidad desproporcionada de bicarbonato de soda; o en algún desliz desafortunado, como en el del Pirata de Hierro, un hombre tranquilo e inofensivo que se ganó ese título por pronunciar mal «pirita de hierro». Tal vez esto fuera el germen de una heráldica rudimentaria, aunque me inclino a pensar que, en aquella época, el verdadero nombre de un hombre dependía únicamente de lo que dijera él.

—Y ¿dice usted que se llama Clifford? —preguntó Boston con mucha guasa a un tipo apocado que acababa de llegar—. ¡El infierno está lleno de Cliffords!

Después presentó al infortunado, que en realidad se llamaba Clifford, con el sobrenombre de Charly Arrendajo, insultante inspiración del momento que le quedó para siempre.

Pero volvamos al socio de Tennessee, a quien no conocimos por ningún otro nombre más que este título dependiente; hasta mucho más tarde no llegamos a saber que tenía una existencia propia, diferente y separada. Al parecer, en 1853 salió de Poker Flat con destino a San Francisco en busca de una mujer para casarse. No pasó de Stockton. En ese lugar lo atrajo una joven que atendía la mesa del hotel en el que comía. Una mañana le dijo algo que a la

joven le hizo sonreír con cierta chispa, romperle coquetamente en la cara, cuando la miraba con seriedad y sencillez, un plato lleno de tostadas y retirarse a la cocina. La siguió y poco después volvió a salir victorioso, con más tostadas encima. Aquella misma semana los casó un juez de paz y volvieron a Poker Flat. Comprendo que podría dar más detalles de este episodio, pero prefiero referirlo tal como lo contaban en Sandy Bar, en los barrancos y las cantinas, con un gran sentido del humor por lo que hace a los sentimientos.

Poco se sabe de su felicidad conyugal, tal vez se deba a que un buen día Tennessee, que a la sazón vivía con su socio, aprovechó la oportunidad de decirle algo a la novia por su cuenta y riesgo, ante lo cual cuentan que ella sonrió con cierta chispa y se retiró castamente… hasta Marysville en esta ocasión, adonde la siguió Tennessee y donde se pusieron a jugar a las casitas sin la mediación de un juez de paz. El socio de Tennessee se tomó la pérdida de su mujer con seriedad y sencillez, a su estilo. Pero, para asombro de todos, cuando Tennessee volvió de Marysville sin la mujer de su socio, pues ella había sonreído a otro y se había retirado una vez más, su socio fue el primero en darle la mano y recibirlo con afecto. Los muchachos que se habían congregado en el *cañón* para presenciar el tiroteo se indignaron muchísimo, como es natural. Habrían expresado la indignación con sarcasmo si no lo hubiera impedido cierta mirada que les echó el socio de Tennessee, una mirada totalmente carente de sentido del humor. Lo cierto es que era un hombre serio que se aplicaba al detalle práctico en los momentos difíciles con una diligencia bastante fastidiosa.

Entretanto, en el pueblo se enconaban los sentimientos en contra de Tennessee: se sabía que era jugador y se sospechaba que robaba. Su socio también se vio comprometido, pues la única explicación posible de que siguieran siendo amigos después del episodio con su mujer era que estuvieran conchabados en el delito. Finalmente, los pecados de Tennessee salieron a la luz. Un día, camino de Red Dog, alcanzó a un desconocido. Después, el desconocido contó que Tennessee le había hecho pasar un buen rato contándole anécdotas y recuerdos, pero que, ilógicamente, concluyó diciéndole:

—Y ahora, jovencito, me vas a dar el puñal, las pistolas y el dinero, porque, verás, estos instrumentos pueden traerte complicaciones en Red Dog, y el dinero es una tentación para los

maleantes. Creo que has dicho que vives en San Francisco. Procuraré hacerte una visita.

Hay que reconocer que Tennessee tenía una fluida vena humorística que no se secaba ni en plena negociación mercantil.

Fue su última hazaña. Red Dog y Sandy Bar hicieron causa común contra este salteador de caminos. Le dieron caza con su misma medicina. Cuando lo tenían rodeado, echó una carrera desesperada por todo Bar descargando el revólver contra la multitud que se encontraba a la puerta del *saloon* Arcade, y siguió corriendo hacia el *cañón* del Oso; pero al final del desfiladero lo detuvo un hombre de baja estatura que iba en un caballo gris. Se miraron un momento en silencio. Ninguno tenía miedo, estaban seguros de sí, eran independientes; eran dos ejemplares de una civilización que en el siglo XVII se habría calificado de heroica, pero que en el XIX no pasaba de temeraria.

—Qué llevas, pregunto —dijo Tennessee en voz baja.

—Dos sotas y un as —dijo el otro, también en voz baja, al tiempo que enseñaba dos revólveres y una faca.

—Paso —contestó Tennessee.

Y, con este epigrama de jugador, tiró su inútil pistola y regresó con el que lo había atrapado.

Hacía calor aquel atardecer. La brisa fresca que solía levantarse a última hora tras la montaña del chaparral no llegaba esa noche a Sandy Bar. El pequeño *cañón* estaba cargado de olores resinosos recalentados y los maderos podridos de Bar exhalaban efluvios hediondos. En el campamento, la actividad febril y las fieras pasiones del día no se habían apagado todavía. A lo largo de la orilla del río unas luces se movían sin cesar, sin reflejarse en la turbulenta corriente. Las ventanas del viejo desván de la oficina de Correos destacaban como ojos brillantes sobre la masa negra de los pinos; desde allí veían los haraganes la silueta de los que todavía estaban decidiendo la suerte que correría Tennessee. Y, por encima de todo esto, recortada contra el oscuro firmamento, se alzaba la Sierra, lejana, indiferente, coronada de estrellas aún más lejanas e indiferentes.

El juicio de Tennessee fue tan justo como era de esperar de un juez y un jurado que se sentían obligados hasta cierto punto a que

el veredicto justificara las irregularidades cometidas en la detención y la formulación de cargos. La ley de Sandy Bar era implacable, pero no vengativa. La emoción y los sentimientos personales de la persecución ya habían pasado; con Tennessee sano y salvo en sus manos, se dispusieron a escuchar pacientemente cualquier argumento en su defensa, aunque estaban convencidos de antemano de que sería inútil. No tenían la menor sombra de duda, pero preferían conceder al acusado el beneficio de alguna que pudiera surgir. Persuadidos de que merecía la horca por principios generales, le concedieron más oportunidades de defenderse de las que el temerario y audaz preso parecía desear. El juez estaba más angustiado que el acusado, el cual, completamente despreocupado por lo demás, se divertía a costa de la responsabilidad que les había echado encima.

—No voy a seguirles el juego —era la respuesta que daba invariablemente, de buen humor, a todas las preguntas.

El juez, que también era quien lo había detenido, lamentó un momento no haberlo matado de un tiro esa mañana «allí mismo», pero enseguida dejó de pensarlo por tratarse de una debilidad humana indigna de un juez. Sin embargo, cuando llamaron a la puerta y dijeron que el socio de Tennessee quería hablar a favor del reo, no vaciló en admitirlo sin dilación. Es posible que para los miembros más jóvenes del jurado, que ya estaban aburridos de tanto pensar, fuera un alivio.

Pues, en realidad, no era un tipo imponente, sino de baja estatura, aunque fornido, de cara cuadrada, extraordinariamente colorado por efecto del sol; llevaba una mandilón y pantalones a rayas, salpicados de barro rojo; tenía, en fin, una pinta que habría resultado curiosa en cualquier circunstancia, y que ahora era incluso ridícula. Cuando se detuvo para depositar en el suelo el pesado morral que llevaba, parece ser, por lo que se constata parcialmente en leyendas e inscripciones, que la tela de los remiendos de los pantalones no estaba pensada en principio para menester tan ambicioso. Sin embargo, el socio se adelantó con toda solemnidad y, después de dar un apretón de manos a cada uno de los presentes con pomposa cordialidad, perplejo y serio como estaba, se limpió la cara con un pañuelo de un color ligeramente más claro que su piel, apoyó una manaza en la mesa en busca de

apoyo y se dirigió al juez con las siguientes palabras:

—Pasaba por aquí —dijo, a modo de disculpa— y se me ocurrió entrar un momento a ver qué tal le iban las cosas a Tennessee, aquí, mi socio. Hace calor esta noche. No recuerdo una noche tan calurosa en Bar.

Hizo una breve pausa pero, como nadie se ofreció a seguir hablando del tiempo, recurrió de nuevo al pañuelo y se enjugó el rostro diligentemente.

—¿Tiene algo que decir a favor del preso? —preguntó el juez por fin.

—Eso es —dijo el socio de Tennessee, aliviado—. Vengo como socio de Tennessee… Hace cuatro años que lo conozco llueva o truene, en lo bueno y en lo malo, en la prosperidad y en la adversidad. No siempre hacemos las cosas de la misma forma, pero no hay nada en él, no hay picardía que haya cometido que no sepa yo. Y usted me dice, dice usted, confidencialmente, de hombre a hombre, dice que si tengo algo que decir a favor de este hombre. Y yo le digo, digo yo, confidencialmente, de hombre a hombre, ¿qué tiene uno que decir a favor de su socio?

—¿No tiene nada más que alegar? —preguntó el juez, impaciente, al percibir tal vez que una peligrosa corriente de comprensión empezaba a ablandar al jurado.

—Lo dicho —prosiguió el socio de Tennessee—. No soy quién para decir nada en contra de mi socio. Pero a ver, ¿de qué se le acusa? Resulta que Tennessee necesita dinero, lo necesita mucho, y no quiere pedírselo a su viejo socio. Entonces ¿qué hace Tennessee? Va por un desconocido y lo pilla. Y usted va por él y lo pilla; el empate está servido. Y yo le pregunto a usted, que es un hombre justo, y a todos ustedes, caballeros, que también son justos, si no es verdad lo que digo.

—Preso —dijo el juez, interrumpiéndolo—, ¿tiene algo que preguntar a este hombre?

—¡No! ¡No! —se apresuró a decir el socio de Tennessee—. En esta mano voy solo. Vayamos al fondo de la cuestión. La cosa es que Tennessee, aquí presente, se la ha jugado gorda a un forastero en este campamento nuestro. Entonces ¿qué hay qué hacer? Unos dirían que si tal, otros que si cual. Traigo aquí mil setecientos dólares en pepitas de oro y un reloj, es toda mi fortuna y ¡no se

hable más!

Y, antes de que alguien pudiera levantar la mano para evitarlo, el socio vació el morral encima de la mesa.

Puso la vida en peligro un momento. Un par de hombres se levantaron, unos cuantos echaron mano al arma que llevaban oculta y solo un gesto del juez impidió que aplicaran en la práctica la idea de «a la ventana con él». Tennessee se echó a reír. Y, aparentemente ajeno a la conmoción, el socio aprovechó la oportunidad para limpiarse la cara otra vez con el pañuelo.

Cuando las aguas volvieron a su cauce y con mucha prosopopeya retórica se dio a entender al hombre que el delito de Tennessee no podía perdonarse con dinero, se le puso la cara de un rojo sangre y los que más cerca estaban de él vieron que la ruda mano con la que se apoyaba en la mesa le temblaba ligeramente. Vaciló un momento y lentamente volvió a guardar el oro en el morral como si no terminara de comprender el elevado sentido de la justicia del que hacía gala el tribunal, y estaba perplejo, pues creía que no había ofrecido bastante dinero. Entonces, volviéndose al juez, le dijo:

—Esta mano la jugaba yo solo, sin mi socio.

Saludó al jurado con una inclinación de cabeza y se disponía a irse, pero el juez lo llamó otra vez.

—Si tiene algo que decirle a Tennessee, hable ahora.

Por primera vez en la noche, Tennessee y su curioso defensor cruzaron una mirada. Tennessee sonrió enseñando unos dientes blancos y dijo:

—¡Euchred, amigo mío! —Y le tendió la mano.

El socio le dio un apretón y dijo:

—Pasaba por aquí y se me ocurrió entrar a ver qué tal iban las cosas. —Soltó la mano sin fuerza y añadió—: Hacía calor esta noche.

Se limpió la cara una vez más y, sin añadir otra palabra, se retiró.

Nunca volvieron a verse en esta vida, pues el incomparable insulto de pretender sobornar al juez Lynch, que, por muy parcial, débil o estrecho de miras que fuera, al menos era incorruptible, despejó cualquier sombra de duda que pudiera quedarle al mítico personaje a propósito del sino de Tennessee; y, al rayar el alba, lo

condujeron convenientemente escoltado al encuentro con su final en la cima del monte de Marley.

De cómo lo afrontó y se negó a decir una palabra, de su indiferencia, así como de la perfección con la que la junta lo preparó todo, dio cuenta puntualmente en el *Red Dog Clarion* (rematando el artículo con una advertencia moral y ejemplar para futuros malhechores) el propio director, que estuvo presente y a cuya pluma vigorosa con mucho gusto remito al lector. Sin embargo, de lo que no se dio cuenta, pues no era materia de lección social, fue de la hermosa mañana de mediados de verano, de la bendita amistad entre la tierra, el aire y el cielo, de la vida que despertaba en los bosques libres y en los montes, de la jubilosa renovación de la promesa de la naturaleza y, sobre todo, de la serenidad infinita que emocionaba a todos y cada uno. Con todo, cumplimentada la débil y ridícula hazaña por la que la vida, con todas sus posibilidades y responsabilidades, abandonó a la cosa que colgaba entre la tierra y el cielo, los pájaros cantaron, las flores florecieron y el sol brilló con la misma alegría que antes, y seguramente el *Red Dog Clarion* tenía razón.

El socio de Tennessee no formaba parte de la comitiva que rodeaba el funesto árbol. Pero, cuando dieron media vuelta para dispersarse, les llamó la atención una aparición insólita: una carreta tirada por un burro parada al lado del camino. Al acercarse, enseguida reconocieron a la venerable Jenny y la carreta de dos ruedas que eran propiedad del socio de Tennessee, con las que se llevaba los escombros de su yacimiento; y, a pocos pasos de la carreta, al dueño en persona sentado al pie de un castaño, secándose el sudor de la cara. En respuesta a una pregunta, dijo que había ido a buscar el cuerpo del «defunto», «con el permiso de la junta». No quería «meter prisa a nadie», podía esperar. No trabajaba ese día y, cuando los caballeros hubieran terminado con el «defunto», se lo llevaría.

—Si alguno de los presentes —añadió, a su manera sencilla y seria— quiere asistir a la función, puede quedarse.

No sé si por el sentido del humor que, como ya he dicho, caracterizaba a Sandy Bar, o por algo de orden más elevado, pero el caso es que tres cuartas partes de la comitiva aceptó la invitación sin pensarlo.

Era mediodía cuando el cadáver de Tennessee fue depositado en brazos de su socio. Cuando la carreta se acercó al árbol fatídico, vimos que acarreaba una caja tosca, alargada (hecha, al parecer, con madera de una artesa de filtrar oro), llena hasta la mitad de corteza y conos de pino. Además, estaba adornada con ramas tiernas de sauce y perfumada con ramilletes de agujas de pino. Colocaron el cadáver en el ataúd, el socio de Tennessee lo cubrió con una lona alquitranada, montó solemnemente y, con los pies en las varas de la carreta, arreó a la burra. Inició la marcha despacio, al paso decoroso característico de Jenny incluso en circunstancias menos solemnes. Los hombres, entre bromas y veras, pero siempre con guasa, echaron a andar al lado de la carreta, unos delante y otros detrás del acogedor catafalco. No sé si porque el camino se estrechaba o por respeto y compostura, los que iban delante dejaron pasar la carreta y formaron detrás en parejas, avanzando todos al mismo paso, con la actitud circunspecta de un séquito formal. Jack Folinsbee, que empezó a tocar burlonamente una marcha fúnebre con un trombón imaginario, desistió ante la falta de éxito, quizá por carecer de la capacidad del verdadero humorista para conformarse con la gracia de sus propias ocurrencias.

El camino pasaba por el *cañón* del Oso, que a esa hora ya estaba cubierto de luto y sombras. Las secuoyas lo flanqueaban en fila india, con los pies calzados en la tierra roja, derramando una bendición rudimentaria sobre el féretro. Una liebre, sorprendida en total holganza, atisbaba entre los helechos de la orilla del camino el paso del *cortège*. Las ardillas trepaban rápidamente en busca de una atalaya segura en las ramas más altas, y los arrendajos azules abrían las alas y echaban a volar delante de ellos como una avanzadilla, hasta que llegaron a las afueras de Sandy Bar y a la cabaña solitaria del socio de Tennessee.

Ni en circunstancias más halagüeñas habría parecido un sitio alegre. No faltaba nada de lo que distingue la construcción de nidos de los mineros californianos: el emplazamiento nada pintoresco, las formas toscas y carentes de atractivo, los detalles de mal gusto, todo sumando al deterioro y la decadencia. A pocos pasos de la cabaña había un cercado rústico que, en los pocos días que duró la felicidad conyugal del socio de Tennessee, hacía las veces de jardín, pero ahora estaba invadido por los helechos. Al acercarnos, nos

sorprendió descubrir que lo que habíamos tomado por un intento reciente de cultivar la tierra era en realidad tierra suelta alrededor de una fosa poco profunda.

La carreta se detuvo antes de llegar al cercado y el socio de Tennessee, rechazando la ayuda que le ofrecían con la misma sencillez y confianza en sí mismo que había mostrado desde el principio, se cargó el rudo ataúd a la espalda y lo depositó él solo en el interior de la fosa. Después clavó un tablón a modo de tapa, se subió al montoncillo de tierra, se descubrió la cabeza y lentamente se limpió la cara con el pañuelo. A los presentes les pareció el preludio de un discurso, así que se distribuyeron entre los tocones y las piedras y se sentaron a esperar.

—Cuando uno —empezó a decir el socio de Tennessee hablando despacio— se ha pasado el día corriendo en libertad, ¿qué es lo más normal que puede hacer? Pues volver a casa. Y, si no está en condiciones de volver, ¿qué puede hacer su mejor amigo? Pues ¡traerlo! Y aquí está Tennessee, que se ha pasado todo el día corriendo en libertad y ahora lo hemos traído a casa. —Hizo una pausa, cogió una piedra de cuarzo, la frotó escrupulosamente contra la manga y prosiguió—: No es la primera vez que me lo cargo a la espalda como me habéis visto hacer ahora. No es la primera vez que lo traigo a esta casa cuando no podía hacerlo él solo; no es la primera vez que Jinny y yo lo esperamos en aquella cuesta, lo recogemos y lo traemos a casa cuando no podía ni hablar y ni siquiera me reconocía. Y ahora que es la última vez, ¿por qué…? —Hizo otra pausa y frotó el cuarzo con suavidad contra la manga—. Es un poco triste para su socio. Y ahora, caballeros —añadió bruscamente, al tiempo que cogía una pala de mango largo—, se acabó la función; les estoy agradecido, y Tennessee también, por las molestias que se han tomado.

Rechazó de nuevo las propuestas de ayuda y se puso a llenar la tumba dando la espalda a la gente, que, después de unos momentos de vacilación, empezó a retirarse. Cuando cruzaron el promontorio que ocultaba la cabaña de la vista de Sandy Bar algunos se volvieron a mirar y creyeron ver al socio de Tennessee sentado sobre la tumba, con el trabajo hecho y la pala entre las rodillas, tapándose la cara con el pañuelo rojo. Otros, en cambio, decían que, a esa distancia, no se distinguía el pañuelo, y este punto quedó

sin aclaración.

En la reacción que siguió a la agitación febril de aquel día, el socio de Tennessee no cayó en el olvido. Se hizo una investigación en secreto que lo exoneró de toda sospecha de complicidad con los delitos de Tennessee y arrojó algunas dudas sobre su cordura. Sandy Bar se propuso ir a hacerle una visita para darle el pésame, con torpeza pero con buena intención. De todos modos, a partir de entonces el hombre empezó a perder la salud y la fuerza visiblemente y, cuando llegó la estación de las lluvias a su debido tiempo y en la tumba de Tennessee empezaron a despuntar las primeras hojas de hierba, el socio cayó en cama.

Una noche, cuando la tormenta agitaba los pinos de cerca de la cabaña, que barrían el tejado con sus finos dedos, y abajo se oía el rugido de las crecidas aguas del río, el socio de Tennessee levantó la cabeza de la almohada y dijo:

—Hay que ir a buscar a Tennessee, tengo que enganchar a Jinny a la carreta.

Y se habría levantado de la cama si no se lo hubiera impedido la persona que lo cuidaba. Siguió forcejeando, intentando hacer lo que le dictaba la imaginación.

—Hala, Jinny, tranquila, muchacha, tranquila, amiga mía. ¡Qué noche tan oscura! Ten cuidado con los surcos. Y búscalo, búscalo bien, chiquilla. Porque ya sabes que a veces, cuando lo ciega el alcohol, se cae como una piedra en medio del camino. Sigue todo recto hasta el pino de la cima del monte. ¡Ahí! ¡Te lo dije! ¡Ahí está! Viene hacia aquí, claro, solo, sobrio, con la cara brillante. ¡Tennessee! ¡Socio!

Y así se encontraron de nuevo.

El idilio de Red Gulch

(1869)

Sandy estaba muy borracho. Dormía la mona al pie de un arbusto de azalea exactamente en la misma postura en la que se había caído hacía unas horas. No sabía cuánto tiempo llevaba allí y le daba igual; tampoco tenía el menor interés en saber cuánto más se quedaría. Una filosofía tranquila, que provenía de su estado físico, impregnaba y saturaba su ser moral.

Lamento decir que ver a un hombre borracho, a este en particular, no era suficiente novedad en Red Gulch para llamar la atención. Ese mismo día, más temprano, un guasón del lugar había improvisado junto a la cabeza de Sandy una lápida que llevaba la siguiente inscripción: «Efectos del whisky de MacCorkle: mata a doscientas varas», con una mano que señalaba hacia el *saloon* de MacCorkle. Pero me imagino que se trataba de una broma personal, como casi todas en Red Gulch; y era una reflexión sobre lo injusto del proceso, más que una crítica sobre la falta de decoro del resultado. A excepción de esta ocurrencia, nada ni nadie lo había molestado. Una mula que pasaba por allí sin carga alguna se había comido la hierba de alrededor y había olisqueado con curiosidad al durmiente; un perro vagabundo le había lamido las botas con esa compasión profunda que siente la especie canina por los borrachos, se había hecho un ovillo a sus pies y allí estaba, guiñando un ojo a la luz del sol, simulando ingeniosamente un libertinaje de estilo perruno por el halago que implicaba para el hombre que dormía, inconsciente, a su lado.

Entretanto las sombras de los pinos habían dado la vuelta hasta cruzar la calle y los troncos pintaban rayas en el prado, paralelas

gigantescas negras y amarillas. Las nubecillas de polvo rojo que levantaban las yuntas al pasar hundiendo los cascos se dispersaban en forma de lluvia sucia sobre el durmiente. El sol descendía cada vez más, pero Sandy no se movía. Hasta que, como les ha sucedido a tantos otros, el reposo de este filósofo se vio interrumpido por la intrusión de una representante de un sexo más prosaico.

«La señorita Mary», como la llamaba el pequeño rebaño que acababa de despedir en la casa-escuela de troncos situada al otro lado de los pinos, daba su paseo de la tarde. Se fijó en un hermoso racimo de flores de azalea que destacaba en los arbustos de la acera de enfrente; cruzó la calle para cogerlo pisando el polvo rojo con mucho cuidado, con remilgo y algún que otro rodeo felino. Y de pronto ¡topó con Sandy!

Naturalmente, soltó un gritito, típico de su sexo. Pero, después de pagar el tributo de su debilidad física, se envalentonó y se detuvo un momento (al menos a dos metros del monstruo postrado) recogiéndose las faldas blancas con la mano, preparada para salir corriendo. Pero del arbusto no salieron ruido ni movimiento alguno. Con el piececito dio la vuelta al cartel y murmuró: «¡Brutos!», palabra que probablemente, en su cabeza, comprendía a toda la población masculina de Red Gulch. Porque la señorita Mary, que tenía ideas un tanto inflexibles, tal vez no había sabido apreciar en su justa medida las muestras de galantería que han hecho merecidamente famosos a los californianos entre sus hermanos californianos y, quizá por ser recién llegada, se había ganado con razón fama de «tiesa».

También se dio cuenta de que el sol estaba calentando la cabeza a Sandy de una forma que le pareció malsana, y que su sombrero estaba tirado en el suelo ociosamente. Para cogerlo y taparle la cara con él se requería cierto valor, sobre todo porque el hombre tenía los ojos abiertos. No obstante, lo hizo y se retiró inmediatamente. Al mirar atrás, le preocupó un poco que el sombrero ya no estuviera donde lo había dejado y que Sandy se hubiera sentado y se hubiera puesto a hablar.

Lo cierto es que, en las tranquilas profundidades de sus pensamientos, Sandy estaba convencido de que el sol era beneficioso y saludable; y contento de haberse negado desde la infancia a tumbarse con el sombrero puesto, creía que solo los

necios redomados y sin remedio llevaban sombrero y que tenía un derecho inalienable a quitárselo cuando le diera la gana. Esto fue lo que pensó para sí. Desafortunadamente, no supo expresarlo más que repitiendo las siguientes palabras:

—¡El sol es bueno! ¿Qué tiene de malo, eh? ¿Qué tiene de malo el sol?

La señorita Mary se detuvo y, más envalentonada por la ventaja que le daba la distancia, le preguntó si necesitaba alguna cosa.

—¿Qué tiene de malo, eh? ¿Qué tiene de malo? —repitió Sandy en un tono muy agudo.

—¡Levántese, desgraciado! —lo increpó la señorita Mary, profundamente indignada ya—. ¡Levántese y váyase a casa!

Sandy se levantó como buenamente pudo. Medía más de uno ochenta y la señorita empezó a temblar. Él dio unos pasos hacia delante y se detuvo.

—¿Para qué voy a ir a casa? —preguntó de pronto, con total seriedad.

—Vaya a darse un baño —contestó ella, mirándolo con repulsión de arriba abajo.

Para su infinita consternación, Sandy se quitó de repente la chaqueta y el chaleco y los tiró al suelo, también las botas en dos patadas, y echó a correr hacia el monte en dirección al río.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ese hombre se va a ahogar! —exclamó ella.

Y, con incoherencia femenina, se fue corriendo a la escuela y allí se encerró.

Por la noche, mientras cenaba con su anfitriona, la mujer del herrero, se le ocurrió preguntar con gran recato si su marido se emborrachaba alguna vez.

—Abner —respondió la señora Stidger pensativamente—, veamos; Abner no ha pillado una curda desde las últimas elecciones.

A la señorita Mary le habría gustado preguntar si, en esas ocasiones, a Abner le gustaba tumbarse al sol y si le habría hecho daño un baño de agua fría; pero entonces tendría que dar explicaciones, cosa que en ese momento no le interesaba. Se limitó a mirar con los ojos como platos a la rubicunda señora Stidger (un buen espécimen de eflorescencia suroccidental) y no insistió más. Al día siguiente escribió a su mejor amiga, que vivía en Boston:

«Considero que a la población alcohólica de esta comunidad no se le puede reprochar que lo sea. Naturalmente, querida, estoy hablando de los hombres. No se me ocurre ninguna otra forma de soportar a las mujeres».

En menos de una semana, la señorita olvidó el incidente por completo, aunque, a partir de entonces, el paseo de la tarde lo daba inconscientemente en otra dirección. Sin embargo se fijó en que todas las mañanas aparecía entre las flores de su mesa un ramillete de azaleas frescas. No era de extrañar, pues su pequeño rebaño sabía muy bien lo aficionada que era a las flores: siempre adornaba la mesa con anémonas, celindas y lupinos; pero, al preguntar a los niños, ninguno supo decirle de dónde salían las azaleas. Unos días después, el señorito Johnny Stidger, cuyo pupitre estaba al lado de la ventana, empezó a reírse súbitamente a carcajada limpia sin motivo aparente, cosa que amenazaba la disciplina de la escuela. Lo único que consiguió sacarle la señorita Mary fue que había alguien «mirando por la ventana». Airada e indignada, salió enseguida de su colmena a increpar al intruso. Al dar la vuelta a la esquina de la escuela se encontró cara a cara con el borracho de aquel día, que ahora estaba completamente sobrio e indeciblemente abochornado y contrito.

Habida cuenta del humor que la dominaba, la señorita Mary aprovechó al momento femeninamente las ventajas que le ofrecía la actitud del hombre. Sin embargo la confundió un poco que, al mismo tiempo, este bruto, a pesar de algunas débiles marcas de su pasado disoluto, pareciera afable: un Sansón rubio, a decir verdad, cuya sedosa barba del color del maíz parecía no haber conocido aún el roce de la navaja de afeitar ni el de las tijeras de Dalila. Por eso, las palabras cortantes que temblaban en su lengua, dispuestas a salir disparadas, se le murieron en los labios, y se limitó a oír con desdén, y recogiéndose las faldas para no contaminarse, las disculpas que tartamudeaba el hombre. Después volvió a la escuela y miró las azaleas con la sensación de haber descubierto algo. Y se echó a reír, y los pequeños también, y, sin darse cuenta, se pusieron todos muy contentos.

Poco después, un día muy caluroso, dos niños paticortos sufrieron un accidente en el umbral de la escuela con un cubo de agua que con gran esfuerzo habían traído de la fuente; la señorita se

apiadó de ellos, recogió el cubo y se dirigió a la fuente. Al pie de la primera cuesta, una sombra se cruzó en el camino y un brazo con camisa azul la aligeró de la carga con destreza y suavidad. La señorita se cohibió y se enfadó a partes iguales.

—Mejor sería —le dijo, furiosa, al brazo azul sin dignarse mirar a su dueño— que acarreara más cubos de agua a su propia casa.

Sumisamente, no hubo respuesta y en ese lapso de tiempo ella se arrepintió de lo que había dicho; al llegar a la puerta, le dio las gracias con tanta dulzura que el hombre tropezó; los niños volvieron a reírse y ella también, hasta que los colores le asomaron tímidamente a las mejillas. Al día siguiente, como por ensalmo, apareció un barril a la puerta de la escuela y todas las mañanas, como por ensalmo, lo encontraban lleno de agua fresca de la fuente.

No fue esta la única atención que recibiría esta joven persona superior. Bill el Profano, el cochero de la diligencia Slumgullion, famoso en los periódicos por la «galantería» de ofrecer siempre el asiento delantero al bello sexo, no había tenido esta deferencia con la señorita Mary so pretexto de que «blasfemaba en las cuestas», pero le cedió medio coche para ella sola. Jack Hamlin, un jugador que había viajado en silencio con ella en una ocasión, después, en la cantina, arrojó una botella a un confederado a la cabeza por nombrarla. Una mujer que siempre iba demasiado arreglada y cuyo hijo, de padre desconocido, era alumno de la señorita, rondaba a menudo por el templo de esta astuta vestal sin atreverse jamás a entrar en el recinto sagrado, conformándose con adorarla desde lejos.

La monótona sucesión de cielos azules, sol esplendoroso, atardeceres breves y noches cuajadas de estrellas pasó por Red Gulch. La señorita Mary se aficionó a pasear por los bosques tranquilos y ordenados. Tal vez creyera, como la señora Stidger, que el olor balsámico de los pinos «era bueno para el pecho», y en realidad la ligera tos que padecía era ahora menos frecuente y, en general, andaba con mayor firmeza; tal vez había aprendido la lección inacabable que los pacientes pinos jamás se cansan de repetir a los oídos atentos y a los desatentos. Y así, un día, organizó una merienda campestre con los niños y se los llevó a Buckeye Hill. ¡Qué gran alivio para todos irse lejos de la calle polvorienta, de las barracas dispersas, de las zanjas amarillas, de la barahúnda

incesante de los motores, de los adornos baratos de los escaparates, del brillo más intenso del cristal pintado y coloreado y de la delgada pátina con la que se cubre la barbarie en esta clase de asentamientos! Después de pasar los últimos montículos de rocas aserradas y barro, después de cruzar la última sima horrible, ¡cómo abría el bosque, impaciente, sus largas filas de árboles para recibirlos! ¡Cómo se lanzaban los niños (tal vez porque todavía no eran mayores y no habían olvidado el pecho de la generosa madre) de cabeza a su seno marrón y la acariciaban con torpeza llenando el aire de risas! Y ¡cómo corría la señorita olvidándose de sus inflexibles escrúpulos con la pureza inmaculada de las faldas, los cuellos y los puños! Como una perdiz a la cabeza de su nidada, brincando, riéndose y jadeando, con la trenza de pelo castaño deshecha y el sombrero colgándole de la garganta por la cinta, hasta que de repente, violentamente, en el centro del bosque, se encontró con… el desgraciado Sandy.

Huelga relatar aquí las explicaciones, disculpas y frases torpes que siguieron. Sin embargo, parecía que la señorita Mary entablaba ya una relación de alguna clase con el exborracho. Baste con decir que los niños lo aceptaron enseguida como uno más; que, con ese entendimiento inmediato que la providencia derrama sobre los indefensos, lo tomaron por amigo y jugaron con su barba rubia y su largo y sedoso mostacho, además de tomarse otras libertades, como suelen hacer los indefensos. Y, después de encender una hoguera parapetada contra un árbol y enseñarles otros misterios del arte de la madera, los pequeños lo admiraban ya sin límite. Así pasaron dos horas ociosas, locas, felices, y al final Sandy se encontró tumbado a los pies de la maestra, mirándole la cara soñadoramente mientras ella tejía coronas de laurel y celindas sentada en la inclinada falda de la montaña, prácticamente en la misma postura que el día en que se conocieron. La similitud se sostiene sin forzarla, pues es de temer que la debilidad de un carácter sencillo y sensual que había hallado una exaltación soñadora en el alcohol encontrara ahora una embriaguez semejante en el amor.

Creo que Sandy no era muy consciente. Sé que deseaba hacer algo, como matar un oso, arrancar el cuero cabelludo a un salvaje o sacrificarse de alguna manera por esa maestra de tez cetrina y ojos grises. Puesto que deseo presentarlo en actitud heroica, la mano me

tiembla en estos momentos y lo único que me impide relatar semejante episodio es una fuerte convicción de que estas cosas no solían suceder a menudo en aquellos tiempos. Confío en que el lector más imparcial, que recuerda que en verdaderos momentos de crisis no es un Adolfo [14] el que nos rescata, sino un desconocido cualquiera o un prosaico policía, sepa excusar la omisión.

Y allí estaban sin que nadie los molestara, mientras los pájaros carpinteros charlaban en los árboles y las gratas voces de los niños se oían en la hondonada. Poco interesa lo que se dijeran. Lo que pensaran, que tal vez fuera de mayor interés, no lo sabemos. Los pájaros carpinteros solo se enteraron de que la señorita Mary era huérfana, de que se fue de casa de su tío para venir a California por motivos de salud y de independencia; de que Sandy era huérfano también, que vino a California en busca de emociones, que había vivido alocadamente y de que ahora procuraba reformarse; todo esto, además de otros detalles que, desde el punto de vista de un pájaro carpintero, debían de parecer tonterías, sin duda, y una pérdida de tiempo. Pues en estas fruslerías transcurrió la tarde y, cuando la maestra reunió de nuevo a los niños y Sandy se retiró a las afueras del pueblo con una delicadeza que la señorita Mary entendió perfectamente, a ella le pareció que había sido el día más corto de su fatigosa vida.

Cuando el largo y seco verano se marchitó hasta la raíz, el trimestre escolar de Red Gulch también «se secó», por decirlo al estilo del pueblo. La señorita Mary quedaría libre al día siguiente y Red Gulch no sabría nada más de ella en toda la temporada, al menos. Se encontraba sola en la casa-escuela, con la cara apoyada en la mano y los ojos entornados, en un estado de ensoñación en el que últimamente (me temo, por la disciplina de la escuela) se permitía caer con frecuencia. Tenía el regazo lleno de musgo, helechos y otros recuerdos del bosque. Estaba tan enfrascada pensando estas y otras cosas que no oyó una discreta llamada a la puerta, o bien la incorporó al recuerdo lejano de los pájaros carpinteros. Cuando por fin llamaron con más firmeza, la maestra se sobresaltó y, sonrojada, fue a abrir. Era una mujer con un vestido audaz y atrevido que contrastaba inusitadamente con su actitud tímida e indecisa.

La señorita Mary reconoció a primera vista a la madre (de

dudosa reputación) de su alumno anónimo. Puede que la decepcionara o puede que solo se pusiera remilgada, pero, cuando la invitó a entrar con un gesto frío, casi sin darse cuenta se arregló los puños blancos y el cuello y se recogió las castas faldas. Tal vez por este motivo, la cohibida señora, después de un momento de duda, dejó la fantástica sombrilla abierta y a la vista en el polvo, a la puerta, y después se sentó en la punta de un banco corrido. Y, con voz ronca, dijo:

—He oído que se va usted a la bahía mañana, pero antes quería darle las gracias por lo buena que ha sido con mi hijo Tommy.

La señorita Mary dijo que Tommy era un niño bueno que merecía algo más que la poca atención que podía prestarle ella.

—Gracias, señorita. ¡Muchas gracias! —dijo la desconocida, ruborizándose visiblemente a pesar del colorete, al que Red Gulch llamaba jocosamente «pinturas de guerra», al tiempo que, amilanada como estaba, intentaba arrastrar el banco para acercarse más a la maestra—. Por eso le doy las gracias, señorita. Y, aunque sea yo su madre, no hay niño más dulce y encantador que él. Y me atrevo a decir que no hay maestra más dulce, encantadora y angelical que la de mi hijo.

La señorita Mary, que estaba pulcramente sentada en su mesa, con una regla sobre el hombro, abrió mucho los ojos, pero no dijo nada.

—Ya sé que una mujer como yo no debería decirle estas cosas —continuó apresuradamente—, y que no tendría que venir aquí a plena luz del día, pero es que tengo que pedirle un favor… para mí no, señorita, para mí no: para mi querido niño.

Alentada por una mirada de la joven maestra, juntó las manos, que llevaba enguantadas en color lila, con los dedos hacia abajo, entre las rodillas, y prosiguió en voz baja:

—Verá, señorita, nadie tiene ningún derecho sobre el niño, más que yo, y no soy la persona ideal para criarlo. El año pasado pensé en mandarlo fuera a estudiar, a un colegio de San Francisco, pero, cuando dijeron que traerían una maestra aquí, esperé para ver cómo era usted y entonces supe que estaba bien y que podía quedármelo un poco más. Además, señorita, ¡cuánto la quiere! Si oyera las cosas tan bonitas que dice de usted y si pudiera pedirle lo que le estoy pidiendo yo ahora, seguro que lo aceptaría.

»Es natural —continuó rápidamente, con una voz temblorosa que vacilaba curiosamente entre el orgullo y la humildad—, es natural que usted le guste, señorita, porque su padre, cuando lo conocí, era un caballero, y el niño tendrá que perdonarme tarde o temprano, así que no voy a llorar por eso. Porque he venido a pedirle que se lleve a mi Tommy, Dios lo bendiga, y le dé lo mejor de lo mejor, el niño más encantador que existe, que… que se lo lleve usted.

Se levantó, cogió la mano de la señorita en la suya y se arrodilló a su lado.

—Tengo dinero de sobra, es todo para usted y para él. Llévelo a un buen colegio al que pueda usted ir a verlo y… ayúdelo a… a… a olvidar a su madre. Haga con él lo que mejor le parezca. Lo peor que pueda hacerle será bueno en comparación con lo que puede llegar a aprender conmigo. Lléveselo lejos de esta vida pecaminosa, de este sitio cruel, de esta casa de escándalo y pesar. Lo hará, sé que lo hará… ¿verdad? Hágalo. No puede, ¡no debe negarse! Con usted será puro y bueno, como usted; y cuando sea mayor, dígale el nombre de su padre, el nombre que mis labios no pronuncian desde hace años… el nombre de Alexander Morton, ¡al que llaman Sandy aquí! ¡Señorita Mary! ¡No retire la mano! Señorita Mary, ¡dígame algo! ¿Se llevará a mi niño? No me dé la espalda. Ya sé que no tiene por qué mirar a una como yo. ¡Señorita Mary! ¡Dios mío… piedad! ¡No me abandone!

La señorita Mary se levantó y, a la luz del anochecer, se acercó a tientas a la ventana abierta y allí se apoyó en el alféizar, con la mirada fija en las últimas luces rojizas que se perdían por el oeste. Todavía se reflejaban un poco en su frente, pura y joven, en el cuello blanco del vestido, en las blancas manos unidas, pero iban desapareciendo lentamente. La mano suplicante se arrastró, todavía de rodillas, hasta llegar a ella.

—Comprendo que hace falta tiempo para pensarlo. Esperaré aquí toda la noche, pero no puedo irme si no me dice algo. No me diga que no. ¡Se lo llevará! Lo veo en su dulce rostro… el mismo que veo en sueños. Lo veo en sus ojos, señorita Mary… ¡Se llevará a mi niño!

El último rayo rojo ascendió, brilló gloriosamente en los ojos de la señorita Mary, tembló, se difuminó y se apagó. El sol se había

puesto en Red Gulch. La señorita Mary dijo con voz amable:

—Me lo llevaré. Mándemelo esta noche.

La madre, feliz, se llevó a los labios el bajo del vestido de la señorita. Habría hundido la cara entre los pliegues virginales de la tela, pero no se atrevió. Se puso de pie.

—Ese… hombre… ¿sabe lo que quiere usted hacer? —preguntó la señorita Mary de pronto.

—No, ni le interesa. Jamás ha visto al niño, no lo conoce.

—Vaya a verlo inmediatamente, esta misma noche… ¡ahora! Cuéntele lo que ha hecho. Dígale que me quedo con el niño y que… que nunca más volverá a verlo. Esté donde esté, no debe ir a verlo; lo lleve donde lo lleve, ¡que no vaya detrás de él! Ande, váyase ya, por favor… Estoy cansada y… ¡tengo muchas cosas que hacer!

Se acercaron juntas a la puerta. En el umbral, la mujer se volvió hacia ella.

—Buenas noches.

Se habría postrado a sus pies, pero al mismo tiempo la joven tendió los brazos, estrechó a la pecadora un momento contra su pecho puro y después cerró la puerta y echó la llave.

Al día siguiente por la mañana, Bill el Profano sintió de pronto una gran responsabilidad al coger las riendas de la diligencia Slumgullion, porque uno de los pasajeros era la maestra. Al llegar a la carretera, y obedeciendo a una voz amable de «dentro», frenó de repente los caballos y esperó respetuosamente a que «Tommy», siguiendo instrucciones de la señorita Mary, se apeara.

—Ese arbusto no, Tommy… el siguiente.

Tommy abrió su navaja nueva, cortó una rama de la alta azalea y volvió con ella junto a la señorita Mary.

—¿Ya estamos?

—Ya estamos.

Y la puerta de la diligencia se cerró tras el idilio de Red Gulch.

Brown de Calaveras

(1870)

El tono suave de las conversaciones y la ausencia de humo de puros y de tacones de botas en las ventanillas de la diligencia de Wingdam revelaban que al menos un pasajero del interior era mujer. La propensión de algunos mirones a congregarse enfrente de las ventanillas en las paradas y cierta preocupación por el aspecto de abrigos, sombreros y cuellos indicaban además que era bonita. Desde el pescante, el señor Jack Hamlin advirtió todas estas cosas con una cínica sonrisa filosófica. No es que despreciara al otro sexo, sino que reconocía en él un elemento engañoso que a veces, por perseguirlo, alejaba a los humanos de los atractivos igualmente inciertos del póker, juego del que (es de destacar) el señor Hamlin era un exponente profesional.

Cuando apoyó su estrecha bota en la rueda y se apeó de un salto, ni siquiera miró por la ventanilla en la que aleteaba un velo verde, sino que se puso a andar displicentemente de un lado a otro con la indiferencia y la circunspección de los de su clase, tal vez la más semejante a la educada. Por su elegancia en el vestir y su porte discreto, contrastaba mucho con la inquietud febril y el alboroto de los demás pasajeros; me temo que incluso Bill Masters, licenciado de Harvard, tan desaliñado, tan inconteniblemente vital, tan aficionado a lo ilícito y a lo salvaje, con la boca siempre llena de galletas saladas y queso, parecía una figura prosaica al lado de este solitario calculador de probabilidades, con su pálido rostro griego y su severidad homérica.

El cochero anunció: «¡Viajeros, a bordo!» y el señor Hamlin volvió al carruaje. Con el pie apoyado en la rueda y mirando hacia

la ventana abierta, se le aparecieron de pronto los ojos más bonitos del mundo. Se bajó de nuevo en silencio, dijo unas breves palabras a uno de los pasajeros del coche, hicieron un cambio de asientos y, discretamente, se sentó dentro. El señor Hamlin jamás consentía que su filosofía le impidiera actos concretos y decisivos.

Me temo que esta irrupción de Jack cohibió un tanto a los demás pasajeros, en particular a los que más deseaban congraciarse con la dama. Uno de ellos se inclinó hacia delante y, al parecer, puso en su conocimiento algo sobre la profesión del señor Hamlin en un solo epíteto. Lo que no sé decir es si el señor Hamlin lo oyó o si reconoció al informante: un distinguido jurista al que hacía unas noches había ganado varios miles de dólares. Su descolorido rostro no acusó reacción en ningún sentido; pasó la mirada, oscura, discreta y observadora, por encima del caballero y la posó en unas facciones mucho más gratas, las de su vecina. Se amparó en su estoicismo indio (heredado, según decían, por vía materna) hasta que las ruedas crujieron sobre la grava del río, en
Scott's
Ferry, y la diligencia se detuvo en el hotel International para comer. El caballero jurista y un miembro del Congreso se apearon y se dispusieron a ayudar a la diosa a descender, en tanto el coronel Starbottle, de Siskiyou, se hacía cargo de la sombrilla y el chal. Este exceso de atenciones produjo unos momentos de confusión y el consiguiente retraso. Jack Hamlin abrió discretamente la portezuela opuesta del carruaje, tomó a la dama de la mano (con esa decisión y contundencia que tan bien sabe admirar una mujer vacilante e indecisa) y en un instante la depositó en el suelo con destreza y elegancia y la volvió a subir a la plataforma. Se oyó una risita en el pescante, me temo que del otro cínico, Yuba Bill, el cochero.

—No pierda de vista esos pertrechos, coronel —dijo el cochero con falso interés, mientras el coronel Starbottle, alicaído, cerraba la marcha de la triunfante procesión hacia la sala de espera.

El señor Hamlin no se quedó a comer. Ya le habían ensillado su montura, que lo estaba esperando. Pasó al vado al galope, subió la cuesta de guijarros y alcanzó el polvoriento camino de Wingdam como quien deja atrás un antojo desagradable. Los moradores de las polvorientas cabañas de la orilla del camino lo miraban poniéndose la mano por visera y lo reconocían por la montura; se preguntaban

qué ventolera le habría dado a Jack el Comanche, aunque en realidad lo que más interesaba en aquella comunidad era la montura, pues la velocidad que había alcanzado la yegua de Pete el Francés cuando huía del sheriff de Calaveras había eclipsado el interés por el destino final de ese hombre tan digno.

La yegua gris sudaba a mares por los costados y eso lo devolvió a la realidad. Redujo la marcha, se desvió por un camino secundario que a veces servía de atajo y continuó al trote ligero, con las riendas sueltas entre las manos. El paisaje fue cambiando hasta hacerse completamente bucólico. En algunos claros entre bosquecillos de pinos y sicomoros se veían rudimentarios intentos de cultivo: una parra vigorosa trepaba por encima del porche de una cabaña y, en otra, una mujer acunaba a un niño de pecho debajo de un dosel de rosas. Un poco más adelante encontró a unos niños que jugaban sin pantalones en un riachuelo flanqueado de sauces y, entre bromas y veras, tanto los provocó en su estilo particular que se atrevieron a trepar a la silla por las patas del caballo, hasta que se vio obligado a fingir que se enfadaba y huyó después de repartir algunos besos y unas cuantas monedas. Después, adentrándose en el bosque, donde desaparecía todo rastro de seres humanos, empezó a cantar con una voz de tenor tan singularmente dulce, matizada con un patetismo tan tierno y subyugante que juraría que hasta los petirrojos y los pardillos se detuvieron a escuchar. El señor Hamlin no tenía la voz educada; el tema de la canción era una tontería sentimental que había aprendido de algún *misntrel*[15], pero había algo vibrante, algo misterioso en el tono y en la expresión que resultaba indeciblemente conmovedor. Lo cierto es que era digno de ver: este tahúr sentimental, con su mazo de cartas en el bolsillo y su revólver en la espalda, lanzando la voz por delante en el oscuro bosque para lamentarse de la «tumba de su Nelly» de una manera capaz de llenar los ojos de lágrimas a quien lo oyera. Un gavilán que acaba de dejar a su sexta víctima se quedó mirándolo con asombro (puede que reconociendo en el señor Hamlin a un espíritu hermano) y se vio obligado a confesar la superioridad del hombre. Aunque su capacidad depredadora era mayor, él no sabía cantar.

El señor Hamlin llegó nuevamente a la carretera principal sin acelerar ni retrasar la marcha. Zanjas y montones de grava, laderas de roca viva, tocones y troncos en putrefacción ocuparon el lugar de

los bosques y las quebradas e indicaron la proximidad de la civilización. Después avistó el campanario de una iglesia y supo que había llegado a casa. Poco después ya estaba en la única y estrecha calle, que se perdía en un caos de regueros, zanjas y escombros al pie de la montaña; desmontó frente a las ventanas doradas del *saloon* Magnolia. Cruzó el salón principal del bar, abrió una puerta forrada de paño verde, entró en un pasillo oscuro, abrió otra puerta con una llave maestra y se encontró en una habitación poco iluminada, cuyos muebles, aunque elegantes y caros, tenían señales de maltrato. En la mesa taraceada que ocupaba el centro se veían manchas redondas ajenas al diseño original. Los bordados de los sillones estaban descoloridos y el diván de terciopelo verde en el que se tumbó tenía barro rojo de Wingdam en las patas.

El señor Hamlin no cantaba cuando estaba enjaulado. Se quedó tumbado mirando un cuadro de muchos colores que representaba a un ser joven de opulentos encantos. En ese momento se le ocurrió por primera vez que nunca había visto a esa clase de mujer exactamente y que, si la viera, seguramente no se enamoraría de ella. Seguramente prefería otro estilo de belleza. Fue entonces cuando llamaron a la puerta. Sin levantarse, tiró de una cuerda que, por lo visto, descorría el cerrojo, porque la puerta se abrió y entró un hombre.

El recién llegado era robusto, ancho de hombros, aunque el rostro no reflejaba vigor, sino que, siendo bien parecido, resultaba singularmente débil y desfigurado por la vida disoluta. Además parecía estar bajo los efectos del alcohol, porque se sobresaltó al ver al señor Hamlin.

—Creía que estaba Kate aquí —dijo con voz entrecortada, y parecía confuso y cohibido.

El señor Hamlin sonrió de la misma forma que en la diligencia de Wingdam y se sentó en el diván, bastante repuesto y listo para los negocios.

—No has llegado en la diligencia —continuó el recién llegado—, ¿verdad?

—No —dijo Hamlin—, me apeé en Scott's Ferry. Todavía tardará media hora en llegar. Pero ¿qué tal van las cosas, Brown?

—Pues…, mal —dijo Brown, con una súbita expresión de debilidad y desesperanza—; me han desplumado otra vez, Jack —

continuó en un tono quejumbroso que contrastaba lastimosamente con su fornida figura—, ¿puedes prestarme cien hasta la limpieza de mañana? Es que tengo que mandarle algo a la costilla y… tú me has ganado esa cantidad veinte veces.

Tal vez la conclusión no fue completamente lógica, pero Jack lo pasó por alto y le dio lo que le pedía.

—El cuento de la costilla está muy visto, Brown —añadió a modo de comentario—. ¿Por qué no dices que quieres ganar dinero fácil otra vez apostando al faraón [16]? ¡Sabes perfectamente que no estás casado!

—La verdad —dijo Brown, serio de pronto, como si el mero contacto del dinero en la palma de la mano le hubiera otorgado dignidad— es que tengo mujer… y muy buena, maldita sea, a decir verdad, en otro estado. Hace tres años que no la veo y uno que no le escribo. Cuando la cosa esté encarrilada y seamos los amos del tinglado mandaré a buscarla.

—Y ¿Kate? —inquirió el señor Hamlin con la misma sonrisa de antes.

El señor Brown de Calaveras intentó mirarlo con superioridad para disimular la confusión pero, entre la debilidad de sus facciones y los vapores del whisky, no le salió bien, y dijo:

—Maldita sea, Jack, uno necesita un poco de libertad, ya sabes. Pero, a ver, ¿qué me dices a una partida? Demuéstrame cómo se doblan estos cien.

Jack Hamlin miró con curiosidad a su necio amigo. Tal vez supiera que estaba predestinado a perder el dinero y prefirió que terminara otra vez en sus arcas, en vez de en las de otro. Hizo un gesto de asentimiento y acercó una silla a la mesa. En ese momento llamaron a la puerta.

—Es Kate —dijo el señor Brown.

El señor Hamlin descorrió el cerrojo y la puerta se abrió. Y, por primera vez en su vida, le temblaron las rodillas, perdió el aplomo y se avergonzó, y por primera vez en su vida la sangre caliente le sonrojó las pálidas mejillas y la frente. Porque tenía ante sí a la dama a la que había ayudado en la diligencia, y a la que Brown, soltando las cartas con una carcajada histérica, saludó de esta forma:

—¡Rayos y truenos! ¡Mi querida costilla!

Dicen que la señora Brown rompió a llorar y a hacer reproches a su marido. Yo la vi en Marysville en 1857 y no lo creo. Y la semana siguiente, el *Wingdam Chronicle* publicaba el titular «Reencuentro emocionante» y a continuación decía: «La semana pasada ocurrió en nuestra ciudad uno de esos incidentes hermosos y conmovedores tan característicos de la vida en California. La mujer de uno de los pioneros eminentes de Wingdam, cansada de la afectación de la vida en el este y de su inhóspito clima, decidió reunirse con su noble marido en estas playas doradas. Sin informarle de sus intenciones, emprendió el largo viaje y llegó la semana pasada. Es fácil imaginarse la alegría del marido, más fácil que contarla con palabras. Según dicen, fue un reencuentro sumamente emotivo. Confiemos en que cunda el ejemplo».

A partir de entonces, la suerte del señor Brown mejoró de día en día, no se sabe si por la influencia de la señora Brown o gracias a algunas especulaciones acertadas. Se decía que había comprado una participación en la explotación Nip and Tuck con dinero que había ganado al póker en una o dos semanas después de la llegada de su mujer, un rumor que, según su propia teoría, no podía ser cierto porque se lo había proporcionado el señor Hamlin cuando él renunció a seguir jugando. Construyó y amuebló la Casa Wingdam, que siempre estaba al completo gracias a la gran aceptación que había tenido la bonita señora Brown. Fue elegido para la Asamblea y hacía donativos generosos a las iglesias. Pusieron su nombre a una calle del pueblo.

No obstante, era evidente que, a medida que prosperaba y se enriquecía, más pálido y agobiado estaba. Cuanto mayor era el éxito de su mujer, más inquieto e impaciente se volvía. Era el más devoto de los maridos y, al mismo tiempo, sentía unos celos absurdos. Se rumoreaba maliciosamente que no se entrometía en la libertad social de su mujer porque la primera y única vez que intentó cortarle las alas, ella había reaccionado tan enérgicamente que lo aterrorizó y le cerró la boca para siempre. Gran parte de estos rumores provenía de otras de su propio sexo a las que había desplazado como objeto de las atenciones de los caballeros de Wingdam, que, como casi siempre en estos casos de caballerosidad popular, admiraban únicamente el poder, tanto el de la fuerza

masculina como el de la belleza femenina. Conviene recordar aquí, en descargo de la señora Brown, que desde el primer momento se convirtió involuntariamente en sacerdotisa de un culto mitológico, no menos ennoblecedor quizá para su condición femenina que el que distinguía a una antigua democracia griega. Creo que Brown tenía una idea muy somera de esta circunstancia. Pero su único confidente era Jack Hamlin, cuya infausta reputación impedía, como es lógico, que fuera amigo de la familia y que, por tanto, no iba a su casa de visita.

Era mediados de verano, la luna iluminaba la noche. La señora Brown, toda sonrosada, bonita, con sus grandes ojos, se había sentado en la plaza a disfrutar del aire fresco de la montaña, y es de temer que también de otro aire no tan fresco ni inocente. A su lado se hallaban el coronel Starbottle, el juez Boompointer y un elemento nuevo de su séquito, una adquisición de última hora en forma de turista forastero. La señora estaba de buen humor.

—¿Qué mira al final de la calle? —preguntó el galante coronel, que llevaba unos minutos observando que la señora Brown tenía la atención puesta en otra cosa.

—El polvo —dijo ella con un suspiro—. El rebaño de ovejas de la hermana Anne, nada más[17].

Las referencias literarias del coronel no llegaban más allá del periódico de la semana anterior, así que, con un sentido más práctico, respondió:

—No son ovejas, es un jinete. Juez, ¿no es la yegua gris de Jack Hamlin?

Pero el juez no lo sabía y, cuando la señora Brown dijo que el aire se estaba poniendo muy frío, entraron al salón.

El señor Brown se encontraba en el establo, adonde solía retirarse después de cenar. Tal vez lo hacía como gesto de desprecio por los acompañantes de su mujer o tal vez, como otros de naturaleza débil, hallaba solaz en ejercer un poder absoluto sobre animales inferiores. Le resultaba gratificante domar una yegua de color castaño, a la que podía golpear o acariciar a su gusto, cosa que no podía hacer con la señora Brown. Y entonces reconoció a cierto animal gris que acababa de llegar y, mirando un poco más allá, descubrió al jinete. Brown lo saludó con alegría y cordialidad; el señor Hamlin respondió con cierta frialdad. Pero, a petición del

señor Brown, subió con él por unas escaleras de la parte de atrás hasta un corredor estrecho y de ahí, a una habitación pequeña que daba al corral. Estaba completamente amueblada: una cama, una mesa, unas cuantas sillas y unos anaqueles para armas y látigos.

—Esta es mi casa, Jack —dijo Brown con un suspiro; se tiró en la cama e hizo seña a su compañero de que se sentara en una silla —. Ella tiene sus habitaciones en la otra punta de la casa. Hace más de seis meses que vivimos separados, ni siquiera nos vemos, solo a la hora de comer. ¡Qué mal asunto para un cabeza de familia! ¿No te parece? —dijo, riéndose forzadamente—. Pero me alegro de verte, Jack, me alegro mucho, maldita sea.

Y, estirando el brazo desde la cama, le dio otro apretón de manos, al que Jack Hamlin no respondió.

—Te he traído aquí porque no quería hablar en el establo; aunque, en realidad, ya lo sabe todo el pueblo. No enciendas la vela. Podemos hablar a la luz de la luna. Pon los pies en la ventana y siéntate a mi lado. Hay whisky en esa botella.

El señor Hamlin no aprovechó esa información. Brown de Calaveras siguió hablando con la cara vuelta hacia la pared.

—Si no la quisiera, Jack, me daría igual. Pero es que la quiero y tengo que verla un día tras otro haciendo todas esas cosas sin que nadie le ponga freno; ¡eso es lo que me mata! Pero me alegro de verte, Jack, me alegro mucho, maldita sea.

Tanteó en la oscuridad hasta que encontró la mano de su amigo y se la estrechó una vez más. No se la habría soltado, pero Jack la retiró y la metió entre los botones de la chaqueta que llevaba; con apatía, le preguntó:

—¿Desde cuándo pasa esto?

—Desde que llegó; desde el día en que entró en el Magnolia. Yo era un idiota entonces, Jack, y ahora también, pero no sabía lo mucho que la quería hasta aquel momento. Pero ella no es la misma desde entonces. Y la cosa no acaba ahí, por eso tenía ganas de verte y me alegro tanto de que hayas venido. No es que ya no me quiera, no es que tontee con todo el que se le acerca, porque tal vez me jugué su amor como hice en el Magnolia con todo lo que tenía; y es posible que tontear sea natural en algunas mujeres, aunque eso no hace mucho daño, salvo a los tontos. Pero, Jack, creo… creo que se ha enamorado de otro. No te muevas, Jack, no te muevas; si la

pistola te hace daño, quítatela. Hace ya más de seis meses que parece que lo pasa mal, que está sola y como nerviosa y asustada, y he visto que a veces me mira con timidez y compasión. Y escribe a alguien. Hace una semana que ha empezado a recoger sus cosas, adornos, cintas, joyas, y, Jack, me parece que piensa irse. Eso sí que no lo soportaría… que se marchara furtivamente como un ladrón…

Escondió la cara en la almohada y hubo un momento de silencio; solo se oía el tictac del reloj de la repisa de la chimenea. El señor Hamlin encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana, que estaba abierta. La luna ya no entraba en la habitación y la cama y su ocupante quedaban en la sombra.

—¿Qué hago, Jack? —dijo la voz de la oscuridad.

La respuesta llegó enseguida, claramente, desde la ventana.

—Descubre quién es ese hombre y mátalo en el acto.

—Pero, Jack…

—¡Él se ha arriesgado!

—Pero ¿crees que esto me la devolvería?

Jack no respondió, pero se quitó de la ventana y fue hacia la puerta.

—No te vayas todavía, Jack; enciende la vela y siéntate a la mesa. Verte al menos me consuela.

Jack vaciló, pero al final le hizo caso. Sacó un mazo de cartas del bolsillo y se puso a barajarlas mirando a la cama. Pero Brown miraba a la pared. Después de barajarlas, cortó y puso una en el otro lado de la mesa, el de la cama, y otra en el suyo. La primera era un dos; la suya, un rey. Volvió a barajar y a cortar. Esta vez, el «muerto» sacó una reina y él, un cuatro. Jack se entusiasmó la tercera vez. Nuevamente su adversario sacó un dos y él, un rey.

—Dos de tres —dijo Jack en voz alta.

—¿A qué te refieres, Jack? —preguntó Brown.

—A nada.

Después probó con los dados, pero él siempre sacaba seises y su oponente imaginario, ases. A veces es confusa la fuerza de la costumbre.

Entretanto, el magnetismo de la presencia del señor Hamlin o el efecto analgésico del alcohol, o ambas cosas a la vez, enjugaron las penas de Brown y el hombre se durmió. El señor Hamlin acercó la silla a la ventana y miró más allá del corral, hacia el pueblo de

Wingdam, que dormía pacíficamente: los duros contornos, suavizados y difuminados; los colores cegadores, atenuados y sobrios a la luz de la luna que todo lo bañaba. Oyó en el silencio el gorgoteo del agua de los regueros y los suspiros de los pinos del otro lado del monte. Después miró al cielo y, en ese instante, una estrella cruzó el firmamento parpadeante. Y después otra… y otra más. Este fenómeno le hizo pensar en un nuevo augurio. Si en los quince minutos siguiente caía otra… Se sentó con el reloj en la mano y estuvo el doble de tiempo, pero el fenómeno no se repitió.

El reloj dio las dos y Brown seguía durmiendo. El señor Hamlin se acercó a la mesa, sacó una carta del bolsillo y la leyó a la luz trémula de la vela. Solo había un renglón escrito a lápiz, con letra de mujer:

Estate en el corral con la calesa a las tres.

El durmiente se movió con inquietud y se despertó.

—¿Estás ahí, Jack?

—Sí.

—No te vayas todavía. Acabo de tener un sueño… He soñado con los viejos tiempos. Creía que me casaba otra vez con Sue y que el cura era… ¿Quién crees que era el cura, Jack? ¡Tú!

El jugador se echó a reír y se sentó en la cama con el papel todavía en la mano.

—Es una buena señal, ¿no te parece? —dijo Brown.

—Seguro. Oye, amigo mío, ¿no sería mejor que te levantaras?

El «amigo», al oírse interpelado con tanto cariño, se levantó con la ayuda de la mano que le tendía Jack.

—¿Fumas?

Brown cogió mecánicamente el puro que le ofreció.

—¿Fuego?

Jack había arrugado el papel en forma de espiral, lo encendió y le dio fuego a su compañero. No lo soltó hasta que se consumió del todo, y lo tiró por la ventana como una estrella luminosa. Se quedó mirándolo hasta que llegó al suelo y después volvió con su amigo.

—Amigo mío —dijo, poniéndole las manos en los hombros—, dentro de diez minutos estaré en la carretera y me habré ido como esa chispa. No volveremos a vernos, pero antes de que me vaya,

acepta el consejo de un idiota: vende todo lo que tienes, llévate a tu mujer y largaos del país. Este no es lugar para ti ni para ella. Dile que tenéis que iros, oblígala si no quiere. No llores porque no puedes ser un santo; ella tampoco es un ángel. Sé un hombre y trátala como a una mujer. No seas idiota, m… sea. Adiós.

Se puso fuera del alcance de Brown y bajó las escaleras saltando como un corzo. En la puerta del establo, agarró al mozo por el cuello y lo puso contra la pared.

—Ensíllame el caballo en dos minutos o te… —La elipsis lo dijo todo.

—La señora dijo que se iba a llevar usted la calesa —dijo el hombre, tartamudeando.

—¡A la m… la calesa!

El mozo, asombrado, ensilló el caballo tan rápido como el temblor de las manos le permitió manejar la cincha y las hebillas.

—¿Sucede algo, señor Hamlin? —preguntó el hombre, que, como todos los de su clase, admiraba el estilo de su feroz patrón y se preocupaba sinceramente por su bienestar.

—¡Aparta!

El hombre se retiró. Con un juramento, un brinco y ruido de cascos, Jack se plantó en la calle. Un momento después, los ojos adormilados del mozo solo veían una nube de polvo que se movía a lo lejos, hacia allí donde una estrella que acababa de soltarse de sus hermanas trazaba una línea de fuego.

Pero, aquella mañana temprano, los que vivían en las cercanías del puesto de portazgo de Wingdam, a kilómetros de distancia, oyeron una voz pura como la de la alondra cantando en los campos. Los que dormían se dieron la vuelta en su rústica yacija y soñaron con la juventud, el amor y los tiempos pasados. Los hombres de rostro recio y los ansiosos buscadores de oro, que ya estaban trabajando, dejaron la labor y, apoyados en la pala, oyeron a un vagabundo romántico que se alejaba al paso hacia la rosada aurora.

El hijo pródigo del señor Thompson

(1870)

Todos sabíamos que el señor Thompson buscaba a su hijo, que era un mal bicho, por cierto. Para sus compañeros de viaje no era ningún secreto que iba a California con ese único propósito; gracias a la franqueza del padre conocíamos a la perfección la descripción física del hijo pródigo perdido, así como sus debilidades morales.

—Se refiere usted a un joven al que ahorcaron en Red Dog por robar oro de los yacimientos —dijo el señor Thompson a un pasajero que viajaba en tercera clase—, pero ¿sabe de qué color tenía los ojos?

—Negros —respondió el pasajero.

—¡Ah! —dijo el señor Thompson, remitiéndose mentalmente a los recuerdos—. Charles los tenía azules.

Y se alejó de allí. Tal vez por la forma tan fría de llevar a cabo las pesquisas o tal vez por la afición dominante en el Oeste de tomarse con humor cualquier principio o sentimiento que se presentara con insistencia, el caso es que la búsqueda del señor Thompson era objeto de burla entre los pasajeros. Circulaba entre ellos, a escondidas de él, un anuncio irrespetuoso del desaparecido Charles dirigido a «carceleros y guardianes»; todo el mundo decía que había visto al joven en circunstancias alarmantes; sin embargo debo hacer constar en descargo de mis paisanos que, tan pronto como se supo que Thompson había destinado algún dinero a este proyecto visionario, poco o nada de la chanza general llegaba a sus oídos: en su presencia no se decía una palabra que pudiera herir los sentimientos paternales o poner en peligro cualquier ventaja pecuniaria de la que pudiera beneficiarse el gracioso de turno.

Tanto es así que, cuando Bracy Tibbets tuvo la ocurrencia de proponer en broma formar entre todos una sociedad anónima para hacer «prospecciones» en busca del joven desaparecido, unos cuantos se lo tomaron en serio.

Quizá a simple vista pudiera tildarse al señor Thompson de insípido y poco atractivo. Tal como contó un día en la cena, había llevado una vida práctica, si bien singular. Después de una juventud y una madurez difíciles y obstinadas en un empeño (durante las cuales había enterrado a una mujer desencantada y había orientado a su hijo hacia el mar), sintió de pronto la llamada de la religión.

—Sucedió en Nueva Orleans en el año 59 —dijo el señor Thomson, como si estuviera hablando de una epidemia—. «Entrad por la puerta estrecha[18]». Páseme las alubias.

Es fácil que este sentido práctico fuera la piedra angular de su búsqueda, aparentemente inútil. No tenía la menor pista del paradero del hijo desaparecido, ni de que estuviera vivo, siquiera. Esperaba reconocer a un hombre de veinticinco años solo por el recuerdo borroso que tenía de un niño de doce.

Por lo visto lo consiguió, aunque cómo lo hizo fue una de las pocas cosas que no llegó a contar. Tengo para mí que existen dos versiones. Una, que el señor Thompson, visitando un hospital, descubrió a su hijo gracias a un himno en particular que cantaba un enfermo cuando, en pleno delirio, soñaba con su infancia. Esta versión, en virtud de la gran cantidad de buenos sentimientos que despertaba, se hizo bastante popular y, según lo que contaba el reverendo Gushington cuando volvió de un viaje por California, siempre convencía al público. La otra versión era algo más complicada y merece la atención que ahora le voy a dedicar.

Sucedió cuando el señor Thompson dejó de buscar a su hijo entre los vivos y empezó a visitar cementerios y a revisar exhaustivamente los fríos *hic jacet*[19] de los muertos. En aquella época, acudía a menudo a la Montaña Solitaria, una inhóspita cumbre bastante sombría de por sí debido a su aislamiento, pero más aún por las lápidas blancas con las que San Francisco anclaba a sus ciudadanos muertos y los conservaba bajo tierra en unas arenas móviles que se negaban a cubrirlos, así como contra un viento feroz y persistente que quería llevárselos por los aires. Contra este viento opuso el hombre una voluntad igual de persistente (un rostro

impenetrable y ceniciento y un sombrero alto con crespón negro fuertemente calado hasta los ojos) y se pasaba los días leyendo las inscripciones en voz alta para sus adentros. Le gustaba la abundancia de citas bíblicas y se aficionó a comprobarlas en una Biblia de bolsillo que llevaba.

—Esa es de los Salmos —le dijo un día a un sepulturero. El hombre no respondió. Lejos de ofenderse por el desaire, el señor Thompson bajó inmediatamente a la fosa abierta con una pregunta aún más práctica—: ¿Por casualidad no habrá tropezado en su profesión con un tal Charles Thompson?

—¡Thompson! ¡Maldito sea! —dijo el sepulturero sin preámbulos.

—Y lo será, creo, si no tiene religión —respondió el viejo mientras salía de la fosa.

Quizá por esto el señor Thompson se quedó allí más tiempo del acostumbrado. Al volver a la ciudad, habían empezado a encenderse luces y un viento tremendo, visible en la niebla, lo empujaba hacia delante o, agazapado a la espera, se abalanzaba sobre él como un vendaval desde las esquinas de las calles vacías de las afueras de la ciudad. En una de estas esquinas, algo igual de inaprensible y malévolo saltó sobre él con un juramento, apuntándolo con una pistola y exigiéndole dinero. Pero ese algo se encontró con una voluntad de hierro y una mano de acero. Asaltante y asaltado rodaron por el suelo, pero el viejo se puso en pie al momento; sujetaba en una mano la pistola que le había arrebatado y con la otra, el brazo estirado en toda su longitud, agarraba por la garganta a un hombre hosco, joven y salvaje.

—Oiga, joven —dijo el señor Thompson sin separar apenas los labios—, ¿cómo se apellida usted, por ventura?

—¡Thompson!

El viejo soltó la garganta del prisionero y lo agarró por el brazo con la misma firmeza.

—Charles Thompson, ven conmigo —le dijo entonces, y se lo llevó prisionero al hotel.

De lo que allí sucedió nada se sabe, pero al día siguiente corrió la noticia de que el señor Thompson había encontrado a su hijo.

Es oportuno añadir a este relato improbable que ni el físico del joven ni sus modales lo justificaban. Grave, reticente y bien

parecido, se entregó al padre recién encontrado, aceptó los emolumentos y las responsabilidades de su nueva condición con una naturalidad formal muy parecida a la que faltaba (y se rechazaba) en la sociedad de San Francisco. Algunos menospreciaban esta cualidad por considerarla tendente a «cantar salmos»; otros la consideraban herencia paterna y estaban dispuestos a profetizar para el hijo una vida tan larga y severa como la del padre. Pero todos estaban de acuerdo en que no se contradecía con la costumbre de ganar dinero por la que se respetaba tanto al uno como al otro.

Sin embargo, el padre no parecía feliz. Tal vez la consumación de su deseo le hubiera dejado sin misión práctica que cumplir; tal vez, y es lo más probable, recibiera poco amor del hijo recuperado, aunque este lo obedecía en todo libremente y la reforma en la que había puesto sus esperanzas era completa. A pesar de todo, el padre parecía insatisfecho. Con la regeneración del hijo había cumplido los requisitos que le imponía su religión, pero no parecía que hubiera santificado nada con ello. Perplejo, volvió a leer la parábola del hijo pródigo, la que había adoptado a modo de guía hacía tanto tiempo, y cayó en la cuenta de que se le había olvidado el banquete de la reconciliación. Era una forma de celebrarlo que parecía conferir la ceremoniosidad necesaria al sacramento entre padre e hijo, y así, un año después de recuperar a Charles, se dispuso a celebrar una fiesta en su honor.

—Invita a todo el mundo, Charles —dijo secamente—, todo el mundo sabe que te saqué de entre las heces de las uvas de la iniquidad y de la compañía de rameras; e invítalos a comer, a beber y a pasar un buen rato.

Es posible que el viejo tuviera otro motivo que todavía no hemos analizado en profundidad. La bonita casa que había construido sobre la arena[20] a veces estaba triste y solitaria. A menudo intentaba reconstruir, a partir de las graves facciones de Charles, al niño del pasado, que solo recordaba a medias y en el que pensaba mucho últimamente. Achacaba estas cosas a la inminente vejez y puerilidad; pero un día, al entrar en su formal salón, se encontró con el hijo de un criado, que se había extraviado en la casa, y lo habría cogido en brazos, pero el niño huyó de su rostro ceniciento. Y así le pareció justo invitar a unas cuantas personas a su casa y

elegir, entre las doncellas de San Francisco, a una por nuera. Y después vendría un niño, un niño al que podría criar desde el principio y… quererlo… como no quería a Charles.

Asistimos todos a la fiesta. También los Smith, los Jones, los Brown y los Robinson vinieron con un espíritu festivo animal que no observaba consideración ni respeto por el anfitrión y que tan fascinante nos resulta a la mayoría. La fiesta habría sido un tanto escandalosa de no haberlo impedido la posición social de los participantes. El caso es que el señor Tibbets, que por naturaleza apreciaba lo humorístico de las situaciones, desbordado por el brillo de los ojos de las señoritas Jones, se comportaba de forma tan extraordinaria que llamó la atención del serio señor Charles Thompson, el cual se le acercó y le dijo en voz baja:

—Parece usted enfermo, señor Tibbets; permítame acompañarlo a su carruaje. Resístete, perro, y te tiro por la ventana. Por aquí, por favor: el aire del salón está cargado y resulta molesto.

Huelga decir que los asistentes solo oyeron parte de este discurso y que el señor Tibbets no se tomó la molestia de divulgar el resto, aunque después hubo de lamentar el repentino malestar que le impidió presenciar un incidente divertido, incidente que la más gorda de las señoritas Jones calificó de «lo más suculento de la comilona», y que me apresuro a relatar.

Fue durante la cena. Era evidente que el señor Thompson había pasado por alto muchos actos ilícitos de los más jóvenes, abstraído como estaba en algún acontecimiento inminente. Cuando se retiró el mantel, se puso en pie y con determinación dio unos golpecitos en la mesa. Las señoritas Jones soltaron una risita que se contagió a toda una parte de la mesa. Charles Thompson, desde la otra cabecera, miró con tierna perplejidad.

—Va a cantar un himno.

—Va a decir una oración.

—Silencio, que va a hablar. —Se oyó decir por toda la sala.

—Hermanos y hermanas en Cristo, hoy hace un año —dijo el señor Thompson con adusta ceremoniosidad—, un año que mi hijo volvió a casa después de vivir entre escoria y gastar su sustento en rameras. —En este momento cesaron las risitas—. Vedlo aquí ahora. Charles Thompson, ponte en pie. —Así lo hizo Charles Thomson—. Hoy hace un año, y vedlo aquí ahora.

Realmente era un hijo pródigo bien parecido, con su alegre vestido de fiesta: un hijo pródigo arrepentido que miró con ojos tristes y obedientes a los de su padre, ásperos e inconmovibles. Sin darse cuenta, la más joven de las Smith se conmovió al verlo desde las puras profundidades de su aturdido corazoncito.

—Hace quince años que se fue de mi casa —dijo el señor Thomson— este hijo perdido y hallado. Yo también era un pecador, oh, amigos en Cristo, colérico y lleno de amargura.

—Amén —dijo una de las Smith mayores.

—Pero, alabado sea Dios, abandoné la ira para venir aquí. Hace cinco años que hallé la paz que sobrepasa todo entendimiento [21]. ¿La habéis hallado vosotros, amigos? —Subcoro generalizado de «No, no» por parte de las señoritas y «Que corra la voz» por parte del alférez Coxe, de la balandra Wethersfield de Estados Unidos—. Llamad y se os abrirá [22]. Y cuando descubrí los errores que cometía y el valor precioso de la gracia —continuó el señor Thompson—, vine para dárselo a mi hijo. Lo busqué sin descanso por tierra y mar. No esperé a que él viniera a mí, que bien podía haberlo hecho, y hallé justificación en el Libro de los libros, pero lo rescaté de la escoria y… —El resto de la frase no se oyó por el ruido que hicieron las señoras al retirarse—. Obras, amigos en Cristo, las obras son mi lema. Por sus obras los conoceréis [23], y he aquí la mía.

La obra particular y aceptada a la que se refería el señor Thompson se había puesto pálida y miraba fijamente hacia la puerta abierta que daba al porche, donde antes estaban los criados boquiabiertos y ahora parecía haber cierto tumulto. Mientras la algarabía continuaba, un hombre pobremente vestido y evidentemente borracho se abrió paso entre los guardianes que le impedían entrar y llegó tambaleándose al salón. Al pasar de la niebla y la oscuridad de fuera a la luz cegadora y el calor de dentro se quedó pasmado. Se quitó el viejo sombrero y se abanicó un poco con él al tiempo que buscaba apoyo en el respaldo de una silla, pero en vano. De pronto vio vagamente el rostro pálido de Charles Thompson y, al reconocerlo, con un brillo infantil en los ojos y una carcajada débil y aguda, se lanzó hacia delante, se agarró a la mesa, tiró unas copas y cayó literalmente sobre el pecho del hijo pródigo.

—¡Chal… ly! Eres tú… ¡Can… alla! ¿Qué tal… estás?

—¡Calla! ¡Siéntate! ¡Calla! —dijo Charles Thompson, procurando librarse rápidamente del abrazo del inesperado huésped.

—¡Míra… me! —continuó el desconocido, sin hacer caso de la advertencia, sujetando al infortunado Charles, mirándolo con cariñosa admiración, encantado de verlo—. ¡Míra… me! ¡Ay, qué malo eres! Chal… ly, ¡qué orgulloso estoy de ti!

—¡Salga de esta casa! —dijo el señor Thomson, levantándose con una peligrosa mirada en sus fríos ojos grises—. ¡Charles! ¿Cómo te atreves?

—¡Tranquilo, viejo! Chals, ¿quién es este cencerro? ¿Eh?

—Cierra la boca, anda; toma, bébete esto. —Con manos temblorosas, Charles Thompson llenó un vaso de licor—. Bébetelo y vete de aquí… hasta mañana… cuando quieras… pero ahora ¡déjanos!

Pero antes de que el desgraciado pudiera mojarse los labios, el viejo se le echó encima, pálido de ira. Casi arrastrándolo entre sus fuertes brazos, cruzó el círculo de invitados asustados y llegó a la puerta, los criados la abrieron y en ese momento Charles Thompson salió de su estado de estupor gritando:

—¡Quieto!

El viejo se detuvo. La niebla y el viento trajeron frío del exterior.

—¿Qué significa esto? —preguntó, mirando a Charles torvamente.

—Nada, pero no siga, por amor de Dios. Espere a mañana, pero esta noche no. Le imploro que no lo haga.

Pudo ser por un matiz en el tono del joven o tal vez por el contacto con el desgraciado que forcejaba entre sus fuertes brazos, el caso es que un miedo indefinido, misterioso, se apoderó del viejo.

—¿Quién —dijo con voz rota— es este hombre?

Charles no respondió.

—¡Atrás, todos atrás! —dijo el señor Thompson con voz de trueno a los invitados que lo rodeaban—. Charles, ven aquí, te lo ordeno, te… te… te… lo ruego… dime quién es este hombre.

Solo dos personas oyeron la respuesta que salió como un suspiro de los labios de Charles Thompson:

—Su hijo.

Cuando amaneció el día sobre los lúgubres montes de arena, los invitados se habían ido del banquete del señor Thompson. Las luces

todavía alumbraban débil y fríamente las habitaciones vacías… vacías, salvo por tres figuras que se arrebujaban en un rincón de la fría sala como para darse calor. Una dormía la mona en un diván; a sus pies, sentado, el que hasta entonces era Charles Thompson; a su lado, demacrado y encogido a la mitad de su ser, el señor Thompson, con la mirada perdida, los codos en las rodillas, cubriéndose los oídos con las manos como si no quisiera oír la voz conmovedora que parecía llenar la habitación.

—Bien sabe Dios que no me proponía engañar a nadie. El apellido que dije aquella noche fue el primero que me vino a la cabeza: el de un hombre al que creía muerto, mi compañero en la vida de perdición. Y, cuando me preguntó más cosas, recurrí a lo que me había contado él con ánimo de conmoverlo y para que me soltara; ¡solo por eso, lo juro! Pero cuando usted me dijo quién era y por primera vez vi que se me abría una puerta a una vida nueva, pues… pues… ¡Ay, señor! Si cuando no tenía comida ni techo y era un imprudente estaba dispuesto a robarle el oro, se me habría partido el corazón, me habría desesperado irremediablemente si también le hubiera despojado del amor.

El viejo no se movió. En el lujoso sofá, el hijo pródigo que acababa de encontrar roncaba pacíficamente.

—No conocí a mi padre. No he tenido más hogar que este. He sido feliz… muy feliz.

Se levantó y se puso delante del viejo.

—No tema, no me voy a interponer entre su hijo y usted y su herencia. Hoy dejo esta casa y nunca más volveré. El mundo es ancho, señor, y gracias por su generosidad. Ahora he visto cómo se llega al camino de una vida honrada. Adiós. ¿No me estrecha la mano? Bien, bien. Adiós.

Dio media vuelta para marcharse. Pero al llegar a la puerta se volvió de pronto, levantó la cabeza cenicienta con ambas manos y la besó dos veces.

—Charles.

No hubo respuesta.

—¡Charles!

El viejo se levantó atemorizado y corrió débilmente hacia la puerta. Estaba abierta. Se oía el tumulto del despertar de la gran ciudad en la que se perdieron para siempre los pasos del hijo

pródigo.

La *Ilíada* de Sandy Bar

(1870)

Antes de las nueve ya se sabía por todo el río que los dos socios del yacimiento Amity se habían peleado y se habían separado al rayar el alba. En aquel momento, al vecino le llamaron la atención unas voces de disputa y dos disparos consecutivos. Salió corriendo y, entre la neblina que se levantaba del río, vio difusamente la silueta alta de Scott, uno de los socios, que bajaba por el monte hacia el *cañón*; un momento después salió de la cabaña York, el otro socio, y se fue en dirección contraria, hacia el río, pasando muy cerca del vecino curioso. Después se supo que un chino que cortaba leña en el bosque de enfrente de la cabaña había presenciado parte de la pelea. Pero John era imperturbable, indiferente y reticente.

—*Yo corta leña, yo no pelea* —fue su respuesta a todas las preguntas que le hicieron.

—Pero ¿qué decían, John?

—John no *sabe*.

El coronel Starbottle repasó con destreza los diversos epítetos populares que el generoso sentir público consideraría motivo suficiente para contraatacar, pero John no los reconoció.

—Y esta es la gentuza —dijo el coronel con severidad— que, según algunos, ¡puede tener derecho a testificar contra un hombre blanco! ¡Anda por ahí, infiel!

De todos modos, nadie se explicaba la discusión. Que dos hombres cuya amabilidad y gran tacto les habían granjeado el título de «pacificadores» en una comunidad poco dada a las virtudes pasivas, que estos hombres que se habían llevado extraordinariamente bien se pelearan con violencia era una cosa

que despertaba la curiosidad de todo el campamento. Los más inquisitivos acudieron al lugar de los hechos, que sus ocupantes habían abandonado. No había señales de desorden ni de pelea en la limpia y ordenada cabaña. La rústica mesa estaba puesta para el desayuno; la sartén y los huevos todavía estaban en el hogar, cuyas brasas apagadas podían haber ejemplificado las malas pasiones que se habían desatado allí no hacía ni una hora. Pero el coronel Starbottle puso el ojo (un tanto sanguinolento y lloroso) en los detalles prácticos. Al inspeccionar la cabaña encontró un agujero de bala en la jamba de la puerta y otro casi enfrente, en el marco de la ventana. El coronel tomó nota de que el primero «coincidía» con el calibre del revólver de Scott, y el otro, con la derringer de York.

—Debían de estar aquí —dijo el coronel, poniéndose en posición —, a menos de un metro de distancia y ¡fallaron!

El coronel lo dijo en un tono descendente, con cierto matiz patético que hizo su efecto. Los presentes se emocionaron al comprender la delicadeza de la oportunidad perdida.

Pero Bar estaba predestinada a llevarse una decepción más amarga. Los antagonistas no habían vuelto a verse desde la pelea y se rumoreaba que, si volvían a encontrarse, ambos estaban decididos a matar al otro «allí mismo». Por lo tanto, cuando, a las diez, York salió de la cantina del Magnolia a la larga calle del campamento en el mismo momento en que Scott salía de la herrería, en el cruce de la calle, la tensión se mascaba en el ambiente (y la gratificación, es de temer). Era evidente que el encuentro solo podía evitarse si uno de los dos se retiraba.

Al momento las ventanas de los *saloons* cercanos se llenaron de gente. Un sinnúmero de cabezas se asomó desde las orillas del río y desde detrás de grandes rocas. Un carro vacío que se encontraba en el cruce se llenó de gente como si hubiera brotado de la tierra. En la falda del monte se oían carreras y confusión. En el camino del monte, el señor Jack Hamlin frenó al caballo y se puso de pie en el pescante de la calesa. Los objetos de tan absorbente atención se aproximaban el uno al otro.

—A York le da el sol en los ojos.

—Scott lo va a pillar donde el árbol.

—Está esperando para sacar el arma.

Estas cosas decían los del carro; después se hizo el silencio.

Aunque los humanos contenían el aliento, el río corría y cantaba y el viento agitaba las copas de los árboles con una indiferencia molesta. Así lo sintió el coronel y, en un instante de preocupación sublime, sin mirar a ninguna parte, agitó el bastón hacia atrás, para advertir a toda la naturaleza, y dijo:

—¡Chitón!

Los hombres estaban ya a poca distancia el uno del otro. Una gallina pasó corriendo por delante de uno de ellos. Una cáscara plumosa voló por el aire desde una calle lateral y cayó a los pies del otro. Y, sin prestar atención a esta ironía de la naturaleza, los rivales siguieron aproximándose, rectos, rígidos, mirándose a los ojos, y… ¡pasaron de largo!

Al coronel Starbottle tuvieron que auparlo desde el carro.

—Este campamento está acabado —dijo tristemente, mientras lo llevaban al Magnolia.

Es imposible decir con qué otras palabras pudo haber expresado lo que sentía, porque en ese momento Scott se unió al grupo.

—¿Me ha dicho algo? —preguntó al coronel, tocándole el hombro con naturalidad, como casualmente.

El coronel reconoció una calidad oculta en el roce y una cantidad desconocida en la mirada del que le preguntaba y contestó sencillamente:

—No, señor —con dignidad.

Unos cuantos metros más allá, York hizo algo igual de característico y peculiar.

—Ha tenido usted una gran oportunidad, ¿por qué no lo ha eliminado? —preguntó Jack Hamlin, cuando York se acercó a la calesa.

—Porque lo odio —fue la respuesta, que solo oyó Jack.

Al contrario de lo que dice la creencia popular, no respondió hablando entre dientes, sino en un tono normal. Pero Jack Hamlin, que era un gran observador de la humanidad, cuando ayudó a York a subirse a la calesa, se dio cuenta de que tenía la mano fría y los labios secos, y aceptó la aparente paradoja con una sonrisa.

Cuando Sandy Bar llegó a la conclusión de que la pelea entre York y Scott no se podía solucionar según los métodos propios de la localidad, se despreocupó del asunto. Poco después, se rumoreaba que el yacimiento Amity estaba en litigio y que los socios se

disputarían la posesión a cualquier precio. Puesto que se sabía que esos terrenos se habían «agotado» y no valían nada y que los socios, que ya se habían enriquecido, habían considerado la posibilidad de abandonarla un par de días antes de la pelea, el procedimiento que habían puesto en marcha solo podía considerarse un asunto de rencor gratuito. Más tarde aparecieron en esta candorosa Arcadia dos abogados de San Francisco; los acogieron en los *saloons* y, lo que es prácticamente lo mismo, hablaron con ellos confidencialmente. El resultado de esta intimidad impía fue una serie de citaciones judiciales; tanto es así que, cuando se celebró el juicio del yacimiento Amity, todos los habitantes de Sandy Bar que no tenían orden de presentarse ante el tribunal acudieron no obstante por curiosidad. Nadie fue a trabajar a las zanjas ni a las quebradas en kilómetros a la redonda. No tengo intención de relatar el famoso juicio. Baste con decir que, al estilo del abogado del querellante, era un juicio «de importancia extraordinaria en el que se dilucidarían los derechos inherentes de esa industria incansable que ha desarrollado los recursos pactólicos[24] de este nuevo El Dorado»; y, según el decir más llano del coronel Starbottle, «un rifirrafe que los caballeros podían haber solventado en diez minutos tomando unos tragos amistosamente, si querían parlamentar, o en diez segundos con un revólver, si preferían un rato de diversión». El veredicto fue favorable a Scott y York interpuso una apelación inmediatamente. Se decía que había jurado gastarse hasta el último dólar en el litigio.

De esta forma, Sandy Bar empezó a aceptar la enemistad de los antiguos socios como cosa de toda la vida y la amistad que antes los uniera cayó en el olvido. Los pocos que esperaban descubrir en el juicio el origen de la pelea sufrieron una decepción. Entre las diversas conjeturas, naturalmente la más aceptada, en un campamento que no tenía en gran consideración al bello sexo, fue la que achacaba el conflicto a una misteriosa influencia femenina.

—Créanme, caballeros —dijo el coronel, conocido en Sacramento como un caballero de la vieja escuela—, en el fondo de esta cuestión hay una mujer adorable.

El galante coronel procedió a ilustrar esta teoría con una serie de animadas anécdotas de las que suelen relatar los caballeros de la vieja escuela, pero, por deferencia con los caballeros de una escuela

más reciente, me abstengo de transcribirlas aquí. Con todo, resultó que la teoría del coronel también era una falacia. La única mujer que podía haber ejercido alguna influencia personal en los socios era la bonita hija del «abuelo Folinsbee», de Poverty Flat, de cuya hospitalaria casa (dotada de varias comodidades y refinamientos poco comunes en aquella ruda civilización) eran invitados habituales tanto Scott como York. No obstante, un mes después de la pelea, una noche York llegó a este encantador lugar y, al ver a Scott allí, se volvió a la bella anfitriona y le preguntó bruscamente:

—¿Está enamorada de este hombre?

La joven respondió a la pregunta con viveza y, al mismo tiempo, con evasivas, como habrían hecho muchas de mis bellas lectoras en circunstancia semejante. Sin añadir nada más, York se fue de la casa. Al cerrarse la puerta tras los rizos de York y su espalda cuadrada, la señorita Joe exhaló el más leve suspiro y a continuación, como una niña buena, se dirigió al huésped insultado.

—¿Te lo puedes creer, querida? —le dijo después a una amiga íntima—. Y el otro me echó una mirada torva, se alzó sobre sus patas traseras, cogió el sombrero y también se fue; y desde entonces no he vuelto a ver a ninguno de ellos.

Cegados por el rencor, lo hacían todo con la misma dura indiferencia por otros intereses o sentimientos. Cuando York adquirió las tierras al pie del nuevo yacimiento de Scott, obligándolo a tender alrededor un canal muy costoso para los desechos, este se vengó construyendo una presa que inundaba el yacimiento del río de aquel. Fue Scott, junto con el coronel Starbottle, el que empezó a organizar activamente la oposición a los chinos, que terminó con la expulsión de la mano de obra mongola de York; fue este el que construyó el camino para los carros y estableció la vía rápida que dejó anticuadas las reatas de mulas de transporte de Scott; fue este el que organizó la junta de vigilancia que expatrió a Jack Hamlin, amigo de York; fue este el que fundó el *Sandy Bar Herald*, que tildó el acto de «delito ignominioso» y a Scott, de «rufián de frontera»; fue este el que, a la cabeza de veinte hombres enmascarados, una noche de luna arrojó los ofensivos «moldes» a las aguas amarillas del río y esparció los tipos al polvo de la carretera. En las ciudades de los alrededores, más civilizadas, todo esto se veía desde lejos y se interpretaba como signos de

progreso y vitalidad. Tengo conmigo un ejemplar del *Poverty Flat Pioneer* de la semana que terminó el 12 de agosto de 1856, en el que el director, bajo el titular «Mejoras del país», dice:

> En Sandy Bar ha concluido la construcción de la nueva iglesia presbiteriana de la calle C. Se ha levantado en los solares de lo que fuera el *saloon* Magnolia, destruido el mes pasado por un incendio misterioso. El templo que resurge ahora como el ave Fénix de las cenizas del Magnolia es prácticamente un regalo de H. J. York, caballero de Sandy Bar, que adquirió el solar y donó la madera. Se están levantado otros edificios en las cercanías, pero el más destacable es el *saloon* Sunny South, construido por el capitán Mat. Scott prácticamente enfrente de la iglesia. El capitán Scott no ha reparado en gastos en el mobiliario del local, que promete convertirse en uno de los lugares de ocio más agradables del viejo Tuolumne. Recientemente ha importado dos mesas nuevas de billar de primera categoría, con las bandas de corcho. Servirá las bebidas en el bar nuestro buen amigo Jimmy Montaña. Remitimos a nuestros lectores a los anuncios de la columna correspondiente. Quien vaya de visita a Sandy Bar no encontrará nada mejor que hacer que ir a ver a Jimmy.

En la sección de sucesos locales se da cuenta de lo siguiente:

> H. J. York, caballero de Sandy Bar, ofrece una recompensa de cien dólares por los que se llevaron los escalones de la nueva iglesia presbiteriana de la calle C de Sandy Bar durante el servicio divino del último festivo por la noche. El capitán Scott añade otros cien por los sinvergüenzas que rompieron los cristales de las magníficas ventanas del nuevo *saloon* la noche siguiente. Se habla de reorganizar la antigua junta de vigilancia de Sandy Bar.

Cuando el sol implacable de Sandy Bar se hubo puesto con regularidad sobre la cólera beligerante de estos hombres todos los largos meses de cielos despejados, se empezó a hablar de mediación. En particular, el pastor de la iglesia que acabo de nombrar (un hombre sincero y valiente, aunque tal vez no muy iluminado) aprovechó de buen grado la liberalidad de York para

intentar reconciliar a los antiguos socios. Pronunció un sermón emocionante sobre lo que de inmoral tenían la discordia y el rencor en general. Pero el reverendo Daws dirigía sus excelentes sermones a una congregación ideal que no existía en Sandy Bar: una congregación de seres con vicios y virtudes puros, impulsos únicos, motivos completamente lógicos, una sencillez sobrenatural, una fe infantil y responsabilidades de adulto. Como, por desdicha, los que asistían a su iglesia eran en esencia muy humanos, un poco arteros, más dados a exculparse que a inculparse, bastante buena gente y sin duda débiles, desoyeron en silencio la parte del sermón que los afectaba y, tomando a York y a Scott (ambos presentes y enconadamente atentos) como ejemplo de esos seres ideales a los que acabo de referirme, se quedaron satisfechos (una actitud no muy cristiana, me temo) con su categoría inferior. Si el señor Daws esperaba que York y Scott se dieran la mano después de lo que había predicado, se llevó una desilusión. Pero no cejó en su propósito. Con un empeño silencioso y valiente que le había granjeado el respeto de unos hombres acostumbrados a considerar la piedad sinónimo de afeminamiento, atacó a Scott en su propia casa. No hay documento escrito sobre lo que allí se dijo, pero es de temer que fuera parte del sermón. Cuando terminó, Scott lo miró con benevolencia en los espejos del bar y, menos irreverente de lo que puedan dar a entender las palabras, dijo:

—Joven, me gusta su estilo, pero volveremos a hablar cuando nos conozca a York y a mí tan bien como conoce al Todopoderoso.

La contienda seguía en pie y, como en casos más ilustres, la enemistad privada y personal de dos hombres representativos evolucionó poco a poco hasta dar lugar a unas creencias y unos principios rudimentarios y mal expresados. Poco después se hizo evidente que esas creencias, tal como las exponía el aspirante a hombre de Estado A, eran idénticas a determinados principios de mayor alcance concebidos por los fundadores de la Constitución de Estados Unidos; o que, tal como advertía elocuentemente B, eran las fatales arenas movedizas en las que podía naufragar el navío del Estado. El resultado práctico de todo esto fue que a York y a Scott los nombraron representantes de facciones opuestas en el concejo municipal.

Hacía unas semanas que los votantes de Sandy Bar y

campamentos aledaños habían sido convocados a una ¡asamblea! En vano gemían y protestaban los grandes pinos de los cruces de caminos (cuyos troncos soportaban toda clase de carteles) desde su atalaya. Pero un día, al son de pífanos y tambores y con boyante transparencia, llegó un desfile al bosque triangular de la boca de la quebrada. Presidía la reunión el coronel Starbottle, que había desempeñado funciones legislativas en otro tiempo y a quien se le consideraba vagamente un «caballo de guerra», así como un valioso partidario de York. Concluyó la demanda de votos para su amigo enunciando una serie de principios e intercalando algunas anécdotas tan groseras y gratuitas que hasta los pinos podían haberle tirado piñas secas encima. Pero hizo reír; de este modo congració a su candidato con el público y, cuando York se levantó para hablar, lo saludaron con vivas. Pero, para asombro de todos, el nuevo orador empezó a denostar a su contrincante con acritud. No solo se extendió sobre los actos, de todos conocidos, y el ejemplo que daba Scott en Sandy Bar, también se refirió a su vida anterior, la que el pueblo desconocía. A la precisión de los epítetos y la franqueza de su discurso, el orador añadió el atractivo y el espectáculo de las revelaciones. La gente vitoreaba, chillaba, estaba encantada, pero al final de la asombrosa filípica, el grito unánime era «¡Scott!». El coronel Starbottle se resistió a petición tan impropia, pero fue en vano. La asamblea era inflexible, ya fuera por un sentido primitivo de la justicia, ya por un deseo más malicioso de emociones, y, de este modo, llevaron a Scott a rastras hasta el estrado y lo subieron.

Cuando apareció allí arriba, desaliñado y maloliente, se vio con claridad que estaba borracho. Pero, antes de que abriera la boca, también se vio con claridad que el que estaba a punto de hablar era el orador de Sandy Bar (el único que sabía ganarse la comprensión de los presentes, tal vez porque era capaz de apelar a ese sentimiento). Saber que tenía ese poder prestaba cierta dignidad a su persona y no estoy muy seguro de si las condiciones físicas en las que se encontraba no causarían entre los oyentes algo semejante a una impresión de inflexibilidad y condescendencia magníficas. Sea como fuere, cuando este Héctor inesperado se levantó del polvo, los mirmidones de York temblaron.

—Caballeros —dijo Scott, apoyándose en el pasamanos—, todo

lo que ha dicho ese hombre es cierto. Me expulsaron de El Cairo; estuve con los reguladores [25]; deserté del ejército; abandoné a una mujer en Kansas. Pero hay una cosa de la que no me ha acusado, porque a lo mejor se le ha olvidado. Caballeros, fui el socio de ese hombre ¡tres años!

No sé si quería seguir hablando, pero una ovación clamorosa redondeó y reforzó artísticamente este momento culminante y la elección del orador quedó prácticamente sentenciada. Ese mismo otoño fue a Sacramento [26] y York, al extranjero; por primera vez en muchos años, la distancia y un cambio de aires separaron a los antiguos antagonistas.

Pasaron tres años en Sandy Bar con pocos cambios en los bosques verdes, las rocas grises y el río amarillo, pero con muchos en los hitos humanos y muchas caras nuevas en las viviendas. Parecía que estos dos hombres, que tanto se identificaban con el pueblo, habían caído en el olvido.

—Nunca volverá usted a Sandy Bar —dijo la señorita Folinsbee, de Lily Poverty Flat, cuando se encontró con York en París—, porque Sandy Bar ya no existe. Ahora lo llaman Riverside; la nueva ciudad está construida a la orilla del río, pero más arriba. Por cierto, Jo dice que Scott ha ganado el litigio del yacimiento Amity y que vive en la antigua cabaña, y que se pasa media vida borracho. ¡Ay, lo siento! —exclamó la animosa señorita al ver que York se ruborizaba—. Pero, sinceramente, creía que esa vieja rencilla ya estaba olvidada. Lo cierto es que debería estarlo.

Tres meses después de esta conversación, una hermosa tarde de verano, la diligencia de Poverty Flat se detuvo ante el porche del hotel Union de Sandy Bar. Entre los pasajeros había uno, forastero al parecer, muy bien vestido y afeitado, que pidió una habitación y se retiró temprano a descansar. Pero se levantó antes del amanecer, sacó algunas prendas de ropa de una bolsa de tela gruesa y procedió a ponerse unos pantalones blancos de algodón, una camisa suelta blanca de algodón y un sombrero de paja. Después de asearse, se envolvió los hombros al desgaire con un pañuelo rojo. La transformación fue completa. Cuando bajó sigilosamente por las escaleras y salió a la calle, nadie habría reconocido al elegante foráneo de la víspera, y fueron pocos los que identificaron las

facciones y el tipo de Henry York de Sandy Bar.

A la tenue luz de esa hora tan temprana y con lo mucho que había cambiado el asentamiento, tuvo que detenerse un instante para recordar dónde estaba. El Sandy Bar que guardaba en la memoria se encontraba río abajo; los edificios que lo rodeaban eran más tardíos y de un estilo más moderno. En el camino hacia el río descubrió una escuela y una iglesia nuevas. Más allá apareció el Sunny South, transformado en restaurante, con los dorados casi borrados y la pintura borrada. Ahora sabía dónde estaba; bajó rápidamente una cuesta, cruzó un canal y llegó al límite inferior del yacimiento Amity.

Una niebla gris se elevaba lentamente del río, se pegaba a las copas de los árboles y después subía por la ladera de la montaña hasta que la atrapaban los altares de roca y se ofrecía en sacrificio al sol naciente. Abajo, la tierra que él había herido y requemado cruelmente con unas máquinas ya olvidadas presumía ahora de algunas parcelas verdes y le sonreía y lo perdonaba como si las cosas no estuvieran tan mal, al fin y al cabo. Unos pájaros se bañaban en el canal como si la naturaleza acabara de poner el agua a su disposición por primera vez y una liebre, al verlo acercarse, corrió a esconderse debajo de una artesa volcada como si estuviera allí solo para ese menester.

Todavía no se había atrevido a mirar hacia determinada parte, pero el sol ya había ascendido lo suficiente para pintar el pequeño altozano en el que se encontraba la cabaña. Aunque dominaba las emociones, el corazón se le aceleró al levantar hacia allí la mirada. La puerta y la ventana estaban cerradas, no salía humo por la chimenea de *adobe*, pero, por lo demás, estaba igual que siempre. A pocos metros de la cabaña recogió una pala rota del suelo y, poniéndosela al hombro con una sonrisa, se acercó a la puerta y llamó. No se oía nada dentro. La sonrisa se le apagó al empujar la puerta con inquietud.

De repente apareció una figura que se dirigía a él (una figura de ojos inyectados en sangre que se quedó con la mirada vacía y levantó los brazos en actitud de aviso), una figura que de pronto se atragantó, tosió y se cayó hacia delante, presa de un ataque.

Pero antes de llegar al suelo, York lo sacó al aire libre y al sol. En el forcejeo, cayeron los dos al suelo. Pero York se sentó

enseguida, sujetando en las rodillas el cuerpo convulso de su antiguo socio, y le quitó la espuma de la boca muda. Poco a poco los temblores fueron remitiendo hasta cesar del todo; y el hombretón se quedó inconsciente entre sus brazos.

York lo sostuvo así un momento, mirándolo a la cara. Lo único que rompía el silencio era el hacha de un leñador a lo lejos, una mera sombra de ruido. Arriba, en la montaña, un halcón describía círculos por encima de ellos. Entonces se oyeron unas voces y llegaron dos hombres.

—¿Una pelea?

No, un ataque epiléptico, ¿podían ayudarle a llevar al enfermo al hotel?

Allí estuvo el socio enfermo una semana, inconsciente, sin ver nada más que los delirios producidos por la enfermedad y el miedo. El octavo día, al amanecer, volvió en sí, abrió los ojos, miró a York, le apretó la mano y dijo:

—Eres tú. Creía que era el whisky.

York respondió cogiéndole las dos manos, jugueteando con ellas como un niño, pues tenía el codo apoyado en la cama, y sin dejar de sonreír.

—Así que has estado en el extranjero. ¿Te gustó París?

—Regular. Y a ti ¿te gustó Sacramento?

—Estupendo.

Y eso fue lo único que se les ocurrió decir. Después, Scott volvió a abrir los ojos.

—Estoy muy débil.

—Enseguida te pondrás mejor.

—No mucho.

Guardaron silencio un largo rato; se oía el ruido del leñador y Sandy Bar empezaba el día. Entonces, lentamente, con dificultad, Scott se volvió a mirar a York y dijo:

—Podía haberte matado una vez.

—Ojalá lo hubieras hecho.

Se dieron la mano otra vez, pero a Scott le fallaban las fuerzas. Pareció que reunía energías para hacer un gran esfuerzo.

—¡Muchacho!

—¡Chaval!

—Acércate más.

York acercó la cara al rostro que se desdibujaba.

—¿Te fastidió aquella mañana?

—Sí.

Un brillo risueño asomó a los ojos azules de Scott cuando susurró:

—Muchacho, aquel pan tenía demasiado bicarbonato.

Dicen que estas fueron sus últimas palabras. Y cuando el sol, que tantas veces se había puesto sobre la ira de estos dos necios, volvió a verlos reunidos, la mano de Scott resbaló, fría e inerte, entre las de su antiguo socio y supo que la enemistad de Sandy Bar había terminado.

De cómo Santa Claus visitó Simpson’s Bar

(1872)

Había llovido en el valle del Sacramento. El North Fork se había desbordado y el arroyo Rattlesnake era infranqueable. Las pocas rocas que habían señalado en verano el vado en el paso Simpson estaban cubiertas por una enorme capa de agua que se extendía hasta la ladera de las montañas. La posta se había detenido en Grangers; el jinete se había visto obligado a abandonar el último correo en las marismas y se había puesto a salvo a nado. «Una zona —observó el *Sierra Avalanche*, con meditabundo orgullo local— tan grande como el estado de Massachusetts está ahora bajo el agua».

El tiempo no era mucho mejor al pie de las montañas. La carretera estaba enfangada; carretas que ni la fuerza física ni las reprensiones morales podían apartar de sus malas costumbres bloqueaban el paso, y el camino a
Simpson’s
Bar estaba jalonado por reatas de mulas exhaustas, juramentos y blasfemias. Y más allá, apartado e inaccesible, destartalado bajo la lluvia, golpeado por los fuertes vientos y amenazado por las aguas, el asentamiento de
Simpson’s
Bar, el día de Nochebuena de 1862, se aferraba como un nido de golondrina a la rocosa entabladura y a los astillados capiteles de Table Mountain, estremecido por la tempestad.

Cuando cayó la noche sobre el asentamiento, unas pocas luces centellearon entre la neblina desde las ventanas de las cabañas a ambos lados de la carretera atravesada por anárquicos riachuelos e

imprevisibles ráfagas de viento. Por suerte la mayor parte de la población se había refugiado en el almacén de Thompson, en torno a una estufa en la que escupía sin decir palabra, en una especie de comunión social que hacía innecesaria la conversación. De hecho hacía tiempo que se habían agotado las diversiones en
Simpson's
Bar; la crecida de las aguas había suspendido las actividades habituales en el barranco y en el río, y la consiguiente falta de whisky y de dinero había dejado sin chispa casi todos los entretenimientos ilegítimos. Hasta el señor Hamlin se alegró de marcharse con cincuenta dólares en el bolsillo —la única cantidad que pudo conservar de las grandes sumas ganadas en el fructífero ejercicio de su fatigosa profesión—. «Si me pidieran —observó tiempo después— que escogiese un pueblecito, animado y populoso, para un jubilado a quien no le importase el dinero, diría
Simpson's
Bar; pero a un joven con una familia numerosa a su cargo, no le compensaría». Como la familia del señor Hamlin consistía solo en mujeres adultas, citamos sus palabras más para dejar constancia de su sentido del humor que del verdadero alcance de sus responsabilidades.

Sea como fuere, los objetos inconscientes de esta sátira estaban esa noche dominados por una lánguida apatía fruto de la ociosidad y la falta de emociones. Ni siquiera los despertó el ruido de cascos delante de la puerta. Dick Bullen fue el único que dejó de limpiar la pipa y alzó la cabeza, pero nadie más mostró ningún interés, ni pareció reconocer al hombre que entró.

Era una figura familiar para todos, conocida en
Simpson's
Bar como el Viejo. Un hombre de unos cincuenta años; de cabello escaso y entrecano, pero con la tez todavía joven y lozana. Un rostro de una simpatía no excesivamente jovial y con una capacidad camaleónica para adoptar el tono y el color del humor y los sentimientos de sus acompañantes. Era evidente que acababa de despedirse de unos amigos alegres, y al principio no reparó en la seriedad del grupo, por lo que le dio una cordial palmada en el hombro al hombre que tenía más cerca y se desplomó en una silla vacía.

—¡Me acaban de contar una historia buenísima, muchachos! ¿Conocéis a Smiley, Jim Smiley, el tipo más gracioso de
Simpson's
Bar? Pues bien, nos ha contado una historia divertidísima sobre…

—Smiley es un… imbécil —le interrumpió una voz lúgubre.

—Un… canalla —añadió otra voz en tono sepulcral.

Un silencio siguió a aquellas afirmaciones. El Viejo recorrió el grupo con la mirada. Luego su rostro cambió poco a poco.

—Es cierto —dijo en tono pensativo, después de una pausa—, es un poco canalla y bastante imbécil, claro. —Calló un instante, como si considerara la imbecilidad y las canalladas del impopular Smiley —. Hace un tiempo de perros, ¿eh? —añadió, dejándose arrastrar por el sentimiento predominante—. Pinta mal y no habrá mucho dinero estos días. Y mañana es Navidad.

Este anuncio causó cierta agitación entre los hombres, aunque no quedó claro si de satisfacción o de disgusto.

—Sí —continuó el Viejo, con el mismo tono lúgubre que había adoptado sin darse cuenta—, Navidad, y esta noche es Nochebuena. No sé, muchachos, se me había ocurrido que… He pensado que tal vez os apeteciera pasaros por mi casa a tomar algo. Pero supongo que no queréis, ¿no? No tendréis muchas ganas, ¿no? —añadió con preocupación mientras escrutaba el rostro de sus compañeros.

—Pues no sé —respondió Tom Flynn con cierta animación—. Puede que sí. Pero ¿y tu mujer, Viejo? ¿Qué dice ella?

El Viejo dudó. Su experiencia conyugal no había sido muy feliz, y en
Simpson's
Bar todo el mundo lo sabía. Su primera esposa, una mujercita guapa y delicada, había padecido en secreto los celos de su marido, que un día llevó a todo el asentamiento a su casa para que sus habitantes fuesen testigos de su infidelidad. Al llegar encontraron a la mujer, tímida y menuda, entretenida con las tareas domésticas y se volvieron avergonzados y desconcertados. Pero aquella criatura sensible no se recuperó con facilidad de tan extraordinario ultraje. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para recobrar la suficiente compostura para sacar a su amante del armario donde lo había escondido y fugarse con él. Dejó a un niño de tres años para consolar a su afligido marido. La actual mujer del Viejo era su

antigua cocinera. Una señora grande, leal y colérica.

Antes de que pudiera responder, Joe Dimmick observó con brusca franqueza que era «la casa del Viejo», apeló al derecho divino y añadió que él, en su lugar, invitaría a quien quisiera aunque pusiera en peligro su salvación. Las potencias del mal, añadió, lucharían contra él en vano. Lo dijo con un convencimiento y un laconismo que se pierden necesariamente al contarlo.

—Por supuesto. Claro. Así es —dijo el Viejo con un gesto comprensivo—. No pasará nada. Es mi casa, la construí yo mismo. No os preocupéis por ella, muchachos. Tal vez se enfade un poco, pero seguro que acabará entrando en razón.

El Viejo confió en secreto en la exaltación del alcohol y la fuerza de un ejemplo valeroso para ayudarle en semejante contingencia.

Dick Bullen, el oráculo y líder de
Simpson's
Bar, aún no se había pronunciado. Se quitó la pipa de los labios.

—Viejo, ¿qué tal está tu Johnny? La última vez que lo vi en el barranco tirándoles piedras a los chinos no parecía muy animado. Ayer se ahogaron unos cuantos en el río y pensé en Johnny y en lo mucho que los iba a echar de menos. ¿No se estará poniendo enfermo?

El padre, claramente tocado no solo por la emotiva descripción de la pérdida de Johnny, sino por la conmovedora consideración, se apresuró a asegurarle que Johnny estaba mejor y que «un poco de diversión podría animarlo». Al oírlo, Dick se puso en pie, se desperezó y dijo:

—Pues por mí que no sea. Vamos, Viejo.

Él mismo se puso en cabeza de un salto y, con un gruñido característico, se internó en la noche. Al pasar por la habitación de fuera cogió un tronco encendido de la chimenea. El resto del grupo siguió sus pasos, empujándose y dándose codazos, y, antes de que el sorprendido propietario del almacén de Thompson fuese consciente de la intención de sus invitados, la sala quedó vacía.

La noche estaba oscura como la pez. La primera ráfaga de viento apagó sus antorchas improvisadas, y solo las brasas rojas que danzaban en la oscuridad como fuegos fatuos ebrios indicaban su paradero. El camino los llevó por el cañón de
Pine-Tree,

en cuya cabecera había una cabaña baja, cubierta de corteza y excavada en la ladera de la montaña. Era el hogar del Viejo, y la entrada al túnel donde trabajaba, cuando trabajaba. El grupo se detuvo un instante, por deferencia a su anfitrión, que llegó jadeando detrás.

—Será mejor que esperéis un segundo mientras entro a comprobar que todo está en orden —dijo el Viejo con una indiferencia muy poco sincera.

Su idea fue aceptada con magnificencia, la puerta se abrió y se cerró para dejar pasar al anfitrión, los demás esperaron con la espalda contra la pared debajo del alero y escucharon.

Por un instante solo se oyó el goteo del agua en los aleros y el roce de las ramas sobre sus cabezas. Luego los hombres se intranquilizaron y empezaron a susurrar con suspicacia: «¡Debe de haberle partido la crisma de un golpe!». «¡O lo ha metido en el túnel y ahora no le deja salir!» «Lo habrá tirado al suelo y estará sentada encima». «A lo mejor está buscando algo para tirárnoslo a la cabeza, ¡apartaos de la puerta, muchachos!» Pues justo en ese momento se oyó correr el pestillo, se abrió despacio la puerta y una voz dijo:

—Entren, no se queden ahí bajo la lluvia.

No era la voz del Viejo ni la de su mujer, sino la de un niño pequeño, con los débiles agudos quebrados por esa aspereza sobrenatural que solo puede ser obra del vagabundeo y la necesidad de demostrar tu valía antes de tiempo. El rostro que les miró era el de un niño, un rostro que podría haber sido hermoso e incluso refinado, pero que estaba ensombrecido por dentro por las malas ideas y por fuera por la suciedad y muchas vivencias difíciles. Llevaba una manta por encima de los hombros y era evidente que se acababa de levantar de la cama.

—Pasen —repitió—, y no hagan ruido. El Viejo está ahí hablando con madre —continuó, señalando la habitación contigua, que parecía ser una cocina, donde se oía la voz del Viejo en tono desaprobatorio—. Déjame —le dijo quejoso a Dick Bullen, que lo había cogido en volandas con manta y todo y estaba haciendo ademán de ir a echarlo al fuego—, suéltame, viejo idiota, ¿no me has oído?

Exhortado así, Dick Bullen dejó a Johnny en el suelo reprimiendo una risa, mientras los hombres iban entrando en

silencio y se sentaban en torno a una larga mesa de toscos tablones que ocupaba el centro de la sala. Johnny fue muy serio a una alacena y sacó varias cosas que dejó sobre la mesa:

—Ahí hay whisky. Y galletas. Y arenques. Y queso. —Dio un mordisco camino de la mesa—. Y azúcar. —Cogió un puñado con la mano pequeña y muy sucia—. Y tabaco. También hay manzanas secas, aunque a mí no me gustan. Ya está todo —concluyó—, ahora esperen y no tengan miedo. Madre no me asusta. A mí no me mangonea. Adiós.

Había cruzado el umbral de una habitación poco más grande que un armario, separada del resto de la casa y donde había una cama pequeña. Se quedó allí un momento mirando al grupo, con los pies descalzos asomándole por debajo de la manta y moviendo la cabeza.

—¡Eh, Johnny! No irás a acostarte otra vez, ¿verdad? —dijo Dick.

—Sí —respondió Johnny con decisión.

—¡Vaya! ¿Qué te ocurre, chico?

—Estoy enfermo.

—¡Enfermo!

—Tengo fiebre. Y sabañones. Y reumatismo —replicó Johnny, y desapareció en su cuarto. Al cabo de un momento añadió desde la oscuridad, en apariencia debajo de las mantas—: Y estoy de malas pulgas.

Se produjo un violento silencio. Los hombres se miraron y contemplaron el fuego. Pese al apetitoso banquete que tenían delante, daba la impresión de que fuesen a caer en el mismo desánimo que los había dominado en el almacén de Thompson cuando se oyó indiscreta la voz del Viejo que llegaba quejosa desde la cocina.

—Pues ¡claro! Eso es. Sí, señor. Un hatajo de vagos y de borrachos, y el tal Dick Bullen es el peor de todos. No se les ocurre nada mejor que venir cuando no tenemos nada que ofrecerles y con un enfermo en casa. Y no será porque no se lo haya advertido: «Bullen —le dije—, no sé cómo se te ha podido ocurrir una idea semejante, o eres idiota o estás borracho como una cuba». «¿Y tú, Staples, te consideras un hombre y quieres ir a correrte una juerga bajo mi techo cuando hay enfermos en casa?» Pero han insistido en

venir, no ha habido manera de disuadirles. ¿Qué se puede esperar de la gentuza de este asentamiento?

Una carcajada de los hombres siguió a tan desafortunado alegato. No sabría decir si se oyó en la cocina, o si la airada compañera del Viejo había agotado cualquier otro modo de expresar su desdeñosa indignación, pero alguien dio un violento portazo. Al momento, el Viejo volvió a aparecer sin ser ni remotamente consciente de la causa de aquel ataque de hilaridad y sonrió con amabilidad.

—Mi mujer ha decidido ir de visita a casa de la señora McFadden —explicó con desenvoltura e indiferencia al sentarse a la mesa.

Es curioso que hiciese falta ese desafortunado incidente para aliviar la vergüenza que empezaba a sentir el grupo, que recobró su audacia al llegar el anfitrión. No me propongo reproducir la diversión de la noche. El lector curioso se contentará si le digo que la conversación se caracterizó por la misma exaltación intelectual, la misma cauta reverencia, la misma meticulosa delicadeza, la misma precisión retórica y la misma lógica y coherencia en el discurso que distingue otras reuniones parecidas de individuos de sexo masculino en sitios más civilizados y bajo auspicios más favorables. Nadie rompió ninguna copa, porque no las había, y el alcohol escaseaba tanto que nadie lo derramó en el suelo ni en la mesa.

Era casi medianoche cuando se interrumpió el jolgorio. «¡Chis!», dijo Dick Bullen levantando la mano. Era la voz quejosa de Johnny desde la habitación de al lado: «¡Papá!».

El Viejo se levantó enseguida y desapareció en la habitación. Al cabo de un rato regresó.

—Le ha vuelto el reumatismo —explicó—, y quiere que le dé unas friegas.

Alzó la damajuana de whisky de la mesa y la agitó. Estaba vacía. Dick Bullen dejó su taza de lata en la mesa con una risa avergonzada. Y lo mismo hicieron los demás. El Viejo miró su contenido y dijo esperanzado:

—Supongo que bastará; no hace falta mucho. Esperad un momento que ahora vuelvo.

Y desapareció en la habitación con una camisa vieja de franela y

el whisky. La puerta no se cerró del todo y pudo oírse con claridad el siguiente diálogo:

—Bueno, hijo, ¿dónde te duele?

—A veces aquí y a veces aquí abajo; pero lo peor es de aquí a aquí. Frótame, papá.

Un silencio pareció indicar unas vigorosas friegas. Luego Johnny dijo:

—¿Lo estáis pasando bien, papá?

—Sí, hijo.

—Mañana es Navidad, ¿no?

—Sí, hijo. ¿Te encuentras mejor?

—Mejor frota un poco más. ¿Qué es eso de la Navidad? ¿En qué consiste?

—Pues es un día.

Esa definición tan exhaustiva debió de resultar muy convincente, pues se hizo un silencio mientras continuaban las friegas. Después Johnny volvió a hablar:

—Madre dice que en todos los sitios menos aquí todo el mundo se hace regalos en Navidad. Y luego empezó a meterse contigo. Dice que hay un hombre llamado Santa Claus, no un blanco, sino una especie de chino, que se cuela por la chimenea la noche de antes de Navidad y les da cosas a los niños como yo. Y ¡que se las deja en las botas! Y quería que me tragase esa trola. Cuidado, papá, ¿dónde estás frotando…? No es ahí. Se lo ha inventado, ¿no?, para hacernos enfadar. No frotes ahí… ¡Cuidado, papá!

En el profundo silencio que pareció abatirse sobre la casa se oyó con suma claridad el suspiro de los pinos cercanos y el gotear de las hojas. Johnny también bajó la voz antes de seguir:

—Puedes parar, ya me siento mejor. ¿Qué hacen los muchachos?

El Viejo entreabrió la puerta y se asomó. Sus invitados se estaban comportando con mucha educación y había unas monedas de plata y un monedero de piel sobre la mesa.

—Apostar, debe de ser algún juego. Están bien —replicó, y volvió a empezar con las friegas.

—Me gustaría jugar y ganar un poco de dinero —dijo meditativo Johnny, tras una pausa.

El Viejo repitió, sin demasiado convencimiento, la fórmula evidentemente familiar de que, si Johnny esperaba hasta que se

hiciera rico, en el túnel tendrían mucho dinero, etcétera.

—Sí —insistió Johnny—, pero el momento no llega. Y ¿qué más da que tengas suerte o que lo gane yo? Es solo cuestión de suerte. Pero eso de la Navidad es curioso, ¿no crees? ¿Por qué lo llaman así?

Tal vez por una deferencia instintiva a sus invitados, o por un vago sentido de la incongruencia, el Viejo respondió en voz tan baja que resultó inaudible fuera de la habitación.

—Sí —dijo Johnny, un poco menos interesado—. He oído hablar de Él. Ya está, papá. Ya no me duele tanto. Ahora envuélveme en esa manta de ahí. Así. Y ahora —añadió con un susurro—, quédate a mi lado hasta que me quede dormido.

Para asegurarse de que le obedecía, sacó una mano por debajo de la manta, sujetó a su padre por la manga y volvió a acostarse.

El Viejo esperó con paciencia un rato. Luego el desacostumbrado silencio de la casa despertó su curiosidad y, sin apartarse de la cama, abrió con cuidado la puerta con la mano que tenía libre y se asomó a la sala principal. Para su infinita sorpresa la encontró oscura y vacía. Pero en ese momento se movió uno de los troncos del hogar y las llamas revelaron la figura de Dick Bullen sentado junto a las brasas.

—¡Hola!

Dick dio un respingo, se levantó y se le acercó dando tumbos.

—¿Adónde han ido los muchachos? —preguntó el Viejo.

—Han salido a pasear un poco por el cañón. En un minuto pasarán a recogerme. Les estoy esperando. ¿Qué miras, Viejo? —añadió con una risa forzada—. ¿Crees que estoy borracho? —Al Viejo podría habérsele disculpado que lo supusiera, pues Dick tenía los ojos húmedos y el rostro encendido. Volvió a la chimenea, bostezó, se desperezó, se abotonó el abrigo y se rió—. No había alcohol para tanto, Viejo. No te levantes —continuó al ver que el Viejo hacía ademán de soltarse la manga—. Déjate de buenos modales. Sigue donde estás; ya me marcho. Mira, ahí están.

Alguien llamó despacio a la puerta. Dick Bullen la abrió deprisa, deseó buenas noches con un gesto a su anfitrión y desapareció. El Viejo lo habría seguido de no haber sido por la mano que inconscientemente seguía aferrada a su manga. Podría haberse soltado con facilidad: era pequeña, débil y delgada. Pero, tal vez

porque era pequeña, débil y delgada, cambió de opinión, acercó la silla a la cama y apoyó la cabeza en ella. Los efectos de sus anteriores libaciones se hicieron más evidentes en esa postura tan vulnerable. La habitación tembló y se desdibujó ante sus ojos, volvió a aparecer, se desdibujó, desapareció y se quedó dormido.

Entretanto Dick Bullen cerró la puerta y se encontró con sus amigos.

—¿Preparado? —preguntó Staples.

—Sí —respondió Dick—; ¿qué hora es?

—Las doce y media —respondió alguien—, ¿llegarás a tiempo? Entre ir y volver son casi setenta kilómetros.

—Calculo que sí —repuso lacónico Dick—. ¿Dónde está la yegua?

—Bill y Jack la tienen en el cruce.

—Déjalos que esperen un minuto más —respondió Dick.

Se dio la vuelta y volvió a entrar en la casa sin hacer ruido. A la luz de la vela a punto de consumirse y del fuego casi apagado vio que la puerta de la habitación estaba abierta. Se acercó de puntillas y se asomó. El Viejo se había desplomado en la silla y roncaba con las piernas alargadas y en línea con los hombros encorvados, y el sombrero sobre los ojos. A su lado, en una estrecha camita yacía Johnny, arrebujado en una manta de la que solo asomaban un poco la frente y unos cuantos rizos húmedos por el sudor. Dick dio un paso adelante, dudó y contempló por encima del hombro la inhóspita habitación. Reinaba el silencio. Con repentina decisión, se apartó los bigotazos con las manos y se inclinó sobre el niño dormido. Pero en ese momento una maldita ráfaga que estaba al acecho se coló por la chimenea, reavivó el fuego e iluminó la habitación con un impúdico resplandor del que Dick huyó horrorizado.

Sus compañeros le estaban esperando en el cruce. Dos de ellos se debatían en la oscuridad con un extraño bulto contrahecho que al acercarse Bill adoptó la forma de un gran caballo amarillo.

Era la yegua. No era muy hermosa. Ni su nariz romana, ni las ancas protuberantes, ni el espinazo arqueado y oculto por las rígidas machillas de una silla mexicana, ni las patas gruesas, rectas y huesudas conservaban el menor vestigio de gracia equina. Sus ojos medio ciegos pero perversos, su labio leporino y su color

monstruoso expresaban solo fealdad y vicio.

—Bueno —dijo Staples—, cuidado con los cascos, chicos, ya puedes montar. Sujétate a la crin y mete deprisa el pie en el estribo. ¡Vamos!

Hubo un corcoveo, un salto, la gente se apartó, los cascos volaron, dos saltos estremecieron la tierra, se oyó un rápido tintineo de espuelas y luego la voz de Dick en la oscuridad:

—¡Ya está!

—¡No vayas por la carretera de abajo a no ser que se te eche el tiempo encima! No le tires de las riendas cuando vayas cuesta abajo. Estaremos en el vado a las cinco. ¡Vamos! ¡Arre, caballo! ¡Ve!

Un chapoteo, una chispa en la orilla del camino, una trápala en el rocoso barranco y Dick desapareció.

¡Canta, oh, Musa, la cabalgada de Richard Bullen! ¡Canta, oh, Musa, a los hombres caballerosos, la búsqueda sagrada, los hechos esforzados, los torpes patanes, la valerosa cabalgada y los terribles peligros que corrió la flor de

Simpson's

Bar! ¡Ay!, qué Musa tan remilgada. ¡No quiere saber nada de ese jinete bruto, harapiento, jactancioso y obstinado, así que tendré que seguirle a pie y en prosa!

Era la una en punto y solo había llegado a Rattlesnake Hill. Pues Jovita había hecho gala ya de todos sus vicios e imperfecciones. Tres veces había tropezado. Dos veces había alineado su nariz romana con las riendas y, resistiéndose al bocado y las espuelas, había galopado a campo través. Dos veces se había encabritado y se había sentado, pero en ambas ocasiones el ágil Dick, ileso, volvió a subir a la silla antes de que pudiera cocearlo. Y dos kilómetros más adelante, al pie de una larga montaña, estaba el arroyo Rattlesnake. Dick sabía que ahí estaba la prueba decisiva para culminar su empresa, apretó sombrío los dientes, le clavó las rodillas en los costados y cambió de una táctica defensiva a una agresión clara. Espoleada y fuera de sí, Jovita empezó a descender por la ladera. El astuto Richard fingió querer retenerla con imprecaciones y falsos gritos de alarma. No hace falta añadir que Jovita salió al galope. Tampoco es necesario anotar aquí el tiempo que duró el descenso; consta ya en las crónicas de

Simpson's

Bar. Baste con decir que un momento después, o eso le pareció a Dick, estaba chapoteando en las orillas inundadas del arroyo Rattlesnake. Tal como había previsto Dick, la inercia adquirida le impidió recular, conque se sujetó con fuerza y se plantaron de un salto en mitad de la corriente. Cocearon, vadearon y nadaron y un instante después Dick pudo volver a tomar aliento en la otra orilla.

El camino desde el arroyo Rattlesnake hasta Red Mountain era tolerablemente llano. Fuese porque la zambullida en el arroyo había sofocado su siniestro fuego, o porque la artimaña que la había llevado hasta allí había dejado clara la superior astucia del jinete, Jovita ya no desperdició sus excesos de energía en caprichos sin sentido. Una vez se había resistido, pero más por costumbre que por otra cosa; una vez había rehusado, aunque fue al ver una casa recién pintada en un cruce. Los hoyos, las zanjas, los depósitos de grava, la hierba fresca volaban bajo sus cascos. Empezó a oler mal, una o dos veces tosió un poco, pero no disminuyeron ni sus fuerzas ni su velocidad. A las dos en punto pasó Red Mountain e inició el descenso hacia el llano. Diez minutos después «un hombre en un caballo pinto» adelantó a la diligencia Pioneer, un hecho lo bastante notable para ser reseñado. A las dos y media, Dick se incorporó sobre los estribos con un grito. Las estrellas brillaban entre las nubes rasgadas y más adelante, en plena llanura, se alzaban dos campanarios, un asta de bandera y una línea de objetos negros desperdigados. Dick hizo tintinear las espuelas y agitó la riata. Jovita brincó y al cabo de un momento entraron en Tuttleville y se detuvieron ante la veranda de madera del Hotel de las Naciones.

Lo que sucedió esa noche en Tuttleville no forma estrictamente parte de este relato. En pocas palabras, podemos decir, no obstante, que después de entregarle a Jovita a un mozo de cuadra soñoliento a quien la yegua dejó inconsciente de una coz poco después, Dick fue con el dueño del bar a recorrer la ciudad dormida. Todavía brillaba alguna que otra luz en unas cuantas tabernas y casas de juego; pero las evitaron y se detuvieron delante de varias tiendas cerradas y, a fuerza de llamar y gritar juiciosamente, sacaron a sus propietarios de la cama, y les hicieron abrir la puerta de sus comercios y exponer sus mercancías. Unos cuantos les recibieron con improperios, pero más a menudo con interés y preocupación por sus necesidades, y cada conversación concluyó con un trago.

Dieron las tres antes de que pusieran fin a aquellas cortesías y Dick volviese al hotel con una bolsita de caucho al hombro. Allí le abordó la Belleza, ¡una Belleza de encantos opulentos, ostentosa en el vestido, convincente en el habla y de acento español! En vano repitió la invitación hasta el exceso, pues fue felizmente rechazada por ese hijo de las montañas, un rechazo suavizado en ese caso por una risa y su última moneda de oro. Luego volvió a saltar a la silla y salió al galope por la calle desierta rumbo a la llanura solitaria, donde enseguida las luces, la negra línea de casas, los campanarios y el asta de bandera volvieron a hundirse en la tierra a sus espaldas y se perdieron en la distancia.

La tormenta había despejado, el aire era frío y seco, los perfiles de las cosas se distinguían con claridad, pero hasta las cuatro y media Dick no llegó a la casa del cruce. Para evitar la pendiente había tomado un camino más largo y sinuoso, en cuyo fango viscoso Jovita se hundía hasta los corvejones. Era un mal preámbulo para un ascenso de otros ocho kilómetros; pero Jovita lo acometió con la furia ciega e irracional de costumbre, y media hora después llegó a la altura que llevaba al arroyo Rattlesnake. Media hora más y llegarían al arroyo. Dick aflojó las riendas sobre el cuello de la yegua, le chistó y empezó a cantar.

De pronto Jovita hizo un extraño y dio un brinco que habría desmontado a un jinete menos experimentado. Una figura que había saltado desde la cuneta la sujetaba por las riendas y al mismo tiempo surgieron de la penumbra un jinete y su caballo.

—¡Arriba las manos! —ordenó esa segunda aparición con un juramento.

Dick notó que la yegua temblaba, se estremecía y daba la impresión de humillar. Sabía lo que eso significaba y se preparó.

—Aparta, Jack Simpson, te conozco, j… ladrón. Déjame pasar o…

No terminó la frase. Jovita se alzó en el aire con un salto temible, tiró al suelo a la figura que la sujetaba por el bocado con un simple movimiento de cabeza y cargó con mortífera maldad contra el obstáculo que tenía delante. Se oyó un juramento, un disparo de revólver y el caballo y el bandido cayeron a un lado de la carretera; instantes después Jovita se había alejado más de cien metros. Pero el brazo derecho de su jinete, destrozado por un

balazo, colgaba inútil a un lado.

Sin aminorar el paso, Dick sujetó las riendas con la mano izquierda. Pero poco después tuvo que detenerse para apretar la cincha de la silla que se había desplazado un poco. Lisiado como estaba tardó un rato. No temía que lo persiguieran, pero al alzar la mirada vio que las estrellas empezaban a palidecer por el este, y que los lejanos picos habían perdido su fantasmal blancura, y ahora destacaban negruzcos contra un cielo más luminoso. Empezaba a despuntar el día. Totalmente absorbido por su idea olvidó el dolor de su herida, volvió a montar y se dirigió deprisa al arroyo Rattlesnake. Pero ahora Jovita jadeaba, Dick se tambaleaba en la silla y el cielo cada vez estaba más claro.

¡Galopa, Richard; corre, Jovita, espera, oh día!

Los últimos kilómetros notó un atronador silbido en los oídos. ¿Era cansancio por la pérdida de sangre o qué? Mientras bajaban la montaña se sentía aturdido y confuso y no reconocía los alrededores. ¿Se habría equivocado de camino, o eso era el arroyo Rattlesnake?

Lo era. Pero el alborotado torrente que había cruzado unas horas antes había doblado con creces su caudal, y ahora un verdadero río fluía sin detenerse ante nada entre él y Rattlesnake Hill. Por primera vez esa noche, Richard se dejó llevar por el desánimo. El río, la montaña, el despuntar del alba por el este desfilaron ante sus ojos. Los cerró para recobrar el dominio de sí mismo. En ese breve intervalo, por algún increíble proceso mental, el cuartito de Simpson's Bar y las figuras del padre y el niño dormidos se alzaron ante él. Abrió los ojos decidido, se desembarazó del abrigo, el revólver, las botas y la silla de montar, se ató las alforjas con el precioso paquete a la espalda, clavó con fuerza las rodillas en los costados de Jovita y con un grito se zambulló en el agua amarilla. Un chillido se alzó en la otra orilla cuando la cabeza del hombre y el caballo se debatieron un momento contra la corriente y luego fueron arrastrados por ella entre los árboles arrancados y las ramas a la deriva.

El Viejo dio un respingo y despertó. El fuego del hogar se había apagado, la vela en la otra habitación chisporroteaba en la palmatoria y alguien estaba llamando a la puerta. La abrió y

retrocedió con un grito al ver la figura chorreante y medio desnuda que se tambaleaba en el umbral.

—¡Chis! ¿Se ha despertado ya?

—No… pero ¿Dick?

—¡Calla, viejo idiota! Dame un poco de whisky, ¡deprisa!

El Viejo salió corriendo y regresó con… ¡una botella vacía! Dick habría soltado una maldición, pero no tenía fuerzas. Trastabilló, se sujetó a la puerta y le hizo un gesto al Viejo.

—Hay una cosa para Johnny en las alforjas. Sácala. Yo no puedo. —El Viejo soltó la correa y dejó las alforjas ante el hombre exhausto—. ¡Deprisa, ábrelas!

Lo hizo con dedos temblorosos. Dentro no había más que unos cuantos juguetes: Dios es testigo de que eran toscos y vulgares, pero relucían con la pintura y el oropel. Uno estaba roto; otro me temo que lo había echado a perder el agua; y el tercero… ¡ay de mí!, tenía una mancha cruel.

—No parecen gran cosa, ya lo sé —dijo cariacontecido Dick—. Pero no había nada mejor… Cógelos, Viejo, ponlos en su calcetín, y dile… dile, ya sabes…, sujétame, Viejo… —El Viejo le sujetó antes de que se desplomara—. Dile —continuó Dick con una débil risita— que ha venido Santa Claus.

Y así fue como, desaliñado, harapiento, sin afeitar, con el cabello enmarañado y con un brazo colgando inútil, Santa Claus visitó
Simpson’s
Bar y se desmayó en la puerta de la primera casa. El amanecer navideño llegó despacio poco después y rozó los picos más lejanos con el calor sonrosado de un amor inefable. Contempló
Simpson’s
Bar con tanta ternura que la montaña entera, como sorprendida en un acto de generosidad, se ruborizó hasta los cielos.

Wan Lee, el pagano

(1874)

Al abrir la carta de Hop Sing cayó revoloteando al suelo un trozo cuadrado de papel amarillo con jeroglíficos que, a primera vista, tomé inocentemente por la etiqueta de un paquete de petardos chinos. Pero dentro del sobre había otra tira de papel de arroz más pequeña, con dos caracteres chinos dibujados en tinta china que reconocí al instante: era la tarjeta de visita de Hop Sing. La misiva, traducida después literalmente, decía:

> Para el desconocido las puertas de mi casa no se cierran; el cuenco de arroz está a la izquierda y los dulces, a la derecha, según se entra.
>
> Dos dichos del Maestro:
>
> La hospitalidad es la virtud del hijo y la sabiduría, del antepasado.
>
> El hombre superior tiene el corazón ligero después de la cosecha: celebra una fiesta.
>
> Cuando el desconocido esté en tu melonar, no lo observes muy de cerca; a veces no hacer aprecio es la mayor muestra de civismo.
>
> Felicidad, paz y prosperidad.
>
> HOP SING

Admirables como sin duda eran estos sabios proverbios y aunque el último axioma era muy característico de mi amigo Hop Sing, que era el más sombrío de los humoristas, un filósofo chino, he de confesar que, incluso después de una traducción muy libre, no

entendía la aplicación inmediata del mensaje. Afortunadamente descubrí un tercer papel con unas palabras en inglés, de puño y letra de Hop Sing, que decían:

> Se requiere el placer de su compañía en el número … de la calle Sacramento, el viernes por la noche, a las ocho en punto. Té a las nueve, en punto.
>
> HOP SING

Esto lo aclaraba todo. Significaba una visita al almacén de Hop Song, la apertura y exposición de novedades chinas raras y curiosidades, charla en la rebotica, un té de perfección desconocida fuera de este recinto sagrado, puros y visita al teatro chino o templo. En realidad así era el programa predilecto de Hop Sing cuando ejercía de anfitrión como agente principal o superintendente de la compañía Ningo Foo.

El viernes por la noche, a las ocho en punto, entré en el almacén de Hop Sing. Olía deliciosamente a ese conglomerado misterioso de fragancias extranjeras que había notado tantas veces; tenía la típica colección de objetos vulgares, la larga procesión de tarros y loza, la misma mezcla singular de lo grotesco y lo matemáticamente pulido y exacto, las mismas insinuaciones sin fin de frivolidad y fragilidad, la misma falta de armonía en los colores, aunque cada uno por sí solo era hermoso y singular. Cometas en forma de dragones enormes y mariposas gigantes; cometas montadas con tanto ingenio que, cuando se exponían al viento, a veces reproducían la voz del halcón; cometas tan grandes que ningún niño sería capaz de dominar: tan grandes que se entendía perfectamente que volar cometas fuera, en la China, una diversión de adultos; dioses de porcelana y bronce tan feos sin motivo, tan imposibles que no despertaban la compasión ni el interés humanos; frascos de golosinas envueltos en sentimientos morales de Confucio; sedas tan leves que no me atrevo a consignar la cantidad de metros que se podían pasar por un anillo del dedo meñique: estaba familiarizado con todos estos objetos y muchos más, todos indescriptibles. Recorrí el almacén a media luz y llegué a la rebotica o salita, donde me aguardaba Hop Sing.

Antes de describirlo, es preciso que el lector se deshaga de la

idea que pueda tener de los chinos de teatro. No llevaba unos calzones ricamente festoneados, con campanillas en los bordes (no he conocido a un solo chino que los llevara); no estiraba el dedo índice todo el tiempo, en ángulo recto con el cuerpo; tampoco le oí pronunciar jamás la misteriosa frase «chao lim piao chulín» ni bailar a la menor provocación. En general era un caballero bastante serio, decoroso y bien parecido. La piel, que se extendía por toda su cabeza hasta donde empezaba la larga coleta, era como un trozo de muselina tornasolada de color marrón. Tenía los ojos negros, brillantes, y los párpados caían en un ángulo de quince grados; la nariz estrecha y delicada, la boca pequeña y los dientes blancos y limpios. Llevaba un blusón azul oscuro de seda, y en la calle, cuando hacía frío, una chaqueta corta de astracán; también unas calzas azules de brocado ajustadas a las pantorrillas, y los tobillos daban la impresión de que se le hubiera olvidado ponerse los pantalones por la mañana, pero, como tenía unos modales tan caballerosos, sus amigos no se lo criticaban nunca. Era educado, pero serio. Hablaba francés e inglés con fluidez. En resumen, dudo que entre los comerciantes cristianos de San Francisco se pudiera encontrar a alguien comparable a este tendero infiel.

Había algunos contertulios más: un juez del Tribunal Federal, un director de periódico, un alto funcionario del gobierno y un prestigioso comerciante. Después de tomar el té y comer algunas golosinas del frasco misterioso, que parecía que podía guardar un ratón en conserva entre los varios tesoros que guardaba, Hop Sing se levantó muy serio, nos hizo una seña para que lo siguiéramos e inició el descenso a la bodega. Cuando llegamos, nos asombramos al ver lo bien iluminada que estaba; en el centro había unas cuantas sillas dispuestas en semicírculo. Nos invitó cortésmente a sentarnos y dijo:

—Los he traído aquí para que presencien una actuación que les prometo que no ha visto ningún otro forastero más que ustedes. Wang, el malabarista de la corte, llegó aquí ayer por la mañana. Nunca ha actuado fuera de palacio hasta hoy. Le he pedido que actúe esta noche para mis amigos. No necesita escenario, accesorios ni comparsas, solamente lo que ven ustedes aquí. Tengan la bondad de examinar esta estancia a su gusto, caballeros.

Naturalmente lo miramos todo de arriba abajo. Era una bodega

o sótano como el de cualquier otro almacén de San Francisco, forrado de cemento para aislarlo de la humedad. Dimos golpes en el suelo con el bastón y golpeamos las paredes con la mano sin más propósito que satisfacer a nuestro amable anfitrión. Estábamos preparados para someternos de buen grado a cualquier truco inteligente. Por mi parte, me dispuse a dejarme engañar todo lo necesario y, si alguien hubiera querido darme una explicación de lo que sucedió a continuación, seguramente le habría dicho que no la necesitaba.

Aunque estoy convencido de que, en general, la actuación de Wang fue la primera de esta índole en suelo americano, seguro que desde entonces se habrá popularizado tanto que no quiero aburrir a mis lectores contándosela ahora. Lo primero que hizo fue echar a volar, con ayuda de su abanico, unas cuantas mariposas (a nuestros ojos eran de papel de seda), que revolotearon hasta el final de la actuación. Guardo un recuerdo vívido del juez intentado cazar una que se le había posado en la rodilla, pero se le escapaba con la pertinacia de un insecto vivo. Entretanto, Wang, sin dejar de mover el abanico, sacaba pollos de chisteras, hacía desaparecer naranjas, rescataba metros y más metros de seda de la manga y llenaba todo el espacio de la bodega de cosas que aparecían misteriosamente del suelo, de sus mangas y ¡de la nada! Tragó tantos cuchillos que se debió de estropear la digestión por los siglos de los siglos; se dislocó todas las coyunturas del cuerpo e incluso flotó en el aire, tumbado, sin apoyo aparente alguno. Pero el número más raro, misterioso y asombroso de todos, y el que nunca he vuelto a ver, fue el último. Es la disculpa de esta larga introducción y la única excusa para escribir este artículo, así como el origen de esta historia real.

Retiró del suelo unos cuantos cachivaches y despejó un espacio de un metro y medio cuadrado, nos invitó a acercarnos y a examinarlo otra vez. Así lo hicimos con gran seriedad. No había nada que ver ni tocar, solo el pavimento de cemento. Entonces pidió un pañuelo prestado y, como era yo el que más cerca estaba, le ofrecí el mío. Lo cogió y lo extendió en el suelo. A continuación colocó encima un gran cuadrado de seda y luego, encima de este, un manto grande que casi cubría todo el espacio que había despejado. Se situó en un vértice de este rectángulo y empezó a entonar un cántico monótono moviéndose de delante atrás al ritmo

de la lúgubre melodía.

Nosotros esperábamos en silencio. Se oían también los relojes de la ciudad y algún que otro carro que pasaba por la calle. La gran expectación y curiosidad, la misteriosa y tenue media luz de la bodega, que iluminaba tétricamente la silueta de la deidad china del fondo, el leve olor a humo de opio mezclado con especias y la terrible incertidumbre de no saber exactamente qué era lo que íbamos a ver nos dio un escalofrío y nos miramos unos a otros forzando una sonrisa. Esta sensación aumentó cuando Hop Sing se levantó despacio y, sin una palabra, señaló con el dedo el centro del manto.

Había algo allí debajo, algo que sin duda no estaba antes. Al principio, solo una insinuación en relieve, un contorno desvaído que se hacía definido y visible por momentos. El cántico continuaba, al cantante empezó a sudarle la frente; poco a poco, el objeto oculto tomó forma y consistencia y levantó el manto por el centro unos diez o quince centímetros. Era ya la silueta inconfundible de una figura humana pequeña pero perfecta, con los brazos y las piernas estirados. Algunos palidecimos. Había inquietud en el ambiente, hasta que el director rompió el silencio con una broma que, aunque mala, recibió una entusiasta acogida espontánea. Entonces el cántico cesó de pronto. Wang se levantó y, con un movimiento rápido y certero, retiró el manto y el trozo de seda a la vez y descubrió, pacíficamente dormido encima de mi pañuelo, a un niñito chino diminuto.

La ovación y las voces que siguieron a esta revelación tenían que haber satisfecho a Wang, aunque el público fuera tan reducido; en cualquier caso, fueron suficientes para despertar al niño: un niño muy bonito de un año que parecía un cupido tallado en madera de sándalo. Desapareció casi tan misteriosamente como había aparecido. Cuando Hop Sing me devolvió el pañuelo con una inclinación de cabeza, le pregunté si el malabarista era el padre del niño.

—*¡No sabe!* —dijo el imperturbable Hop Sing, recurriendo a esa forma española de eludir el compromiso tan común en California.

—Pero ¿en cada actuación saca un niño nuevo? —insistí.

—Quizá, quién sabe.

—Pero ¿qué va a pasar con este?

—Lo que deseen ustedes, caballeros —contestó Hop Sing con una cortés inclinación de cabeza—. Ha nacido aquí, son ustedes sus padrinos.

En la California de 1856 toda reunión tenía dos características peculiares: la rapidez en entender cualquier insinuación y la respuesta generosa hasta el punto de la prodigalidad a cualquier solicitud de caridad. Por muy sórdido o avaricioso que uno fuera, nadie podía resistirse al contagio de la comprensión. Improvisé una bolsa con mi pañuelo, eché dentro una moneda y, sin una palabra, se la pasé al juez. Este añadió una moneda de oro de veinte dólares sin decir nada y se la pasó al siguiente. Cuando llegó a mí otra vez, había más de cien dólares. Até las puntas del pañuelo con el dinero dentro y se lo entregué a Hop Sing.

—Para el niño, de sus padrinos.

—Pero ¿qué nombre le ponemos? —dijo el juez.

Hubo un tiroteo de Erebus, Nox, Plutus, Terra Cotta, Anteus, y demás. Por último delegamos en nuestro anfitrión.

—¿Por qué no dejarle su nombre? —dijo en voz baja—. Wan Lee. Y así fue.

Y así llegó Wan Lee la noche del viernes, 5 de marzo de 1856, a esta crónica veraz.

El último número de *The Northern Star*, del 19 de julio de 1865 (el único periódico que se publicaba a diario en el condado de Klamath), acababa de entrar en prensa; y a las tres de la madrugada estaba yo recogiendo las pruebas y los manuscritos para irme a casa cuando descubrí, debajo de unas hojas de papel, una carta que se me había pasado por alto. El sobre estaba considerablemente sucio: no tenía matasellos, pero enseguida reconocí la letra de mi amigo Hop Sing. La abrí enseguida y leí lo siguiente:

Apreciado señor:

No sé si el portador de la presente le servirá de algo, pero creo que reúne todas las cualidades necesarias, a menos que el empleo de ayudante de impresor (o «diablo», como lo llaman ustedes) de su periódico sea puramente técnico. Es muy rápido, activo e inteligente; entiende el inglés mejor de lo que lo habla y compensa cualquier defecto que pueda tener con una gran facilidad para observar e imitar. Solo necesita que le enseñe una cosa una vez

para que la repita con exactitud, tanto si es ofensiva como si es virtuosa. Pero sin duda ya lo conoce, porque es usted uno de sus padrinos, pues ¿acaso no se trata del famoso hijo de Wang el ilusionista, cuya magia tuve el honor de presentarle? Aunque tal vez se le haya olvidado.

Lo mandaré con unos cuantos culis a Stockton y, de ahí, en la diligencia a su ciudad. Si puede serle de alguna utilidad me hará un favor y probablemente le salve la vida, que en estos momentos corre grave peligro a manos de los representantes jóvenes de su cristiana y muy civilizada raza que frecuentan las ilustres escuelas de San Francisco.

Ha adquirido ciertos hábitos y costumbres singulares en los años que ha seguido en la profesión de Wang (hasta que creció tanto que su padre no podía sacárselo de la manga ni de la chistera). El dinero que nos dejaron se ha gastado en su educación. Ha estudiado a los clásicos, pero creo que con poco provecho. Sabe muy poco de Confucio y nada en absoluto de Mencio [27]. Por negligencia paterna se ha relacionado mucho, tal vez demasiado, con niños americanos.

Habría contestado antes a su carta, por correo, pero me pareció que Wan Lee en persona sería mejor mensajero de esta misiva.

Sinceramente suyo,

HOP SING

Y esta fue la tardía respuesta de Hop Sing a mi carta. Pero ¿dónde estaba «el portador»? ¿Cómo me había llegado? Sin pérdida de tiempo llamé al encargado, a los de impresión y al botones, pero no saqué nada en limpio. Nadie sabía cómo había llegado la carta ni había visto al portador. Unos días más tarde vino a verme Ah Ri, mi lavandero.

—¿*Quiele* diablo? Bien, bien, *yo busca*.

Al poco tiempo volvió con un niño chino bastante espabilado, de unos diez años, cuyo aspecto y cuya inteligencia general me impresionaron tanto que lo contraté en ese mismo momento. Concluidos los trámites de rigor le pregunté cómo se llamaba.

—Wan Lee —respondió.

—¿Qué? ¿Eres el chico que mandó Hop Sing? ¿Por qué demonios no te has presentado antes y cómo dejaste la carta?

Wan Lee me miró y se rió.

—*Yo mete por ventana alta de lado*.

No lo entendí. Se quedó mirándome con perplejidad y, de repente, me arrebató la carta de la mano y echó a correr escaleras abajo. Un momento después, para mi gran asombro, la carta entró volando por la ventana, dio dos vueltas al despacho y suavemente, como un pájaro, se posó en el escritorio. Todavía no me había repuesto de la sorpresa cuando Wan Lee reapareció sonriente, miró la carta, después a mí y dijo:

—Así, John. —Y guardó un respetuoso silencio.

Yo no dije nada más, pero quedó claro que oficialmente aquella había sido su primera actuación.

La segunda, lamento decir, no tuvo el mismo éxito. Uno de los repartidores habituales cayó enfermo y, para cubrir el apuro, ordenaron a Lee que ocupara su lugar. Para evitar errores, la noche anterior le enseñaron la ruta y al despuntar el día le entregaron la cantidad habitual de periódicos para los suscriptores. Volvió una hora después de muy buen humor y sin los periódicos. Dijo que los había repartido todos.

Desafortunadamente para él, a las ocho empezaron a llegar suscriptores furibundos. Les había llegado su ejemplar, pero ¿en qué forma? En forma de bolas de cañón apretadas y disparadas como cañonazos con muy buena puntería por los cristales de la ventana del dormitorio. A los que estaban levantados les dio en la cara como una pelota de béisbol; otros lo recibieron a cuartos, encajado en distintas ventanas; o en la chimenea, o clavado en la puerta, lanzado por las ventanas de la buhardilla, en tiras largas introducidas por el ojo de la cerradura, achuchado en el ventilador o a en la puerta, dentro de la lata de leche… Uno de ellos, que esperó un buen rato en la puerta de las oficinas para tener una entrevista personal con Wan Lee (que estaba a la sazón cómodamente escondido en mi dormitorio), me dijo, con lágrimas de rabia en los ojos, que lo había despertado a las cinco de la mañana un grito horrendo debajo de su ventana; que se levantó muy sobresaltado y se asustó al ver aparecer repentinamente *The Northern Star*, enrollado y apretado en forma de bumerán o de bate indio, volando por la ventana; que dio unas vueltas diabólicas por la habitación, tiró la lámpara, abofeteó al niño de pecho, le «soltó (al suscriptor) un derechazo en la mandíbula», volvió a salir por la

ventana y cayó al suelo sin remedio. Todo el día estuvieron llegando a las oficinas personas indignadas con fajos y tiras de papel sucio, supuestos ejemplares de la edición matutina de *The Northern Star*. Así fue como se perdió un editorial admirable sobre «Los recursos del condado de Humboldt» de esa edición, que había compuesto yo la noche anterior y que tenía mis motivos para creer que podía cambiar todo el equilibrio del comercio en el año siguiente y llevar la bancarrota a los muelles de San Francisco **[28]**.

Se consideró muy recomendable que las tres semanas siguientes Wan Lee no saliera de la sala de impresión y se dedicara únicamente a tareas mecánicas. Aquí supo desenvolverse con una rapidez y una capacidad de adaptación sorprendentes, e incluso se ganó el favor y la simpatía de los empleados y el encargado, aunque este último al principio consideró que introducirlo en los secretos de su oficio era un asunto de la mayor trascendencia política. Aprendió a componer los tipos con prontitud y eficacia; su maravillosa pericia en manipulaciones le fue muy útil en la tarea meramente mecánica y su ignorancia de la lengua lo reducía simplemente al trabajo mecánico, confirmando así el axioma del impresor, según el cual aquel que considera o sigue las ideas de lo que compone compone mal. Componía frases largas contra sí mismo que sus compañeros colgaban en su gancho para que las copiara, incluso frases cortas como «Wan Lee es el mismísimo diablo», «Wan Lee es un granuja mongol», y me traía las pruebas con una sonrisa de oreja a oreja y los ojos, negros como arándanos, brillantes de satisfacción.

Sin embargo, no tardó mucho en aprender a volverse contra sus malvados acosadores. Recuerdo una vez en que su venganza estuvo a punto de meterme a mí en un grave malentendido. Nuestro encargado se llamaba Webster y, con el tiempo, Wan Lee aprendió a reconocer las letras de este nombre por separado y en combinación. Fue durante una campaña política; el elocuente y fogoso coronel Starbottle de Siskyou había dado un discurso eficaz, que *The Nothern Star* recogió con especial interés. En una perorata sublime, el coronel intercaló: «Como dijo el divino Webster **[29]** repito yo», y aquí venía una cita que se me ha olvidado. El caso es que, por azar, Wan Lee, mirando las galeradas después de que revisaran el texto, vio el nombre de su principal acosador y, por supuesto, creyó que la

cita era de él. Cuando el documento se cerró, Wan Lee aprovechó la ausencia de Webster para eliminar la cita y cambiarla por una fina tira de plomo del mismo tamaño y tipo en la que grabó, en caracteres chinos, una frase que era, tengo motivos para creer, una confesión integral y rastrera de lo inútil y ofensiva que era la familia Webster en general y lo desmesuradamente loable que era Wan Lee.

En el periódico de la mañana siguiente se publicó el discurso completo del coronel Starbottle, según el cual, en una ocasión, el «divino» Webster había expresado sus pensamientos en un chino excelente pero totalmente enigmático. Se desató la cólera del coronel Starbottle. Recuerdo con todo detalle el momento en que ese hombre admirable entró en mi despacho exigiendo que me retractara de mis palabras.

—Pero, mi apreciado señor —le dije—, ¿está dispuesto a negar sobre su propia firma que Webster pronunciara esas palabras? ¿Se atreve a afirmar que entre la gran cantidad de conocimientos con que cuenta el señor Webster en su haber, como muy bien sabemos todos, no podría encontrarse también el chino? ¿Está dispuesto a procurarnos una traducción aceptable para nuestros lectores y negar por su honor de caballero que el difunto señor Webster jamás pronunció semejantes palabras? Si es este el caso, señor, yo estoy dispuesto a publicarlo.

El coronel no estaba dispuesto y se fue hecho una furia.

Webster, el encargado, se lo tomó más fríamente. Por fortuna no se dio cuenta de que, en los dos o tres días siguientes, los chinos de las lavanderías, las zanjas y las cocinas se asomaban a la puerta principal de las oficinas con una expresión radiante de regodeo; ni de que se solicitaron trescientos ejemplares más del *Star* para los lavaderos del río. Él solo sabía que, a lo largo del día, a Wan Lee le daban unos ataques de risa incontrolables y que tenía que darle una patada para que reaccionara. Una semana después de estos hechos llamé a Wan Lee a mi despacho.

—Wan —le dije con seriedad—, me gustaría que me tradujeras, para mi satisfacción personal, esa frase china que mi sabio compatriota, el difunto y divino Webster, pronunció en público en una ocasión.

Wan Lee me miró fijamente y la más leve sombra de un guiño

asomó a sus ojos negros. Después respondió con la misma seriedad:

—El *señol Webstel* dice: «Chico chino *levuelve* estómago *a mí*. Chico chino pone muy *enfelmo a mí*».

Y tengo motivos para creer que era verdad.

Pero me temo que solo estoy enseñando un aspecto, y no el mejor, del carácter de Wan Lee. Según me contó, su vida había sido ardua. Prácticamente no había tenido infancia: no tenía recuerdos de un padre ni una madre. Lo había criado el ilusionista Wang. Había pasado los siete primeros años de su vida apareciendo en cestas, saliendo de sombreros, trepando por escaleras y descoyuntándose las articulaciones para hacer posturas. Solo había conocido un ambiente de trucos y artificio. Había aprendido a considerar a los hombres víctimas de sus sentidos. En conclusión: si hubiera creído todo eso, habría sido un escéptico; si hubiera sido un poco mayor, habría sido un cínico; si hubiera sido mayor aún, habría sido un filósofo. Lo cierto es que era un diablillo. Un diablillo con buen fondo, eso sí, un diablillo que desconocía su naturaleza moral, un diablillo de vacaciones, dispuesto a intentar ser virtuoso por diversión. Que yo sepa, carecía de toda espiritualidad. Era muy supersticioso. Llevaba siempre consigo un diosecillo de porcelana horrendo, al que unas veces vituperaba y otras loaba. Era demasiado inteligente para entregarse a los vicios chinos más comunes, como robar o mentir sin motivo. Fuera cual fuese la disciplina que practicaba, se la enseñaba su propia cabeza.

Me inclino a creer que no carecía del todo de sentimientos, aunque era casi imposible sacarle una expresión; y creo firmemente que tomaba afecto a quienes lo trataban bien. No sé qué habría sido de él en condiciones más favorables que las de servir a un hombre de letras abrumado de trabajo y mal pagado: solo sé que recibía con mucho agradecimiento las escasas y parcas demostraciones impulsivas de bondad que tenía con él. Era muy leal y paciente, dos virtudes que escasean en la servidumbre americana media. Conmigo, era como Malvolio, «triste y atento[30]». Solo perdió la paciencia en una ocasión, que yo recuerde, y porque lo provoqué mucho. Tenía yo la costumbre de llevármelo a mis habitaciones al terminar el trabajo por la noche para que me hiciera de mensajero si acaso se me ocurría a última hora alguna idea buena para el editorial antes de que el periódico entrara en prensa. Una noche me

quedé escribiendo hasta mucho después de la hora normal de despedir a Wan Lee y se me había olvidado que estaba ahí, en una silla cerca de mi puerta, cuando de pronto oí una voz que, en tono de lamento, decía algo así como «Chy Lee».

Me volví con expresión severa.

—¿Qué has dicho?

—*Yo dice* «Chy Lee».

—¿Y? —repliqué, irritado.

—¿*Tú sabe* qué tal John?

—Sí.

—¿*Tú sabe* hasta luego John?

—Sí.

—Pues ¡Chy Lee igual!

Entendí perfectamente lo que quería decir. Al parecer, «Chy Lee» era una forma de dar las buenas noches y, por tanto, Wan Lee tenía muchas ganas de irse a casa. Pero cierto instinto perverso que, mucho me temo, tenía en común con él me empujó a disimularlo. Farfullé algo de que no entendía lo que me decía y seguí con mi trabajo. Pocos minutos después oí sus zuecos de madera paseando tristemente. Levanté la mirada. Estaba al lado de la puerta.

—¿*Tú no sabe* Chy Lee?

—No —dije, muy serio.

—¡*Tú sabe muy tontísimo igual*!

Y, con semejante alarde de audacia en los labios, se fue. Sin embargo, al día siguiente por la mañana estaba tan sumiso y paciente como siempre y no le recordé la ofensa. Probablemente a modo de señal de paz, me limpió todo el calzado (tarea que jamás le había pedido), incluidas un par de zapatillas claras de piel de ciervo y unas inmensas botas de montar, con las que se pasó dos horas disolviendo los remordimientos.

Me he referido a su honradez como cualidad intelectual, más que por principios, pero recuerdo dos ocasiones que son la excepción que confirma la regla. Estaba yo con ganas de encontrar huevos frescos, para variar un poco la aburrida dieta de ciudad minera, y, como sabía que a los paisanos de Wan Lee se les daba muy bien la avicultura, recurrí a él. Me los proporcionaba todas las mañanas, pero no quería aceptar dinero a cambio so pretexto de que el avicultor no los vendía (ejemplo notable de renuncia, porque

los huevos se pagaban a medio dólar la unidad). Una mañana, mi vecino Forster vino a verme a la hora del desayuno y aprovechó la ocasión para lamentar su mala suerte, porque últimamente sus gallinas habían dejado de poner o se habían extraviado en el bosque. Wan Lee estaba presente con su habitual actitud triste y taciturna. Cuando mi vecino se fue, se dirigió a mí con una leve risita:

—Las gallinas de *Fostel*: ¡las gallinas de Wan Lee igual!

La otra ofensa fue más grave y ambiciosa. Era una época de muchas irregularidades en el servicio de Correos, Wan Lee me había oído quejarme del retraso en la entrega de mis cartas y periódicos. Un día, al llegar al despacho, me quedé atónito al ver la mesa llena de cartas, todas recién llegadas de la oficina de Correos, pero no dirigidas a mí. Me volví a Wan Lee, que las estaba remirando con calma y satisfacción, y le pedí explicaciones. Para mi gran horror, señaló una saca de Correos vacía que había en un rincón y dijo:

—*Cartelo dice no calta John, no calta John. ¡Caltelo* miente mucho! *Caltelo* malo. ¡*Yo coge calta* anoche igual!

Afortunadamente, todavía era temprano: no se había repartido el correo. Hablé rápidamente con el jefe de carteros, el osado intento de Wan Lee de robar el correo de Estados Unidos quedó por fin condonado a cambio de una saca nueva para la oficina y el asunto se enterró.

Por si no bastara con el aprecio que le tenía a mi pajecito pagano, el deber que había contraído con Hop Sing era motivo suficiente para llevarme a Wan Lee conmigo cuando volví a San Francisco, después de dos años de experiencia en *The Northern Star*. Creo que el cambio no le apetecía nada y lo atribuí a un temor nervioso a las calles llenas de gente (cuando tenía que cruzar la ciudad para hacerme algún recado, siempre daba un rodeo por las afueras), al rechazo que le inspiraba la disciplina de la escuela china e inglesa en la que me proponía matricularlo, a su afición a la vida libre y errabunda de las minas y a la pura obstinación. Hasta mucho más tarde no se me ocurrió que pudiera deberse a una premonición supersticiosa.

Con todo, en realidad parecía que hubiera llegado la oportunidad que deseaba y esperaba con confianza: la de exponer a Wan Lee a influencias suavemente disuasorias y proporcionarle una

vida y una experiencia que le sacara todo lo bueno a lo que yo, con mis cuidados superficiales y mi amabilidad mal regulada, no alcanzaba. Lo llevé a la escuela de un misionero chino, un clérigo inteligente y bondadoso que había manifestado un gran interés por el chico y, lo mejor de todo, tenía una fe maravillosa en él. Se le encontró un hogar en casa de una viuda que tenía una hija despierta e interesante, unos dos años menor que Wan Lee. Fue esta niña despierta, alegre, inocente y natural la que tocó y alcanzó una profundidad en la naturaleza del chico insospechada hasta entonces; la que despertó una susceptibilidad moral adormecida desde hacía años, insensible tanto a las enseñanzas de la sociedad como a la ética de la teología.

En esos pocos meses (guiados por la luz de una promesa que no llegamos a ver cumplida) Wan Lee debió de ser muy feliz. Adoraba a esta amiguita de una forma supersticiosa semejante a la que profesaba a su dios pagano de porcelana, pero sin arrebatos caprichosos. Le encantaba ir detrás de ella hasta la escuela cargando con sus libros, un servicio cuajado de peligro para él teniendo en cuenta las manitas de sus hermanos cristianos caucasianos. Le hacía unos juguetes maravillosos; transformaba nabos y zanahorias en espléndidas rosas y tulipanes o pipas de melón en pollos a los que solo les faltaba piar; construía abanicos y cometas y tenía una facilidad singular para hacer vestidos de papel para las muñecas. Ella, por su parte, tocaba y cantaba para él, le enseñaba las mil y una lindezas y refinamientos que solo las niñas conocen, le regaló una cinta amarilla para la coleta, que era la que mejor realzaba el color de su piel, le leía, le enseñaba sus aspectos originales y valiosos, lo llevaba consigo a la escuela dominical, a pesar del precedente de la escuela, y, como una mujercita, también en esto triunfó. Me gustaría poder añadir ahora que logró convertirlo y convencerlo de que renunciara a su ídolo de porcelana. Pero estoy contando una historia real y debo decir que la muchachita se conformaba con inculcarle su propia bondad cristiana sin decirle claramente lo mucho que estaba cambiando. En resumen, se llevaban muy bien estos dos, la pequeña cristiana con la reluciente cruz colgada alrededor del cuellecito blanco y el pequeño pagano moreno con su horrible dios de porcelana escondido debajo del blusón.

De aquel venturoso año, hay dos días que se recordarán mucho tiempo en San Francisco: dos días en los que una turba de ciudadanos mató a extranjeros desarmados e indefensos porque eran extranjeros, de otra raza, de otra religión, de otro color, y porque trabajaban por cualquier salario. Algunos hombres públicos eran tan apocados que, al verlo, creyeron que había llegado el fin del mundo. Algunos estadistas eminentes, cuyos nombres me avergüenza pronunciar, empezaron a pensar que el párrafo de la Constitución en el que se garantiza la libertad civil y religiosa de todo ciudadano o extranjero era un gran error. Pero otros no se asustaban tan fácilmente y en veinticuatro horas se arreglaron las cosas de tal modo que los apocados, sintiéndose a salvo, pudieron frotarse las manos y los estadistas eminentes pudieron formular sus dudas sin herir a nadie ni a nada. Y, en medio de todo esto, recibí una nota de Hop Sing en la que me pedía que fuera a verlo inmediatamente.

Encontré el almacén cerrado y fuertemente vigilado por policías, para evitar posibles ataques de los alborotadores. Hop Sing me franqueó la entrada por una verja con la misma calma imperturbable de siempre, pero me pareció que con mayor seriedad que otras veces. Sin decir una palabra, me cogió de la mano y me llevó a la parte de atrás y, de allí, por unas escaleras, hasta la bodega. Había poca luz, pero en el suelo distinguí algo tapado con un pañuelo. Cuando me acerqué, mi amigo retiró el pañuelo con un gesto súbito y allí estaba Wan Lee, el pagano, muerto.

Muerto, reverendos amigos, muerto: ¡lapidado a muerte en las calles de San Francisco en el año de gracia de 1869 por una turba de chicos a medio crecer y colegiales cristianos!

Le puse la mano en el pecho con todo respeto y entonces noté algo que se rompía debajo de la blusa. Miré a Hop Sing inquisitivamente. Metió la mano entre los pliegues de seda y, con la primera y amarga sonrisa que había visto en mi vida en la cara del caballero infiel, sacó algo.

¡Era el dios de porcelana de Wan Lee, aplastado por una piedra que habían arrojado las manos de aquellos iconoclastas cristianos!

Una *ingénue* de las Sierras

(1893)

I

Todos conteníamos el aliento mientras la diligencia, volando en la penumbra, cruzaba
Galloper's
Ridge. Hasta el vehículo mismo era una mera sombra, enorme y oscilante; por precaución habían apagado las luces laterales e incluso Yuba Bill acababa de quitar amablemente de la boca a un pasajero del pescante el puro con el que había hecho alarde de sangre fría todo el tiempo. Y es que se rumoreaba que la banda de «agentes camineros» de Ramón Martínez nos acechaba en la segunda pendiente y que, por el paso de las luces, calcularían el tiempo que tardaríamos en cruzar la collada para interceptarnos en cuanto llegáramos a los matorrales que venían después. Pero, si cruzábamos sin que nos vieran y llegábamos a los matorrales antes que ellos, estaríamos a salvo. Si nos seguían, no sería más que una dura carrera en la que teníamos las de ganar.

El enorme vehículo se bamboleaba, daba topetazos, iba hacia un lado y se hundía, pero Bill no perdía el camino, como si, según dijo en voz baja el empleado de la Express, «adivinara y oliera» la carretera que no podía ver. Sabíamos que de vez en cuando nos inclinábamos peligrosamente sobre el borde de unos abismos que caían en picado muchos metros hasta las copas de los pinos dulces del fondo, pero sabíamos que Bill también lo sabía. Parecía que las cabezas apenas visibles de los caballos, que cabalgaban en cuña por la tirantez de las riendas, horadaran la oscuridad como un arado

entre las manos rígidas del cochero. Hasta el ruido de los cascos de los seis caballos quedó reducido a un rumor impreciso, monótono y lejano. Y de pronto alcanzamos el final de la collada y nos hundimos en la oscuridad más cerrada de los matorrales. Ahora parecía que no nos movíamos: solo el fantasma de la noche nos pasaba de largo velozmente. Era como si los caballos se hubieran sumergido en las rápidas aguas del Leteo [31]; por encima de ellos solo asomaba el techo de la diligencia y el bulto rígido de Yuba Bill. Sin embargo, ni en esos momentos horribles aminoramos la velocidad; se diría que Bill ya no se acordaba de guiarnos y solo pensaba en conducir, o que la dirección del enorme vehículo no estaba en sus manos, sino en otras. Una voz incauta susurró la idea paralizante de que tal vez nos encontráramos «con otra banda». Para gran asombro de todos, Bill lo oyó y, para mayor asombro aún, respondió.

—Sería solo una carrera muy igualada por ver quién llega antes al infierno —dijo en voz baja.

Pero fue un alivio… porque ¡había hablado! Casi al mismo tiempo, el camino, más ancho, empezó a hacerse ligeramente visible delante de nuestros ojos; los árboles de los márgenes ralearon hasta desaparecer por completo; estábamos en la ancha meseta, fuera de peligro, sin que nos hubieran visto ni nos hubieran perseguido, al parecer.

Sin embargo, en la conversación que se reanudó al encender de nuevo las luces, entre comentarios, felicitaciones y recuerdos que surgían espontáneamente, Yuba Bill no rompió su silencio, insatisfecho, resentido incluso. Ni la alabanza más generosa de su destreza y valor le arrancó una respuesta.

—Apuesto a que el buen hombre tenía ganas de pelea y se ha llevado una decepción —dijo un pasajero.

Pero los que sabían que Bill, como verdadero luchador, despreciaba los conflictos gratuitos estaban un poco preocupados y seguían pendientes de él. Conducía cuatro o cinco minutos seguidos, pensativo, con el ceño fruncido, pero con la mirada vigilante por debajo el sombrero, y de pronto se relajaba un poco y se movía con impaciencia.

—¿Te preocupa algo, Bill? —le preguntó el empleado de la Express confidencialmente.

Bill levantó la mirada con una leve y desdeñosa expresión de sorpresa.

—No, nada que vaya a pasar. Es lo que ha pasado lo que yo no *sabe* exactamente. No veo señales de que la banda de Ramón haya andado por aquí y, si andaba por aquí, no sé por qué no nos ha atacado.

—Es que, sencillamente, nuestra estratagema ha funcionado —dijo un pasajero de los del pescante—. Esperaban ver nuestras luces en la collada y, al no verlas, no nos descubrieron. Es lo que me parece a mí.

—Usted no cobra por dar esa opinión, ¿verdad? —preguntó Bill amablemente.

—No.

—Lo digo porque en San Francisco hay una revista cómica que paga por esa clase de ocurrencias, y las he visto mucho peores en la revista.

—¡Anda allá, Bill! —replicó el pasajero, un poco picado por las carcajadas de sus compañeros—. Entonces ¿por qué apagaste las luces?

—Pues —dijo Bill sombríamente— seguro que fue porque no quería que ustedes empezaran a pegar tiros nada más creer que veían moverse un arbusto cerca y empezaran ellos a disparar contra nosotros.

La explicación, aunque no satisfizo a nadie, era muy plausible y nos pareció mejor aceptarla con carcajadas. Sin embargo, Bill volvió a encerrase en sí mismo.

—¿Quién subió en la cumbre? —preguntó bruscamente, un rato después, al de la Express.

—Derrick y Simpson de Cold Spring y uno de los chicos del Excelsior —respondió.

—Y la palurda de Dow's Flat con sus fardos, no os olvidéis —añadió el pasajero del pescante irónicamente.

—¿Alguien la conoce? —continuó Bill, pasando la ironía por alto.

—Pregúntaselo al juez Thompson; estuvo muy atento con ella, le cedió un sitio de ventanilla y le cuidaba los bultos y demás.

—¿Le cedió un asiento de ventanilla? —repitió Bill.

—Sí, la chica quería verlo todo y no le daban miedo los tiros.

—Sí —terció otro pasajero—, y se puso tan solícito que, cuando a ella se le cayó el anillo en la paja, encendió una cerilla saltándose la norma más elemental, ya sabes, y la sostuvo para alumbrarla. Eso fue justo cuando llegamos a los matorrales. Lo vi todo por la ventanilla, porque estaba colgado encima de las ruedas con el revólver, preparado para la acción. Pero el juez Thompson no habría tenido la culpa si, por su maldita tontería, nos hubiera delatado y nos hubieran cosido a tiros.

Bill soltó un gruñido, pero siguió adelante sin más comentarios, sin mirar siquiera a los ojos a quien le había hablado.

Faltaban menos de dos kilómetros para llegar a la parada del cruce en el que teníamos que cambiar los caballos. Ya veía el resplandor de las luces a lo lejos y en las crestas del oeste se presentía la llegada de la aurora. Entramos en una arboleda cuando de pronto apareció un jinete al trote rápido en un camino que parecía paralelo al nuestro. Nos sobresaltamos todos un poco; solo Yuba Bill parecía imperturbable.

—¡Hola! —dijo.

El desconocido se puso a nuestro lado mientras Bill frenaba un poco. Parecía un mensajero o un mulero.

—¿No te han «detenido» en la divisoria? —preguntó Bill animadamente.

—No —dijo el hombre, riéndose—. Yo no llevo nada de valor. Pero veo que a vosotros tampoco os ha pasado nada. Os vi cuando cruzabais
Galloper's
Ridge.

—¿Nos viste? —dijo Bill bruscamente—. Íbamos sin luces.

—Sí, pero había algo blanco: un pañuelo o un velo de mujer, supongo, colgado en la ventana. No era más que un punto que se movía contra la roca, pero, como yo iba mirando a ver si os veía, supe que erais vosotros. ¡Buenas noches!

Y se fue al trote. Intentamos mirarnos las caras y ver la expresión de Bill en la oscuridad, pero el cochero no dijo nada ni se movió hasta que tiró de las riendas para frenar en la parada. Los pasajeros de los asientos del techo se apearon enseguida; el de la compañía iba a hacer lo mismo, pero Bill lo sujetó de la manga.

—Antes de empezar voy a echar un vistazo a esta diligencia tuya

y a los pasajeros.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Pues —dijo Bill, quitándose lentamente uno de sus enormes guantes—, cuando bajábamos bailando hacia los matorrales, allá arriba, vi levantarse a un hombre tan bien como te veo a ti ahora. Creí que había llegado nuestra hora y que la banda entraba en juego, pero el sujeto reculó, hizo una seña y lo dejamos atrás.

—Y ¿qué?

—Pues —dijo Bill— que esta diligencia no ha pagado peaje esta noche.

—No te quejarás, supongo. Yo creo que hemos tenido una suerte de mil demonios.

Bill se quitó lentamente el otro guante.

—Arriesgo la vida en este maldito trayecto tres veces a la semana —dijo con falsa humildad— y agradezco mucho los pequeños favores. Pero —añadió sombríamente—, cuando se trata de que un amigote de un ladrón de caballos me ahorre el peaje y luego diga que es un regalo de la Providencia, no, ¡eso sí que no! No, señor, ¡de eso nada!

II

Los pasajeros recibieron con emociones encontradas la noticia de que Bill había impuesto autocráticamente un retraso de quince minutos para apretar unos tornillos. Algunos tenían muchas ganas de desayunar en Sugar Pine, pero otros no se oponían a esperar la luz del día, que prometía mayor seguridad en el camino. El empleado de la Express, aunque conocía el verdadero motivo del retraso, no acababa de entender a qué se debía. Todos los pasajeros eran personas conocidas; la idea de que alguno de ellos pudiera ser cómplice de los agentes camineros resultaba desaforada e imposible y, aun en el caso de que hubiera uno entre ellos, habría precipitado el robo, en vez de impedirlo. Por otra parte, si descubrieran al supuesto cómplice (al que sin duda debían el seguir sanos y salvos) y lo detuvieran, sería faltar al sentido californiano de la justicia, si no totalmente ilegal. Era evidente que a Bill le perdía su quijotesco sentido del honor.

En la parada había un establo, una cochera y un edificio con tres habitaciones. En la primera había «catres» o literas para los empleados; la segunda era la cocina y la tercera, la de mayor tamaño, un comedor o salón y los pasajeros la usaban a modo de sala de espera. Era solo un apeadero, de modo que no tenía cantina, pero a una orden misteriosa del omnipotente Bill apareció una damajuana de whisky, que ofreció amablemente a la compañía. Bajo la seductora influencia del alcohol, al galante juez Thompson se le soltó la lengua. Reconoció que había encendido una cerilla para ayudar a la bella palurda a buscar su anillo, que, sin embargo, se le había caído en el regazo. Era «una mujer bonita y sana: típica del Lejano Oeste, señor, ¡una auténtica flor de las praderas!, pero sencilla y natural como una niña». Tenía entendido que iba de camino a Marysville, «aunque esperaba encontrarse con unos amigos (un amigo concretamente) más adelante». Era la primera vez que iba a una gran ciudad (o a cualquier ciudad civilizada, por cierto) desde que cruzó las llanuras, hacía tres años. Tenía una curiosidad infantil conmovedora y una inocencia irresistible. Lo cierto era que, en un país que tiende a producir «jovencitas frívolas y desenvueltas» ella le parecía «una personita muy interesante». Incluso en esos momentos estaba fuera, en el corral de los establos, viendo cómo enganchaban los caballos, porque prefería «satisfacer comprensiblemente su sana y joven curiosidad a quedarse oyendo los cumplidos gratuitos de los pasajeros jóvenes».

La muchacha a la que vio Bill tan entretenida en el corral, sin ser llamativa por lo demás, parecía justificar ciertamente la opinión del juez. Era una chica de campo en sazón, con unos ojos grises y sinceros y una boca grande y risueña que expresaba una satisfacción sana y duradera con la vida y con su entorno. Estaba mirando cómo volvían a cargar los equipajes en la diligencia. De pronto se sobresaltó femeninamente al ver que echaban uno de sus bultos con cierta brusquedad a lo alto del coche y Bill aprovechó la oportunidad.

—¡Eh, tú! —increpó al mozo—. ¡Que no estás cargando piedra! Ten cuidado, ¿estamos? ¿Son sus cosas, señorita? —añadió con brusca cortesía, dirigiéndose a ella—. ¿Esos baúles, por ejemplo, son suyos?

La joven asintió con una sonrisa agradable y Bill, echando a un

lado al mozo, levantó un gran baúl cuadrado. Pero, por exceso de celo o por algún otro motivo casual, se le resbaló el pie y se cayó con todo su peso, una esquina del baúl dio en el suelo y los cierres se abrieron. Era un incidente vulgar y corriente, pero, al abrirse la tapa, quedó a la vista una gran cantidad de prendas femeninas rematadas con puntillas blancas de una calidad superior, o eso parecía. La joven volvió a gritar y se acercó enseguida, pero Bill se deshizo en disculpas, cerró el baúl roto con una correa y le dijo que la empresa «se lo compensaría» con un baúl nuevo. Después la acompañó con naturalidad hasta la puerta de la sala de espera, entraron y le hizo un sitio delante del fuego con solo levantar por el cuello del abrigo al primer pasajero joven que encontró y obligarlo a ceder a la señorita la banqueta que ocupaba; después de instalarla, desplazó a otro hombre que estaba de pie al lado de la chimenea y, alzándose frente a su bella pasajera en toda su estatura, de más de un metro ochenta, la miró mientras sacaba del bolsillo la hoja de ruta.

—Aquí dice que se llama usted señorita Mullins —dijo.

Ella lo miró y, al darse cuenta de pronto de que ese hombre y ella eran el centro de las miradas de todo el círculo de pasajeros, con un leve rubor, contestó:

—Sí.

—Bien, señorita Mullins, me gustaría hacerle un par de preguntas. Se las voy a hacer aquí, abiertamente, delante de estas personas. Tengo derecho a hacérselas en privado… pero no es mi estilo, no soy detective. No tengo necesidad de hacérselas, podría fingir que sé la respuesta o dejar que la interrogaran otros. Si no quiere responder, no lo haga, tiene ahí mismo a un amigo, el juez Thompson, amigo suyo para bien o para mal, igual que todos los demás, como si hubiera nombrado usted su propio jurado. Bien, la pregunta que tengo que hacerle es sencilla y es la siguiente: ¿hizo usted señales a alguien desde la diligencia cuando pasamos por Galloper's, hace una hora?

Nos pareció que la audacia de Bill había llegado al colmo. Acusar a una «dama» abiertamente, en público, delante de un grupo de caballerosos californianos, máxime contando la dama con alicientes añadidos, como juventud, belleza e inocencia, era lo más

semejante a un acto de desesperación. Se produjo un movimiento visible de adhesión a la bella desconocida, se oyó un murmullo discreto en la parte de la derecha, pero la osadía del interrogatorio por sorpresa los dejó estupefactos a todos. Cuando el juez Thompson, con una meliflua sonrisa conciliatoria, empezó a decir: «La verdad, Bill, es que tengo que protestar en favor de esta señorita», la bella acusada levantó la mirada hacia el acusador y, ante la consternación de todos, respondió con la leve pero convincente vacilación de quien dice la verdad:

—Sí.

—¡Ejem! —intervino de nuevo el juez rápidamente—. Pues… es decir… esto… a usted el pañuelo se le salió volando por la ventanilla (yo también lo vi) sin querer, como un juego, podríamos decir, pero sin ninguna intención en particular.

La chica miró al defensor con una curiosa mezcla de orgullo e irritación y replicó con brevedad:

—Hice señales.

—¿A quién le hizo señales? —preguntó Bill severamente.

—Al caballero con el que me voy a casar.

Los pasajeros jóvenes se sobresaltaron y empezaron a reírse como tontos, pero, a una mirada asesina de Bill, se callaron al punto.

—¿Para qué le hizo señales? —prosiguió.

—Para que supiera que ya estaba aquí y que me encontraba bien —contestó la muchacha, más orgullosa y sonrojada que antes.

—¿Qué quiere decir que se encontraba bien? —preguntó Bill.

—Que no me seguían y que podíamos encontrarnos en la carretera, después del apeadero de
Cass's
Ridge. —Vaciló un momento y enseguida, con más orgullo aún, teñido todavía de rebeldía juvenil, dijo—: Me he escapado de casa para casarme con él. Y ¡voy a casarme! Nadie me lo puede impedir. A papá no le gustaba solo porque es pobre y él tiene dinero. Quería casarme con un hombre al que aborrezco y que me compraba muchos vestidos y cosas para sobornarme.

—Y ¿los lleva usted en el baúl para irse con el otro hombre? —preguntó Bill hoscamente.

—Sí, es pobre —contestó la muchacha con aire desafiante.

—Entonces ¿su padre se llama Mullins? —preguntó Bill.

—No, Mullins no. Me… me lo inventé —dijo, insegura por primera vez.

—¿Cómo se llama su padre?

—Eli Hemmings.

Hubo una sonrisa general de alivio muy significativa. La mala fama que tenía Eli Hemmings, alias Pellejero, de avaro y usurero trascendía la frontera de
Galloper's
Ridge.

—Señorita Mullins, no es necesario que le diga lo grave que es el paso que ha dado —dijo el juez Thompson con una seriedad paternalista en la que, sin embargo, nos alegramos de advertir cierta afectación flagrante— y espero que su prometido y usted lo hayan pensado bien. Nada más lejos de mi intención que inmiscuirme o poner en duda el afecto natural de dos jóvenes, pero ¿me permite preguntarle qué es lo que sabe usted de… esto… del joven por el que tanto sacrifica y que tal vez ponga en peligro su futuro? Por ejemplo: ¿hace mucho tiempo que lo conoce?

La señorita Mullins había escuchado las primeras frases del exordio con la actitud inquieta de quien intenta comprender (tan semejante al impreciso asombro infantil), pero las últimas las entendió enseguida y, sonriendo aliviada, se apresuró a contestar:

—¡Ah, sí! Hace casi un año.

—Y —continuó el juez, sonriendo— ¿tiene alguna vocación… algún oficio?

—Sí, claro —respondió—, es cobrador.

—¿Cobrador?

—Sí; cobra facturas, ¿comprende?, dinero —continuó con entusiasmo infantil—, pero no para él… él nunca tiene dinero, pobre Charley, sino para la empresa para la que trabaja. Además es un trabajo muy pesado; tiene que pasar días y noches fuera de casa, recorriendo caminos malos aunque caigan chuzos de punta. A veces, cuando se escapa un momento al rancho solo para verme, está tan cansado que casi no puede sostenerse en el caballo, y mucho menos ponerse de pie. Y tiene que correr muchos riesgos. La gente se enfada con él a menudo y no quiere pagarle; una vez le hirieron de bala en un brazo y vino a mí, y le ayudé a curárselo. Pero a él le da

igual. Es muy valiente… valiente y bueno.

Pronunció estas bonitas palabras de alabanza con un matiz tan completo de verdad que despertó en todos nosotros el mismo sentimiento de comprensión que tenía ella.

—¿En qué empresa trabaja? —preguntó el juez amablemente.

—No lo sé, no me lo quiere decir, pero creo que es una empresa española. Es que, verá —con una sonrisa inocente, aunque pícaramente traviesa, nos envolvió en un ambiente de confidencialidad—, lo sé porque leí por encima una carta que recibió una vez de su empresa, en la que le decían que tenía que darse prisa y prepararse para salir al día siguiente; creo que la firmaba un tal Martínez… sí, Ramón Martínez.

Se hizo un silencio mortal, tan profundo que oíamos el ruido que hacían los caballos en los establos con los arneses; uno de los jóvenes del Excelsior soltó una carcajada histérica, pero Yuba Bill lo fulminó con una mirada que al instante lo redujo a una rígida máscara sonriente y silenciosa. Sin embargo, la muchacha no reparó en el detalle y, dejándose llevar por el recuerdo que acababa de contar, continuó con la franqueza de los enamorados:

—Sí, es un trabajo muy pesado, pero dice que lo hace por mí y en cuanto nos casemos lo dejará. Podía haberlo dejado antes, pero no quiere mi dinero, ¡ni siquiera el que le dije que me daría mi papá! Él no es de esos. Charley tiene mucho amor propio, aunque sea pobre. Fíjese, yo quería sacar de la cuenta de ahorros todo el dinero que me dejó mi madre, porque tengo derecho a hacerlo, para dárselo a él, pero no quiso ni oír hablar de eso. Ni siquiera se quedaría con ninguna de las cosas que tengo aquí, si lo supiera. Por eso viaja y viaja en su caballo sin parar, siempre de aquí para allá, y cada vez más cansado, más triste, más delgado y pálido como un fantasma, y siempre tan a disgusto con su trabajo; y muchas veces, cuando quedamos en South Woods o en el claro más lejano, de repente dice: «Tengo que irme ya, Polly», aunque conmigo siempre procura estar animoso y contento. Seguro que recorrió kilómetros y kilómetros para verme en los matorrales al pie de
Galloper's
esta noche, solo para saber si estaba sana y salva; y por Dios que le habría dado la señal y habría encendido una luz aunque me hubiera muerto al minuto siguiente. Y ¡ya está! Ahora ya sabe lo que sé de

Charley, por él he huido de casa, para irme con él. ¡Me da igual que lo sepa todo el mundo! Ojalá lo hubiera hecho antes y… lo habría hecho si… si… si… ¡me lo hubiera pedido! ¡Ya está!

Jadeaba y se atragantaba. Entonces un súbito cambio juvenil de sentimientos invadió la cara risueña y entusiasmada; se puso de repente triste como una niña pequeña, un relámpago tembloroso asomó a sus ojos y… ¡estalló la tormenta!

Creo que las sencillas lágrimas vinieron a completar la desmoralización general. Nos miramos unos a otros sonriendo débilmente, con esa sensación de superioridad masculina del que sabe a ciencia cierta que en semejantes circunstancias no puede hacer absolutamente nada. Miramos por la ventana, nos sonamos la nariz, nos dijimos: «Pues… ¡vaya!», «¡Hay que ver!», unos a otros, y nos alegramos mucho, aunque aparentamos que nos sorprendía, de que Yuba Bill, que se puso de espaldas a la bella dama y daba pataditas a un leño de la chimenea, cayera de repente sobre nosotros y nos empujara a la carretera dejando sola a la señorita Mullins. Después se llevó aparte al juez Thompson unos momentos; volvió con nosotros y, autocráticamente, nos ordenó que no dijéramos ni una palabra del asunto delante de la señorita Mullins, entró en el apeadero, reapareció con la joven, acalló el débil e idiota clamor que se nos escapó al ver el rostro inocente sonrosado y limpio otra vez, subió al pescante y, sin más, nos pusimos en camino.

—Entonces ¿todavía no sabe lo que es su enamorado? —preguntó el empleado de la Express con gran interés.

—No.

—¿Estás seguro de que es de la banda?

—No del todo. Debe de ser un tipo joven de Yolo que jugaba al faraón[32] en Sacramento, siempre lo desplumaban, hasta que se quedó sin blanca y se juntó con la banda para dar un golpe. Dicen que en el de Keeley había un hombre nuevo y que era muy bueno. Hubo tiros en aquella ocasión y a lo mejor le dieron, y eso encajaría con lo que ha contado la chica del brazo. ¡Vaya! Si es ese tipo, dicen que era hijo de un gran predicador de Estados Unidos, que estudiaba en la universidad, vivía desenfrenadamente en San Francisco y perdió en el juego hasta la camisa. Se vuelven de lo peor cuando cogen el mal camino. Prefiero mil veces más —añadió

Bill pensativamente— ¡al hijo de un ahorcado!

—Pero ¿qué vas a hacer con esto?

—Eso depende del tipo que venga a buscarla.

—Pero no intentarás detenerlo, ¿verdad? Sería jugar muy sucio con los dos.

—No te sulfures, Jimmy. El juez y yo nos encargaremos de ese truhán vivales cuando venga por la chica y le pondremos las cosas en su sitio. Si confiesa que ha pecado y se reconcilia con el Señor, los casamos en la siguiente parada, el juez oficiará gratuitamente. Vamos a arreglar esta fuga como Dios manda, y a llegar a nuestro destino… ¡Dalo por hecho!

—Pero no creeréis que se va a ir con vosotros por las buenas.

—Polly le hará una seña indicándole que todo está bien.

—¡Ah! —dijo el empleado de la Express.

Con todo, en esos pocos minutos parecía que la disposición de los hombres había cambiado. El empleado miraba al frente con una mueca de duda, de crítica, de cinismo incluso. Bill se tranquilizó y siguió conduciendo seguro y confiado con una expresión beatífica.

Entretanto, el día, que se había impuesto, radiante, en las cumbres de las montañas que nos rodeaban, estaba nublado e inseguro en los valles por los que corríamos. Todavía se veían luces en las cabañas y en los edificios de algunos ranchos, señal de asentamientos más poblados. Las sombras se cerraron al pasar por un soto y una nota del juez Thompson empezó a circular en la diligencia de mano en mano hasta llegar a Yuba Bill, y el hombre frenó poco a poco hasta detenerse cerca de un cruce de caminos. En ese momento, la señorita Mullins se apeó del vehículo y, despidiéndose con un movimiento de la mano del juez, que la había ayudado a bajarse, anduvo hasta el cruce y desapareció en la penumbra. Para sorpresa nuestra, la diligencia no se puso en marcha, Bill tenía las riendas en la mano y no hacía nada. Pasaron cinco minutos: una espera eterna y, como la expresión de Yuba Bill prohibía toda pregunta baladí, ¡también un silencio insoportable! Por fin habló una voz desconocida desde la carretera:

—Adelante: nosotros os seguimos.

Nos pusimos en marcha. Al rato oímos otras ruedas que nos seguían. Volvimos todos la cabeza para echar un vistazo a lo desconocido, pero, a la luz creciente del día, solo pudimos

distinguir que se trataba de una calesa con dos personas. Polly Mullins y su enamorado, evidentemente. Queríamos que nos adelantaran, pero el vehículo, aunque tiraba de él un caballo veloz, siempre mantenía la distancia y estaba claro que el cochero no tenía el menor deseo de satisfacer nuestra curiosidad. El empleado de la Express recurrió a Bill.

—¿Es el hombre que creías? —le preguntó con interés.

—Supongo —contestó Bill brevemente.

—Pero —continuó el otro, volviendo a su escepticismo anterior — ¿qué les impedirá fugarse juntos ahora?

Con una sonrisa adusta, Bill hizo un gesto señalando la baca.

—El equipaje.

—¡Ah! —exclamó el empleado.

—Sí —continuó Bill—, retendremos las fruslerías y los adornos de la chica hasta que esté arreglado el asunto y se haya celebrado la ceremonia, como si fuéramos su propio padre, vamos. Y lo que es más, joven —añadió, volviéndose de pronto hacia él—, tú mandarás los baúles de la chica a Sacramento con etiquetas de tu empresa y le darás a ella los recibos y los resguardos correspondientes para que los pueda recoger allí. Eso le evitará tentaciones a él y los pondrá a salvo de la banda hasta que los dos se vayan lejos de aquí y se encuentren entre blancos civilizados otra vez. Cuando tu abuelo, viejo y canoso, o, por decirlo más claro, cuando este bebedor de whisky en particular, conocido como Yuba Bill, que ocupa este pescante —prosiguió, haciendo un guiño diabólico al empleado—, se propone cuidar de una pareja joven que acaba de empezar en la vida, te aseguro que no deja ningún cabo suelto. ¡Siempre hace las cosas como es debido! Estando él presente, la Providencia y sus peculiaridades se quedan atrás.

Cuando el hotel de la parada y el caótico poblado de Sugar Pine, que ahora se veían claramente a la luz del día, asomaron por fin en la llanura a tiro de rifle, la calesa nos adelantó de repente a toda velocidad, a tanta que dejamos de ver la cara de los ocupantes y, sin perder la ventaja de varios cuerpos, llegó a la puerta del hotel. La muchacha y su compañero se apearon de un salto y, cuando llegamos nosotros, ya no estaban. Era evidente que habían tomado la resolución de evitar nuestra curiosidad, y lo lograron.

Pero los apetitos materiales de los pasajeros, aguzados por el

sano aire de la montaña, eran más fuertes que la curiosidad y, como la campana del desayuno tocó en el momento en que la diligencia se detuvo, la mayoría entró inmediatamente en el comedor a coger sitio sin prestar mayor atención a la pareja desaparecida, ni al juez ni a Yuba Bill, que también habían desaparecido. La diligencia de enlace a Marysville y Sacramento también estaba esperando, pues Sugar Pine era el final del trayecto que cubría Yuba Bill y su coche no iba más allá. Sin embargo, en los veinte minutos siguientes hubo cierto revuelo ceremonioso en el vestíbulo y en la terraza y Yuba Bill y el juez reaparecieron. Este último llevaba del brazo a la bonita señorita Mullins con pomposidad y delicadeza, mientras que Yuba Bill conducía a su amigo a la calesa. Nos precipitamos a las ventanas para ver de cerca al misterioso desconocido y probable exbandolero, que ahora había unido su vida a la de nuestra bella compañera de viaje. No obstante, lamento decir que nos quedamos todos un tanto desilusionados y dubitativos. El desconocido era sin duda atractivo y tenía aspecto de persona culta, pero había en su expresión algo de vergüenza y algo de rebeldía mezcladas con una incómoda actitud de alerta que resultaba desagradable y, ante todo, muy impropia del novio… de semejante novia. Pero el rostro sincero, jubiloso e inocente de Polly Mullins, que resplandecía de alborozo y confianza, nos derritió de nuevo el corazón y compensó los defectos del hombre. La saludamos con la mano. Creo que habríamos lanzado tres hurras cuando la calesa partió si la mirada omnipotente de Yuba Bill no nos lo hubiera impedido. Y mejor así, porque en un momento nos convocaron a la presencia de este autócrata bienintencionado.

Lo encontramos a solas con el juez en una salita reservada, ante una mesa en la que había vasos y una botella. Cuando terminamos de entrar con gran expectación y la puerta se cerró a nuestras espaldas, nos miró con una tolerancia vacilante.

—Caballeros —dijo, hablando despacio—, esta mañana todos ustedes asistieron al comienzo de un jueguecito, y el juez, aquí presente, considera que debemos hacerlos partícipes del final. En mi opinión, no es asunto suyo, por así decir, pero, como el juez desea permitirles participar en el secreto, los he convocado para tomar un trago de despedida a la salud del señor Charley Byng y señora, que acaban de partir cómodamente hacia el tálamo nupcial. Lo que

ustedes sepan o sospechen del joven truhán que se ha casado con la chica a nadie le importa un comino y yo no se lo echaría ni a un cachorro, pero el juez cree que deben prometer aquí y ahora que lo guardarán en secreto. Es lo que opina él. En cuanto a lo que opino yo, caballeros —prosiguió Bill, más complaciente y aparentemente cordial—, solo quisiera decir, sin darle mayor importancia y como quien no quiere la cosa, que si pillo a algún desgraciado tan sordo o zoquete que se ponga a airear su opinión por ahí…

—Un momento, Bill —lo interrumpió el juez Thompson con una sonrisa seria—, permítame explicarlo. Caballeros —dijo, dirigiéndose a nosotros—, ustedes comprenden la singularidad de esta situación, que nos ha tocado la fibra sensible a todos y que nuestro bondadoso amigo aquí presente tanto se ha esforzado por llevar a lo que esperamos que sea un final feliz. Quiero darles ahora mi visión profesional conforme no hallo nada en el requerimiento que Bill les ha hecho que ustedes, como ciudadanos ejemplares y respetuosos de la ley, puedan negarse a garantizarle. Quiero decirles que, además, esto no significa que vayan a pasar por alto ningún precepto de los estatutos; que no hay ni la menor prueba legal de que el señor Charles Byng tenga antecedentes delictivos, salvo lo que nos ha contado su inocente prometida, y que ahora, por la ley de esta tierra, queda confinado para siempre a la boca de su mujer; y que lo que hemos visto de su forma de actuar lo exculpa de toda irregularidad precedente, por no decir que es incompatible con ella. En resumen, ningún juez lo acusaría, ningún jurado lo condenaría a la vista de las pruebas. Si añado que la joven es legalmente mayor de edad, que no hay pruebas de ninguna influencia perniciosa anterior por parte del novio, sino más bien al contrario, y que, como magistrado, estoy satisfecho de haber celebrado la ceremonia, creo que les parecerá justo hacer esa promesa por el bien de la novia y brindar por la felicidad de la joven pareja.

Huelga decir que lo prometimos con alegría, y hasta Bill gruñó de satisfacción. Sin embargo, como la mayor parte de la compañía continuaba el viaje hasta Sacramento, se despidió y, mientras los acompañábamos a la terraza, vimos que el equipaje de la señorita Polly Mullins ya estaba en el otro vehículo con los sellos y las etiquetas de la poderosa empresa de transportes Express. Después, restalló el látigo, la diligencia partió y los últimos rastros de los

recién casados desaparecieron en el polvo rojo que levantaban las ruedas.

La adusta satisfacción de Yuba Bill por el final feliz del episodio no se disipó. Incluso después de beber bastante más de lo que tenía por costumbre, apoyando cómodamente la espalda en la barra de la cantina, ahora vacía, habló con el empleado con mayor locuacidad de la que lo caracterizaba.

—Ya lo ves —dijo, plácidamente—, cuando el viejo tío Bill se ocupa de un entuerto como este, lo arregla a fondo antes de cambiar los caballos. Aunque hubo un momento, jovencito, en que no sabía lo que iba a pasar. Fue cuando decidimos obligar al muchacho a decir a la chica lo que era en realidad. Si ella hubiera puesto mala cara o se hubiera escandalizado, o hubiera dudado siquiera, le habríamos dado a él cinco minutos justos para que se levantara, se largara y la dejara en paz, y después habríamos devuelto a la chica a su padre con todas sus cosas. Pero lo único que hizo fue soltar un gritito, sobresaltada, y abrazarse a él con un ataque de histeria, riéndose y llorando y diciendo que nada los separaría jamás. ¡Dios! Creo que él estaba más cohibido que ella; por un momento pareció que al fin y al cabo fuera él el que no quería casarse, pero el momento pasó y los casamos para siempre, ¡te lo aseguro! Creo que el tipo ya ha tenido noches al raso de sobra para toda la vida y, aunque los poblados del valle no se hayan ganado un vecino valioso, al menos estas sierras habrán perdido un miembro de la banda de Ramón Martínez.

—¿Qué dices de la banda de Ramón Martínez? —preguntó una voz potente y serena.

Bill se volvió enseguida. Era la voz del superintendente regional de la Express (un hombre de carácter excéntrico y uno de los pocos a los que Bill, el autócrata, consideraba un igual), que acababa de entrar en la cantina. La capa ligera y cubierta de polvo y el sombrero blando indicaban que había llegado por la mañana para hacer una inspección.

—No te preocupes, Bill —continuó, respondiendo a un gesto de este, que lo invitaba a pasar, y acercándose a la barra—. La carretera es dura. En fin, ¿qué decías de la banda de Ramón Martínez? No te has encontrado con ellos, ¿verdad?

—No —dijo Bill, guiñando un poco un ojo y levantando el vaso

ostentosamente hacia la luz.

—Ni te los encontrarás —añadió el superintendente, y tomó un trago con calma—, porque lo cierto es que esa banda está acabada. No porque les falte trabajo de vez en cuando, sino por lo difícil que es sacar partido del fruto de sus esfuerzos. No pueden deshacerse del botín desde que los agentes de la Express tienen nuevas instrucciones para identificar y averiguar el origen de todo el oro en polvo o en lingotes que les ofrezcan. Las oficinas conocen a todos los miembros de la banda, y les saldría muy caro pagar a un perito o a un intermediario de confianza. Resulta que todas esas escamas de oro que robaron a la empresa Excelsior se pueden identificar tan fácilmente como si llevaran el sello de la empresa. Por otra parte, ellos no lo pueden fundir ni encargárselo a terceros; no pueden mandarlo a la Casa de la Moneda ni a las oficinas Assay de Marysville y San Francisco, porque no se lo aceptarían sin certificados y sellos, pero nosotros no aceptamos cargamentos no declarados dentro de los límites que hemos marcado alrededor de su zona de operaciones, y menos si se trata de personas o agentes conocidos. Pero, bueno, eso lo sabes tú de sobra, Jim —dijo, dirigiéndose de pronto al empleado de la Express—, ¿no es así?

El empleado se atragantó con el alcohol, seguramente porque no se esperaba la súbita interpelación, y le dio un ataque de tos; dejó el vaso y, tartamudeando, se apresuró a responder:

—Sí… claro… sin duda.

—No, señor —prosiguió el superintendente, muy animado—. Se les ha acabado la juerga. Y la mejor prueba es que últimamente solo roban baúles a los pasajeros normales. El otro día «detuvieron» una diligencia de carga cerca de
Dow's
Flat y desapareció mucho equipaje. Tuve que ir hasta allí a investigar. Los muy malditos se habían llevado casi todos los baúles de la mujer de una pareja rica que acababa de casarse en Marysville. Da la impresión de que han perdido categoría, ¿verdad? Se diría que han caído muy bajo, ¿no?

El empleado miró a Bill con preocupación y este, después de terminar apresuradamente el vaso de un trago, siguió mirando por la ventana. A continuación, lentamente, sacó uno de sus grandes guantes.

—¿Por casualidad —dijo, arrastrando las palabras pero articulando a la perfección— conociste al viejo Hemmings, el Pellejero, cuando fuiste allí?

—Sí.

—Y ¿a su hija?

—No tiene hijas.

—¿Una chiquilla inocente e ingenua? —insistió Bill, con la cara amarilla, una serenidad mortal y una intención satánica.

—No, te digo que no tiene hijas. El viejo Hemmings es un solterón empedernido. Es demasiado avaro para alimentar a más de uno.

—Y por casualidad no conocerías a alguno de la banda, ¿verdad? —siguió Bill, alargándose infinitamente.

—Sí, los conocía a todos: French Pete, Cherokee Bob, Kanaka Joe, Stillson el tuerto, Softy Brown, Spanish Jack y dos o tres peones.

—Y ¿conociste a un tal Charley Byng?

—No —contestó el superintendente, ligeramente harto, echando una mirada a la puerta.

—Un tipo moreno, elegante, con los ojos negros y la mirada inquieta, y un bigote con las puntas hacia arriba —prosiguió Bill con una insistencia seca y descolorida.

—No. Oye, Bill, tengo un poco de prisa… pero supongo que querrás hacerme la bromita antes de despedirnos. A ver, ¿de qué se trata?

—¿A qué te refieres? —preguntó Bill con brusquedad.

—¿A qué me refiero? ¡Bueno, amigo! ¡Lo sabes mejor yo! Acabas de describirme al mismísimo Ramón Martínez. ¡Ja, ja! ¡No, Bill! Esta vez no me la das. Eres muy listo y muy agudo, pero esta vez te he pillado a tiempo.

Se despidió con un gesto y se fue riéndose alegremente. Bill miró al empleado con una expresión gélida en la cara. De repente, un brillo risueño asomó a sus ojos sombríos. Se inclinó sobre el joven y, con voz ronca, le susurró entre risas:

—Al fin y al cabo ¡le he ajustado las cuentas!

—¿Cómo?

—¡Ahora está atado para siempre a esa brujilla mentirosa!

Una alumna de Chestnut Ridge

(1896)

Terminado el horario escolar, la soledad del maestro se vio interrumpida por un ruido de cascos y voces en el camino de herradura que llevaba al reducido claro en el que se encontraba la casa escuela. Dejó el lapicero en la mesa al ver pasar por la ventana la figura de un hombre y una mujer a caballo, que enseguida desmontaron en el porche. Reconoció los rostros complacientes y risueños del señor y la señora Hoover, propietarios de un rancho vecino de relativa importancia, a los que la comunidad consideraba personas acomodadas. No tenían hijos y, aunque contribuían generosamente al mantenimiento de la pequeña escuela, no habían aumentado el rebaño, y el joven maestro los saludó con curiosidad, esperando conocer el motivo de la visita, motivo que se le comunicó después de algunos circunloquios corteses, característicos de los pioneros del suroeste, antes de entrar en materia.

—Bien, Almiry —dijo el señor Hoover, tras los saludos de rigor, dirigiéndose a su mujer—, esto me transporta a los viejos tiempos, ¿sabes? ¡Caray! La última vez que entré en una escuela no levantaba un palmo del suelo. ¡Fíjate! ¡Los bancos, los pupitres, los libros, la colección de «a, b, ab»!… ¡Igualito que cuando era chico! ¡Vaya, vaya! Pero en aquellos tiempos el maestro era tan viejo y canoso como yo, y algunos alumnos, no se ofenda, señor Brooks, eran más viejos y canosos que usted. Pero los tiempos cambian: y, mira, Almiry, en ese pupitre: ¿no es eso un trozo de pan de jengibre rancio, igualito que entonces? ¡Señor! ¡Cómo vuelven los recuerdos! Como decía el otro día, nunca agradeceremos lo bastante a nuestros padres la educación que nos dieron en la juventud.

El señor Hoover, como rememorando un *alma mater* de melancolía aislada y erudición enclaustrada, miró reverencialmente las nuevas paredes de pino.

Pero entonces la señora Hoover, en su habitual estilo bondadoso, intervino con un gentil reconocimiento de la juventud del maestro.

—Y no olvides, Hiram Hoover, que los jóvenes de hoy pueden enseñar a los viejos maestros de antes mucho más de lo que tú y yo podemos imaginar. Ya nos habían hablado del conocimiento que tiene usted de los libros, señor Brooks, y estamos orgullosos de que sea nuestro maestro, aunque el Señor no haya querido darnos hijos para mandárselos. Pero siempre hemos aportado nuestro granito de arena para que otros más afortunados dispongan de escuela, y ahora parece que Él no nos ha olvidado y que —con una mirada un poco tímida a su marido y un gesto de asentimiento del caballero—… y que tal vez estemos en situación de mandarle nosotros un alumno.

El joven maestro, comprensivo y sensible como era, estaba un tanto turbado. La alusión a su extremada juventud le había molestado a pesar de las halagadoras palabras con que la señora Hoover la había suavizado delicadamente, y tal vez esto aumentaba su confusión ante lo que le acababa de oír. No tenía noticia de que la familia Hoover fuera a multiplicarse, aunque no era de extrañar, debido a la vida de reclusión que llevaba; y, aun conociendo como conocía la ingenuidad y franca sencillez de los pioneros, no podía creer que esta señora le hubiera anunciado que estaba encinta. Con una sonrisa parca los invitó a sentarse.

—Verá —dijo el señor Hoover, sentándose en un banco bajo—, así de bien han salido las cosas: el hermano de Almiry es un predicador notable de la costa de San Antonio y se ha instalado allí con una gran congregación de la Iglesia Bautista del Libre Albedrío y una gran cantidad de tierras que les han quitado a los mexicanos. En esas tierras viven muchos españoles e indios pobres y el hermano de Almity se ha propuesto convertirlos, ofrecerles convicciones y religión, aunque la mayoría son católicos y seguidores de la Mujer Escarlata[33]. Había una huérfana, una niñita que arrancó de las manos a esos curas, como tizón escapado del fuego[34], podríamos decir, y, sabiendo que no tenemos hijos propios, nos la ha mandado para que la criemos en los caminos del Señor. Pero nos parece que tiene derecho a beneficiarse de las

enseñanzas de la escuela, además de nuestros cuidados, y tenemos intención de mandarla aquí, a la escuela, con regularidad.

Aliviado y encantado de colaborar con la bondadosa pareja en el cuidado de una huérfana sin hogar, aunque dudando de sus métodos religiosos, el maestro dijo que la acogería con mucho gusto en su reducido rebaño. ¿Había recibido alguna clase de enseñanza?

—Solo de los *padres* esos, ya sabe, cosas de santos, vírgenes Marías, visiones y milagros —dijo la señora Hoover—, y nos pareció que, como usted sabe español, le sería más fácil quitarle esas cosas de la cabeza para poner en ella la noción del «arrepentimiento del pecado» y la «justificación por la fe», ya sabe.

—Me temo —dijo el señor Brooks, sonriendo al pensar en sustituir los «misterios» de la Iglesia por determinadas demostraciones de coribante y exhibiciones de taumaturgo que había visto en unos campamentos evangélicos de Dissenters [35] — que todo esto debo dejarlo en sus manos, y les aconsejo que tengan cuidado con lo que hacen, no sea que la hagan dudar de su fe en el abecedario y las tablas de multiplicar.

—Es posible que tenga razón —dijo la señora Hoover, sin comprender muy bien, pero de buena fe—, aunque hay otra cosa que queremos decirle. Es un poco oscurita de piel.

El maestro sonrió.

—¿Y? —dijo pacientemente.

—No es negra ni india, sino medio española, medio mexicana, lo que llaman mes… mes…

—*Mestiza* —dijo el señor Brooks—: mitad y mitad, mezclada.

—Eso. Bueno, supongo que no será motivo de objeción, ¿verdad? —dijo el señor Hoover, un poco inquieto.

—Por mi parte no —contestó el maestro animosamente—. Y, aunque esta escuela recibe ayuda del Estado, no es una «escuela pública» a los ojos de la ley, así que de lo único que tienen que preocuparse es de los ridículos prejuicios de sus vecinos.

Comprendía el motivo de estas dudas y sabía que los compatriotas del suroeste del señor Hoover profesaban un fuerte antagonismo racial con los negros y los indios, y no pudo evitar «restregárselo por las narices».

—Verán que no es negra —intervino la señora Hoover—, porque no tiene el pelo rizoso, y la piel de los indios es diferente de la

nuestra, desde luego.

—Si la oyen hablar español y usted dice simplemente que es extranjera, que lo es, no pasará nada —dijo el maestro, sonriendo —. Tráiganla a la escuela, yo cuidaré de ella.

Después de unas pocas frases más, la pareja, muy aliviada, se marchó con la promesa del maestro de que pasaría por su rancho al día siguiente por la tarde para conocer a su nueva alumna.

—Y así a lo mejor nos da alguna pista de lo que puede necesitar para venir a la escuela.

El rancho estaba a unos seis kilómetros de la escuela y cuando el señor Brooks frenó al llegar a la verja de la entrada comprendió el interés de la pareja, que estaba dispuesta a mandar a la niña tan lejos dos veces al día. La casa, con sus edificios anejos, era de mayor tamaño que las de los vecinos, y con menos improvisaciones e intentos poco convincentes de convertirse en residencia permanente, tan característicos de los pioneros del suroeste, que eran más o menos nómadas por instinto y por las circunstancias. Lo recibieron en una sala de estar bien amueblada, fresca y luminosa, pero atenuada y reprimida por unos grabados de tema bíblico enmarcados en negro. Mirándolos, el señor Brooks se acordó de las aulas de las antiguas misiones con sus sombras monásticas, que ocultaban a medias el oropel y los colores chillones de los santos y los corazones en llamas o sangrantes de las paredes, y temió que la huerfanita de la Santa Madre Iglesia no hubiera ganado alegría alguna con el cambio.

Cuando la niña entró en la sala con la señora Hoover, miró al maestro medio asustada con unos grandes ojos oscuros (la más notable de sus facciones) que parecían entender el miedo infundado de este. Se pegó a la señora como si reconociera su bondad maternal, aunque dudara de sus propósitos; pero, cuando el maestro se dirigió a ella en español, se produjo un cambio singular en la posición relativa de cada una de ellas. La mirada triste de la niña cobró un brillo de inteligencia acompañado de una conciencia de superioridad respecto a sus protectores que al maestro le resultó embarazosa. En cuanto a lo demás, se limitó a observar que era pequeña y menuda, aunque llevaba un largo delantal a cuadros con mangas (típico de la región), que ocultaba sus formas y contradecía la originalidad de la niña. Tenía la tez olivácea tirando a amarilla o,

mejor dicho, al delicioso tono de la corteza nueva del *madroño*; la cara ovalada y la boca pequeña e infantil, nada que ver con el resto de sus facciones de tipo aborigen.

A preguntas del maestro respondió que sabía leer, escribir, el avemaría y el credo (por fortuna la señora Hoover, que era protestante, no entendía nada de lo que decían), pero el maestro también advirtió un detalle más inquietante: la actitud de la niña al responder sugería cierta familiaridad de trato e igualdad de condiciones que solo podía atribuir a lo joven que parecía él. Temió que incluso se atreviera a hacer algún comentario sobre la señora Hoover y se alegró de que esta no entendiera el español. Pero antes de irse tuvo ocasión de hablar con la señora Hoover y recomendarle un cambio en el vestuario de la alumna, para cuando fuera a la escuela.

—Cuanto mejor vestida vaya —dijo diplomáticamente el astuto joven—, menos posibilidades habrá de que sospechen de su raza.

—¡Ah! Eso es justo lo que me preocupaba, señor Brooks —respondió la señora Hoover con mucho interés—, porque ya ve que la niña está creciendo. —Y, un tanto cohibida, concluyó—: No acabo de saber qué ropa ponerle.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó el maestro de repente.

—Va a cumplir doce, pero… —la señora Hoover volvió a vacilar.

—Bueno, dos de mis alumnas, las niñas de los Bromly, ya han cumplido los catorce —dijo el maestro—, y ya sabe cómo se visten. —Ahora fue él el que vaciló. Acababa de pensar que la huerfanita era del extremo sur del continente, y era conocida la precocidad con la que maduraban allí las mestizas. Incluso se alarmó al recordar que en las aldeas nativas había visto novias de doce años y madres de catorce. Esto también podía justificar el trato igualitario que le dispensaba a él e incluso la leve coquetería que le había parecido notar cuando la llamó alegremente *muchacha*—. Yo le pondría algo español —dijo enseguida—, algo blanco, ya sabe, con muchos volantes y puntilla negra pequeña, o una falda negra de seda y un pañuelo de puntilla, ya sabe. No pasará nada mientras no la vista de criada ni de recogida —añadió, en un alarde de confianza que no sentía—. Pero no me ha dicho cómo se llama —concluyó.

—Como estamos pensando en adoptarla —dijo la señora Hoover —, llámela por nuestro apellido.

—Pero no puedo llamarla «señorita Hoover» —replicó el maestro—. ¿Cuál es su nombre de pila?

—Se nos había ocurrido Serafina Ann —dijo ella con mayor seriedad.

—Pero ¿cómo se llama? —insistió el maestro.

—Bueno —contestó la señora Hoover con preocupación—, Hiram y yo consideramos que es un nombre ofensivo para una niña, pero lo encontrará en la carta de mi hermano.

Sacó una carta de debajo de la tapa de una Biblia grande que estaba en la mesa y señaló un párrafo concreto.

—«La bautizaron con el nombre de Concepción» —leyó el maestro—. ¡Vaya, es uno de los nombres de María!

—¿Cuál? —preguntó la señora Hoover con severidad.

—Es uno de los títulos de la virgen María: María de la Concepción —contestó el maestro con desenvoltura.

—No suena tan cristiano ni modoso como María o Mary —replicó la señora Hoover con suspicacia.

—Pero el diminutivo, Concha, es muy bonito. La verdad es que me parece muy acertado, es muy español —contestó el maestro con decisión—. Además, ya sabe que la piel roja que vive en los alrededores de las minas se llama Reservation Ann, y la cocinera negra de la señora Parkins se llama tía Serafina, así que Serafina Ann me parece muy cargado de significado. El mejor nombre es Concha Hoover.

—Tal vez tenga usted razón —dijo la señora Hoover pensativamente.

—Vístala de acuerdo con su nombre y no habrá complicaciones —recalcó el maestro alegremente al despedirse.

Sin embargo, la mañana siguiente, se inquietó al oír ruido de cascos en la grava del camino de herradura que llevaba a la escuela. Ya había anunciado a su pequeño rebaño que tendrían una nueva compañera, y los alumnos, curiosos, conteniendo la respiración, vieron pasar al señor Hoover por la ventana seguido por una figura pequeña a caballo, medio escondida entre los pliegues coloridos de un sarape. Enseguida desmontaron en el porche, el sarape quedó atrás y apareció la alumna nueva.

Un poco alarmado y muy admirado, el maestro se dijo que nunca había visto una niña tan exquisita. La falda blanca, cargada

de volantes, caía justo hasta antes de los tobillos, envueltos en medias blancas, y de los piececitos, calzados con zapatillas blancas de raso. En lugar de corsé, una chaqueta negra de seda abotonada a medias le envolvía el busto como una concha y, debajo, una camisola de suave muselina que esbozaba levemente un sorprendente contorno de mujer. Al entrar, con un gesto delicado se bajó hasta los hombros un velo negro de encaje que le protegía la cabeza, y quedó sujeto al pelo por un lado con una rosa que llevaba por encima de la oreja. Toda ella resultaba tan incoherente en ese ambiente que el maestro, mientras la acompañaba con gran seriedad al sitio que le habían adjudicado, resolvió proponer algunos cambios a la señora Hoover. En este momento, el señor Hoover, que creía haber contribuido a guardar la disciplina observando en silencio y con respeto, susurró, poniéndose la mano en la boca, que volvería a buscarla a «las cuatro de la tarde», y salió del aula de puntillas. El maestro, que creía que todo dependía de su capacidad para contener en los siguientes minutos la exuberante curiosidad de los niños sin que se desmandaran, se dirigió en español a la niña con una gravedad sobrenatural y le puso delante unas pocas tareas fáciles y elementales. Tal vez por la extrañeza del idioma, tal vez por la desacostumbrada seriedad del maestro o también quizá por la impasibilidad de la propia joven desconocida, el caso es que todo contribuyó a que las sonrisas cada vez más amplias de los rostros infantiles se interrumpieran, a que los ojos dejaran de mirar con asombro y a que cesaran los murmullos de emoción. Poco a poco, las cabezas volvieron a inclinarse sobre la tarea y el ruido de la tiza en las pizarras y el picoteo lejano de los pájaros carpinteros marcaron el silencio normal en el aula, y el maestro supo que había triunfado y que el momento de alboroto había pasado.

Pero no para él, porque, aunque le parecía que la nueva alumna había acatado sus instrucciones con sumisión infantil e incluso con comprensión infantil, no pudo evitar darse cuenta de que de vez en cuando lo miraba como insinuando recatadamente cierta complicidad entre ellos, o como si jugaran al maestro y la alumna. Esto no le gustó y tal vez fue lo que endureció su severa y digna actitud, cosa que, sin embargo, no hizo un gran efecto, al parecer, pues le dio la impresión de que en el fondo a la niña le resultaba

divertida la situación. ¿Se estaba riendo de él con disimulo? Por el contrario, en un par de ocasiones la nueva alumna levantó la mirada de la tarea y, al pasearla por el aula, otros niños la miraron con curiosidad y el maestro creyó ver que se cruzaban tácitos mensajes mudos de entendimiento entre compañeros, de esos tan normales en los niños cuando están en presencia de sus mayores, incluso aunque no se conozcan unos a otros. Tenía ganas de que llegara la hora del recreo para ver qué tal se entendía con los demás; sabía que eso definiría su estatus en la escuela y tal vez en todas partes. Ni siquiera el escaso conocimiento que tenía del inglés afectaría a esa prueba infantil de superioridad, pero le sorprendió que, al llegar dicha hora y después de explicarle lo que significaba en español y en inglés, sin decir nada, Concha cogiera a Matilda Bromly, la niña más alta de la escuela, por la cintura y salieran las dos juntas al patio. Al fin y al cabo ¡no era más que una niña!

Hubo otros detalles que confirmaron esta idea. Poco después, cuando volvieron al aula, la joven desconocida venía convertida en un ídolo popular y, evidentemente, había dispensado favores y protección a diestro y siniestro. La mayor de las Bromly llevaba su velo de blonda, otra su pañuelo y una tercera lucía la rosa que antes le adornaba a ella la oreja izquierda, cosas que el maestro se vio en la obligación de tener en cuenta con la intención de devolvérselas a la pequeña bárbara al final de las clases. Un poco más tarde le llamó la atención un objeto desconocido que iba pasando misteriosamente por debajo de los pupitres y parecía recorrer todo el circuito escolar. Con una sensación fastidiosa de estar tal vez participando en un juego contra su voluntad, por fin lo localizó en manos de Demosthenes Walker, de seis años, y toda la escuela gritó espontáneamente: «¡Pillado!». Cuando el niño lo sacó del pupitre junto con un lagarto cornudo y un trozo de pan de jengibre, resultó ser una zapatilla blanca de raso, de Concha; entretanto, la niña continuaba recatadamente con su tarea, escondiendo el pie descalzo debajo de la falda, como un pájaro. El maestro dejó la regañina por esta y por otras enormidades para más tarde y se conformó con que le entregaran la zapatilla y con decirle a la niña satíricamente en español, al devolvérsela, que el aula no era una *cámara para vestirse*. Pero se llevó una sorpresa al ver que ella, sonriendo, le tendía el piececito con una singular combinación de niña mimada y

señorita coqueta, como esperando que él se arrodillara y se la pusiera. Pero se la dejó suavemente encima del pupitre.

—Póntela inmediatamente —le dijo en inglés.

El tono de voz no dejó lugar a dudas, fuera cual fuese la lengua. Concha lo miró con rapidez, como un animal momentáneamente resentido, pero con la misma rapidez se le empañaron los ojos y al momento se puso la zapatilla.

—Por favor, señor, se le cayó y Jimmy Snyder la ha pasado —explicó una vocecita entre los pupitres.

—¡Silencio! —dijo el maestro.

Sin embargo, se alegró al ver que los niños no habían reparado en el gesto de familiaridad de la niña, aunque sí advirtieron que él se había puesto muy severo. Después de pensarlo un poco, no estaba seguro de si no habría exagerado la ofensa y no habría tratado a la niña con más dureza de la necesaria, y esta sensación aumentaba cada vez que la encontraba mirándolo con una triste expresión de asombro en los ojos, como un animal al que se ha reprendido. Más tarde, mientras paseaba entre los pupitres vigilando la tarea de cada alumno, vio desde lejos que la niña, con la cabeza agachada, movía los labios como si repasara la lección y que después, echando un vistazo a la clase para asegurarse de que nadie la miraba, se santiguaba a toda prisa. Pensó que tal vez era el colofón de una plegaria por el perdón de sus pecados y, acordándose de que la habían educado unos *padres*, se le ocurrió una idea. Despidió a los niños unos minutos antes de la hora para poder hablar con ella a solas antes de que llegara el señor Hoover.

Le preguntó por el incidente de la zapatilla y ella le aseguró que le quedaba grande y que se le caía a menudo «así», y se lo demostró con hechos; el maestro aprovechó entonces la ocasión:

—Pero dime, cuando estabas con el *padre* y se te caía la zapatilla, no esperabas que te la pusiera él, ¿verdad?

Concha lo miró con coquetería y después dijo triunfalmente:

—¡Ah, no! Pero es que él era cura y usted es un caballero joven.

Con todo, después de semejante audacia, lo único que se le ocurrió recomendar al señor Hoover fue que le cambiara las zapatillas a la niña, que no le pusiera el velo sujeto con la rosa y que se lo cambiara por un gorrito. Por lo demás, tendría que confiar en las circunstancias. Mientras el señor Hoover (que, con un gran

optimismo paternalista, dijo que ya se apreciaba mejoría en la niña) la ayudaba a montar, el maestro se dio cuenta de que ella esperaba que fuera él quien tuviera ese detalle de cortesía y que por eso lo miraba con una expresión de reproche.

—A veces los santos padres me dejaban cabalgar con ellos en la mula —dijo, inclinándose en la silla hacia el maestro.

—¿Qué dices, señorita? —replicó el protestante señor Hoover, aguzando el oído—. Tú limítate a prestar atención a las doctrinas del señor Brooks y olvídate de los papistas —añadió, mientras se alejaban, firmemente convencido de que el maestro había comenzado la tarea de convertirla.

Al día siguiente el maestro hubo de descubrir que su escuela se había hecho famosa. No sabía qué exageraciones ni qué fantasías habrían contado los niños a sus padres en casa, pero el caso es que todo el distrito parecía tener de pronto un interés desbordante por las cosas y las personas de la escuela. Algunos ya habían ido de visita al rancho de los Hoover para conocer a la bonita hija adoptiva de la señora. El maestro, cuando se iba hacia la escuela, se había encontrado con algunos leñadores y carboneros paseando por el camino de herradura que partía de la carretera principal. Dos o tres padres acompañaron a sus hijos a la escuela so pretexto de que solo querían ver qué tal iban progresando Aramanta o Tommy. Mientras la clase se llenaba, pasaron varias caras desconocidas por las ventanas o se pegaron audazmente a los cristales. No se había visto una reunión tan multitudinaria en la pequeña escuela desde el otoño anterior, cuando se celebró en ella una reunión política. Y el maestro vio con cierta inquietud que muchas de las caras eran las mismas que había visto emocionarse en los brillantes períodos del coronel Starbottle, «el veterano de la democracia».

Porque no podía cerrar los ojos a la realidad: no venían por pura curiosidad, para ver algo nuevo y extraordinario, ni simplemente por apreciar lo bello o pintoresco; y ¡ay!, menos aún por los progresos de la educación. Conocía a las personas entre las que vivía y comprendió que, de alguna forma misteriosa, esos emigrantes del suroeste, que habían traído prejuicios heredados a este «estado libre», habían sacado a colación la cuestión fatídica del color. Unas pocas palabras lo convencieron de que los infelices niños habían descrito el color de su nueva compañera de maneras

distintas, y sus mayores creían que ese maestro «norteño», con la ayuda y la incitación del capital en la persona de Hiram Hoover, había admitido a una «fulana negra», a una «chica china» o a una «niñita india» en la escuela para que compartiera privilegios educativos con sus hijos «blancos puros», exponiendo así a la contaminación a los vástagos de hombres libres en su propia casa. Logró convencer a muchos de que la niña era de origen español, pero la mayoría prefería verlo con sus propios ojos y se demoraron por los alrededores con este propósito. Llegó la hora de que apareciera, y pasó, y entonces temió de repente que tal vez no fuera, que tal vez, en vista del revuelo, los compatriotas del señor Hoover lo hubieran persuadido de que la retirase de la escuela. Pero enseguida se le pasó la aprensión al oír unas leves aclamaciones en el camino de herradura, y al momento vio pasar por la ventana una pequeña comitiva y lo entendió todo. Evidentemente, los Hoover habían decidido dar mayor relevancia al carácter español de su prohijada. Concha, con falda negra de montar encima de los volantes, venía a lomos de un hermoso mustang pinto con brillantes arreos de plata y acompañada por un *vaquero* con chaleco de terciopelo, y el señor Hoover cerrando la marcha. Informó al maestro de que él solo venía para enseñar el camino al *vaquero*, que sería quien la acompañaría a la escuela a partir de ese día. No dio a entender si semejante despliegue se debía al alboroto o no: bástenos con saber que tuvo el efecto deseado. La falda de montar y los jaeces del mustang hicieron más atractivo el encanto de Concha y, aunque algunos todavía dudaban de sus orígenes, aceptaron a la niña con entusiasmo. Los padres presentes se enorgullecieron de este ascenso entre los compañeros de juego de sus hijos y, cuando desmontó en medio de las aclamaciones de estos, lo hizo con el aplomo de una reina.

El maestro fue el único que previó complicaciones en este general beneplácito dispensado a unos modales tan precoces. La recibió en silencio y, después de que la niña se quitara la falda de montar, le miró los pies y dijo:

—Me alegro de que te hayan cambiado las zapatillas; espero que este calzado te quede mejor que el otro.

La niña se encogió de hombros.

—*Quién sabe*. Pero ahora será Pedro, el *vaquero*, el que me

ayude a montar cuando venga a buscarme.

El maestro interpretó este típico *non sequitur*[36] como una alusión a su falta de galantería del día anterior, pero no se dio por aludido. Con todo, le agradó ver que se concentraba más en los estudios, aunque en general pasaba la lección con la lánguida indiferencia al aprendizaje intelectual propia de su raza. En algún momento se le ocurrió estimularla por medio de la vanidad personal.

—¿Por qué no puedes aprender tan deprisa como Matilda Bromly? Solo tiene dos años más que tú —le dijo.

—¡Ah, Madre de Dios! Entonces ¿por qué quiere ponerse rosas como yo? Y, con el pelo que tiene, no le quedan bien.

En ese momento el maestro se fijó por primera vez en que la mayor de las Bromly, halagando abiertamente a su ídolo, llevaba una rosa amarilla entre sus rizos pardos y, lo que es más, que el señorito Bromly, con un humor exquisito, se había puesto una zanahoria muy pequeña en la oreja para burlarse de su hermana. El maestro se la quitó al punto y, a modo de castigo, puso una suma más en la pizarra del gracioso, aunque ya la tenía bastante llena. Después volvió con Concha.

—Pero ¿no te gustaría ser tan lista como ella? Puedes serlo, solo tienes que aprender.

—¿Para qué quiero aprender? Fíjese, ella admira al chico alto, el de los Brown. ¡Ah, yo no lo quiero!

Sin embargo, a pesar de esa noble falta de ambición, parecía que Concha había absorbido la «admiración» de los chicos, mayores y pequeños por igual, e incluso, llegó a saber, la de muchos adultos del pueblo. Siempre había alguien merodeando por el camino de herradura a las horas de entrada y salida de la escuela, y el *vaquero* que la acompañaba se convirtió en objeto de envidia. Tal vez por este motivo el maestro se fijó en él. Era alto y delgado, con la cara lisa y sin ningún color determinado, pero, para asombro del señor Brooks, tenía los ojos de color gris azulado como la clase alta o castellana de los nativos de California. En posteriores averiguaciones descubrió que era hijo de uno de los viejos terratenientes españoles arruinados a los que los Hoover habían hipotecado las reses y las tierras, y que ahora retenían al hijo para controlar la «participación» en el ganado.

—Parece que le ha echado el ojo a esa chiquita tan guapa para casarse con ella cuando sea mayor de edad —dijo un pretendiente envidioso.

La niña siguió unos días cumpliendo las tareas escolares con la misma lánguida indiferencia y no volvió a transgredir las reglas normales. El señor Brooks tampoco insistió más en su inútil conversación. Pero una tarde, en medio del silencio y la concentración de la clase, se dio cuenta de que Concha había cambiado el libro de texto por otro y que estaba leyéndolo moviendo los labios, como un lector poco ducho. Le pidió que se lo enseñara. Echando chispas por los ojos y con las dos manos dentro del pupitre, ella se negó y se le enfrentó. El señor Brooks le pasó los brazos por la cintura y la levantó en silencio del asiento, mientras ella le clavaba los dientes en el dorso de la mano, pero se apoderó del libro. Dos o tres niños y niñas mayores se levantaron a mirar con viva curiosidad.

—¡Sentaos! —dijo el maestro, muy serio.

Volvieron a su sitio con cara de susto. El maestro se puso a mirar el libro. Era un librito de oraciones en español.

—¿Estabas leyendo esto? —le preguntó en su lengua.

—Sí. Y ¡usted no me lo va a impedir! —le espetó—. ¡Madre de Dios! ¡En el rancho no me dejan leerlo! ¡Me lo quitan! Y ahora ¡también me lo quita usted!

—Puedes leerlo cuando quieras y donde quieras, menos a la hora de estudiar tus lecciones —le contestó el maestro en voz baja —. Puedes guardarlo aquí, en tu pupitre, y leerlo a la hora del recreo. Ven a pedírmelo. Pero ahora no es momento de leerlo.

La niña lo miró con perplejidad, pero al momento, por un capricho de su naturaleza vehemente, se le llenaron los ojos de lágrimas. Se puso de rodillas, cogió al maestro la mano que le había mordido y se la cubrió de lágrimas y besos. Él la retiró discretamente, levantó a la niña y la sentó en su sitio otra vez. Se oyó un murmullo en la clase, que terminó tan pronto como el maestro echó una mirada, y así concluyó el incidente.

A partir de entonces, a la hora del recreo cogía el libro y desaparecía con los niños; según averiguaría el señor Brooks después, iba a sentarse al resguardo de un castaño de Indias, donde nadie la molestaba, hasta que terminaba sus oraciones. Seguro que

los demás obedecían alguna orden que les daba ella, porque nunca se habló fuera de la escuela ni del incidente ni de esta costumbre suya, y el maestro no se creía en la obligación de informar al señor ni a la señora Hoover. Si la niña era capaz de encontrar freno (aunque fuera por algún motivo supersticioso) a sus caprichos y a su precocidad, ¿por qué había él de interferir?

Un día durante el recreo reparó en que las vocecitas del bosque que rodeaba la escuela habían callado, unas vocecitas que lo acompañaban en su aislamiento de una forma tan agradable y acogedora como el canto de los compañeros de juegos de sus alumnos: los propios pájaros. Tanto silencio terminó por despertarle curiosidad e inquietud. Muy pocas veces se inmiscuía o participaba en los juegos y diversiones de los niños, porque recordaba lo incompatible que resultaba en esos momentos la intrusión de un adulto, por bien intencionada que fuera, incluso al niño menos crítico y más amable. Sin embargo, obedeciendo al sentido del deber, salió de la escuela y, para su gran asombro, no había nadie en el bosque y todo estaba en silencio. Se adentró un poco y le alivió oír unos aplausos a lo lejos y los inconfundibles suspiros de la melódica de Johnny Stidger. Siguiendo este sonido, llegó por fin a un pequeño claro entre sicomoros; los niños formaban un corro, y en el centro, con un pañuelo en cada mano, ¡Concha la triste!, ¡Concha la devota!, bailaba un fandango de la forma más extravagante: ¡la atrevida zamacueca [37] !

Sin embargo, aunque el acompañamiento era inseguro, ella bailaba con una gracia, una precisión y una ligereza maravillosas; a pesar de las posturas insólitas y el seductor abandono, se movía con la alegría espontánea e inocente (tal vez lo parecía por lo pequeña que era) de una simple niña ante un público de niños. Como bailaba sola, representaba la parte del hombre y la de la mujer: se adelantaba, se retiraba, coqueteaba, rechazaba, embrujaba con artimañas y al final se entregaba, ligera e inmaterial como las sombras cambiantes que proyectaban sobre ellos las ramas de los árboles. El maestro miraba tan fascinado como preocupado. ¿Qué habría pasado si hubiera habido espectadores adultos? ¿Habrían visto los padres la actuación con la misma inocencia que la bailarina y sus pequeños espectadores? Le pareció necesario planteárselo después delicadamente a la niña. Y ella se enfadó,

echaba chispas por los ojos.

—Ah, la zapatilla, prohibida. El libro de oraciones… no debía. El baile no es bueno. Todo está prohibido, la verdad.

Estuvo enfadada una breve temporada. Un día no fue a la escuela, ni el siguiente. Al final del tercero, el maestro fue al rancho de los Hoover.

La señora Hoover salió al vestíbulo a recibirlo; estaba cohibida.

—Le he dicho a Hiram que tenía que contárselo, pero no quería hasta estar segura. Concha se ha ido.

—¿Se ha ido? —repitió el maestro.

—Sí. Se ha escapado con Pedro. Se casaron ayer en la misión, con el cura católico.

—¿Esa niña se ha casado?

—No era una niña, señor Brooks. Nos engañaron. Mi hermano fue un tonto y los hombres no entienden estas cosas. Cuando vino aquí era una mujer adulta, según las costumbres y la edad de esos pueblos. Y eso era lo que me preocupaba.

Hubo una semana de agitación en Chestnut Ridge, pero, aunque los niños lamentaron haber perdido a Concha, el maestro se alegró de que no llegaran a entender por qué se había ido.

Tres vagabundos de Trinidad

(1900)

—¡Ah, eres tú! ¿No? —dijo el redactor.

El muchacho chino al que iba dirigida esta expresión coloquial contestó literalmente, según su costumbre:

—El mismísimo Li Tee; *yo no cambia*. Yo no como *todos chico chino*.

—Eso mismo —dijo el redactor, convencido—. Supongo que no hay otro diablillo igual que tú en todo el condado de Trinidad. Bien, la próxima vez, no te quedes arañando la puerta ahí fuera como una ardilla, entra sin más.

—La última vez —dijo Li Tee afablemente— *yo da* golpecitos. *A ti no gusta* golpecitos. *Tú dice* igual maldito *pájalo calpintelo*.

Era verdad, los alrededores asalvajados del *Sentinel* de Trinidad (un pequeño claro en un pinar) y la fauna que los poblaba se prestaban a esta clase de confusiones. Además, una de las gracias de Li Tee era la imitación magistral que hacía del pájaro carpintero.

Sin responder, el redactor terminó la nota que estaba escribiendo y Li Tee, como acordándose de pronto por la coincidencia, se levantó la larga manga, que le servía de bolsillo, y con descuido sacó una carta y la puso encima del escritorio como si hiciera un truco de magia. El redactor lo miró con reproche y la abrió. No era más que la petición normal de un suscriptor agrícola, un tal Johnson, para que diera «la noticia» de un rábano gigante que había cultivado y que le mandaba con el portador de la carta.

—¿Dónde está el rábano, Li Tee? —le preguntó con suspicacia.

—*Yo no tiene. Plegunta* chico *melicano*.

—¿Qué?

Entonces Li Tee se dignó contarle que, al pasar por la escuela, los colegiales se habían metido con él y que en la refriega aplastó el rábano gigante (que, como casi todas esas monstruosidades de la fértil tierra californiana, no era más que un montón de agua organizada) contra la cabeza de uno de los asaltantes. El redactor, preocupado por estas persecuciones que sufría con regularidad su chico de los recados, y tal vez consciente de que si un rábano no servía de cachiporra difícilmente serviría de sustento, se abstuvo de reprenderlo.

—Pero no puedo dar noticia de lo que no he visto, Li Tee —le dijo de buen humor.

—*Tú puede miente*… igual que Johnson —propuso Li con el mismo buen humor—. *Él engaña tú* con *mentilas*… *tú engaña homble melican* igual.

El redactor guardó un digno silencio hasta que terminó de poner la dirección en el sobre.

—Lleva esto a la señora Martin —le dijo al chico, entregándole la nota—, y procura no acercarte a la escuela. Tampoco vayas por el Llano si hay hombres trabajando y, si en algo aprecias tu pellejo, no pases por la barraca de Flanigan, donde encendiste aquellos petardos el otro día y casi la quemas. En el cruce, ten cuidado con el perro de Barker y no vayas por la carretera principal si los peones del túnel se acercan por la colina. —Entonces, al darse cuenta de que le había cerrado prácticamente todos los caminos a la casa de la señora Martin, añadió—: Mejor da un rodeo por el bosque, que allí no te encontrarás a nadie.

El chico salió pitando por la puerta abierta y el redactor se quedó mirándolo un momento con cierto cargo de conciencia. Apreciaba a su pequeño protegido desde que al pobre desgraciado, un niño abandonado de una lavandería china, lo encerraron unos mineros indignados porque les había llevado a casa una colada muy imperfecta y deficiente, y lo retuvieron como rehén mientras no les devolvieran la ropa como es debido. Entretanto, por una desafortunada coincidencia, otro grupo de mineros que había sufrido el mismo agravio asaltó la lavandería y expulsó a los ocupantes, por lo que nadie fue a rescatar a Li Tee. Pasó unas semanas en el campamento minero como objeto de diversión, blanco impasible de simpáticas bromas, unas veces víctima de la

mayor indiferencia y otras, de la generosidad más peregrina. Recibía alternativamente patadas y monedas de medio dólar y se embolsaba ambas cosas con fortaleza y estoicismo. Pero, con este tratamiento, perdió la docilidad y la frugalidad que formaban parte de su herencia y empezó a responder con los puños a quienes lo atormentaban, hasta que se hartaron de las travesuras del chico y de las suyas propias. Pero no sabían qué hacer con él. Su bonita piel de color amarillo mahón lo excluía de la «escuela pública» de blancos, y, aunque por ser pagano podía haber solicitado razonablemente asistir a la escuela dominical, los padres, que hacían donaciones de buen grado para los infieles del extranjero, se oponían a que en su pueblo un chino fuera compañero de sus hijos en la iglesia. En tales circunstancias, el redactor se ofreció a llevarlo al taller de impresión como ayudante, o «diablo», como lo llamaban. Al principio parecía haberse propuesto, en su antiguo estilo literal, hacer honor a ese título. Llenaba de tinta todo menos la imprenta. Garabateaba caracteres chinos de cariz abusivo en las «entradas», los imprimía y los pegaba por toda la oficina; escribió «rufián» en la pipa del encargado y lo vieron comiendo tipos pequeños por pura diversión diabólica. Como mensajero, era rápido de pies, pero poco fiable en la entrega. Antes de que llegara él, el redactor había conseguido que la señora Martin, la buena mujer de un granjero, se lo llevara a su casa de prueba, pero Li Tee se escapó al tercer día. Sin embargo, el redactor no había perdido la esperanza, y esa carta era para rogarle a la buena mujer que lo intentara de nuevo.

Todavía estaba abstraído en la contemplación de las profundidades del bosque cuando notó un leve movimiento (sin ruido) en un grupo cercano de avellanos y vio una figura que se deslizaba cautelosamente. Al punto reconoció a Jim, un indio borracho y vagabundo muy conocido en el asentamiento, cuyo único vínculo con su civilización era el «agua de fuego», por la que renunció tanto a la reserva, en la que estaba prohibida, como a sus tierras, en las que no se conocía. Sin saber que lo observaban en silencio, se puso a cuatro patas aplicando alternativamente la nariz y la oreja al suelo, como si persiguiera a un animal. A continuación, aparentemente satisfecho, se levantó y echó a correr en línea recta hacia el bosque. Unos segundos después lo siguió su perro, una

bestia lobuna y encrespada, de movimientos furtivos, cuyo instinto superior lo ayudó a detectar la silenciosa presencia de un ser humano ajeno en la persona del redactor, y a reconocerlo con el aullido de costumbre, previendo la piedra que sabía que siempre le arrojaban.

—¡Qué listo! —dijo una voz—, aunque era justo lo que me esperaba.

El redactor se volvió enseguida. El encargado estaba detrás de él y, evidentemente, había visto lo sucedido.

—Es lo que digo siempre —continuó el hombre—. Ese chico y ese indio son uña y carne. Nunca ves al uno sin el otro… y tienen sus trucos y señales para seguirse mutuamente. El otro día, mientras hacías las cuentas, Li Tee se fue a hacerte los recados y lo seguí hasta las marismas, y para eso solo tuve que ir detrás de ese feo perro sarnoso de Jim. Y allí estaban todos, Jim incluido, de merienda campestre, comiendo pescado crudo que había pescado Jim y algo verde que habían robado del huerto de Johnson. Aunque la señora Martin lo acoja, no se quedará mucho tiempo, si anda Jim por ahí. No entiendo qué es lo que hace a Li seguir a ese maldito indio borracho, ni lo que hace que Jim, que al menos es americano, se entienda con ese pagano.

El redactor no contestó. No era la primera vez que oía esa clase de comentarios. Y, sin embargo, ¿por qué no iban a llevarse bien esos dos marginados de la civilización?

Li Tee estuvo poco tiempo con la señora Martin. Precipitó su marcha un acontecimiento adverso aparentemente desencadenado, como en el caso de otras muchas calamidades, por un misterioso portento del cielo. Un día se divisó en el horizonte un pájaro extraordinario de dimensiones enormes que se acercaba y estuvo sobrevolando el bendito pueblo. Sin embargo, después de observar con detenimiento a la ominosa ave, se descubrió que en realidad era una monstruosa cometa china en forma de dragón volador. El espectáculo dio pie a una agitación considerable en la comunidad, que al final derivó en cierta inquietud e indignación. Por lo visto, la cometa la había construido Li Tee en secreto en un rincón resguardado del claro de la señora Martin, pero, cuando la probó por primera vez, se dio cuenta de que, por un fallo de diseño, necesitaba una cola de proporciones anómalas. Lo solucionó con lo

primero que encontró: la cuerda del tendal de la señora Martin, incluida parte de la colada semanal. Este detalle no se percibía al primer vistazo, aunque la cola resultaba rara (no más rara de lo que debe de ser la de un dragón, tal vez). Pero, cuando se descubrió el robo y la noticia corrió por el pueblo, despertó un gran interés y la gente recurrió al catalejo para identificar las diversas prendas que seguían colgando del tendal. Dichas prendas, que se iban soltando de las pinzas poco a poco a cada giro de la cometa, se fueron distribuyendo imparcialmente por todo el pueblo: una media de la señora Martin cayó en la terraza del *saloon* Polka y la otra se halló más tarde en el campanario de la Primera Iglesia Metodista, para gran escándalo de la congregación. Nada habría sucedido si el invento de Li Tee no hubiera tenido más consecuencias. Mas ¡ay! La delatora cuerda de la cometa dio la pista de una zona solitaria de las marismas, el diácono Hornblower y el agente de la ley irrumpieron allí y arrebataron el juguete al que lo hacía volar y a su cómplice, el indio Jim. Quiso la mala suerte que estos dos justicieros pasaran por alto un detalle: que los voladores de la cometa habían tomado la precaución de asegurar alrededor de un tronco la gruesa cuerda que la sujetaba para aliviar un poco la fuerza tremenda con que tiraba (fuerza con la que los justicieros no contaban) y el diácono, sin saberlo, sustituyó el tronco con su propio cuerpo. Dicen que el espectáculo que vino a continuación fue digno de verse. El diácono corría a la desesperada saltando y botando por las marismas detrás de la cometa, seguido de cerca por el agente de la ley, que hacía esfuerzos ímprobos, igual de desesperados, por frenarlo tirando del extremo de la cuerda. La extraordinaria carrera continuó hasta el pueblo, donde el agente se cayó y perdió el cabo. Esto debió de dotar al diácono de una levedad específica y singular, pues, para asombro de todos, ¡voló sin remedio hasta la copa de un árbol! Acudieron en su ayuda, cortaron la cuerda para separarlo de la cometa demoníaca y entonces se descubrió que se había dislocado el hombro, y el agente estaba gravemente afectado. Por este infausto capricho de la suerte, los dos marginados se ganaron la enemistad de los representantes de la ley y de la palabra de Dios en el condado de Trinidad. También es de temer que no pudieran confiar en el instinto emocional característico de una comunidad fronteriza, a la que ahora

quedaban simplemente abandonados. Ante semejante dilema, al día siguiente desaparecieron del pueblo… sin decir a nadie adónde iban. Un humo azul claro que, a partir de entonces, se levantó varios días en una isla solitaria del golfo podía indicar que se habían refugiado allí, pero a nadie le interesaba mucho. El redactor, compasivamente, intercedió por ellos, pero, como de costumbre, se encontró con la oposición del señor Parkin Skinner, un ciudadano prominente:

—Me parece muy bien que apele al sentimiento en favor de los negros, los chinos y los indios, y ustedes, amigos, ríanse cuanto quieran del vuelo del diácono por los aires, como Elías, en ese bendito carro convertido en cometa china, pero les aseguro, caballeros, que ¡estamos en un país de blancos! ¡Sí, señores, y eso no se puede soslayar! Los negros de cualquier especie (amarillos, cobrizos o negros, llámense chinos, indios, *kanakas* **[38]** o lo que quieran) ¡tienen que apartarse de los pies de Dios cuando un anglosajón se levanta! ¡Es natural que vivan apartados de los talleres de impresión, las segadoras
M’Cormick
y la Biblia! ¡Sí, señor! ¡La Biblia! Y el diácono Hornblower se lo puede demostrar. Es manifiesto que nuestro destino es expulsarlos, para eso nos han puesto aquí, y ¡es la misión que tenemos que cumplir!

Me he atrevido a citar aquí la conmovedora arenga del señor Skinner para demostrar que probablemente Jim y Li Tee huyeron para evitar un posible linchamiento, y también que este sentir tan noble, elevado y adelantado a su tiempo imperaba hace ya cuarenta años en un poblado americano de frontera normal y corriente que ¡no soñaba con la expansión y el imperio!

Con todo, el señor Skinner no contaba con la mera naturaleza humana. Una mañana, el señorito Bob Skinner, su hijo, de doce años, hizo novillos y se fue en una vieja canoa india, consistente en un tronco hueco de árbol, a invadir la isla de los desgraciados refugiados. No sabía a ciencia cierta con qué intenciones iba, pero las iría modificando según las circunstancias. O hacía prisioneros a Li Tee y a Jim o se quedaba con ellos a vivir su vida sin ley. Para poder afrontar cualquiera de estas dos eventualidades, tomó prestada la escopeta de su padre a escondidas. También se llevó

provisiones, pues había oído decir que Jim comía saltamontes y Li Tee, ratas, y no se veía capaz de adoptar ninguna de estas dietas. Remó despacio, pegado a la orilla, para asegurarse de que no lo vieran desde casa, y después se lanzó osadamente en la canoa, que hacía agua, en dirección a la isla: una porción cubierta de matas que alguna tormenta habría desgajado del promontorio de las marismas. Hacía un día precioso, los alisios apenas rizaban la superficie del golfo, pero, al acercarse a la isla, llegó a la barrera del arrecife y al estruendo del lejano Pacífico y se asustó un poco. La canoa se desequilibró, cayó en picado en el seno de una ola y, lo más alarmante, cubrió de agua salada al hijo de la pradera. Olvidando el plan de invadir la isla por sorpresa, se puso a gritar a pleno pulmón cuando el tronco indefenso, lleno de agua, empezó a alejarse de la isla; al momento, una figura ágil surgió de entre los juncos, se despojó de una manta harapienta y se deslizó sigilosamente en las aguas como un animal. Era Jim el que, unas veces a nado y otras andando, llevó la canoa y al chico a la orilla. El señorito Skinner renunció al punto a la idea de la invasión y decidió unirse a los refugiados.

Fue fácil decidirlo, en el estado indefenso en que se encontraba, y que manifestara gran placer en el rudimentario campamento y la vida de gitanos, a pesar de que antes había sido uno de los opresores de Li Tee. Pero el impasible pagano mostraba una indiferencia filosófica que podía pasar por perdón cristiano, y la reticencia nativa de Jim, por consentimiento. Y es posible que estos dos vagabundos sintieran una compasión natural por el muchacho que hacía novillos de la civilización, cosa que incluso tal vez se tomaran como un halago, porque el señorito Skinner no había sido expulsado, sino que había ido por voluntad propia. Y pescaron juntos, recogieron arándanos en la marisma, cazaron un pato silvestre y dos chorlitos y, cuando los ayudó a guisar el pescado en una cesta cónica hundida en el suelo, llena de agua y calentada con piedras al rojo, que traían rodando de la hoguera hasta la cesta hundida, la felicidad del chico fue suprema. Y ¡qué tarde pasaron! Tumbarse boca abajo en la hierba después del festín (ahítos como animales, ocultos a todo y a todos menos al sol, tan quietos que las lavanderas correteaban como nubes grises alrededor de ellos y hasta un reluciente ratón almizclero de color marrón asomó entre el limo

a pocos centímetros de sus cabezas) era formar parte de la vida silvestre de la tierra y el cielo. Sin embargo, ni esta paz divina adormeció los instintos depredadores del trío; el punto negro que se veía intermitentemente en el agua, que, según el indio, era una foca, el avance sigiloso de un zorro amarillo al acecho de una tierna nidada de ánades o la aparición casual de un alce de la meseta en el límite de las marismas despertaba sus nervios prestos y se lanzaban alegremente a una persecución inútil. Cuando cayó la noche, tan temprano, y se acostaron juntos alrededor de las cálidas brasas de la hoguera, debajo de los cortos mástiles del tipi de barro seco, juncos y madera, con los olores de pescado y humo de leña y el aire cálido y salado de las marismas en las fosas nasales, durmieron muy satisfechos. A lo lejos, las luces del pueblo se apagaron una detrás de otra; salieron las estrellas, muy grandes y silenciosas, a ocupar su lugar. Al ladrido de un perro en el punto más cercano siguió otro más lejos, tierra adentro. Pero el perro de Jim, enroscado a los pies de su amo, no respondió. ¿Qué tenía él que ver con la civilización?

La mañana trajo algún temor a las consecuencias para el señorito Skinner, pero no mermó su decisión de no volver. Sin embargo, ahí estaba Li Tee, llevándole la contraria curiosamente.

—¿Y si *tú vuelve* igual? *Tú dice canoa de familia vuelca… tú nada* mucho hasta bosque. *Toda noche en bosque*. Casa muy muy lejos, *¿cómo tú llega? ¿Sabe?*

—Y dejo aquí la escopeta y digo a papá que cuando la canoa volcó la escopeta se cayó al agua —dijo el chico, entusiasmado.

Li Tee asintió.

—Y vuelvo el sábado y traigo más pólvora y balas y una botella para Jim —dijo el señorito Skinner, emocionado.

—¡Bien! —gruñó el indio.

Lo acompañaron a tierra firme y lo dejaron en un camino de las marismas que solo conocían ellos, y que lo llevaría a su casa. A la mañana siguiente, cuando el redactor preparaba, entre otras noticias, la crónica titulada: «A la deriva en el golfo. Un colegial se salva milagrosamente», sabía tan poco como todos sus lectores del papel que había desempeñado su añorado chico chino de los recados.

Entretanto, los dos proscritos volvieron al campamento de la isla. Tal vez tuvieran la sensación de que habían perdido un poco de

sol al irse Bob; porque, un tanto a lo bobo y sin darse mucha cuenta, les fascinaba el tiranuelo blanco que había compartido el pan con ellos. Los había tratado con un egoísmo encantador y una sincera brutalidad, como solo un colegial es capaz de hacer, con el añadido de su conciencia de ser de una raza superior. Y, sin embargo, deseaban que volviera, aunque apenas hablaban de él en sus parcas conversaciones, consistentes en monosílabos, cada cual en su propio idioma, o intercalando algunas palabras inglesas comunes, o casi siempre únicamente mediante signos. Cuando hablaban de él, tenían la halagadora deferencia de hacerlo en lo que consideraban la lengua del chico:

—*Chico de Boston mucho gusta cace a él* —decía Jim, señalando a lo lejos, a un cisne.

Otras veces, cuando cazaban una serpiente de agua rayada entre los juncos, Li Tee decía, imperturbable:

—*Chico melicano no gusta selpiente*.

Con todo, los dos días siguientes les depararon complicaciones e incomodidad física. Bob había terminado, o desperdiciado, todas las provisiones de los proscritos y, lo que era peor, la visita justiciera del chico, la escopeta y la vitalidad animal superabundante habían espantado toda la caza, que, engañada por el habitual silencio y sigilo de estos dos, confiaba en ellos. Pasaron hambre, pero no lo culparon. Cuando regresara todo volvería a su sitio. Contaban los días: Jim, con muescas secretas en el mástil largo; Li Tee, con una sarta de «suelto» de cobre que siempre llevaba consigo. Por fin llegó el gran día, un día cálido de otoño moteado de niebla de tierra que parecía humo blanco, con el bosque y el mar lisos y tranquilos; pero, aunque lo esperaban con confianza, el chico no apareció ni por tierra ni por mar. Pasaron todo el día en silencio, hasta que cayó la noche, cuando Jim dijo:

—*Quizá chico de Boston muerto*.

Li Tee asintió. A estos dos paganos les parecía que era la única explicación posible de que el chico cristiano hubiera faltado a su palabra.

A partir de entonces, y con ayuda de la canoa, iban a menudo a las marismas; cazaban por separado, pero a veces se encontraban en el camino por el que se había ido Bob y los dos se sorprendían. Estos sentimientos contenidos, que nunca expresaban con palabras

ni gestos, encontraron finalmente una vía de escape en el taciturno perro, que olvidó su acostumbrada discreción hasta el punto de plantarse un par de veces a la orilla del agua y permitirse una andanada de ladridos. Jim tenía la costumbre de retirarse determinados días a un sitio resguardado; se envolvía en la manta con la espalda apoyada en un árbol y se quedaba horas inmóvil. En el pueblo lo achacaban a los efectos de la bebida, «los horrores», lo llamaban, pero Jim decía que lo hacía cuando «el corazón» estaba «mal». Y ahora, por lo visto, a raíz de estos pensamientos sombríos, su corazón estaba «mal» con mucha frecuencia. Y de pronto una noche, tardíamente, llegaron las lluvias en alas del viento del sureste, derribaron el frágil refugio y lo arrastraron por la tierra; apagaron la hoguera, agitaron las aguas del golfo hasta que invadieron la frondosa isla y les silbaban en los oídos. Se llevó la caza lejos de la escopeta de Jim, rompió la red y se tragó el cebo de Li Tee, el pescador. Helados y hambrientos en cuerpo y corazón, pero más sumidos en el silencio que nunca, salieron a las turbulentas aguas del golfo en la canoa, escapando por los pelos con su miserable vida hacia las marismas de tierra firme. Aquí, en terreno enemigo, escondidos entre los juncos o arrastrándose por las matas, llegaron por fin al lindero del bosque que había al pie del pueblo. También aquí, crudamente acuciados por el hambre y ajenos a las posibles consecuencias, olvidaron toda precaución y Jim disparó un tiro contra una bandada de cercetas en las mismísimas afueras del pueblo.

Fue un disparo fatal que movilizó a las fuerzas de la civilización en su contra. Pues lo oyó desde su cabaña, cerca de las marismas, un leñador que había visto pasar a Jim. Era un hombre de frontera bondadoso y despreocupado que podía haberse guardado la mera presencia de los proscritos para sí; pero ¡el maldito disparo! ¡Un indio con una escopeta! ¡Esa arma prohibida por una ley que multaba y castigaba duramente a quien se la hubiera vendido! Eso había que investigarlo… ¡Había que castigar a alguien! ¡Un indio con un arma que lo hacía igual a los blancos! ¿Qué seguridad era esa? Rápidamente se acercó al pueblo a poner la información en conocimiento del agente de la ley, pero se encontró con el señor Skinner y se lo contó a él. Este dijo que no hacía falta acudir al agente, porque, alegó, ni siquiera había descubierto todavía el

paradero de Jim, y propuso reunir a unos cuantos ciudadanos armados para darle caza ellos mismos. Lo cierto era que el señor Skinner, poco satisfecho con el relato de su hijo sobre la pérdida de la escopeta, ató cabos y bajo ningún concepto quería que la autoridad legal identificara su escopeta. Y, lo que es más, se fue a casa y atacó inmediatamente al señorito con tanto ímpetu y con una descripción tan vívida del delito que había cometido y de los castigos que sufriría por ello que Bob confesó. El indio le había «robado la escopeta» y lo había amenazado de muerte si se lo contaba a alguien. Le contó que lo habían llevado de malos modos a la orilla y lo habían obligado a ir a casa por un camino que solo ellos conocían. En dos horas, todo el pueblo sabía que el infame Jim no solo tenía un arma ilegalmente, sino que además la había robado con violencia. El secreto de la isla y del camino de las marismas solo llegó a unos pocos.

Entretanto, los fugitivos pasaban las de Caín. Estaban tan cerca del poblado que no podían encender una fogata para no revelar su escondite y pasaron la noche temblando de frío el uno junto al otro en un matorral de avellanos. Pasaron viajeros que se apartaban del camino y, aunque no los descubrieron, ellos se asustaron y buscaron otro escondite para ese día y esa noche entre unas matas de grama salada, a merced del frío viento del mar; estaban helados, pero allí nadie los vería. Ciertamente era maravilloso cómo podían borrarse de la faz de la tierra en un terreno tranquilo y de lo más llano, gracias a un misterioso poder que tenían para quedarse completamente inmóviles. Para protegerse de miradas inquisidoras les bastaba colocarse al socaire de una parra lacia en medio de un prado o incluso en el estrecho lomo de un banco de arena de la playa, detrás del que pudieran tumbarse unas horas sin moverse. Entretanto, ya no hablaban, solo se seguían el uno al otro con el instinto ciego de los animales, pero nunca se equivocaban, como si conocieran los planes del otro. Es curioso que solo el verdadero animal, el perro sin nombre, fuera el que se impacientara y se comportara con cierta debilidad de temperamento muy humana. Se habían resignado a vivir escondidos, aceptaban el sufrimiento en silencio, pero ¡solo él se quejaba! Cuando el aire les traía determinados olores o ruidos, que ellos no podían percibir, al perro se le erizaba el lomo y enseñaba los dientes con un gruñido de furia

gutural. Sin embargo, su apatía era tal que ni siquiera habrían reparado en esto si no hubiera sido porque, la segunda noche, el perro desapareció de repente y volvió dos horas más tarde con las mandíbulas ensangrentadas: harto, pero todavía receloso e irritable. Hasta la mañana siguiente, arrastrándose a cuatro patas por la hierba, no encontraron el cadáver desgarrado y mutilado de una oveja. Los dos hombres se miraron sin decir palabra: sabían lo que acarrearía este acto de rapiña. Un nuevo clamor contra ellos: su hambriento compañero había contribuido a estrechar la red que los rodeaba. El indio gruñó, Li Tee esbozó una sonrisa ausente; pero, con los cuchillos y las manos, terminaron lo que había empezado el perro y fueron igualmente culpables. Aunque fueran paganos, no habrían podido acometer un delicado acto de responsabilidad ética de una forma más cristiana.

El que más sufría con tantas privaciones era Li Tee, el comedor de arroz. Era de natural apático, pero ahora esa apatía aumentó con cierto aletargamiento físico que Jim no alcanzaba a entender. Cuando se separaban, a veces se lo encontraba después tumbado boca arriba con una mirada muy extraña, y en una ocasión, desde lejos, creyó ver un vapor fino que se elevaba de donde estaba él, aunque se disipó al acercarse. Intentó despertarlo, pero su voz sonaba débil y arrastrada y le olía el aliento a medicina. Jim se lo llevó a un escondite más resguardado, un bosquecillo de alisios. Estaba peligrosamente cerca de un camino frecuentado, pero en su mente perturbada había surgido la idea imprecisa de que, a pesar de ser vagabundos los dos, Li Tee tenía más derecho a la civilización, porque algunos de su raza vivían entre los blancos y no los perseguían ni los encerraban en «reservas», como a su pueblo. Si Li Tee estaba tan enfermo, tal vez lo encontraran y lo cuidaran otros chinos. El propio Li Tee, en un momento de lucidez, dijo: «*Yo muele*… igual que chico *melicano. Tú muele*… Todos igual», y después volvió a tumbarse con los ojos vidriosos. Lejos de asustarse al verlo, Jim atribuyó este estado a algún encantamiento que su compañero hubiera invocado de uno de sus dioses, de la misma forma que había visto caer en extraños trances a los «hombres médicos» de su tribu, y se alegró de que el chico dejara de sufrir. Pasaban las horas y Li Tee seguía durmiendo. Jim oyó las campanas de la iglesia y supo que era domingo: el día en que el agente de la

ley lo echaba de la calle principal; el día en que cerraban las tiendas y las tabernas solo abrían por la puerta de atrás. El día en que ningún hombre trabajaba y, por ese motivo, aunque él no lo sabía, el día que eligieron el ingenioso señor Skinner y unos cuantos amigos porque les pareció el más conveniente y favorable para emprender la persecución de los fugitivos. Las campanas no permitían adivinarlo, pero el perro dio un mordisco al aire y se le erizó el lomo. Después, el indio oyó algo más a lo lejos, algo impreciso, que le arrancó un chispazo de los ojos turbios, alivió la gravedad de su rostro hebraico e incluso tiñó levemente sus altos pómulos. Se tumbó en el suelo y aguzó el oído conteniendo la respiración. Ahora lo oyó claramente. Era el chico de Boston, y lo que decía era: «¡Jim!».

Al volverse, impasible como siempre, hacia Li Tee, se le apagó la chispa de los ojos. Lo sacudió mientras le decía brevemente: «¡El chico de Boston! ¡Ya vuelve!». Pero no hubo respuesta. El cuerpo muerto rodó, inerte, bajo su mano; la cabeza cayó hacia atrás y la mandíbula se abrió, suelta bajo la pálida cara amarilla. El indio lo miró lentamente y después, con gravedad, se volvió de nuevo hacia la voz. Sin embargo, se quedó perplejo porque, además de la voz, se oían otros ruidos, como pasos de pies torpes y furtivos. Pero la voz lo llamó otra vez: «¡Jim!» y, llevándose las manos a los lados de la boca, respondió con un ruido grave. A esto siguió un silencio y de pronto oyó la voz, la del chico, otra vez, ahora muy cerca, que decía, entusiasmado:

—¡Ahí está!

Entonces el indio lo entendió todo. De todos modos, su expresión no cambió al coger la escopeta; un hombre salió del bosquecillo al camino:

—Suelta esa escopeta, maldito indio.

El indio no se movió.

—¡Suéltala, te digo!

El indio siguió erguido e inmóvil.

Un disparo de rifle sonó entre los árboles. Al principio parecía que no había dado al indio y el hombre que había hablado apuntó con su arma. Pero al momento la alta figura de Jim se derrumbó y quedó en el suelo como un simple bulto con una manta.

El hombre que había disparado se acercó con la actitud

displicente de los conquistadores. Pero de repente se le echó encima un fantasma horrible, la encarnación de lo salvaje: un ser de ojos refulgentes, colmillos que destellaban y aliento caliente de carnívoro. Ni tiempo tuvo de gritar: «¡Un lobo!», antes de que las mandíbulas lo apresaran por la garganta y cayeran los dos rodando por el suelo.

Pero no era un lobo, como lo demostró el segundo disparo, sino el sigiloso perro de Jim; el único de los proscritos que, en aquel momento supremo, recuperó su verdadera naturaleza.

Apéndice. Los argonautas del 49

(1882)

Puesto que gran parte de mis escritos son sobre los argonautas de 1849, me propongo, a modo de introducción, disertar brevemente sobre un episodio de la vida americana tan típico y peculiar como el de los aventureros griegos cuyo nombre he tomado en préstamo. Se trata de una cruzada sin cruz, de un éxodo sin profeta. No es un relato bonito; no creo que sea instructivo siquiera. Es sobre una clase de vida de la que tal vez lo mejor que pueda decirse es que ya no existe.

Permítaseme hacer primero un esbozo del país que crearon de nuevo estas gentes y de la civilización que desplazaron. California fue el país cristiano más desconocido a lo largo de tres siglos. Pesaban sobre él el brillo y el encanto de la tradición y el descubrimiento españoles. En un mapa inglés figuraba como una isla. Allí se encontraba el río de Los Reyes (algo así como un Misisipi glorioso), cuyo descubrimiento se atribuía De Fonte[39], que entraba directamente hasta el corazón del continente. También el estrecho de Anián —precursor profético del ferrocarril del Pacífico—, el que Maldonado afirmó haber cruzado hasta el Atlántico norte. Otro descubridor español declaró mendazmente que había llegado desde el Pacífico hasta el lago Ontario por el río Columbia, en el que, me complazco en decir, halló un navío yanqui procedente de Boston cuyo capitán le informó de que era él quien había llegado desde el Atlántico unos pocos días antes. Los viejos filibusteros perseguían a los tímidos galeones filipinos por la accidentada línea de la costa y en el mayor de sus golfos, junto a la actual Puerta del Oeste —San Francisco—, sir Francis Drake recaló

dos semanas para arrancar los percebes de sus quillas corsarias. Hace apenas veinticinco años una compañía de buscadores de oro que llegó a las arenas del Pacífico cerca de Puerto Umpqua encontró grandes restos de cera derretida profundamente incrustados entre las costillas rotas y requemadas de un barco naufragado en la antigüedad. Este hallazgo prendió inmediatamente en el corazón californiano y pocas semanas después, un centenar de hombres, o más, cavaban, excavaban y arañaban buscando el tesoro del galeón filipino. Por fin encontraron —¿qué creen ustedes?— unos pocos alfanjes con un sello inglés en la hoja. Sir Francis Drake, el emprendedor, el galante —y un poquito pirata—, ¡había estado allí antes que ellos!

Con todo, corrían tiempos pacíficos, idílicos, en California. La limpia corriente del río Sacramento cruzaba el gran valle central hasta depositar sus aguas en un golfo majestuoso que todavía no conocía las turbulencias de las quillas ni el desasosiego de los muelles. La campana de San Bernardino tocaba el ángelus, del que se hacían eco las torres de todas las misiones a lo largo de la costa, llamando noche tras noche a los fieles a la oración y a dormir antes de las nueve. Leguas de avena silvestre, antepasadas de los grandes campos de trigo que abarrotan ahora los mercados, bajaban la cabeza con indolencia en las faldas de las montañas; un gran número de rebaños de ganado salvaje, cuya piel y cuernos constituían el único y escaso comercio en aquellos días, vagaban por las llanuras ilimitadas sin haber visto nunca otro ser humano que el *vaquero* que cabalgaba una vez al año en su indómito mustang, al que consideraban, igual que los antiguos indígenas a la caballería española, un solo ser individual. Las cabañas de los indios neófitos (que se vestían, con limpieza y sin lujos, de barro) se apiñaban alrededor de los muros blancos de los edificios de la misión. El orden secular corría a cargo de los *presidios*, con una dotación de doce militares rasos, y en los *pueblos* dispersos unos rústicos alcaldes dispensaban, como Sancho Panza, sabiduría proverbial y equidad práctica a los bucólicos litigantes. Un día, consultando unos documentos legales españoles, descubrí un ejemplo notable de la sagacidad del alcalde Felipe Gómez, de Santa Bárbara. Una mujer injuriada acusaba a su marido de dar serenatas a la mujer de otro. Se llamó a juicio al marido desleal y a su

seductora guitarra.

—Toque —dijo el alcalde al alegre don Juan.

El desdichado tuvo que repetir la actuación amorosa de la noche anterior.

—No veo aquí —dijo el excelente alcalde después de una pausa — otra cosa que una voz infame y un estilo deplorable. Desestimo la queja de la *señora*, pero culpo al *señor* de romper vilmente la paz de Santa Bárbara.

Eran tiempos felices y tranquilos. Los propietarios de ranchos antiguos gobernaban al estilo de los patriarcas y vivían según una época de patriarcas. En una tierra de características semitropicales con un clima completamente original por sus condiciones prácticas, una raza latina laxa dormía y fumaba al sol la mitad del año y creía que había descubierto ¡una nueva España! Cuando despertaron del sueño vieron que eran extranjeros en su propio país y ni siquiera conocían el tesoro que les habían mandado guardar. Un terremoto político y social más potente que la mayor convulsión física que hubieran vivido sacudía los cimientos de la tierra y, de repente, entre los estratos desgarrados y las fisuras abiertas, el tesoro empezó a brillar ante sus ojos.

Aunque el cambio les sobrevino repentinamente, lo había ido prefigurando un encadenamiento de circunstancias cuyos eslabones lógicos no pasarían por alto los futuros historiadores. No fue porque un peón encontrara fortuitamente unas cuantas pepitas de oro en Sutter's
Mill, sino que, desde hacía tiempo, el camino se había ido abriendo poco a poco y, con él, las puertas a los que habrían de aprovecharse del hallazgo. Los auténticos pioneros de la banda sin ley ni religión cuya historia reproduzco ahora eran las religiones más antiguas y más nuevas que se conocen. ¿Han reparado alguna vez los americanos en que el derecho a California se lo deben a la Iglesia católica y a la hermandad mormona? Y, sin embargo, los dos grandes comendadores de los argonautas del 49 fueron el padre Junípero Serra tocando su campana en las tierras salvajes de los infieles del norte de California y Brigham Young guiando a sus legiones hambrientas desde Nauvoo hasta Salt Lake. Toda la emigración que, antes del descubrimiento del oro, llegó a los valles de Oregón y California y medio americanizó la Costa Oeste habría

perecido, por cierto, de no haber sido por la providencial creación del oasis de Salt Lake City. Las trémulas reatas de bueyes intoxicados por las aguas alcalinas y los conductores de ganado, desesperados, con los pies llagados, encontraron descanso y auxilio en el asentamiento mormón. La fragata británica que fondeó en el puerto de Monterrey con un par de días de retraso vio la bandera americana que había cruzado el continente ¡ondeando en la cruz de la catedral! Si hubiera llegado un día antes, esta historia podría haber llevado el sello inglés.

¿A nuestros amigos los argonautas les afectaron estas coincidencias de alguna manera? Creo que no. Cultivaban ese desprecio arrogante por la raza sureña de acento peculiar heredada del linaje anglosajón. No se dejaban llevar por supersticiones fantásticas, no los exaltaba ninguna misión especial ni los estimulaba una gran ambición; eran escépticos con todo, incluso con el vellocino de oro, hasta que lo veían con sus propios ojos. Eran ecuánimes con su destino y aceptaban lo que les deparase con una especie de filosofía pagana.

—Si no hay oro, ¿qué vais a hacer con estas artesas de conducir el agua? —preguntó un emigrante recién llegado a su amigo.

—Pueden ser ataúdes de primera —respondió el amigo, con la llaneza del que ha calculado todas las posibilidades.

No quemaron las naves al llegar, como Pizarro, pero desmantelaron la bella Argo y la dejaron pudrirse en su muelle cólquido. Los marineros embarcaban solo para el viaje de ida, nadie pensaba en volver, ni siquiera los que esperaban el fracaso. Fértiles en recursos, amañaban los fracasos hasta darles cierto viso triunfal. Había en San Francisco hasta hace poco una casa de los primeros tiempos cuyos cimientos eran cajas llenas de tacos de tabaco de mascar. El consignatario había encontrado un superávit en el mercado de tabaco, pero la madera para cimientos ¡estaba carísima! Un argonauta, nada más llegar, se quedó asombrado al reconocer al barquero que lo llevó a tierra, y que le cobró la modesta suma de cincuenta dólares por el servicio: habían sido compañeros de clase en Oxford.

—¿No estabas en el cuadro de honor de matemáticas en el 43?

—Sí —dijo el otro significativamente—, pero también era el primer remero contra Cambridge.

Aunque los años de educación superior a veces no lograban el reconocimiento pecuniario, sí constituían un haber inactivo y a veces incluso infundían cierta peculiaridad física. La primera vez que desayuné en un restaurante de Long Wharf, me obsesionó todo el tiempo el ligero parecido que tenía el camarero que me atendió con un caballero al que admiraba de pequeño porque me parecía el paradigma de la elegancia, la urbanidad y el éxito social. No le dije nada, pues temía insultarlo —llevaba un revólver— con esta comparación; pero después pregunté al dueño, que me confirmó la sospecha.

—Es muy hábil —me dijo el hombre—, sabe hablar con elegancia con los clientes mientras esperan a que les sirvan los pasteles y les hace olvidar el hambre que tienen.

Con un gran deseo de devolver a mi viejo conocido a su categoría anterior, pregunté si no sería posible cubrir su puesto.

—Me temo que no —dijo el dueño, suspicaz de pronto, y añadió —: No creo que usted sirva.

Fue esta maravillosa capacidad de adaptación, y tal vez la influencia de un clima que producía fruta fuera de temporada, lo que contribuyó al éxito de los argonautas o, al menos, mitigó sus fracasos. Uno que ahora es abogado distinguido, notable por su constitución hercúlea, llegó aquí sin un centavo —o, mejor dicho, sin veinte dólares— para pagar el transporte de su baúl hasta el hotel. Se lo cargó al hombro y echó a andar dando todavía traspiés, pues acababa de desembarcar, cuando se le acercó un desconocido, le dijo que no llevaba ni «media carga», discretamente añadió su maleta a la carga del abogado, le dio diez dólares y su dirección y se fue antes de que el letrado saliera de su asombro. Sin embargo, la maleta llegó puntualmente a su destino y el abogado se felicitaba a menudo por la facilidad relativa con que había ganado su primer emolumento.

Esta capacidad de adaptación se debía en gran parte al carácter de las personas, aunque no estaría bien decir ahora en qué consistía ese carácter. Al menos prefiero dejar las críticas hasta que pueda añadir a la tranquilidad la distancia del historiador. Algunas de sus características se encuentran convenientemente ilustradas en la sincera autobiografía de aquellos dos caballeros que llevaron a cabo un pequeño encargo de Macbeth en relación con Banquo. Lejos, en

otras partes del continente, habían dejado desconcertados y consternados a familiares, acreedores e incluso, en algunos casos, a agentes de la ley. Algunos hombres casados habían abandonado a sus mujeres —en casos extremos, incluso a la mujer de otro— y habían buscado refugio en este puerto. Tampoco era posible discernir, por su apariencia externa ni por sus actos cotidianos, si tales o cuales podían contarse entre los culpables de estas acusaciones. A veces los mejores tenían los peores antecedentes y los peores gozaban de un historial puritano sin mácula.

—Parece que los chicos han repartido cartas nuevas para todos —me dijo un día el señor John Oakhurst, con la confianza natural de quien es consciente de su habilidad para ganarme dinero y no se puede saber quién resultará ser rey y quién sota.

A propósito de esta anécdota, conviene aclarar que el señor John Oakhurst provenía de una familia en la que los juegos de azar se consideraban pecaminosos por frívolos y divertidos, pero que jamás había imaginado que pudieran ser herramientas de especulaciones provechosas e incluso gravemente trágicos.

—Y pensar —dijo el señor Oakhurst al levantarse después de jugar diez minutos y ganar cinco mil dólares—, y pensar que hay gente que cree que las cartas son una pérdida de tiempo…

Tal era el carácter y tales los antecedentes de los hombres que dieron el pintoresco color dominante a la vida en aquella época. Sin duda, en los documentos de la antigua Argo, el plan de salud moral era más limpio, pero carecía de un sentido de la aventura tan distinguido y original. No se debe inferir de esto que no existiera también entre ellos, pero diferenciada, una clase respetable tanto en número como en moralidad. Aunque aquí no tiene cabida sino como telón de fondo del perfil destacado y la figura sobresaliente de los argonautas. Dominaba el carácter y el más fuerte no era siempre el mejor. Permítanme que los acerque un poco. Permítanme dos bocetos de ellos: uno entre los suyos, en su ciudad costera; otro en su cabaña solitaria de los campos de las Sierras.

Corre el memorable invierno del 52, un invierno californiano típico, que no se parece a nada que pueda conocer el lector; un invierno de cuyo nido nevado en las Sierras se liberó la primavera aleteando con sus plumas nuevas sin necesidad de luchar. Es una estación de lluvias y pastos que crecen, de noches largas de

chaparrón y días de nubes y sol. A algunas horas parece que la tierra inquieta late bajo nuestros pies y que el cielo guiña sus ojos azules entre pestañas de nubes. En las profundidades umbrías de las cumbres se forman depósitos inmensos de nieve que después inundarán las llanuras, y las gentes errantes y añoradas de las tierras bajas mirarán con temor la gran expansión de agua, un lago que podría enterrar el estado de Massachusetts en sus amarillas profundidades. Las faldas de las montañas se adornan con flores alegres y, como en el antiguo cuento de hadas, cada palabra que sale de los labios de la bondadosa primavera cae al suelo en forma de rubí o esmeralda. Y, sin embargo, dicen que es «una estación difícil» y la harina se pone a cincuenta dólares el barril. En San Francisco hace dos semanas que llueve sin parar. Las calles están prácticamente intransitables por culpa del barro y algunos de los socavones más hondos se han tapado con tablones. Hay pocas farolas públicas, pero los comercios todavía están iluminados y las calles se llenan de hombres de luengas barbas y botas altas que buscan distracciones nuevas, la única forma que se les ocurre de divertirse después de la febril lucha diaria. A veces es un carruaje que va de paso —un carruaje fenomenal, uno de la media docena que se conocen en la ciudad— y que se queda atascado sin remedio; entonces lo rodean al instante un puñado de manos voluntariosas, encantadas de recibir como única recompensa una mirada femenina por la ventanilla, aunque sea de un rostro demacrado, pintado o sencillamente feo. O tal vez en el teatrito, donde el llanto de un niño entre los espectadores arranca una tumultuosa ola de «¡Otra, otra!» que hace temblar todo el edificio. O quizá en la cantina del dorado *saloon*, cuando alguien irrumpe de pronto con los brazos extendidos en ángulo recto, simulando con esta pantomima la señal de Telegraph Hill que anuncia la llegada de un vapor de ruedas que trae «cartas de casa». O, a veces, la larga cola de casi un kilómetro que se forma después en la oficina de Correos. O los impacientes que la recorren de punta a punta ofreciendo cincuenta dólares, cien, doscientos, trescientos y quinientos por que les dejen «colarse». O el hombre demacrado que rompe nerviosamente el sobre que le ha llegado, se queda sin resuello un momento, pierde el conocimiento y cae redondo delante de sus compañeros. O puede que estalle una reyerta y se oiga un disparo en las calles, pero en el 52 esto no era

emocionante.

El principal centro de interés es siempre el salón de juego. Hay cuatro —los edificios públicos más grandes de la ciudad— y están llenos toda la noche. No se llega a ellos por pasadizos misteriosos ni hay vigilantes en la puerta, sino que se abren francamente a la calle e invitan a entrar con su oropel, sus luces, su calor y su música. Aunque parezca mentira, el ambiente es curiosamente decoroso. Son los establecimientos más silenciosos de San Francisco. No hay borrachos ni peleas, tampoco grandes júbilos ni decepciones. A estos hombres, que ya han apostado la salud y la fortuna al emigrar, no les afectan mucho las apuestas menores al rojo o al negro ni la carta que se descubre. Los empresarios que llevan apostando todo el día en su negocio legal no encuentran aquí motivo de emociones exageradas. Cuando suena la música, una calma reflexiva lo invade todo; la gente va de unas mesas a otras sin hacer ruido, como si la suerte fuera nerviosa, además de caprichosa; si un bastón cae al suelo, todo el mundo se vuelve a mirar, una exclamación o una carcajada estridente causan una virtuosa indignación. También se ven por aquí algunas noches a los ciudadanos más respetables, aunque tal vez no jueguen. Aquí se reencuentran sin temor y sin reproches viejos amigos que tal vez se despidieron a la puerta de la iglesia en otro estado. Todas las condiciones y clases sociales están aquí representadas. Una noche, en una mesa en la que se jugaba al faraón, un jugador se escurrió de pronto del asiento y cayó muerto al suelo. Tres médicos, jugadores también, lo examinaron brevemente y concluyeron que había fallecido de una enfermedad del corazón. Instantáneamente, el juez de instrucción, que estaba sentado al lado de la banca, nombró jurados a todos los jugadores; estos dejaron las cartas, pronunciaron sin tardanza un veredicto acorde con los hechos y ¡siguieron jugando!

Esto no significa que, bajo esta superficie serena, no se dieran a menudo sentimientos fuertes. Un hombre del oeste, que había ganado unos cuantos miles de dólares en las minas, llegó a San Francisco dispuesto a embarcar rumbo a casa. La víspera del viaje entró en el *saloon* Arcade, se sentó en una mesa con gran desinterés, apostó veinte dólares en oro y ganó. Y volvió a ganar sin cambiar la apuesta. En resumen, fue la vieja historia que tantas veces se ha contado: que ganó una fortuna en dos horas y que una

hora después se levantó de la mesa arruinado. Bien, pues… el vapor zarpó sin él. Era un hombre sencillo que no conocía mucho el mundo, y la suerte repentina y el revés, igual de repentino, casi lo volvieron loco. No se atrevió a escribir a su mujer, que estaba esperándolo; le faltaron agallas para volver a las minas y rehacer su fortuna. Una atracción fatal le impidió moverse de allí. Encontró un empleo humilde en la ciudad y perdía regularmente lo poco que ganaba en el mismo sitio en el que lo había perdido todo. Aparecía en la mesa de juego demacrado y desmejorado tan a menudo como el que repartía. Y así pasó un año. Había olvidado a la mujer que lo esperaba, pero ella no. Con infinito esfuerzo, se procuró pasaje a San Francisco y llegó al muelle con su hijo y sin blanca. En estas condiciones extremas de necesidad, contó sus circunstancias a un desconocido que pasaba por allí… tal vez al que menos le hacía falta conocer: el señor John Oakhurst, ¡un tahúr! La llevó al hotel y, con discreción, le proporcionó todo lo que necesitaba en ese momento. Dos o tres noches después de este suceso, el hombre del oeste, que seguía jugando en la misma mesa, ganó una apuesta sin importancia tres veces seguidas, como si la suerte fuera a visitarlo una vez más. En ese momento, el señor Oakhurst le puso una mano en el hombro.

—Te doy —le dijo en voz baja— tres mil dólares por la siguiente jugada.

El hombre vaciló.

—Tienes a tu mujer en la puerta —prosiguió el señor Oakhurst sin levantar la voz—. ¿Aceptas? ¡Rápido!

El hombre aceptó, pero el espíritu jugador se había hecho fuerte en él y (tal vez el señor Oakhurst lo hubiera previsto) esperó a ver el resultado de la jugada. ¡El señor Oakhurst perdió! Con una mirada de agradecimiento, el hombre se volvió a él, cogió los tres mil dólares y se fue rápidamente, como si temiera un repentino cambio de idea.

—Mal ojo has tenido aquí, Jack [40] —dijo un amigo inocentemente, sin percatarse de la sonrisa que se dirigían Jack y el repartidor.

—Sí —dijo Jack con frialdad—, pero ya estaba harto de ver a ese tipo por aquí.

—Pero —insistió el amigo, alarmado— no querrás decir que

tú… —vaciló.

—Quiero decir, mi buen muchacho —dijo Jack—, que esto que has visto lo habíamos acordado entre el repartidor y yo. Es la primera vez —añadió con seriedad, y lo juró, cosa que creo que apuntaría al instante el ángel registrador en el haber de Jack—, es la primera vez que hago trampa.

La vida social tenía su aquel. Los caballeros hacían las visitas de Año Nuevo ataviados con botas altas y camisa roja de franela. Años más tarde, la mujer de un viejo pionero enseñaba una silla con un agujero en el cojín, que, el día de la visita, había hecho un caballero al sentarse de repente sin saber muy bien lo que hacía y se le había disparado la pistola. Los hombres que mejor vestían eran los jugadores; en cuanto a las señoras, el premio quedaba desierto. En la reuniones y fiestas no se bailaba por culpa de las desafortunadas complicaciones que se derivaban de la gran desproporción en número entre acompañantes y damas. La ingeniosa adopción de la danza llamada cuadrilla, de ir pasando por cada grupo con un compañero diferente para cada figura, fue idea del fértil cerebro de una bella de San Francisco que sufría un acoso asfixiante. La mujer de un oficial del ejército me contó que nunca pensaba en volver a casa con el mismo acompañante y a menudo la acompañaba lo que ella llamaba «todo un pelotón».

—Hasta ahora —me dijo— no entendía lo que quería decir «el placer de su compañía».

Sin duda, estando tan bien atendida no correría ningún peligro.

Así era la vida en la ciudad de los argonautas, con sus peculiaridades más sobresalientes suavizadas y domeñadas por la llegada constante de foráneos del este y la partida de sus ciudadanos hacia el interior. A medida que los vapores llegaban del este con más caras nuevas se efectuaban los cambios correspondientes de especie, modales y moral. Cuando aparecieron trajes elegantes en las calles y los hombres blasfemaban menos, la gente empezó a poner cerradura en la puerta de casa y los bienes transportables ya no se dejaban a la intemperie por la noche. Con la construcción de edificios sólidos surgió la propiedad inmobiliaria, y los más ricos echaban de su lado a los hermanos que seguían viviendo en las viejas tiendas. San Francisco se vio desnuda y se avergonzó. La antigua hermandad de los argonautas, con su fiera

sinceridad, su carácter terriblemente directo y su patética sencillez, quedó destruida. A algunos les dio igual quedarse en un palacio de placeres sensuales y materiales semejante al de Circe, pero la especie argonauta se fue a las montañas, y allí es a donde me propongo trasladarles ahora a ustedes.

Es un país único y singular. Aquí la naturaleza es tan cruda y está tan sin formar y tan incompleta como la vida misma. Es como si la gente hubiera llegado aquí mil años antes de tiempo, antes de que la gran anfitriona lo tuviera todo preparado para recibirla. La silenciosa inmensidad de los bosques y la humedad del sotobosque de helechos gigantescos recuerdan a una remota época carbonífera. Los árboles son monstruosos, sombríos y monótonos en su semejanza. Todo es nuevo, crudo y extraño. Las hojas de hierba son enormes y crecen muy separadas, sin formar una alfombra sobre el suelo; hasta las pocas flores alpinas que nacen son raras y carecen de olor. Este paisaje no es suave, ni tierno ni bucólico. Ni Teócrito habría sido capaz de poner melodía al habla de estos rústicos pastores, con su pipa de raíz de escaramujo y su revólver colgado a la espalda. Abundan las grandes extensiones de rocas y precipicios, largos intervalos de colladas y *cañones* y lapsos repentinos de vacío horrible en forma de precipicios. Los claroscuros son rembrandtinos y, sobre este fondo, la más difusa silueta humana destaca sombríamente.

Al principio vivían en tiendas; después, en cabañas. El clima era benigno y podrían haber dormido al raso todo el año, como preferían muchos, menos cuando llovía y se hacían con el más rudimentario de los refugios. A medida que aumentaba la ambición, podían cercar un pequeño terreno y cultivarlo, pero en los primeros años se consideraban a sí mismos arrendatarios sin compromiso y no querían plantar en el suelo nada que no pudieran llevarse. Tardaron tiempo en dotar las cabañas de chimenea precisamente porque no se la podían llevar. Todavía hoy se pueden ver en los campos mineros abandonados las chimeneas de adobe que quedaron al aire libre cuando se llevaron a otra parte las cabañas que las cobijaban. Las labores domésticas eran de lo más elemental. Durante muchos meses, el único utensilio de cocina con el que contaban fue la sartén. El minero itinerante la llevaba colgada a la espalda como el trovador la guitarra. En ella freían el pan, las

alubias, el tocino e incluso el café. Habrían sucumbido de no haber sido por el aire balsámico y tonificante de la naturaleza. Afortunadamente comían pocas veces y poca cantidad cada vez; afortunadamente los inventos de la madre Este satisfacían sus necesidades. Su progresión por estas montañas solitarias quedó marcada con latas de conserva que decían: «Ostras de cueva», «Maíz dulce Shaker», «Levadura en polvo», «Galletas saladas Boston» y cosas por el estilo. Pero, cuando llegaban la adversidad y el desconcierto, el principal sustento eran ¡las alubias!, el único legado de la California española: la confraternización del conquistador y el conquistado con una olla de alubias de por medio.

La vestimenta del argonauta era peculiar. Sabía manejar la aguja, aunque no fuera un gran sastre, y le gustaba remendar la ropa hasta que la tela original desaparecía bajo una nube de parches. El saco de harina era fundamental para la subsistencia. Cuando el contenido había alimentado y confortado al hombre por dentro, el continente lo vestía por fuera. En aquella primera época, dos caballeros respetables perdieron su identidad por efecto de las etiquetas demasiado visibles que llevaban en la culera de los pantalones, y en el campamento los llamaban con toda formalidad «Genesee Mills» e «Eagle Brand». En las minas del sur se compró gran cantidad de ropa de marinos que el Ministerio de Marina había desechado y subastado, y así, todo aquel año, los sombríos colores de los bosques de Stanislaus y Merced parecían más claros gracias a los pantalones blancos y las camisas azules y blancas de los marineros de tierra. Es curioso que la única nota pintoresca de color de su atuendo se debiera a la casualidad y a una costumbre desaseada e indolente. El pañolón de algodón basto azul, verde o amarillo era muy útil cuando hacía calor, atado por dos puntas y echado sobre los hombros como una capa. Sobre un fondo de follaje verde oliva, siempre causaba un efecto llamativo y calidoscópico. El sombrero blando de fieltro, de ala ancha, llamado desde entonces «sombrero californiano», era lo único con lo que se cubrían la cabeza. Quien llevara un sombrero de copa alta, si no era jugador o clérigo, merecía un bofetón bien justificado.

Eran unos hombres singularmente bien parecidos. No solo por sus músculos desarrollados y una gracia antigua, que debían al ejercicio al aire libre y a una libertad ilimitada de brazos y piernas,

sino también por el color, la expresión e incluso la suavidad del contorno. Casi todos eran jóvenes de barba virginal, suave, sedosa y rizada. No siempre tenían tiempo para cortarse el pelo, que, por lo general, les cubría los hombros, como la coleta de Carlos II [41]. Algunos rostros recordaban al *Savoir* [42] de Delaroche. Había tipos gallardos, de ojos atrevidos, insolentes y garbosos, o temerarios y caballerosos que habrían hecho las delicias de Meissonnier [43]. Añadamos a esto el elemento foráneo de chilenos y mexicanos y encontraremos una combinación de forma, luz y color como no se encuentra en ninguna comunidad anglohablante moderna. Al atardecer, en la carretera de la montaña roja, una reata de mulas de transporte mexicanas tal vez avance lentamente por las curvas hacia la llanura. Los animales llevan una manta de colores alegres debajo de las alforjas; la mula que va en cabeza lleva música de campanillas y gualdrapa vistosa; los arrieros van con el traje tradicional, un *sarape* a rayas rojas y negras, pantalones de gamuza abiertos desde la rodilla y flecos con botones metálicos, y una espuela de plata en cada talón con una ruedecilla de siete centímetros y medio de diámetro. Todo ese magnífico pintoresquismo visible no le iba a la zaga a la expresión y carácter de estos hombres. Hacían gala de una hospitalidad bárbara y de una generosidad espontánea. Cuando reconocían un mérito siempre lo expresaban pecuniariamente, tanto si se trataba de dar iglesia y casa a un predicador que les gustara como en forma de una lluvia de oro digna de Danae [44] sobre la bonita persona de una actriz famosa. Los mendigos no tenían que mendigar, cualquier hombre compasivo que estuviera cerca iniciaba una colecta sombrero en mano. Era una generosidad competitiva y acumulativa. El germen de los millones que tendría el Tesoro de la Comisión Sanitaria [45] durante la gran Guerra de Secesión brotó en una cantina de San Francisco.

—Esos muchachos heridos tienen que estar pasándolo muy mal —dijo un hombre que estaba tomando un trago—, y lo siento por ellos.

—¿Cuánto lo sientes? —preguntó un jugador.

—Quinientos dólares —respondió el primero con aire emprendedor.

—Veo esos quinientos y ¡subo a mil! —respondió el jugador

poniendo el dinero en la mesa.

En media hora se mandaron por telégrafo quince mil dólares de San Francisco a Washington, y así nació esta gran institución nacional caritativa, abierta tanto a los del norte como a los del sur, reforzada después con tres millones de dólares de oro californiano.

Esta liberalidad tan aparentemente inconsciente tenía a menudo un sagaz fondo práctico. Es de todos conocido que, después del gran incendio de Sacramento, la primera aportación para reconstruir la iglesia metodista la hizo un jugador famoso. El buen pastor la aceptó, pero no pudo evitar preguntarle por qué no destinaba el dinero a la construcción de otra casa de juego.

—Eso sería un tanto monótono, amigo —respondió el jugador con total seriedad—, y lo que hace falta en una gran ciudad es variedad.

En materia de amistad, eran espléndidamente leales. Es posible que la falta de mujeres y deberes domésticos revirtiera la corriente de ternura y sentimiento hacia los compañeros. Ser el «socio» de alguien significaba mucho más que un interés pecuniario o mercantil común; significaba ser amigos en lo bueno y en lo malo, en la fortuna y en la adversidad, ser inseparables: ¡sentir celos el uno del otro! Me temo que muchos argonautas eran más fieles a su socio de lo que nunca lo habían sido a su mujer; a algunos no los pudo separar ni la muerte y se quedaron solos y fieles al amigo desaparecido. Insultar al socio de uno era insultarlos a los dos; interponerse entre dos socios si se peleaban era tan peligroso e incierto como meterse a pacificador en una disputa conyugal. La posibilidad de actos heroicos como los de Damón y Fintias siempre estaba presente[46]; algunos hombres cumplían todas estas condiciones y, lo que es mejor, sin tener la menor idea de que eran unos clásicos, sin mitología en la que apoyarse y poco conscientes de una fe posterior simbolizada por el sacrificio. En estos casos a veces se daban las mismas combinaciones curiosas que en las relaciones matrimoniales: un hombre alto con uno bajo; un joven delicado y enfermizo con un hombre maduro, fuerte y corpulento; un carácter retraído con uno espontáneo y exuberante. Y, sin embargo, a pesar de las disparidades, la fidelidad que se profesaban ciega e irracionalmente era siempre una constante. Es cierto que a veces tanto celo sobrepasaba la discreción. Cuentan que un

forastero que estaba en San Francisco se permitió algunas críticas de cariz religioso y se encontró de pronto tirado en el suelo, a los pies de un hombre de Kentucky muy enfadado que lo apuntaba con un revólver. La gente preguntó qué había pasado; el hombre, con cara de pena, enfundó el revólver.

—No tengo nada contra este forastero, pero hace un minuto dijo algo contra los cuáqueros y quiero que comprenda que mi socio es cuáquero y ¡un hombre muy pacífico!

Me gustaría dar una idea de la vida familiar que llevaban, pero había muy pocas mujeres y menos hogares dignos de tal nombre. Las virtudes domésticas se ensalzaban por encima de todo; la mujer ideal siempre llevaba una pensión y servía a los amigos de su marido. En algunos casos raros, la mujer, corona para su marido, era lavandera, además.

Hubo una de estas mujeres características que vivía en un pequeño campamento de las Sierras. Su marido era de Texas, un gigante bonachón que seguramente se había ganado el respeto del campamento tanto por su amable debilidad como por su enorme fuerza física. Ella era del este; creo que había sido maestra de escuela y había vivido en la ciudad hasta que se casó y emigró. Tal vez no fuera muy atractiva, pues carecía de belleza física, los años la habían estropeado bastante y las pocas cosas de las que podía presumir —ligeros conocimientos de francés, italiano, música, la clasificación científica de las plantas, filosofía natural y la retórica de Blair[47]— no le servían de nada entre los habitantes masculinos de Ringtail Cañón. Sin embargo, todo el mundo quería a tía Ruth, como la llamaban, o «querida señora Richards», y hasta el último minero del campamento la tenía idealizada, elevada a la categoría de tía, madre o hermana, según cada cual. Ella les correspondía con mil detalles: les remendaba la ropa, cuidaba a los enfermos e incluso les escribía largas cartas para la familia.

Un día cayó enferma. Nadie sabía qué le pasaba exactamente, pero languidecía poco a poco. Cuando le quitaron de los hombros la carga de las tareas domésticas, daba largos paseos por el monte y al atardecer se la veía a menudo en la cresta más alta, mirando hacia el este. Finalmente la encontraron allí rendida, sin conocimiento —a raíz, dijeron, del agotamiento— y le recomendaron que no volviera a salir de casa. Y así lo hizo, ni siquiera salía de la cama. Al

cabo de un tiempo, para asombro de todos, murió.

—¿Sabes de qué dicen que ha muerto la señora Richards? —preguntó Yuba Bill a su socio—. Según el médico, ha muerto de nostalgia.

—¿Qué demonios es nostalgia? —preguntó el socio.

—Pues algo así como el deseo de ir al Cielo.

Y es posible que tuviera razón.

Se pude afirmar que, en general, los argonautas no sufrían por motivos sentimentales y vivían completamente libres del aliado más peligroso de los sentimientos: el sentimentalismo. Gozaban sardónicamente despojando su forma de hablar de toda delicadeza rimbombante; tenían una forma sarcástica de eliminar todo lo poético o imaginativo y dejar solo los hechos en su desnudez. Con ese estilo tan terriblemente directo, cuando se permitían alguna desviación en la expresión, lo hacían con crueldad y sin miramientos. En los primeros tiempos, la ley de Lynch castigaba el hurto de caballos con la muerte. Un día, un hombre fue detenido y juzgado por este delito. Después de oír a los testigos, el jurado se retiró a deliberar. Por algún motivo —falta de pruebas, tal vez, o motivos humanitarios, o quizá porque el censo registraba una merma alarmante de población masculina— el jurado dudaba. La multitud que esperaba fuera se impacientaba. Una hora más tarde, el cabecilla de la multitud entró a preguntar si el jurado ya tenía el veredicto.

—No —dijo el portavoz del jurado.

—Bueno —replicó el cabecilla—, no hay prisa, caballeros, pero recuerden que estamos esperando a que salgan de esa habitación para meter el cadáver.

Tenían un gran sentido del humor, pero nunca exagerado ni espontáneo, y con algún matiz de justicia primitiva o de moraleja bajo la cáscara sardónica. Las únicas enseñanzas éticas de la época se impartían envueltas en bromas o en sarcasmo. En los campamentos triunfaba el epigrama, mientras que la primitiva equidad del juez Lynch se inclinaba por las salidas graciosas. Incluso el patetismo, que era más o menos dramático, se contagiaba de esta cualidad. Cuando una expresión rara, un capricho pintoresco o incluso un gesto grotesco rizaba con una sonrisa la conciencia superficial, en un momento tocaba el fondo del corazón

con una tristeza infinita. Alguna vez se permitían un poco de poesía e ilustración, pero solo en su jerga ruda e imperfecta. Al contrario que las coletillas y las muletillas de la civilización anterior, su jerga consistía en ilustrar en la condensación de un epigrama un hecho, un capricho o una percepción que, por lo general, tenía alguna derivación local significativa. La sequía, que duraba la mitad del año, dio origen a la exclamación popular *dry up*[48] para expresar el punto máximo del proceso de evaporación. *Played out*[49] correspondía al lenguaje de las apuestas y juegos de azar y expresaba la circunstancia en la que ya no se puede contar ni con la suerte. *To take stock*[50] en una declaración, teoría o idea significaba que se creía en ella y se estaba dispuesto a pagar por ella. En realidad no podemos considerarlo un argot, aunque así hablaban los jugadores, condensando vívidamente la muerte y la rendición de cuentas en el más allá, como se percibe en la expresión *handing in your cheks*[51]. En aquella época la jerga era universal; en ninguna circunstancia resultaba fuera de lugar. Thomas Starr King[52] me contó en una ocasión que, después de dar un sermón bastante controvertido, oyó el siguiente diálogo entre un feligrés y su amigo:

—Bueno —dijo el feligrés entusiasta, refiriéndose al sermón—, ¿qué opinas ahora de King?

—¿Qué opino? —respondió el amigo—. Pues que ¡se llevó todas las fichas!

A veces, debido a la costumbre nacional de exagerar por el lado cómico o quedarse corto igual de grotescamente, algunas palabras adquirieron un significado nuevo. Recuerdo la primera noche que pasé en Virginia, en un hotel nuevo que acababan de abrir. Ya estaba tranquilamente en la cama cuando me despertó un barullo de gritos y pelea con algún que otro disparo. Por la mañana fui al bar y vi al dueño detrás de la barra con un ojo morado y un vendaje desde la mejilla hasta la frente, pero con una agradable sonrisa en la cara. Y entonces le dije:

—Vaya, señor, parece que anoche se corrió la gran juerga aquí.

—Sí —respondió él de buen humor—, fue una buena juerga.

—Y ¿las tienen a menudo, aquí, en Virginia? —añadí, envalentonado por su buen humor.

—Pues no —dijo él pensativamente—, aunque en realidad

acabamos de abrir y, por lo visto, anoche los chicos empezaron a conocerse de verdad.

Un hombre que se negó a participar en la caza de un oso porque «últimamente no se le había perdido ningún oso» y el que a la pregunta: «¿Cultivan maíz en esta localidad?», que le hizo un turista, respondió: «Ni un maldito grano, lo cierto es que apenas nada» son ejemplos sencillos del anticlímax y la exageración características a las que me refiero. A menudo añadían también cierta filosofía amable.

—Claro que prefiero no conducir una cuadrilla de machos —me dijo un arriero—. Claro que preferiría ser banquero o presidente, pero, cuando se ha vivido tanto como yo, forastero, se sabe que en este mundo uno no se sale siempre con la suya.

Muchas veces el oficio o la ocupación prestaban viveza al habla. En una ocasión un ingeniero estaba contándome cómo había muerto de hambre un compañero de trabajo.

—Pobre Jim —dijo—, cada vez funcionaba más despacio, hasta que un día… ¡se paró en seco!

¡Qué imagen de un obstáculo insalvable para esta cansada máquina humana! A veces se tomaban expresiones prestadas de otra profesión. Una vez surgió una dificultad en el campamento de un topógrafo entre este y un chino.

—Yo que tú —dijo un arriero comprensivo al topógrafo—, sencillamente agarraría al tipo ese y lo *teodolitaría*[53] bien lejos del campamento.

Otras veces la jerga no era más que un eco de las fórmulas de algún acontecimiento o movimiento popular. En una reunión de campamento en la montaña, un arriero que decía barbaridades a su ganado recibió una reprimenda de una señora, que acababa de volver de la reunión, por decir palabras tan pecaminosas.

—¡Vaya, señorita! —le dijo el arriero, perplejo—. Si eso era blasfemar… ¡tendría que oír a Bill Jones arreando a la terca de su mula!

Pero ¿debemos perdonar al argonauta que convirtiera su jerga en algo permanente sin más ni más, que endosara espuriamente a la posteridad, que podía olvidar las circunstancias extenuantes, nombres como One Horse Gulch, Poker Flat, Greaser Cañón, Fiddletown,

Murderer's
Bar y Dead Broke[54]? El mapa de California todavía resulta horrendo con tantos nombres impíos. A un turista podría temblarle el pulso al escribir Dead Broke en el encabezamiento de una carta, y cualquier forastero declinaría una invitación a
Murderer's
Bar. Se diría que la sorna de los primeros californianos se complacía en el contraste entre estos nombres y la eufonía española de los anteriores. Afortunadamente, los condados del estado conservan todavía las suaves labiales y las limpias vocales castellanas: Tuolumne, Tulare, Yolo, Calaveras, Sonoma, Tehema, Siskyou y Mendocino, por no mencionar la gloriosa compañía de los apóstoles que bendicen California a perpetuidad gracias al calendario católico español. Sin embargo, allí donde un santo dejó una bendición, vino después un pecador y lo remató con un epíteto. Los extremos se tocan a menudo. En San Francisco, los omnibuses iban de Happy Valley[55] a Misión Dolores[56]. Para ir a Purísima primero había que ir a Blaises[57]. Con todo, creo que estos nombres tan fieramente directos eran preferibles a la falsa elegancia de Copperopolis y Argentinia, a las monstruosidades políglotas de Oroville y Placerville y al notable sentimentalismo de Romeosburgh y Julietstown. A veces, la tendencia nacional a abreviar daba resultados singulares. Jamestown, cerca de Sonora, siempre se llamó Jimtown, y el nombre de Moquelumne Hill, después de sufrir la tortura fonética de que lo escribieran con «k», fue mutilado y troceado y ahora aparece en la diligencia como «Mok Hill[58]». Con algunos nombres es imposible hacer conjeturas. Las diligencias de los pioneros tenían un cambio de posta en un lugar llamado Paradox. ¿Por qué Paradox? Nadie lo sabe.

Me complacería poder decir que el descendiente de españoles corrió mejor suerte que su lengua a manos de los argonautas. Lo llamaban despectivamente «greaser[59]», una reminiscencia pegajosa de la guerra con México que se aplicaba erróneamente al californiano de origen español, que no era mexicano. Por sus venas corría pura sangre castellana. Alguno tenía las tierras que le había adjudicado Carlos I de España. Era un hombre serio, sencillo y confiado. Aceptaba la ironía de los argonautas sinceramente, les permitía instalarse en sus tierras y casarse con sus hijas. Pocos años

después se quedó solo y sin tierras, convertido en objeto de risas. Ante semejante situación de extrema necesidad, se alió a la defensiva con algunos de sus perseguidores y se vengó de una forma extraordinaria. Era el testigo perenne en todos los asuntos relacionados con las primeras concesiones de tierras; era el único que tenía memoria de esas cosas, el único testigo legal de la costa. La memoria se le fortaleció, gracias tal vez a la repetición de este ejercicio, hasta convertirse en la más extraordinaria, y su testimonio, en el más completo y demostrativo que haya conocido la humanidad. Recordaba conversaciones, órdenes oficiales y antecedentes de hacía cincuenta años como si hubieran sucedido el día anterior. Presentaba concesiones, *diseños*, firmas y cartas con prontitud y eficiencia. Hacía evolucionar las pruebas a base de conciencia interior y, en menos de tres años, los títulos de las tierras españolas se perdieron en una confusión inextricable y en una nube de testimonios. Los taimados argonautas maldijeron la destreza de su aprendiz.

Socialmente observaba sus viejas costumbres. Se permitía un *fandango* con regularidad, tocaba la guitarra y bailaba la zamacueca[60]. Los domingos, después de misa, corrida de toros. Pero el taimado argonauta introdujo cambios en el *fandango*, cambió la guitarra por el banjo y el *aguardiente* por el whisky bourbon. Incluso llegó a entrometerse en las corridas de toros, no por motivos morales ni éticos, sino más bien para dar una lección a los toros. En un par de ocasiones lo cambió por un oso que no solo despejó el ruedo inmediatamente, sino que, además, jugando, destrozó las dos primeras filas de asientos. El argonauta aprendió equitación del español y… se escapó con su ganado.

Antes de despedirnos del americano español vale la pena recordar a un personaje concreto. Es el primer pionero conocido de la historia de California. Se acerca a nosotros trabajosamente por una llanura sureña: un viejo débil, demacrado, sin amigos, solo. Sus exhaustos muleros y acólitos han quedado atrás, a una legua, y él ha seguido adelante sin hatillo ni billetero, solamente con un crucifijo y una campana. Es una llanura típica, de esas en las que no suelen adentrarse los turistas: abrasada e inhóspita, barrida por el viento, marchita y recocida hasta los cimientos, y resquebrajada por profundos abismos. Cuando el sol se pone, el viejo avanza a

trompicones hasta que cae, completamente rendido. Se queda ahí toda la noche. Por la mañana lo encuentran unos indios, una raza débil, sencilla, que, con rústica bondad, le ofrece comida y bebida. Pero él, antes de aceptar, se incorpora sobre las rodillas y reza maitines y los bautiza en la fe católica. Y después se le ocurre preguntarles dónde se encuentra, y entonces descubre que se ha internado en una tierra desconocida. Era el *padre* Junípero Serra, y aquella mañana el sol salió sobre una California católica. A juzgar por los baremos usuales del éxito, su misión fue un fracaso. Los infieles le robaban las provisiones y masacraban a sus acólitos. Se dice que a veces los buenos padres también confundían el bautismo con la esclavitud y pusieron los cimientos de la servidumbre; pero en la crónica de los primeros tiempos de California, manchados de sangre, desgarrados y entumecidos, no hay figura más heroica que la del delgado viajero incansable, el pertinaz y abnegado fraile franciscano.

Hasta ahora no he querido elogiar las virtudes de otro personaje característico porque llegó más tarde. El chino pagano no era un argonauta, pero introdujo vida nueva en la del argonauta y un curioso conservadurismo. Callado, tranquilo, casi filosófico, nunca molesto ni agresivo, jamás presumió de sus tres mil años ante los hombres de hoy, jamás molestó con su extensa mitología a unos hombres que ni siquiera creían en un solo Dios. Aceptó enseguida los trabajos serviles con dignidad y amor propio. Lavó la ropa de toda la comunidad e hizo de la limpieza una virtud asequible. Trajo a la cocina novedades y paciencia, trajo silencio, obediencia y cierta inteligencia a toda la esfera del servicio doméstico. Se quedaba detrás de tu asiento en silencio, atento, pero nada comunicativo. Te servía en la mesa con la actitud de quien, sabiéndose superior, no quiere poner su posición en peligro. Adoraba al diablo en tu propia casa abiertamente, con una franqueza que avergonzaba tus propios y débiles intentos secretos de creer en algo. Aunque se ponía tu ropa, hablaba tu idioma e imitaba tus vicios, siempre estaba envuelto en su propia atmósfera celestial. Se relacionaba solo con sus compatriotas, comía sus peculiares provisiones propias, compraba sus cosas en tiendas chinas y, cuando moría, ¡mandaban los huesos a la China!; no dejó pista, rastro ni impronta en la civilización. No reclamó derechos civiles ni franquicia. Se tomaba

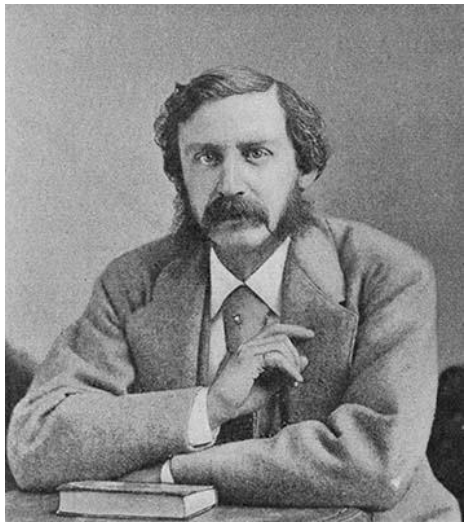
las acostumbradas palizas con calma, se sometía con tranquilidad a extorsiones escandalosas tanto del Estado como de particulares; soportaba el latrocinio e incluso el asesinato con fortaleza y estoicismo. Tal vez era lo mejor que podía hacer. La civilización cristiana, que declaraba en sus estatutos que el testimonio de un chino no valía; que, en la práctica, daba a entender que un mismo vicio era peor en el caso de un pagano que en el de un cristiano; que consideraba especialmente abominable la fragilidad de la mujer china y una cosa esencialmente perniciosa su afición a las apuestas, al menos le enseñó las virtudes cristianas de la paciencia y la resignación.

¿El chino se igualó a los argonautas cristianos? Me inclino a creer que sí. Incluso puedo afirmarlo en determinados casos. Defraudaba en la aduana de una manera universal y sencilla. Rellenaba de opio las cañas de bambú huecas de las sillas y, sentado en ellas con total calma, conversaba dignamente con los agentes de aduanas. En semejantes ocasiones, la amplitud de las mangas y perneras de su atavío resultaba útil, además de ornamental. Para librarse de pagar impuestos personales adoptaba el nombre y la misma expresión facial que algún hermano celestial que ya los hubiera satisfecho. Adornaba rosales con rosas falsas hechas de zanahoria y nabo, convirtiendo así sus dotes para la agricultura en algo pecaminoso. Aprendía griego y latín con intenciones especulativas, y no escolásticas, y levantaba cincuenta dólares al clérigo californiano mientras le regalaba el oído con palabras homéricas. Aunque tal vez la forma más gloriosa de equilibrar la balanza con la civilización cristiana fue su práctica médica.

Un día el chino abrió consulta en San Francisco. Con la ayuda de algunos colegas espabilados, se anunciaron curas milagrosas a bombo y platillo por toda la región, hasta que la gente empezó a acudir en manada en busca de sus remedios. Había un ejército de inválidos a las puertas de su casa. Dos intérpretes, como ángeles de la antigua leyenda, escuchaban día y noche los males que aquejaban a los que llenaban este templo digno de Higía **[61]**. Ellos traducían a la lengua común las sabias palabras que pronunciaba el apolíneo oráculo de ojos rasgados. El doctor Lipotai tuvo un éxito clamoroso. Sin embargo, con el tiempo, los médicos chinos proliferaron como setas. Solo hacía falta un cartel con los

monosílabos adecuados, una coleta y un intérprete. El pagano sabía que nadie iba a pedir explicaciones. El pagano, en su ignorancia, sabía que nadie se pararía a pensar por qué el conocimiento chino de la medicina podía ser superior al de su homólogo del propio país. Este viejo idólatra degradado sabía que los inteligentes cristianos creerían que se trataba de *magia*, y por eso acudirían a él. Y así fue. Y les dio té verde para la tuberculosis, jengibre para el aneurisma y humo de incienso chino para la hidropesía. El tratamiento no era nocivo, pero sí tedioso. De pronto, un erudito oriental muy conocido publicó una lista de los remedios más comunes de la medicina china. Lamento decir que no puedo reproducir aquí la desagradable lista por motivos evidentes. Baste decir, no obstante, que causaría los síntomas típicos del mareo a médicos y pacientes. La estrella celeste empezó a eclipsarse inmediatamente. Se acabaron las consultas al oráculo. Las sibilas abandonaron el trípode. Y el doctor Lipotai, con medio millón en el bolsillo, volvió al arroz nativo y a la ingenua sencillez del campamento chino.

Y con la retirada de este personaje, que cierra la procesión, cierro yo mi crónica de los argonautas del 49. Puede que, entre sus filas, el lector reconozca a muchos individualmente. Es posible que hayan quedado huecos que pueda rellenar la memoria de terceros. Existen casas en todo el mundo cuyas habitaciones vacías nunca podrán volver a ocuparse; hay tumbas anónimas por toda California sobre las que nunca llorará nadie. He dicho que no sería un relato bonito. Me gustaría concluirlo con una floritura de trompetas, pero la banda ya se ha ido y el polvo de la carretera me impide verla. Se van a su ciudad marítima, a esa mítica montaña imán que vio Simbad y que llaman Montaña Solitaria. Allí, esperando al pie, puede uno imaginarse la nave Argo en el agua y, cuando haya caído el último argonauta, también ella desplegará sus alas blancas y pasará, inadvertida, por las puertas doradas que se abren en la lejanía.



BRET HARTE nació en Albany (Nueva York) en 1836. En 1853, con apenas diecisiete años, decidió abandonar la comodidad en que vivía para irse a California, al «Lejano Oeste», espacio mítico donde ambientaría la mayor parte de sus relatos. En 1868 fue contratado como editor de la Overland Monthly, en cuyo segundo número apareció «La suerte de Roaring Camp», un cuento que le convirtió en una celebridad nacional. En 1885, con un cargo diplomático, se estableció en Londres y, después de un período de inactividad literaria, volvió a publicar un puñado de excelentes relatos. Murió en Camberley (Inglaterra) en 1902.

Notas

[1] Acteón, un cazador que encolerizó a la diosa Artemisa (Diana), a quien miró desnuda, y fue devorado, como castigo, por sus propios perros. [*Esta nota, como las siguientes, es de la traductora.*] < <

[2] Antiguo juego de cartas de origen español. < <

[3] Título de un himno religioso escrito en 1763 por el reverendo Augustus Montague Toplady. < <

[4] Se refiere a Alexander Pope (1688-1744). < <

[5] Las palabras que aparecen en correcto castellano y en cursiva figuran en castellano en el original. < <

[6] La merced de tierra era una adjudicación de predios en beneficio de los colonos de alguna tierra conquistada. La Corona de Castilla la aplicó a las colonias de América en los siglos XV y XVI. < <

[7] Tierra rica en oro citada frecuentemente en el Antiguo Testamento. < <

[8] Cita inventada, al parecer, por el propio autor. < <

[9] Pequeñas pistolas de bolsillo que fabricaba Henry Derringer (1786-1868),
de donde viene su nombre. < <

[10] Fragata de la Royal Navy (1781-1815) dotada de setenta y cuatro cañones. < <

[11] Apodo de Ursula Southeil (1488-1561), famosa vidente y profetisa inglesa. < <

[12] Se refiere, de nuevo, a Alexander Pope (1688-1744). < <

[13] En el original *Ash-heels*, «talones de ceniza». < <

[14] Posible alusión a Gustavo II Adolfo de Suecia y su resistencia al Imperio alemán en la Guerra de los Treinta Años. < <

[15] Género musical, mezcla de ópera inglesa y música negra tradicional. Los actores, blancos, iban pintados de negro. < <

[16] Juego de cartas en el que los jugadores apuestan por la carta que descubre la banca. < <

[17] Según el cuento de Barbazul (Charles Perrault), Anne, la hermana de su mujer, ve una polvareda en el camino y cree que es un rebaño de ovejas. < <

[18] Mateo, 7-13. Se cita por la traducción de Reina-Valera (ed. de 1960). < <

[19] Aquí yace. < <

[20] Posible alusión a Mateo, 7, 21-27. < <

[21] Filipenses, 4, 7. <<

[22] Mateo, 7, 7. <<

[23] Mateo, 7, 16. < <

[24] De Pactolo, río supuestamente aurífero del mitológico reino de Lidia, donde había ido a parar el oro del rey Midas y fuente de la fortuna del rey Creso. < <

[25] Entre 1839 y 1844 hubo una guerra entre «reguladores» en el este de Texas por unas tierras en la frontera con Luisiana. Fue un conflicto largo y sangriento. Perdieron los reguladores. < <

[26] Sacramento es desde 1850 la capital de California y su centro político y administrativo. < <

[27] Mencio (370-289 a. C.), discípulo de Confucio. < <

[28] Alusión al editorial que publicó el autor en *The Northern California* de Arcata con motivo de la masacre de la tribu Wiyot, perpetrada el 26 de febrero de 1860. < <

[29] Daniel Webster (1782-1852), destacado estadista estadounidense. <<

[30] Se refiere al personaje de *Noche de Reyes*, de William Shakespeare. < <

[31] El río del olvido, unos de los ríos del Hades de la mitología griega. < <

[32] Ver nota 16. <<

[33] La ramera de Babilonia, Apocalipsis, 17, 1-2. < <

[34] Amós, 4, 11. < <

[35] Grupos religiosos que, en diversos momentos históricos y por distintas razones, se han separado de la Iglesia de Inglaterra. < <

[36] Respuesta ilógica. < <

[37] Música y baile de origen limeño que se baila suelto y representa el cortejo de un hombre a una mujer. < <

[38] Persona de origen polinesio, en cuyo idioma significa «ser humano verdadero», aunque en Estados Unidos ha adquirido un matiz despectivo. < <

[39] Harte probablemente confunde a Bartolomé de Fonte con Juan de Fuca, quien dijo haber recorrido en 1592 la costa del Pacífico y descubierto el estrecho de Anián. < <

[40] Aquí el autor cambia el nombre de John Oakhurst por Jack. <<

[41] Se refiere a Carlos II de Inglaterra (1630-1685), que llevaba una frondosa melena rizada. < <

[42] Cuadro del pintor francés Hippolyte Delaroche (1797-1856). <<

[43] Juste-Aurèle Meissonnier (1695-1750), pintor, escultor, orfebre y decorador francés, maestro del rococó. < <

[44] Danae recibió la visita de Zeus en forma de lluvia de oro. < <

[45] Institución fundada en la Guerra de Secesión, precursora de la Cruz Roja. < <

[46] Legendarios filósofos de Siracusa a los que unía una amistad ejemplar. Su historia la contaron Aristóxeno
(354-300
a. C.) y Cicerón
(106-43
a. C.), entre otros. < <

[47] *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres* (1783) o *Essay on Rhetoric* (1784), del gramático escocés Hugh Blair. < <

[48] Literalmente *dry up* significa «evaporar(se), secarse por completo por evaporación», pero también «¡cierra el pico!». < <

[49] Hecho, terminado, agotado. < <

[50] Evaluar algo, formarse una opinión, estudiar un asunto pormenorizadamente. < <

[51] Entregar las fichas. < <

[52] Amigo de Bret Harte e influyente partidario de la corriente cristiana unitaria. < <

[53] Un teodolito es un instrumento utilizado en topografía para medir ángulos en distintos planos (DUE María Moliner). < <

[54] Barranco Un Caballo, Llano de Póker, Cañón del Engrasador, Ciudad Violín, Ribazo del Asesino y Arruinado. < <

[55] Valle Feliz. < <

[56] Iglesia fundada por misioneros españoles en 1776, bajo la supervisión del padre Junípero Serra. < <

[57] Tal vez una deformación de Blazes, «hogueras». < <

[58] Mok suena igual que *mock*, «burla, broma, imitación burlona», por lo tanto: «Monte de Broma». < <

[59] Engrasador. < <

[60] Véase nota 37. <<

[61] Diosa griega de la salud. <<